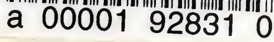

LUX
LIBERTAS




F. Tosta García
Episodios Venezolanos
Carabobo
Lit. Vidal e H. Caracas

EN PREPARACIÓN:

LA REFORMA

PRIMER TOMO DE LA SEGUNDA SERIE DE

EPISODIOS VENEZOLANOS

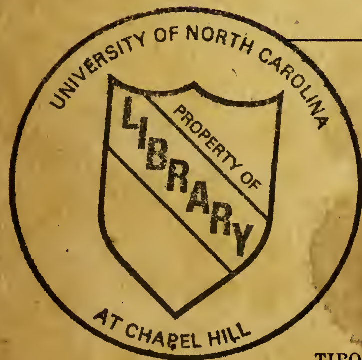
EPISODIOS VENEZOLANOS

POR

F. TOSTA GARCÍA



Carabobo



CARACAS
TIPOGRAFÍA «LA SEMANA»
DE RÓMULO A. GARCÍA
1908

Ao Sr bom amigo e [illegible]
General d'Macedo Jacome Pe[illegible]
Presidente Commissario de [illegible]
do Falcão mui affectuosamente
J. Bastos [illegible]

CARABOBO

I

Nunca llegó á imaginarse el bueno de don Diego de Osorio, fundador de La Guaira y sucesor de don Luis de Rojas, por cuyos procederes injustos viéronse los vecinos de Caraballeda, en el duro caso de tener que abandonar esta ciudad, con su templado clima y su buen puerto, para ir á hornearse en vida en las faldas de un abrupto cerro ; nunca pudo suponer aquel gobernador, que era tan correcto, progresista y filántropo, el inmenso mal que había de hacer á la humanidad doliente con este cambio impremeditado y estúpido de puerto, que trajo como consecuencia la construcción de una fortaleza, con vasta explanada coronada de artillería y con espaciosas bóvedas capaces para contener cómodamente hasta 200 plazas de presidio, y, se impone esta consideración y no huelga la censura, porque andando los tiempos y con ellos los acontecimientos en aparcería con los abusos, hubo de convertirse el mencionado edificio en prisión política, correspondiendo el desagradable galardón de haberla inaugurado ó estrenado como tal, á los españoles Juan Bautista Picornell, Manuel Cortez Campomanes y Sebastián Andrés, quienes fueron remitidos desde Madrid, como autores de la conspiración llamada de San Blas, y tuvieron la fortuna de poderse fugar el 4 de junio del año de 1796.

La mencionada fortaleza, convertida en prisión de Estado, tormento fué de realistas y de patriotas; de españoles y de venezolanos en diversas épocas, y se hallaba situada en la antigua calle de la Marina, entre el Muelle y el Cardonal, y á ella se bajaba por una angosta callejuela empedrada en rampa, por donde se llegaba á una puerta de rejas ó rastrillo, que servía de entrada á un espacioso patio con una pila ó estanque redondo en el centro, que hacía el servicio del agua, por medio de un mascarón de bronce, de cuya boca salía un curvo tubo de plomo, mohoso y ennegrecido, tanto por el salitre como por la acción destructora del tiempo.

En los comienzos del año de 1821, aquella histórica y pavorosa prisión, que se había hecho célebre como Los Plomos y como La Bastilla, estaba más que llena, inhumanamente repleta de patriotas, pues el número de presos alcanzaba á 449, de distintos lugares de Venezuela y muchos de la Nueva Granada, encontrándose todos en insalubre apelmazamiento á la manera de sardinas en caja ó de aceitunas en frasco, hacinados en los tres departamentos ó sótanos que daban hacia el mar, pues aunque á derecha é izquierda de aquel semicírculo parecido á los fosos que nos describe el Dante, había dos cuevas ó antros, húmedos, obscuros y mal sanos, que se llamaban *El Tigrito* y *El Degredo*, el uno estaba reservado para los castigos y torturas y el otro para el triple y complejo servicio de enfermería, depósito de maderas, hierros viejos etc., etc., é item más, como lugar excusado, en razón de que existía allí un gran albañal cuadrado, con gruesos barrotes de cobre, por el cual entraban sin cesar las olas blancas y espumosas, y salían negras y espesas, arrastrando todos los despojos é inmundicias de la desgraciada colonia, compuesta de tantos seres olvidados del mundo que se consumían y morían en aquel repugnante recinto.

A las seis de la mañana del primer domingo del mes de enero, hora en que caía una fría llovizna que bajaba del Avila, como refrescante *cabañuela*

para las sedientas plantas y como mortífero *maná* de catarros y pulmonías para los guaireños, un hombre de grueso bigote grís, rostro amarillento y patibulario, lento caminar de hiena, envuelto en un capote de burda bayeta, con un manojo de llaves en una de sus belludas manos de ogro, un sable en la otra y escoltado por media compañía, bajó por la empedrada callejuela que conducía á la gran puerta de rejas, la abrió aceleradamente, porque el viento era muy recio y la llovizna muy fría, pasó adelante con el pelotón de soldados que le seguían y se situó en uno de los extremos del corredor ó tribuna que rodeaba las bóvedas.

¿Quién era aquel hombre de tan repugnante aspecto?

Era un ex-presidiario de Ceuta, llamado Martín Ceruto, alias *Moscardón*, que había venido á Venezuela de timonero en uno de los buques de la escuadra de don Pascual Enrile, y á quien Morillo distinguió mucho después en el curso de la campaña, por sus sobresalientes condiciones de astucia y maldad, ascendiéndolo á capitán y recomendándolo muy especialmente para el cargo de alcaide de Las Bóvedas, que ejercía desde el año 18, con plenas facultades sobre los infelices presos, á quienes trataba de la manera más brutal y salvaje, creyendo firmemente que no eran seres humanos, sino inmundos animales que le habían entregado para que los maltratase y vejara.

El mencionado personaje con resongos, pullas y maldiciones, acomodó sus soldados y con voz de trueno gritó:

—A formar, á formar, pronto, pedazos de.... trastos! Se va á pasar la primera *resquicia*, pronto, prontico, porque el tiempo está malo y ando de apuro, pues voy á oír misa. ¡El que no salga ligero, se entenderá con el verguero!

Como consecuencia inmediata de aquella brutal y degradante orden, se sintió gran movimiento en el interior de las tres horribles mazmorras, y al compás del rechinar de los hierros y del crujir de las cadenas,

comenzó un largo desfile ó procesión de humanos espectros de distintas edades y condiciones, que penosamente se arrastraban alzando un poco los pesados grillos para poder caminar, con pequeñas correas ó cabos de soga, que sujetaban con la mano izquierda, mientras que, con la derecha, cada cual se iba acomodando en las espaldas, como mejor podía, bien una mugrienta cobija ó un destrozado capote para medio favorecerse de la importuna llovizna que ya tomaba proporciones de chubasco, pues la formación para el fastidioso recuento, debía de ser, según los caprichos del hotentote alcaide, en el centro del patio.

A pesar de que nadie se quedó rezagado y de que todos se dirigían al lugar indicado á fin de aligerar la operación, un robusto catalán de gruesas muñecas, llamado Miguelete, armado de flexible y lustroso látigo, fustigaba á los morosos, repitiendo con risa burlona el favorito y soez estribillo de su jefe: *el que no salga ligero, se entenderá con el verguero*....

Luego que todos los presos, á duras penas y con la agresiva ayuda del esbirro Miguelete, estuvieron alineados en irregular figura, el hombre del sable y del manojo de llaves, muy divertido por las muecas que hacían sus víctimas al sentir la impresión de la menuda llovizna, gritó:

—A correr el número!

Terminada esta rutinaria operación, consistente en que cada cual fuera diciendo en alta voz el número que le tocaba, desde el 1 hasta el 449, para saber si el rebaño estaba completo, y si, durante la noche, no se había desgaritado ninguna oveja, el acucioso Ceruto entró personalmente, acompañado de una escolta, á hacer el registro de las habitaciones, revolviendo camas, esteras y envoltorios, con la punta del sable y con la culata de los chopos.

Concluida esta faena, ordenó la dispersión, y seis de los mismos detenidos, á quienes tocaba el servicio ó turno de *semaneros*, se armaron de escobas y se arremangaron, procediendo, por medio de un barrido general, á sacar los *zambullos* y á baldear y lavar con lam-

pazos los suelos del patio y corredores, operación en que se interesaba mucho el alcaide, no tanto por la salubridad de los detenidos, ni porque él mismo entrara á aquellos lugares con mucha frecuencia, sino más que todo, por la inmensa satisfacción que experimentaba el reclutado en Ceuta, al ver á tantos doctores, á tantos militares y hasta á varios sacerdotes criollos, ocupados en aquellos degradantes oficios, bajo la flageladora vara de Miguelete.

Concluido el fregado, principió la tarea ó lucha por la vida, mejor dicho, comenzó el desayuno.

Los desgraciados, sometidos á las miserias del escueto rancho, recibieron su dura galleta y su escudilla de guarapo hervido, cuyo miserable abre–boca, unido con los *frijoles* picados y saltones del almuerzo y con el gorgojoso arroz y el pescado salado de la comida, completaban la ración de cada día, con la cual si no conseguían abastecerse, lograban, por lo menos, prolongar algunos días los sufrimientos.

En cambio, los que tenían la inapreciable ventura de tener dolientes, recibieron sus respectivos azafates más ó menos surtidos de chocolate, café con leche, pan caliente, queso fresco, mantequilla y otras matinales gollerías, de manera que cuando la banda seca de la guarnición, dió el acostumbrado toque de las ocho, ya todos los presos habían cumplido, quienes más, quienes menos, con aquel primer deber manducatorio imprescindible para conservar la existencia, y se encontraban ocupados en los distintos entretenimientos con que procuraban matar las pesadas horas del cautiverio, unos labrando cocos, otros tejiendo chinchorros, éstos jugando á los naipes y aquéllos leyendo ó conversando.

Entre estos últimos aficionados á darle á la sin hueso, descollaba un grupito formado de cuatro individuos muy amigos nuestros; pero que, á primera vista, se hacía difícil reconocerlos por el completo estado de decadencia á que habían llegado.

El primero de aquellos desheredados de la fortuna, era don Manuel Antonio Alvarez, antes gordo,

rubicundo, cuidadosamente afeitado, rebosando salud y ahora desmesuradamente flaco, hasta el punto de parecer que le sobraba pellejo para cubrir los huesos, pálido y cubierto el exangüe rostro de canosas y luengas barbas; el segundo, el padre José Luis Alegría, á quien en un tiempo vimos obeso, cogotudo, lleno de vida y de ardor, siempre tan cuidadoso del brillo de su sotana y del lustre de su coronilla, daba lástima verlo en aquellos momentos: decaído, achacoso y envuelto en una bata de zaraza rayada, sujeta á la cintura con un guaral y la cabeza cubierta con un gorro de bombacino negro; era el tercero, por las inconfundibles marcas de su larga nariz, de sus extraordinarios colmillos y de su hablar perpetuo, aquel cumanés alto, enjuto y de patillas recortadas, llamado Felipe Carrasquel, alias *el Mudo*, marido de la catalana doña Brígida Rambrat, en cuya casa se hospedaron los Peralta cuando estuvieron en Maturín; siendo el último de los cuatro componentes del acongojado grupillo, un vejete casi tan alto y tan flaco como don Felipe, quien por sus pómulos salientes y por sus descomunales orejas, no podía ser otro sino don Agapito Callejones, el cual, meneando mucho, como de costumbre, los enormes brazos, decía:

—Lo que me ha pasado á mí, señores, no tiene igual ni antecedentes en la historia.....

—Si tiene—interrumpió don Manuel, acaso con la intención de trasladarse á Grecia ó Roma, en busca de algún ejemplo, pues las vicisitudes no habían logrado matarle su erudita manía.

—Pero aunque tenga—intervino sonriendo el padre Alegría—aplace usted la cita para otra ocasión, don Manuel, pues nos interesa mucho oír á don Agapito, en razón de ser el último llegado á quien no hemos podido oír por la separación en que nos ha tenido Ceruto, desde la cogida del fatal papelito, que tantas mortificaciones nos ha proporcionado.

—Sí, sí—añadió Carrasquel con impaciencia—déjelo hablar porque las cosas del Oriente son las

que deben interesarnos, puesto que de allá nos está viniendo la luz....

—Lo que me ha sucedido á mí es estupendo,—continuó don Agapito—siempre perseguido y sirviendo de yunque á todos los martillos, hostilizado de unos y de otros, llevando rebenque de realistas y de patriotas, vengo desde hace muchos años, de manera que no debe tenérseme por apóstol, sino como un verdadero mártir de la santa Causa.

—Lástima que no sea usted también *virgen*—interrumpió con sorna don Felipe Carrasquel, que era muy dado á la guasa—porque de ese modo podríamos hasta canonizarlo después del triunfo....

—Pues no lo diga usted de broma, señor Carrasquel—contestó Callejones algo sulfurado por la pullita—siete veces he estado preso durante mi agitada vida de político, cuatro en la cárcel de Caracas, dos veces con esta, aquí en Las Bóvedas, y una en la cárcel de Angostura, que es por cierto la que más me arde....

—Pero, señor—exclamó el padre Alegría—señor Carrasquel, tenga la bondad de no interrumpir á don Agapito, pues usted mismo acaba de decirnos que lo que debe interesarnos son las cosas del Oriente.

—Tiene mucha razón el padre Alegría—dijo don Manuel—por eso los romanos que sabían tanto, prohibían las interrupciones en el parlamento, y cuando se presentaba un sempiterno charlatán, el presidente le tocaba la esquila.

—Pues, tilín, tilín—exclamó riendo el padre Alegría, agitando su ex-gorda mano casi sobre las inmensas narices del *Mudo*—continúe usted, don Agapito.

—Muy bien—dijo muy complacido el boticario—en cuatro palabras referiré en esta mañana los raros percances que han originado mi traída á este maldito lugar, que tánto conozco y que está ahora más refinado en materia de torturas y vejaciones.

Encontrándome en San Fernando, al lado del benemérito general Páez, fuí mandado á reducir á prisión por Bolívar, sí, señores, así como suena, por

el eminente, providencial y todo lo demás que quieran añadir en elogios y alabanzas del señor don Simoncito de mis tormentos, fuí llevado á la cárcel de Angostura como cómplice, mejor dicho, como principal factor de un acto de justicia hacia el adalid de las pampas, promovido en San Fernando por el digno coronel Wilson, y á cuyo acto se dió el carácter de insubordinación.

Muchos empeños hubo para obtener mi libertad, principalmente el noble y generoso amigo Luis Reyes, metió la mano hasta el codo para hacerme soltar y lo único que pudo conseguir del *magnánimo* Libertador, que acababa de decretar un indulto, fué que no me expulsaran junto con Wilson, sino que me dejaran á buen recaudo en la cárcel; y allá quedé bajo la férula del compadre Zea, cuando Bolívar partió con rumbo hacia la Nueva Granada.

Como aconteció que durante esos meses de ausencia, las buenas ideas quisieron abrirse paso y los buenos hombres sacudir quisieron el yugo impuesto por el amo, Urdaneta, por rivalidades de mala ley, redujo á prisión, en Margarita, al general Juan Bautista Arismendi, mandándolo para Angostura, lo que me proporcionó á mí la honra de ser su compañero de calabozo.

Lejos como se hallaba don Simoncito y envuelto en los azares de tan peligrosa campaña, muchos diputados independientes del Congreso, reventaron el bozal y se trabó una discusión borrascosa, en medio de la cual, unos sostenían que Bolívar había procedido muy mal, marchándose para la Nueva Granada, sin permiso del Cuerpo soberano de la nación, y otros aseguraban que había hecho muy bien en ir á pagar la deuda de gratitud y de sangre de 1813; y como en medio de aquella tempestad parlamentaria, que duró algunos días, se dijo que era preciso destituir á Zea, por viejo é inútil y reemplazarlo con un Vicepresidente que fuera militar y activo, el ilustre y abnegado Zea, puso término á la pelotera, dándoles la bofetada de presentarles su renuncia, la cual fué

aceptada en el acto por el Congreso, en donde tenían mayoría los revoltosos independientes, los cuales audazmente le devolvieron la cachetada nombrando enséguidas Vicepresidente de la República, nada menos que á mi compañero de calabozo, al general Arismendi, quien pasó, según el dicho popular, del cadalso al trono, y por ser este incidente, aunque pasajero, uno de los más raros de nuestra historia, lo contaré con sus detalles, como una muestra de la facilidad y rapidez con que pueden verificarse los cambios políticos en esta tierrita nuestra, tan accidentada y movediza, en la cual, por desgracia, la mayor parte de los hombres públicos no son como yo, que moriré con mi cañón clavado, sino que siguen el ejemplo de las veletas de los campanarios, tornándose del lado que sopla el viento....

¡Ah! si aquellos valientes del Congreso se hubieran mantenido firmes hasta el fin, no me encontraría yo aquí y las cosas andarían de otra manera!

II

El general Arismendi (que, entre paréntesis, tiene el corazón de oro y el alma muy bella, á pesar de la injusta fama que de duro y cruel le han dado los enemigos) me había tratado algunas veces en los tiempos en que anduve al lado de Mariño y de Bermúdez; pero en los días del cautiverio me distinguió con especiales é inmerecidas consideraciones de aprecio y de confianza, hasta el punto de que reuníamos nuestros azafates para comer juntos; y bien fuese porque él decía que yo era muy travieso, muy sagaz y sabía mucho, ó por el tamaño descomunal con que la Naturaleza ha dotado á mis orejas, es lo cierto que me llamaba cariñosamente *Tío Conejo*, y vivía chanceándose conmigo.

Aquel día memorable de su inesperada y asombrosa elección, que fué el 14 de setiembre del año de 1819, nos encontrábamos jugando á las damas y él decía, azás contrariado, que estaba muy de malas, cuando un chambón como yo le había ganado cuatro partidas, y estaba á punto de *enchiquerarlo* en la quinta.

De pronto, oímos en la calle una inmensa gritería acompañada de víctores, aclamaciones, música y disparos de cohetes.

—¿Qué será eso?—preguntó parándose velozmente y tratando de asomarse por alguna parte.

—Debe ser la noticia de algún triunfo que hemos tenido—le respondí poniéndome igualmente de pies.

En esto se abrió la puerta y el alcaide entró despavorido, y con la cara más espantada del mundo y con metal de voz que pugnaba entre el miedo, el respeto y la desesperación, dijo:

—Señor general, es á Su Excelencia á quien vienen á buscar.

—Cómo—exclamó sobresaltado y furioso el general Arismendi—¿han resuelto acaso fusilarme?

—No, no—se apresuró á responder el cuitado alcaide, desbaratándose en cortesías y en zalamerías—todo lo contrario, señor General: es una comisión del Congreso que viene acompañada de numeroso concurso de ciudadanos á participaros que habéis sido elegido Vicepresidente de la República, y á buscaros para prestar el juramento de ley.

—Pues, hombre—contestó Arismendi, pareciéndole un sueño aquella brusca transición—si eso es verdad, haga usted pasar adelante á los diputados para ponerme á sus órdenes—y volviéndose muy sonreído hacia mí, añadió—nos iremos juntos, querido don Agapito, pues ya que ha estado á las verdes conmigo, también estará á las maduras; pero le participo que después de este golpe de suerte, no me ganará más nunca ninguna partida de damas.

La comisión entró presidida por don Domingo Alzuru, y, después de cumplido su encargo, el general

se vistió á la carrera con su uniforme, ayudado por todos y principalmente por el alcaide, que con mucho apuro le pasaba el cepillo de pies á cabeza. Yo sacudí y estiré lo mejor que pude mis pantalones y mi chupa, y salimos de la cárcel en triunfo, con la escolta que nos custodiaba convertida en guardia de honor, para conducirnos al local del Congreso, en donde el general Arismendi, muy emocionado, prestó el juramento en medio de atronadores aplausos, y pasó en seguida á hacerse cargo del mando, y nombró esa misma noche al general Mariño para contar con las armas, jefe del Ejército del Oriente, y á mí, Tesorero, para contar con la corrección en el erario nacional.

Mariño partió al día siguiente á hacerse cargo de las fuerzas que mandaban Urdaneta y Bermúdez, y yo recibí la tesorería, sin un centavo en caja y con la nube de acreencias y de gastos apremiantes, como las raciones diarias de las tropas y las dietas del Congreso, por lo cual fué preciso recurrir á medidas extremas, como al aumento de contribuciones y á la sanción del decreto que muchos llamaron arbitrario y que yo creí necesario, por el cual se dispuso que todos los cueros de ganado vacuno eran de la pertenencia del Estado.

¡Qué días aquellos tan soberbios, amigos míos! Fueron el despertar de los ciudadanos dignos y libres, el ocaso de la tiranía, y, sin duda, las únicas horas dichosas que he tenido en mi accidentada vida de luchador por los sublimes ideales de la República!

El general Arismendi, magistrado probo, popular y el hombre más filósofo y desprendido de la presente generación, lejos de envanecerse con el mando, lo miró con el mayor desprecio, pues con asombro general, luego que dictó algunas medidas de notoria importancia, dejó los asuntos á cargo de los ministros y se fué para Maturín á organizar tropas y á ocuparse en la guerra.

A los pocos días llegó á Angostura el parte oficial de la gran victoria obtenida en Boyacá, y de la noche á la mañana, todo el mundo cambió de opinión,

inclusive los diputados del Congreso, que se habían mostrado tan independientes y antibolivianos. La santa reacción se volvió humo. Militares y paisanos voltearon las casacas y solamente permanecieron firmes los compañeros Montes de Oca y Sánchez, con los cuales me reunía muy á menudo á lamentar nuestra minoría y á llorar nuestro infortunio, pues nadie se acercaba á nosotros y nos huían como si estuviésemos apestados....

Cuando el ex-farmacéutico pronunció estas últimas frases fué atacado de una violenta carraspera, producida sin duda por los efectos de la fría llovizna que acababa de recibir en pleno rostro, ó por la excitación nerviosa de los recuerdos que evocaba en su narración. Naturalmente se calló un instante, durante el cual, don Manuel Antonio pidió la palabra, para cuando terminase don Agapito, el padre Alegría sonrió pícaramente, y don Felipe se rascó la nariz hasta hacerse sangre, al ver que no podía decir esta boca es mía, y que ya otro se había adelantado á quitarle la mano.

Restablecida la calma en los órganos vocales de Callejones, se acercó á la pila que existía en el centro del patio, cogió del surtidor un poco de agua en la palma de la mano, tragó algunos buches y refrescadas las fauces, continuó su relación de esta manera:

—Ya entrado el mes de octubre, supimos en Angostura el combate naval librado en Apure Seco, como resultado del cual los realistas perdieron 10 flecheras y 250 hombres, y Páez, el bravo de los bravos, ocupó á San Fernando, cuya ciudad había ocupado Latorre después que Bolívar se marchó para la campaña granadina.

También supimos en aquellos angustiosos días de mortificante espectativa sazonada con temores, que el incansable y desgraciado Mac-Gregor, no escarmentado del mal suceso de la expedición que llevó á Portobelo, donde perdió todos los cuantiosos auxilios y los 417 hombres que le había proporcionado en Inglaterra el doctor José María del Real, salvándose

milagrosamente de caer en manos del mariscal Hore, por haberse tirado por una alta ventana de la casa de gobierno; supimos, repito, que el testarudo irlandés, sin inquietarse absolutamente del gran fracaso de la expedición con que intentó libertar á la Nueva Granada antes que Bolívar, formó otra en Haití con nuevos auxilios que le envió el patriota del Real y se dirigió á la Ciudad de Ríoacha, la cual ocupó el 5 de octubre, después de un reñido combate; pero como los soldados ingleses que llevaba se le insubordinaron después del triunfo y saquearon por su cuenta la ciudad, el *mabitoso* héroe del Alacrán, tuvo que reembarcarse á la carrera en uno de sus buques, dejando á los ingleses, los cuales más tarde cayeron en poder de los habitantes de Ríoacha y de los indios goagiros, que éstos buscaron en su apoyo, por lo cual tuvieron que rendirse á discreción, y murió la mayor parte: unos víctimas del maltrato que se les dió; y otros comidos con casabe y *guasacaca* por los indios, quienes decían muy contentos al mascar tan sabrosa y fina carne: *guateque chimajo!*

Llegaron además á Angostura muchos partes oficiales del ejército vencedor en la Nueva Granada, anunciando que el general Soublette se había unido á Páez, en Mantecal, al frente de 2.000 hombres, después de haber batido á Latorre en el alto de las Cruces; que el benemérito general Salóm había asumido el mando de la segunda división por la repentina y sensible muerte del valeroso Anzoátegui; y finalmente, que Bolívar había llegado á Apure prometiéndose regresar en el mes de diciembre á Angostura, á dar cuenta de su campaña al Congreso y á recibir la legión irlandesa, contratada con el general Juan D' Evreuse, constante de 5.000 hombres, que acababa de llegar.

Anonadado y perplejo quedé al tener conocimiento de esta última noticia que fué como un cañonazo para mí; y como no podía dudar de su veracidad porque en el acto se nombró una comisión para que organizara las fiestas de recepción, para agasajar á

Bolívar, no me quedó otro remedio sino el de ensillar mi mula y dirigirme, á la carrera, para Maturín á pedirle consejos á mi buen amigo, el general Arismendi, que todavía se encontraba en dicha ciudad.

—Hola, hola! mi buen *Tío Conejo*—exclamó riendo alegremente al verme entrar muy apurado á la casa que le servía de alojamiento.—¿Viene usted huyéndole á Tío Tigre? Ya me había supuesto su inquietud y considero como estará su ánima.

—Sí, señor general—le respondí—á eso he venido precisamente. Quiero que me aconseje lo que debo yo hacer.....

—Pues la cosa más natural del mundo, amigo mío—me contestó sin titubear—irse, marcharse pronto, á fin de que Bolívar no lo encuentre en Agostura, pues de seguro lo volverá á meter en *chirona*, si acaso no se le ocurriese algo más desagradable.

—¿Y para dónde cree usted, mi general, que podré irme sin correr peligro?

Arismendi recapacitó un momento, y luego con marcado interés, me dijo:

—Lo mejor que usted puede hacer, mi amigo Callejones, es volver en el acto para Angostura, recoger sus bártulos y, sin despedirse de alma nacida, embarcarse en un falucho é irse para Margarita, con cartas mías de recomendación. Para allá me iré yo también después que regrese el Libertador, si salgo bien en esta cruzada, y allá nos reuniremos entonces.

Al pie de la letra cumplí las instrucciones de mi inmejorable y nunca bien alabado amigo, don Juan Bautista; pero como una cosa piensa el burro y otra piensa el que lo cincha, no conté con la huéspeda, ó sea con una goleta española, guarda-costa, que atrapó en alta mar al falucho que me conducía, trayéndome á La Guaira preso, motivo por el cual me encuentro aquí desde hace más de un año.

—Ay ! mi amigo—exclamó don Felipe Carrasquel prontamente, sin aguardar siquiera á que don Agapito se refrescara los labios con la lengua—usted está muy atrasado de noticias é ignora los grandes acontecimientos que han pasado después. Bien se conoce que la incomunicación en que lo ha tenido el bárbaro Ceruto es la causa de que se halle como en el Limbo. Ahora mismo y aprovechándome de la ausencia del tal perillán, que seguramente se encontrará en la iglesia á estas horas, dándose golpes de pecho y haciendo chorizos para Lucifer, ahora mismo voy á ilustrar á usted de todo lo sucedido....

—Nó; nó—interrumpió el antiguo preceptor, poniendo una de sus esponjosas manos en la boca de Carrasquel—eso me toca á mí, pues he pedido la palabra antes que usted y tengo mejores materiales para confundir al detractor del ilustre Bolívar—y, en seguida, encarándose con don Agapito, añadió :

—*Baja la cabeza, orgulloso sicambro : adora lo que has quemado ; quema lo que has adorado.* Estas palabras dichas por el obispo San Remigio, al convertido Clodoveo, en el acto de bautizarlo, le caen á usted como de perilla, señor don Agapito, y ya verá el rebelde, después de escucharme, que yo tengo razón y que al fin tendrá que arrepentirse, como hombre sano y de criterio, de todas las calumnias y ofensas que ha dirigido al Libertador Bolívar.

Don Agapito se puso de pies cuan largo era, y no embargante el estorbo de los grillos, dió furioso una patada al taburete donde estaba sentado y levantando el enorme brazo con el puño cerrado sobre la serena faz de don Manuel Antonio, con ronca voz, dijo :

—¡ Arrepentirme yo de la verdad, ser calumniador porque la proclamo sin miedo ni servilismo ! Tenga mucho cuidado con lo que va á decir, porque soy capaz de romperle la crisma, aunque me lleven para El Tigrito !

III

El denodado Alvarez no se intimidó en absoluto por la agresiva actitud del ex-boticario y sin poner mientes en su brusca salida de quicio, tan impropia de su carácter y de su educación, recogió el taburete del suelo, se lo colocó al lado, y volviendo á sentarse muy tranquilo en el suyo, exclamó:

—*Pega, pero escucha*, dijo el elocuente Temístocles en el Senado ateniense al colérico y malcriado Euribíades, que le amenazaba con su bastón de mando. Póngame la mano, si quiere, digo yo en esta ocasión á mi viejo compañero de causa, vecino, contertulio, amigo y colega de prisión, el señor don Agapito Callejones, máteme si lo tiene por conveniente, pero óigame primero, puesto que yo he tenido la calma de oírle sin desplegar mis labios, aguardando mi turno para desvanecer sus sofismas y dejar una vez por todas, bien puesto el nombre cien veces esclarecido de Simón Bolívar.

—Hace muy bien el señor don Manuel—observó el padre Alegría—no hay que tomar las cosas mundanas tan á pecho, hay que respetar las opiniones ajenas y no debemos olvidar que aunque estamos presos, no somos bandidos ni galeotes para discutir á garrotazos y á puñaladas. Acuérdense de lo que siempre les he aconsejado: *pax vobis, pax vobis*.....

—Está bueno, sí señores,—respondió calmado y sentándose don Agapito—oiré todo lo que quieran decirme sin decir oste ni moste, bien entendido que me reservaré siempre el derecho de la réplica.

—Y bien entendido también—dijo don Felipe—que después que concluya el señor Alvarez hablaré yo.

—Sí señor—contestó don Manuel—hablará usted y hablará todo el que quiera; pero por ahora suplico que no se me interrumpa, aunque por fuerza tenga que extenderme un poco.

Seis años, cinco meses y tres días, hace que me encuentro en esta horrible mansión. El memorable 7 de Julio de 1814, día en que ocupó á Caracas el coronel Ramón González con 1.500 hombres, como no hubo la más pequeña resistencia porque Bolívar y todos los demás patriotas habían emigrado para Oriente, por un exceso de amor propio indignado, se me ocurrió la insigne calaverada de salir á atajarle el paso al Empedrado, armado con mi palmeta. Por supuesto, el feroz teniente de Boves me tomó por loco y riéndose en mi cara de la ocurrencia, me mandó para la cárcel de San Jacinto. Allí estuve veinte días y después me mandaron para acá junto con una gran cuerda de presos, y aquí no me he muerto debido á la abnegación de mi Benigna, la cual con la misma voluntad y amor que lo hizo el año 12, en la vez primera que estuvimos en Las Bóvedas, mandados por Monteverde, se vino detrás de mí para La Guaira, montó de nuevo su taller de tabacos, alpargatas y granjerías, y durante este largo tiempo no sólo me ha mantenido corporalmente, mandándome todos los días un abastecido azafate, sino que también me ha alimentado espiritualmente, teniéndome al corriente de todo lo que pasa, por medio de papelitos casi diarios, que me ha mandado valiéndose de distintos ardides á cual más ingeniosos.—Oh! señores, mi Benigna vale un Potosí!

Basta de exordio y entro en materia.

Después de la espléndida batalla de Boyacá, cuyos detalles conocen ustedes, pues se los leí un día en el periódico *El Correo del Orinoco* que la inteligente y vivaracha Benigna me introduce aquí, envolviendo las medias limpias, los pañuelos, ó algunas veces conteniendo pasas y almendras; después que el bizarro general Santander se encargó del mando de la Nueva Granada, como Vicepresidente, en uso del derecho de retaliación, mandó fusilar á Barreiro y á treinta y ocho oficiales de los prisioneros en la trascendental batalla; siendo de advertir,

que antes de ausentarse de Santafé, el Libertador propuso al virrey Sámano el canje de estos prisioneros por los que se habían tomado á Mac-Gregor en Portobelo, y el duro Sámano no convino en ello.

No embargante este poderoso motivo, que militó en favor del fusilamiento, Bolívar, al saberlo en su marcha de regreso por las provincias de Tunja, Socorro y Pamplona, lamentó mucho el incidente y en las distintas veces que discurrió en público en las ovaciones que le hicieron en las referidas provincias, dejó entrever la necesidad de regularizar la guerra amoldándola á las prácticas civilizadas.

Y todo esto que digo, señores,—añadió don Manuel, bajando un poco la voz,—lo sé yo, no sólo por *El Correo del Orinoco*, sino por los papelitos que clandestinamente y en diversas formas me hace llegar la incomparable, la sublime Benigna, quien recibe, esas noticias del comité de Caracas, por medio de un vendedor de pescado llamado Ruperto Suárez........

—Ya lo sabemos—indicó el padre, mirando hacia todos lados—esas cosas no se repiten, don Manuel, porque las paredes tienen oídos......

—Lo sé—contestó el aludido—pero es que no quiero que se crea que invento las cosas y deseo que nadie tenga derecho á dudar de mis afirmaciones.

El amigo Callejones ha referido los hechos, interpretados según su criterio apasionado y erróneo, y yo me propongo desvirtuarlos con la verdad, que es el más esplendente faro que ha iluminado al mundo á través de los siglos.

El tiene oídos y no oye, tiene ojos y no ve.

El contempla el águila majestuosa que se cierne sobre nuestro cielo político de libertad y redención, y sugestionado por los ingratos y empañados vidrios de sus viejas gafas, en lugar de admirar su atrevido vuelo y su hermoso plumaje, se ocupa en observar que tiene algo corvo el pico y medio torcida una garra, sin acordarse de que nada hay perfecto en este mundo.

¿Que Bolívar ha cometido errores y tiene algunos defectos, quién puede negarlo?

Pero yo pregunto: ¿en dónde está el hombre que pueda igualarlo y reemplazarlo en la presente generación?

¿Quién ha tenido su constancia, su fe, su inteligencia, su valor y su invencible carácter y energía para afrontarlo todo y para dominarlo todo?

Al atravesar los Andes, engañando á Morillo para ir á destrozar á Barreiro en Boyacá y á sorprender al viejo Sámano en la capital del extinguido Virreino, se mostró más audaz y más estratégico que Aníbal; y sobre todo, más estoico y más hábil, pues en lugar de quedarse en las delicias que le ofrecía la Capua granadina, regresó con la mayor rapidez para Guayana á poner en práctica los grandes pensamientos que bullían en su cerebro, de los cuales no nos ha dicho nada don Agapito, primero, porque él abandonó á Angostura antes de que se realizaran; y luego, porque aunque los hubiera presenciado estoy seguro de que se los habría tragado en silencio, aunque le indigestaran, pues los tercos y los empecinados en el mal camino, prefieren decir y cometer todos los absurdos antes de cantar la palidonia y confesar sus errores.....

Callejones se mordió los labios hasta hacerse sangre, le dió tres molinetes al brazo derecho, se rascó una de sus enormes orejas; pero no chistó, porque eso era lo convenido.

—Todo se había perdido en la Nueva Granada —continuó don Manuel después de un breve descanso—y todo lo recuperó Bolívar en pocos meses.

El 11 de diciembre hizo su entrada triunfal en Angostura y no tuvo memoria ni rencores para los infieles, sino gratitud para los leales y generosidad para todos. La alegría fué inmensa y las pequeñeces se olvidaron en aquel día, confundiéndose en un solo himno las voces y las aspiraciones de los ge-

nerales, los doctores, los sabios y los políticos, que salieron á recibirle y á cumplimentarle por su feliz llegada.

El Congreso presidido por el ilustre Zea, lo recibió en audiencia solemne el día 14, y, después de haber dado cuenta de todos sus actos militares en la última y próspera campaña, propuso la grandiosa idea de constituir, bajo el nombre de Colombia, una poderosa República que pudiera mantenerse respetada y firme en lo presente, y asegurar su preponderancia en lo porvenir, tanto para los disturbios internos como para los peligros externos, propuso en síntesis la estrecha unión de Venezuela con la Nueva Granada, para acabar de echar á los españoles del extenso territorio que ellos abarcaban y establecer en seguida una entidad gubernativa respetada, fuerte, durable y compuesta de los hombres más meritorios de ambos países hermanos.

El pensamiento no podía ser ni más hermoso, ni más práctico, por lo cual fué acogido desde luego y pasado á una comisión para que informara á la brevedad posible.

La comisión compuesta de venezolanos y de granadinos, informó de modo favorable, y el proyecto discutido reglamentariamente, fué convertido en ley y sancionado por unanimidad de votos en la mañana del 17 de diciembre de 1819.

¡ Gloriosa alba de nuestra redención, santa mañana en que se verificó aquel acto inmortal y salvador, yo te saludo !

Zea, como presidente del Congreso y puesto de pies, declaró aprobada la ley y exclamó entusiasmado :

—¡ Viva la República de Colombia !

Los diputados y el pueblo que llenaba la barra, repitieron llenos de júbilo aquel sincero *viva* á la naciente Colombia, y, por la nueva ley, se estableció un gobierno central con tres grandes departamentos llamados *Venezuela*, *Cundinamarca* y *Quito*, com-

prendiendo todo el territorio abarcado por la Capitanía general de Venezuela y el Virreinato de la Nueva Granada. Cada departamento debía tener una administración superior y un jefe con el título de *Vicepresidente*, que nombraría el Congreso. Se dieron algunas otras leyes complementarias, como la de refundición de las deudas de las extinguidas repúblicas, las de armas y bandera para Colombia, adoptándose las mismas de Venezuela y se acordó la convocatoria del Congreso general de Colombia, fijando como punto de reunión la villa del Rosario de Cúcuta, y como fecha de instalación, el 1º de enero de 1821.

Practicadas las elecciones que al Congreso correspondían, fué nombrado el Libertador Bolívar Presidente de Colombia y don Francisco Antonio Zea, Vicepresidente, designándose para este último cargo en Venezuela y en Cundinamarca, al doctor Juan Germán Roscio y al general Santander respectivamente, declarándose como capitales de los tres departamentos, á Bogotá, á Caracas y á Quito, suprimiéndole á la primera la añadidura ó rabo de Santa Fe, que sin duda alguna, estaba de más.

El padre Alegría quiso protestar al oír esta observación de don Manuel; pero éste no lo consintió, alegando estar prohibidas las interrupciones, y, sin tomar siquiera unos tragos de agua, como lo hiciera su antecesor en el uso de la palabra, continuó:

—Dictadas algunas otras disposiciones de notoria trascendencia, después que Bolívar partió de Angostura el 24 de diciembre á continuar la campaña, cerró sus sesiones aquel notable Congreso al onceno mes de haberlas abierto, cuyo importante acto se verificó el 19 de enero del año de 1820. Ese día, el nunca bien ponderado sabio, maestro en historia universal y benemérito patricio Zea, leyó ante el Congreso un manifiesto á los pueblos de Colombia, que se publicó en *El Correo del Orinoco* y que de memoria me aprendí por ser un portento de ha-

bilidad y de erudición el tal documento, en el cual, entre otras bellas cosas, hay un párrafo que dice:

Unidos estos tres departamentos, ni el imperio de los Asirios, ni el de los Medos, ni el de los Persas, ni el de los Macedonios, ni el de los Romanos, podrían compararse jamás con esta colosal República, siendo de notar que los referidos departamentos no podrán, ni en el espacio de un siglo, constituir aisladameute una potencia firme y respetable.

¡Así se piensa, así se escribe y así se habla, señores, ese elocuente párrafo que acabo de repetir, vale mucho y demuestra la sabiduría de un hombre y el mérito de la creación de Colombia!

Sin jactancia, debo decir que el tal parrafillo, por estar tan recargado de citas de historia antigua, parece escrito por mí....

Al llegar á este punto de su charla, don Manuel se encaró con Callejones, y por vía de conclusión, añadió:

—¿Después de todo lo dicho y de estos hechos que no necesitan de comentarios, se atreverá usted, don Agapito, á llamar todavía á Bolívar dictador vulgar, enemigo de los congresos, absorvente, ambicioso; cruel, inútil y qué sé yo cuántos otros calificativos hirientes de su cosecha de improperios, hacia el capitán más célebre de los modernos tiempos.? ¡No lo creo!

—"¡*Baja la cabeza, orgulloso sicambro, adora lo que has quemado; quema lo que has adorado!*"

Pero como aconteció el imprevisto caso de que el Clodoveo de las píldoras y los ungüentos, lejos de humillarse ante el San Remigio de la palmeta, agarró, montado en cólera, el taburete donde estaba sentado para pegárselo por la cabeza á su contrincante, en cuyo brusco movimiento y al alzar el brazo, enseñó su camisa sucia y rota, tuvieron que intervenir el padre y don Felipe y para evitar una desgracia, sujetaron, por detrás, fuertemente á Callejones.

En tan tirante estado de relaciones entre los dos ex-compinches, el generoso Alvarez, lejos de aprovecharse de la situación de su contrario para tirarle á

mansalva, como acostumbran los cobardes en análogos casos, se limitó á extender el brazo hacia él y en tono enfático, decirle:

—Ya que no quieres arrepentirte como el humilde rey de los galos ante la voz del santo arzobispo, te apostrofaré como Sócrates á su cínico discípulo Antistenes: *¡Oh! Callejones, distingo tu gran soberbia al través de los agujeros de tu asquerosa camisa!*

IV

Restablecida la calma con no pocos esfuerzos del presbítero Alegría y del acucioso Carrasquel, y sentados de nuevo los dos semichiflados patriotas en sus respectivos taburetes, el ex-cura de Candelaria, que á duras penas consiguió de don Felipe el favor de que le cediera la palabra, en fuerza de que iba á ser muy breve, dijo:

—Yo que, indudablemente, soy el decano de este instituto de penas y martirios, porque tengo algunos meses más de prisión que don Manuel, me asombro de la desunión que estoy viendo ahora entre mis compañeros. Señores, aprendan de mí, que yo aprendí de Jesucristo, á perdonar.

Ninguno debía de ser más enemigo de Bolívar que este capellán y servidor, porque unos meses antes de la funesta batalla de La Puerta, se le ocurrió un día sacarme de la tranquilidad y delicias de mi curato para mandarme en comisión, junto con los otros tres sacerdotes que también están aquí, á amansar y á contener á Bóves en Calabozo. El bárbaro asturiano ni siquiera nos recibió y al mismo pasar el Guárico y cuando en nuestras cansadas mulas remontábamos la subidita que hay para entrar á la ciudad, nos arrebató un piquete de lanceros y fuimos derecho hacia la cárcel y de ella nos condujeron aquí, después de la ocupación de la capital.

¿Puede hacérsele mayor mal á un pobre clérigo, que el que me hizo á mí Bolívar encargándome de la tal comisioncita que equivalía á ir á ponerle collar á un tigre?

Imposible; y, sin embargo, ninguno lo admira y quiere más que yo, y ninguno celebra con mayor gusto sus éxitos y sus ruidosas victorias, porque yo me pregunto cada día: ¿si no triunfamos con Bolívar, con quién vamos á triunfar?

Nada tengo que contar sino lo dicho y nada sé, sino lo que me refiere á hurtadillas don Manuel, cuando por fortuna nos dejan reunir como hoy.

Todos los horrores que he visto en estos largos años de cautiverio, la circunstancia cruel de que ni porque soy un ministro del altar, me he escapado de que me remachen estos pesados grillos, ninguno de tantos salvajismos me ha mortificado tanto como el hecho desconsolador de ver la desunión en nuestras filas y á dos viejos amigos y compañeros en facha de insultarse y hasta de irse á las manos por discusiones políticas y por la discrepancia en la apreciación de un Caudillo.

Eso taladra mi alma y aflige mi corazón cien veces más que las torturas de los enemigos de la Patria.

Casi toda la época de la guerra independiente la he pasado preso, pues parece que todas las cárceles se hicieron para mí y todos los grillos se han forjado para mis piernas, por lo cual sólo me ocupo de pedir á Dios por la salud del Libertador, por la definitiva victoria de nuestra santa causa; y más que todo—añadió juntando las manos de don Manuel y de don Agapito y echándoles la bendición—más que todo, pido á Dios por la unión y harmonía de los buenos servidores y apóstoles de esa Causa.

—Está muy bien, amigo mío—respondió Callejones, estrechando sin rencor la mano de don Manuel—me ha dado usted una lección que no olvidaré y es bueno recordar, padre Alegría, que esta vida

de perros que se lleva aquí y esta situación tan desesperada en que nos hallamos, ataca á veces el sistema nervioso, hasta el punto de hacernos cometer disparates y violencias impropios de la educación que recibimos.

—*Has vencido, Galileo!*—dijo don Manuel Antonio, dirigiéndose al padre Alegría,—sí, amigo mío, cuadra bien recordar ahora esta exclamación que produjo Juliano el Apóstata, lanzando hacia el cielo con la mano sangre de su herida, momentos antes de morir, —sí, mi inteligente capellán, ha logrado usted con su humilde y persuasiva plática conseguir más que yo, pues ha apaciguado y *humanizado*, al excelente compañero Callejones, haciéndolo entrar en buen camino y arrepentirse de sus bruscos ímpetus.

—Cuánto me alegro de este desenlace—observó don Felipe—yo también felicito al padre José Luis por su buen acierto.

—Pero hay que advertir—añadió Alvarez sonriendo—que en ese triunfo tengo yo mucha parte porque le aconsejé que se instruyera en la prisión, como lo ha hecho, ocupándose constantemente en la lectura de Masillon, Bossuet y Fenelón, que juntos hemos comentado. De seguro que el padre Alegría no hubiera obtenido este gran triunfo en aquellos tiempos en que por su chabacana oratoria le pasó el estupendo fracaso en la reunión política celebrada en la Cuadra Bolívar, que el mismo don Agapito debe recordar porque se hallaba presente.... Entonces era un pésimo predicador, mientras que hoy ha variado por completo y deleitará á sus oyentes en el púlpito, cuando tengamos la fortuna de salir de aquí.

—¿Y cuándo será eso?—preguntó Callejones con reposada voz, dirigiéndose al preceptor, como si no hubiera ocurrido nada entre los dos,—¿cuando será ese venturoso día?

—Muy pronto—respondió don Manuel—y usted se convencerá de ello, cuando se imponga del estado actual de la guerra, leyéndole, como le he

ofrecido, la colección de papeles, que me ha mandado Benigna durante este último año y que por orden de fechas tengo coleccionados y escondidos.

—¿Y cómo podremos hacer eso sin que lo noten y sin infundir sospechas?

—De la manera más fácil—dijo don Manuel—como ahora nos dan permiso durante el día para estar fuera de los calabozos, y el padre Alegría acostumbra á veces leernos capítulos de su breviario, mañana sacaré el lío de papelitos de seda que tengo oculto debajo de una laja en el degredo, y el mismo padre, con disimulo, los irá metiendo en el libro á guisa de marcas para leerlos, como si fueran los pasajes del santo libro. De este modo, los centinelas que se hallan en la esplanada no podrán tener sospechas, porque diariamente nos ven reunidos aquí oyendo la referida lectura, con que nos entretenemos.

—Magnífico!—exclamó el Mudo que se sarandeaba por entrar en pelea—don Manuel es hombre de muchas trastiendas, así lo haremos mañana; pero hoy me corresponde á mí hablar, pues todos lo han hecho menos yo.

—Sí, sí—dijeron todos—don Felipe Carrasquel tiene la palabra.

El Mudo se aclaró el pecho, y humedeciéndose los secos labios con la lengua, dijo:

—Razón sobrada tuvo mi buena esposa Brígida, cuando me aconsejaba que no me mezclara en enredos de política ni en achaques de guerra, siendo como éramos suficientemente acomodados para poder vivir con holgura y educar á nuestros hijos, á nuestros nietos y bisnietos. No la oí, y por la influencia de mis parientes los Peralta, y por las simpatías que me inspiró el ínclito y malogrado general Manuel Piar me metí de bruces en el fandango, acompañé hasta sus últimos instantes al héroe de Maturín y después que cometieron la atrocidad y la infamia de fusilarlo, siendo inocente, me aparté por completo de todo, pareciéndome que se había acabado el mundo y desplomado el cielo. De Angostura salí indignado y me fuí

para mi casa á llorar la muerte del egregio mártir, víctima de las ambiciones y de la envidia; pero como en Maturín no me dejaban vivir tranquilo las autoridades patriotas por los nexos de amistad, compañerismo y admiración que me ligaron á Piar, resolví trasladarme con mi familia á Cumaná, donde tiene Brígida muchas relaciones y algunas propiedades. Allá estuvimos algunos meses tranquilos; mas en octubre del año 18, después que los realistas derrotaron á Mariño en Cariaco, los catalanes me denunciaron como agente de dicho general, en Cumaná, y aunque la tal denuncia fué una calumnia atroz me redujeron á prisión y en el primer barco que salió me despacharon para La Guaira, y, aquí me tienen ustedes con mi par de grillos desde hace tres años y pico, pasando más trabajos que un perro entramojado y viviendo y comiendo porque mi valerosa y excelente Brígida se vino detrás de mí con una de las hijas á residenciarse en este puerto para cuidarme, acomodándose en la misma casa que habita misia Benigna la esposa de don Manuel. Nada más tengo que decir sino celebrar que por mediación del padre Alegría, hayan terminado para siempre los disgustos y riñas entre nosotros: que nos toleremos y aguantemos con resignación nuestras impertinencias y nuestros malos ratos en este infierno, donde nos estamos consumiendo en vida, es mi mayor deseo y la súplica que hago á mis compañeros.

Muy cerca de las doce serían cuando Carrasquel pronunciaba estas juiciosas palabras que fueron interrumpidas por la llegada del alcaide, quien á legua denunciaba su estado de embriaguez por sus gritos soeces y sus inseguros movimientos.

Era su costumbre en los días feriados, reunirse después de oír misa, con algunos camaradas á beber en una fonda que existía cerca de la plaza; pero en aquel domingo se dejaba ver por su estado que se había pasado de la cuenta.

Venía dando traspies, con un pequeño papel de seda escrito con lápiz rojo en una mano, se acercó

al grupo de que nos ocupamos, y tartamudeando, gritó:

—Aquí está el cuerpo del delito, este papel ha sido descubierto por el oficial de guardia en un doble fondo ó falso del azafate del reincidente y porfiado viejo Alvarez. Otras veces lo he perdonado, pero hoy resueltamente le voy á hacer dar 50 vergazos para que no se repita semejante abuso.

—Pero, señor Ceruto—dijo el padre Alegría, con mucha humildad—usted es un buen cristiano y un hombre justo y de buen corazón, perdónelo una vez más porque él no tiene la culpa desde luego que no ha cometido la falta.

—Es lo mismo—contestó el alcaide pateando de rabia—no lo ha hecho pero le ha mandado decir que lo ejecute á la vieja lechuza de su esposa, y como no puedo castigarla á ella, ni impedir que entren los azafates, porque se le pegarían al gobierno esas raciones más, por fuerza tengo que pagar con el pájaro de cuenta que tengo dentro de la jaula. No hay remedio; que se desnude y á amansar el cañón con la barriga!

—Por el amor de Dios—insistió el noble padre Alegría, arrodillándose ante el beodo al ver el peligro que amenazaba al pobre don Manuel—¡perdónelo usted, señor alcaide, que eso no volverá á suceder más!

—No puedo perdonarlo—rugió Ceruto apretando los puños—lo único que puedo hacer en su obsequio es rebajarle la cantidad de azotes, para que no diga usted que lo desairo, señor cura.

Don Manuel Antonio que durante este breve diálogo, sorprendido, pálido é inmutado, no había desplegado sus labios, al ver el chaparrón que se le venía encima y la resolución inquebrantable que tenía aquel esbirro de vejarlo y maltratarlo de manera tan infame, lleno de audacia, de coraje y de altanería, extendió el brazo hacia él y exclamó:

—Prefiero que usted me mande á dar cuatro tiros en vez de escarnecerme de tal manera. ¡Ante

Dios y los hombres protesto de semejante atentado nunca visto ni en los neronianos tiempos!

—¡Miguelete!—gritó fuera de sí el desalmado Ceruto al oír aquellas dignas palabras.—Coge ocho soldados y ven con la verga y un mecate, para que desnudes en el acto á este insolente loco, lo amarres de barriga en el cañón más grande de la esplanada y le des con mano recia 25 zurriagazos!

—Está bien—respondió con la mayor tranquilidad el denodado Alvarez—mi ánimo no flaqueará ya que no puedo pronunciar el *morituri te salútant*, porque no está presente el César, me pondré á la altura de aquel estoico discípulo del sapientísimo Zenón, cuando en medio de los sufrimientos más agudos, dijo: *Dolor ¿quién ha dicho que tú eres un mal?*

Y se entregó en manos de los sicarios. Y la bárbara sentencia empezó á cumplirse.

Entre Miguelete y los soldados desnudaron á empellones al infeliz preceptor, llevándolo cargado y desnudo en cueros al lugar del suplicio; y como por una oportuna inspiración cuando quitaban las ropas á la víctima, don Agapito, que no era hombre de palabras sino de acciones y que en las circunstancias críticas se agigantaba, acordándose de sus buenos tiempos y de sus inagotables mañas, logró disimuladamente ofrecer, en voz baja, á Miguelete un peso por cada cuerazo de los ordenados, con tal que no los diera en las carnes de don Manuel sino en el lomo del cañón, propuesta que tácitamente aceptó el verdugo andaluz, guiñando los ojos. Por esta salvadora jugarreta, que pasó inadvertida para todos y principalmente para el tambaleante alcaide, que se fué á dormir la borrachera, pudo don Manuel Antonio convencerse prácticamente en trasportes de grata sorpresa de la veracidad de lo dicho por el discípulo de Zenón, quedando en capacidad de afirmar que *el dolor no era ningún mal*, por la sencilla razón de que no experimentó ninguno, sino un gran resfriado en el vientre, por el contacto del helado cañón, que no ha-

bía recibido en toda la mañana, el más pequeño rayo de sol á causa de la incesante lluvia.

Cuando bajó al patio vestido y simulando renquera para complacer á Miguelete, que así se lo había exigido para que no se conociera el engaño, encontró á sus amigos todavía sin almorzar y en la mayor consternación, los cuales, en coro le preguntaron ansiosos:

—¿Cómo le fué, compañero?

—Admirablemente—respondió en voz baja y señalando al andaluz—Zenón es un hombre eminentísimo que ha dado muy buenos discípulos....

—Y don Agapito es un coloso á quien debemos admirar—dijo el padre Alegría—él ha sido el autor del gran milagro. Abrácelo y vamos á almorzar.

—Un momento—exclamó riendo el boticario—para expansiones nos sobra tiempo. Ocupémonos en lo principal, que es pagarle el milagro á San Zenón. Yo no tengo sino diez pesos, resto del regalo que me mandó el general Páez cuando fuí preso para Guayana.

Todos se registraron los bolsillos y como hecha la colecta no logró cubrirse el déficit, Carrasquel dijo:

—Yo le daré una orden para que Brígida le entregue los once pesos que faltan.

—Gracias, don Felipe—respondió don Manuel muy tocado—Benigna se los dará.

—No, querido amigo,—observó don Agapito—las demostraciones y servicios se hacen completos, usted no debe gastar nada sino nosotros. Limítese á escribir dos líneas á misia Benigna diciéndole que de ahora en adelante no meta papelitos en ningún falso, sino que los siga mandando con la nueva fórmula que indicaré.

—¿Y quién llevará lo escrito?

—Miguelete, hombre de Dios, Miguelete, al acto de ir á recibir lo que le falta, porque estamos en camino de ganárnoslo....

—Razón sobrada tuvo el Libertador—dijo Alvarez en son de broma—para haberlo metido en la cárcel de Angostura y razón tienen los realistas para tenerlo aquí con su par de grillos...... ¡Venga un abrazo, que usted es un hombre incomparable!

V

Nada más monótono y rutinario que la vida en las prisiones. Los días, las noches y las horas van transcurriendo con una precisión abrumadora, é insensiblemente pasa una semana, pasa un mes y pasa un año, verificándose todas las reglas, costumbres y oficios, como si á los hombres y á las cosas se les hubiera dado cuerda.

Todo se ejecutaba en Las Bóvedas por turnos, á la medida del compás del tiempo y reinaba en aquella sombría y pavorosa mansión un fastidio de muerte sin ningunas otras intermitencias, sino la de los ingresos diurnos y nocturnos de nuevas víctimas, que nunca faltaban.

He aquí el eterno programa: á las 5 a. m., diana en la esplanada y látigo casi siempre; á las 6, formación, lista y resquisa; á las 7, desayuno; de 8 á 10, barrido, *fregoteo*, oficios y entretenimientos; á las 12, almuerzo; de 1 á 4, oficios y entretenimientos; á las 5, comida; á las 6, segunda resquisa y encierro en los tres compartimientos; y durante estas largas horas nocturnas llamadas de *descanso*, es decir, desde las 7 de la noche hasta las 5 de la mañana, insufrible calor por el aglomeramiento y falta de aire, plagas inmundas de toda especie, desagradables y malsanos olores, conversaciones inconvenientes entre los presos desvelados, y ronquidos formidables y pesadillas horribles entre los dormidos; en tanto que arriba, en la esplanada, los pasos de la ronda, el alerta de los centinelas y el ruido de las trompetillas de

los fusiles, formaban un concierto sin interrupción hasta el toque de diana, en que volvía á comenzar la invariable escena de la anterior jornada.

Dos días después del nefasto domingo en que tan mal rato pasó don Manuel Antonio y tan desagradable impresión los demás presos que presenciaron el brutal castigo, del cual escapara por el ardid que conocemos, y que para casi todos pasó inadvertido, se hallaba nuestro conocido cuarteto, en las primeras horas de la mañana, entretenido, como á veces acostumbraba, en oír lecturas santas y evangélicas.

El padre Alegría, con suma habilidad, de breviario en mano, comenzaba la lectura por algún salmo en alta voz y luego bajando el diapasón continuaba leyendo uno á uno los papelitos de seda, que á guisa de marcas, tenía en el libro y que le había entregado clandestinamente don Manuel.

Eran muchos, escritos en forma de minúsculos boletines y contenían las noticias más importantes de la guerra y la relación de los hechos de mayor significación.

Al rededor de los cuatro amigos; sin llamar la atención, y cada cual ocupado en algún oficio, se habían acercado gran número de presos deseosos de oír las interesantes nuevas.

El taimado sacerdote leía de esta manera:

"SALMO XXXVIII

—*Dije yo en mi corazón, velaré sobre mi conducta para no pecar con mi lengua. Ponía un candado en mi boca, cuando el pecado se presentaba contra mí.*

"BOLETIN Nº 1º

"El Centro Directivo patriota de Caracas sabe de fuente fidedigna las verídicas informaciones si-

guientes, que se extractan para conocimiento de los compañeros presos en Las Bóvedas:

"Proclamada Colombia y terminadas las sesiones del Congreso de Angostura, al Libertador no le quedó otro camino sino el de asegurar su obra y continuar la guerra, á cuyo fin se trasladó á Bogotá á abrir la campaña de este año, de 1820, que se inicia bajo tan buenos auspicios como la del año anterior, y que habrá de terminar muy prósperamente para el definitivo desenlace del grandioso drama de nuestra Independencia.

"Al abrirse la campaña, la situación militar es así: el Capitán General de Quito, el porfiado virrey Sámano, puede tener un pie de ejército como de tres mil hombres y el formidable apoyo de la plaza de Cartagena, y á Morillo, que se halla aquí en Caracas enzurronado, y de un humor de perros, todavía le quedan en Venezuela, en las distintas provincias, cerca de 12.000 soldados de las tres armas; mientras que Bolívar apenas podrá movilizar al rededor de 8.000, contando con las fuerzas de Páez que son las más numerosas, con las que están bajo sus inmediatas órdenes y con las diseminadas entre Venezuela y la Nueva Granada.

"No embargante ello, el golpe de Boyacá está dado y los jefes realistas que quedan en armas se baten sólo por amor propio y por honor, pero el desaliento más profundo los domina y todos comprenden que están perdidos.

"El cuerpo de ejército mandado por el coronel Salóm, insigne militar y esclarecido patriota que ha reemplazado al nunca bien sentido Anzoátegui, acaba, por medio de una asombrosa marcha desde Pamplona hasta Cúcuta, de derrotar á Latorre haciéndole retirar hasta Mérida, con algunas pérdidas.

"Sámano tuvo la intención de recuperar el alto Magdalena y las provincias de Antioquia y Chocó, á cuyo fin mandó tres expediciones, las cuales fueron completamente destruidas cerca del Peñón y playa de Barbacoas, por nuestra flotilla, al mando del valien-

te comandante Maiz. Perdieron los realistas 600 fusiles, muchos pertrechos y dejaron gran número de prisioneros, de muertos y de heridos.

"También mandó por tierra otra expedición sobre Antioquia, al mando del coronel Warleta, compuesta de 300 veteranos, la cual fué batida el 12 de febrero, en Chorros Blancos, por el bravo teniente coronel Córdova.

"El valle del Cauca ha sido invadido por Calzada, al frente de 2.000 hombres, sacados de Quito y de Pasto, con los cuales ha ocupado á Popayán, cuya ciudad no pudo defender el coronel Antonio Obando por tener solamente en ella una guarnición poco numerosa y estar escaso de municiones.

"En vista de tales amagos, el Libertador ha dictado en Bogotá varias enérgicas medidas para aumentar el ejército, entre ellas, que se tomasen hasta 5.000 esclavos de las provincias invadidas, declarándolos libres y reconociendo á sus amos el valor de ellos en deuda interna de la nación colombiana....

—Padre Alegría—interrumpió el astuto Callejones, en voz baja—el oficial de recorrida nos está viendo mucho desde la esplanada y se ha puesto la mano derecha en una de las orejas para oír mejor lo que usted lee.

—*Matutina ligat Chistum qui crimina purgat*—contestó el lector muy serio y en alta voz, al mismo tiempo que cambiaba la marca del breviario por otro papelito que sacó discretamente del bolsillo de su sotana—*prima replet sputis, dat cenisum tertia mortis.*

"Se queja David muy afligido.

"Enmudecí y humilléme y me abstuve de responder aun cosas buenas, con lo cual se aumentó mi dolor....

Y persignándose, y como quien masculla un rezo, continuó:

"BOLETIN Nº 2

"El 7 de marzo salió una gran expedición de Margarita, al mando de Montilla y Brión, compuesta

de 14 buques y de 1.300 hombres de desembarco, entre ellos 700 de la legión irlandesa, con ella fué ocupado sin resistencia el puerto de Ríoacha, porque el gobernador español don José Solís, no queriendo rendirse ni pudiendo resistir, le abandonó á media noche, incendiando algunas casas é inutilizando los cañones.

"Montilla dejó de gobernador de la ciudad al coronel Ramón Ayala y salió á someter toda la provincia y á esperar en el Valle de Upar una columna de apoyo que, enviada por el Libertador, debía unírsele para libertar á Ocaña.

"Como Carmona demoró su marcha y tuvo noticias de que el coronel Sánchez de Lima, con fuerzas de Maracaibo y Santa Marta, marchaba sobre Ríoacha, regresó Montilla, aceleradamente, para dicha ciudad, donde se encontró con que los insubordinados irlandeses, con el enemigo al frente, no querían combatir si no se les aumentaban las raciones y aun aumentándoselas se negaron á salir, por lo cual el incansable Montilla, que no necesita de vejigas para nadar, salió sin ellos y con las pocas fuerzas que tenía derrotó por completo á Sánchez de Lima, en la sabana llamada del Patrón.

"No embargante aquel triunfo, vióse precisado Montilla á abandonar á Ríoacha, por no poder soportar por más tiempo á los enganchados irlandeses, á quienes fué forzoso despachar para Jamaica para poner término á sus repetidos desórdenes y maldades.

"Libres Montilla y Brión de la compañía de aquellos verdaderos facinerosos, que lejos de ayudar dificultaban todas sus operaciones, pusieron rumbo con sus buques al puerto de Sabanilla, donde anclaron sin resistencia alguna, apoderándose del fuerte, donde sólo había 20 soldados y un oficial, que fueron capturados junto con 4 cañones y algunos fusiles.

"Tres días después tenían los patriotas más de 500 hombres bien armados, todos voluntarios, entusiastas y aguerridos, y con ellos se internaron hacia

el Cauca y el Magdalena, que dominaron en breve, poniéndose en combinación, para las operaciones, con el esforzado coronel José María Córdova, jefe militar de aquellas comarcas, cuyo subalterno, el activo y audaz Hermógenes Maza, con 7 embarcaciones pequeñas y 120 fusileros, logró, en Tenerife, antes que Córdova llegara, por tierra, sorprender al enemigo y alcanzar el más ruidoso triunfo naval, que hasta ahora han obtenido los independientes, puesto que del escuadrón de 11 buques de alto bordo y cañones de grueso calibre, que mandaba el comandante de la marina española, don Esteban Díaz, se apoderó, al abordaje, de 9, con su armamento, fusiles y municiones; voló el más grande, que mandaba don Vicente Vila, escapándose uno solamente, el cual fué apresado también en Sitionuevo, por la escuadrilla de Brión y de don José Padilla.

"Después de este golpe decisivo, dominó Córdova todo el litoral hasta las sabanas del Corozal; y unido con Montilla, procedieron ambos jefes á establecer el sitio de Cartagena, tanto por tierra como por mar....

—Padre, padre—dijo don Manuel Antonio—en el rastrillo está Ceruto y mira con atención hacia nosotros.

—*Deum precomur supplices*—gritó el lector, acomodándose los anteojos y cambiando la marca con disimulo.—*Versículos 11 y 12: Señor, levanta de sobre mí tu azote. A los recios golpes de tu mano yo desfallecí cuando me corregías por el pecado, castigaste tú al hombre, é hiciste que su vida se consumiera como araña....*

—El hombre se aleja—observó don Felipe muy alegre—cualquiera diría que se ha espantado con el latinazo y las alusivas palabras del salmo, que parecen escritas para aplicárselas, como un vejigatorio, en la frente.

—Esta noticia sí es gorda—exclamó el padre estirando el arrugado papel sobre las amarillentas hojas

de su breviario—oigan, oigan y regocíjense íntimamente:

BOLETIN Nº 3.

"¡ Grandes acontecimientos en España favorables á nuestra Causa! Morillo está dado al demonio desde anoche, cuando recibió la noticia, cada patada es un terremoto y cada terno un cañonazo, pues en lugar de llegarle la nueva expedición que aguardaba para abrir operaciones en contra de Bolívar y reconquistar á la Nueva Granada, resulta que los 22.000 hombres que se hallaban acantonados en la isla de León y que se destinaban para reforzarlo, se pronunciaron el día 1º de enero por la constitución liberal de 1812, se negaron á embarcarse, y, consecuentemente, Fernando VII, ha tenido que someterse y jurar dicha constitución, con lo cual se ha volteado la tortilla burocrática, ha cambiado por completo el sistema de gobierno se ha venido abajo el absolutismo odioso que imperaba y ha desaparecido el tren de empleados que lo sostenía.

"Es indudable que esta revolución trascendental en la política ibérica, viene á completar el triunfo definitivo de la Independencia, puesto que por los preceptos de dicha carta fundamental, se ha visto obligado el rey á ordenar, por medio de circulares, á sus jefes de ultramar, "que pongan en libertad á todos los españoles y americanos que se hallen detenidos por causas políticas y que se abran negociaciones en el acto con los jefes disidentes para poner fin á la larga y desastrosa guerra que aniquila á las posesiones españolas en la América del Sur.

"Morillo, montado en cólera, al leer dichas disposiciones, delante de algunas personas, en la casa de gobierno, exclamó:

"*Esos hombres que han hecho firmar tales absurdos á Su Majestad están locos, no saben lo que mandan, no conocen el país, ni los acontecimientos, ni las circunstancias. La soltura de los presos es imposible porque esò sería aumentar las filas de los rebeldes. No me que-*

da otro camino digno, sino el de pedir á España mi relevo del mando y cumplir, en lo posible, la segunda parte de las órdenes.

Y por virtud de esta norma de procederes, acaba de establecer en esta capital una junta llamada de *pacificación*, y ha dirigido oficios con tal fin á los generales Páez, Bermúdez, Zaraza, Monagas, Cedeño, Rojas, Montes, Montilla y al gobernador de Margarita, diciéndoles: "que autorizado por el Rey su Señor, quería tratar particularmente con ellos y que para conseguirlo era preciso que cesara el ruido de las armas y así daba órdenes á los comandantes de los diferentes cuerpos de tropas bajo su mando y también á las fuerzas navales, con el objeto de que hubiera una suspensión de hostilidades, por el término de un mes."

"También despachó Morillo dos comisionados que fueron á Cúcuta y á Angostura á entenderse con Bolívar y con el Congreso, sobre este punto de las negociaciones.

"¿Qué contestarán los nuestros y qué podrá sobrevenir con este inesperado sesgo que han tomado las cosas?

"Nadie lo sabe y hay muchos comentarios.

"La opinión general en Caracas es que, como no debe haber ningún arreglo sin que previamente se reconozca la soberanía é independencia de la gran república de Colombia, el asunto se quedará en dimes y diretes, pues á eso no llegará nunca Morillo y mucho menos el gobierno español.

"Oportunamente les avisaremos lo que ocurra y entretanto fe y esperanza que, de un modo ó de otro, el día de la libertad está cerca."

—¿Que resultará de este enredo?—preguntó el presbítero, guardando los anteojos y cerrando el libro, porque ya se acercaba la hora del almuerzo y tenía la voz algo tomada de tánto leer—¿qué piensan ustedes de este inesperado busca-pies?

—Pienso—contestó enfáticamente Alvarez—que eso está muy bien pensado y que nuestros jefes

deben, parodiando la altiva fórmula aragonesa, decir á Morillo: "nosotros que separados valemos tanto como tú; y que reunidos podemos más que tú y que don Fernando VII, te autorizamos para que le contestes que si se empieza por reconocer nuestros *fueros é independencia*, trataremos; *si nó, nó!*

—Y entretanto—exclamó don Felipe Carrasquel, á quien le había latido el corazón de alegría cuando se habló de pronta libertad de presos—¿y si no hay arreglo, hasta cuándo continuaremos en este purgatorio?

—Hasta la consumación de los siglos, si necesario fuere—respondió con carácter don Agapito—¡aquí hemos entrado por cumplir nuestros deberes de patriotas y no debemos salir sino con dignidad!

VI

Llegó la hora del almuerzo; y mientras los infelices presos á quienes mantenía el erario, los cuales constituían el mayor número, acudían presurosos con sus platos de hoja de lata á recibir la diminuta ración (compuesta de arroz, pescado salado y una galleta dura como piedra) de manos del cabo de rancho, que iba sacando las microscópicas porciones de dos grandes calderos, colocados á la derecha del rastrillo, en un rincón del patio, los menos azotados por el infortunio, los privilegiados que tenían almas nobles y generosas, que les mandaran de fuera el suspirado sustento de cada día, íbanlo recibiendo por turno, en azafates, macutos ó *bojotes*, que un ordenanza cogía en la puerta de la calle, que Ceruto registraba minuciosamente en un banco del cuerpo de guardia (reservando casi siempre para sí los mejores bocados) y que Miguelete, después de anunciar á gritos los nombres de los dueños, iba

metiendo por el buzón del rastrillo, para que otro ordenanza hiciera, respectivamente, el manducatorio reparto en el interior.

Nuéstros cuatro amigos comían en comunidad y como el azafate que para ellos venía era el más grande y el mejor abastecido, lo llamaban por guasa los chuscos "El Navío de San Pedro;" y á su llegada, casi siempre entre chirigotas, le silbaban la marcha real los guardianes y lo saludaban con hurras muchos detenidos, porque á unos y á otros sacaba las tripas del mal año, por las abusivas rapiñas en el registro y por las caritativas dádivas que sus dueños hacían á los menesterosos, en cumplimiento de una de las obras de misericordia.

Aquella mañana venía tan apetitoso y abundante como de costumbre, trayendo, en profusión, hervido de mero; adobo con plátanos *tostones;* caraotas fritas; papas rellenas; huevos sancochados; arepas; queso de sincho y dos altos peroles de espeso y oloroso cacao; todo muy bien condimentado y mejor presentado, como que salía de las expertas manos de doña Benigna, misia Brígida y la robusta isleña Mónica, ex-ama de llaves del padre Alegría, femenil triunvirato que se esmeraba hasta la exageración en el cuido de los seres que personificaban sus abnegados afectos.

Todos comieron con gran apetito, valiéndose de cuchillos y tenedores de madera, sobresaliendo en la lid, como de costumbre, el cura y el Mudo, los cuales no perdonaron ningún plato; y como tuvo la particularidad el boticario de haberse encargado de desconchar y de partir los huevos sancochados, y de sacar, con asombro general, de uno de ellos, un rollito de papel de estraza, dentro del cual había un papel de seda escrito, el preceptor le preguntó:

—¿Qué significa eso, don Agapito, cómo adivinó usted que dentro de ese huevo venía ese papel y de qué arbitrio se han valido para poderlo introducir sin partirlo? Ya veo que usted se ha metido á brujo y hasta á nigromántico......

—¡ Qué adivinación ni qué brujería !—contestó muy serio Callejones, al estirar con sus afilados dedos el arrugado papelillo—esa sencilla fórmula se la indiqué yo á doña Brígida en la carta que llevó Miguelete para el pago; y es la receta más conocida en la farmácopea de las prisiones: se agujera por un extremo el huevo crudo, se introduce el rollito, se mete en el agua hirviendo y al endurecerse el huevo y salir el blanco botón, se hace usted el cargo de que ha guardado su secreto en una alcancía con candado.

—No hay duda,—dijo Carrasquel, abriendo y levantando por la admiración su inmensa nariz, no un palmo sino una vara, cuando menos;—es innegable, don Agapito, que es usted un hombre peligroso y temible hasta en la cárcel y que cuando Dios amasaba en sus manos la arcilla con que lo estaba fabricando, al tirar la bolita hacia abajo se sonrió maliciosamente y dijo: "allá les va la flor y nata de los conspiradores".

—Se engaña usted, don Felipe,—respondió con sorna el aludido—el conspirador ideal debe ser el que logre quemar el mundo sin que lo descubran y yo casi siempre vivo en la cárcel, lo que quiere decir que no soy sino un pobre recluta. Oigan ustedes lo que dice el papelito:

"Muy buena la idea, magnífica y felicitamos por ella al autor. Haremos uso de ella cada vez que tengamos algo urgente que comunicar y entonces será cuando mandemos huevos sancochados. Nada ha venido de Caracas y pagamos los reales á Miguelete. Ya mandamos arreglar el doble fondo á los peroles del cacao y quedamos en cuenta de que por ese medio contestarán ustedes".

—¡ Famosísimo !—dijo don Manuel—ya estamos seguros de volver á quedar en contacto con el mundo, pues hace muchos días que vivimos como en el Limbo.

—Faltan dos boletines del archivo de don Manuel—observó el padre Alegría, quitándose de los

labios, con la servilleta, la espuma del cacao con que asentara el suculento almuerzo—hay que leerlos como sobremesa pues deben ser interesntes é importa que sepamos lo ocurrido.

—¿No sería mejor dejarlos para mañana?—insinuó don Felipe, en razón de que sus pesados ojos y su repleta barriga estaban pidiendo á gritos la acostumbrada siesta.

—Nó, nó,—respondió don Agapito con vivacidad—nunca es bueno dejar para mañana lo que puede hacerse en el acto. El que preso está no se pertenece, sabe como se acuesta, pero no como amanece......

—¡Exactísimo!—afirmó don Manuel Antonio escarbándose los dientes con una espina de puerco-espín.—*Para mañana los negocios serios*, dijo una vez el tirano Arquías en medio de un banquete y eso le costó la vida.

—Explíquenos esa anécdota histórica—propuso Carrasquel, que quería á todo trance sacarle el cuerpo á la amenazante lectura, durante la soporífera hora de la digestión.

—En dos palabras pondrélo al tanto del incidente—dijo don Manuel Antonio, complacido de que le hubieran tocado su cuerda favorita.—Los dominantes espartanos impusieron á Tebas un perverso gobernador llamado Arquías, conforme España nos ha impuesto al feroz Morillo.. Aquel polemarca tirano cometió innúmeros abusos y atentados; entre ellos, el de haber desterrado al gran Pelópidas, y como á este eminente general no le gustaba andarse por las ramas, sino matar la culebra por la cabeza, tramó un plan para libertar á su patria, que consistía en quitar del medio, de cualquier modo, al extranjero opresor; y como el tirano fué invitado á un banquete por Carón, la misma noche en que Pelópidas penetró oculto y disfrazado á Tebas á la cabeza de sus conjurados, allá se dirigió con el objeto de ejecutar su plan.

En el momento en que Arquías se hallaba en la mesa, ebrio y rodeado de bellas comensales, llegó un correo de Esparta con un despacho urgente que le encargaba leyera en el acto, en el cual venían todos los detalles del golpe que se preparaba en su contra. El polemarca se limitó á leer la cubierta del pliego y guardándolo debajo del almohadón, exclamó: *lo veremos mañana.* Pocos instantes después entró Pelópidas á la sala del festín y quitó la vida al tirano.

—Pues á leer pronto—dijo don Agapito—después de ese oportuno ejemplo que nos ha sacado don Manuel, del inagotable archivo de su memoria, guardar esos boletines para mañana sería una estupidez.

El padre Alegría se acomodó los anteojos, requirió el breviario y leyó lo siguiente:

"Ruidosos triunfos han obtenido nuestras armas en estos últimos meses del propicio año 20.

"Santa Marta y Cartagena han sido ocupadas por las fuerzas terrestres republicanas en combinación con la escuadra, y una vez más se han cubierto de glorias, Padilla, Brión, Montilla, Carreño, Maza, Córdova, Carmona y Lara.

"El general José Gregorio Monagas, al frente de 1.000 infantes y de 200 jinetes escogidos, atacó y tomó á Barcelona el 22 de octubre. Retirado el gobernador Saint-Just, al Morro, fué sitiado y acediado enérgicamente, por lo cual abandonó también este importante punto, y se fugó en tres flecheras con los pocos soldados que le quedaban.

"Con la sublevación del intrépido Guillermo Navas, en Carúpano, y con la toma de Río Caribe, ha quedado toda la provincia de Cumaná en nuestro favor, menos la capital, que caerá de un momento á otro en manos de Mariño y Bermúdez, los cuales obran en combinación y están completamente identificados en el noble propósito de salvar á Venezuela, posponiendo intrigas y rivalidades.

"Después que Morillo partió de Caracas, dejando al brigadier don Ramón Correa, encargado del

mando, se ha mantenido á la defensiva, y ahora se halla en Sau Carlos en espera de la respuesta del Libertador sobre el arreglo de un armisticio y un tratado para regularizar la guerra; y ha tenido que ir á entenderse directamente con el Presidente de Colombia, porque todos los jefes patriotas á quienes ha hecho proposiciones, le han contestado que no tienen facultades para ello.

—Atención, padre Alegría—dijo en voz baja Carrasquel—parece que hay alguna novedad, porque oí al centinela de la calle anunciando tropa armada y ahora llegan al rastrillo, Ceruto, con el sable desenvainado, Miguelete con un par de grillos de los de á 30 en una mano y el martillo y las chabetas en la otra, 4 soldados de bayonetas caladas, y un ordenanza con una lujosa capotera que han abierto y están registrando. Debe ser sin duda algún preso muy distinguido é importante por el aparato con que lo traen. Ya están quitando los cerrojos al *buzón.*

El padre cesó de leer, y todos llenos de curiosidad dirigieron los ojos hacia el expresado lugar, en donde efectivamente se hallaba la pavorosa cohorte indicada por don Felipe, escoltando á un preso que á poco empujaron por la estrecha ventanilla, como era la costumbre en tales casos, para no darse el trabajo de abrir toda la puerta y para evitar la dificultad y el peligro que esa dilatada operación pudiera acarrear. Detrás del preso (que al parecer venía muy contrariado y era un hombre joven, alto, trigueño, de rostro imponente y aspecto marcial) entraron, unos detrás de otros, todos los acompañantes, también por el postigo, metiendo primero la pierna izquierda y la cabeza y después, con suma destreza y prontitud, el resto del cuerpo, lo que demostraba la frecuencia con que ejecutaban aquel extraño ejercicio.

—Señores—dijo don Agapito con imponderable asombro—me parece que estoy bajo la influencia de una horrible pesadilla ó bajo el efecto de las extrañas visiones que suelen perturbar mi cerebro. ¡Si

la vista no me engaña, ese individuo que acaban de meter por el *buzón* es Luis Reyes!

—El es, él es;—exclamó el padre Alegría cerrando nerviosamente su breviario y dominado por súbita sorpresa—aunque hace muchos años que no le veo y á pesar de que abundosas hebras de plata adórnanle el bigote y los cabellos, su fisonomía es típica y no se ha apartado nunca de mi mente. El es, no hay duda, y su llegada en estos momentos es inexplicable y de mal augurio, pues todos sabemos que andaba al lado del Libertador, acompañándolo á todas partes, fuera y dentro del país ¿Qué habrá sucedido?

—Nada bueno, seguramente—observó don Felipe, á quien por la impresión y el desagrado se le espantó el pesado sueño que abrumaba sus párpados,—me atrevería á apostar que nos han pegado alguna estupenda derrota. ¿Están metiendo en lugar de sacar? ¡Bonita cara tienen los tales arreglos y tratados y muy lejos veo el día de nuestra salida!

—No es conveniente ser tan pesimistas, amigos míos;—indicó don Manuel Antonio—es en verdad grandísima desgracia que á última hora haya venido á caer en manos de nuestros verdugos el intrépido adalid Luis Reyes, veterano y héroe incansable de la magna epopeya. Esperemos, esperemos oírle que acaso su captura no implique ningún fracaso. Al punto favorable á que han llegado los acontecimientos una espada menos, por más cortante que sea, no puede producir la catástrofe; y probablemente á mi queridísimo discípulo le irá á pasar como á nuestro abuelo Moisés que después de haber atravesado el desierto al frente de los suyos, rindió su jornada á la vista ya de la tierra de promisión, no pudiendo entrar en ella. Las Bóvedas serán su monte de Nemo á donde viene á sepultarse junto con nosotros en vísperas de obtenerse la suprema victoria. La suerte de los eminentes servidores en el mundo es ilógica y tornadiza.... No será el primer caso contradic-

torio que se ha visto en la historia. *Nihil novum sub sole......*

Durante este diálogo se oían los secos y desapacibles golpes del martillo contra el hierro; y luego que Miguelete, bajo la inspección de Ceruto, hubo remachado los grillos á Luis Reyes y que el ordenanza le arrojó en el suelo la capotera con la poca ropa que traía, se fueron todos, dejándolo en ese sintomático y conocido estado de anonadamiento, extrañeza, incertidumbre ó atonía, que experimenta el que meten en cualquiera prisión, en los primeros instantes de su llegada

—Usted es el 450—fué todo lo que le advirtió el alcaide, de muy mal modo—y debe cantar su número cada vez que le toque en las listas.

Nada más se le dijo, ni dónde debía acomodarse, ni quién le daría de comer, ni le ofrecieron nada de lo que se relaciona con las ingentes necesidades de la vida. Lo abandonaron en aquel antro como á un perro, lo aherrojaron para dificultar sus movimientos y allí quedó como un idiota, mirando el cielo, oyendo caer el monótono chorro de la pila del patio, sintiendo batir afuera las olas contra la muralla y contemplando adentro multitud de espectros, pálidos y desencajados, que le eran desconocidos y que empezaron á rodearlo, llenos de estupor y de curiosidad.

Insensiblemente, casi sin poder darse cuenta de lo que le pasaba, sintió que cuatro de aquellos seres extraños, que parecían habitantes del purgatorio se le acercaron, lo levantaron con cariño, le ataron una correa á los grillos para que pudiera marchar con ellos y casi cargado lo condujeron á uno de los departamentos, señalándole el sitio ó rincón muy obscuro, donde podía acomodarse mientras se lograba conseguir un catre ó un chinchorro.

Luis Reyes se dejó llevar sin proferir una palabra. Se encontraba cohibido é inútil con los grillos, sintiéndolos enormemente pesados y veía de cabeza á pies aquellos bondadosos y caritativos compañeros, y aunque estaba seguro de haberlos conocido, visto y

tratado mucho en otra parte y en otras épocas, la ofuscación del momento, la vaguedad de su espíritu, el tiempo transcurrido sin verlos, el decaimiento físico y la extravagancia de los trajes en que los hallaba, todo de consuno se unía para que no pudiera reconocerlos de pronto, siendo el boticario el primero en quien se fijó y á quien, como despertando de un sueño, dijo:

—¡Pero, don Agapito, qué sorpresa tan grande me da usted! No lo había conocido y lo menos que me suponía era encontrarlo aquí. Y estos otros caballeros ¿quiénes son?

—Permítame observarle, mi querido don Luis—contestó riendo Callejones—que usted está muy aturdido y ofuscado cuando no conoce á su maestro don Manuel Antonio Alvarez; al padre que lo casó, José Luis Alegría y al compañero Felipe Carrasquel, á quien ha debido ver en Guayana muchas veces....

—Oh! sí, es verdad—exclamó Luis abrazando cordialmente á todos—dispensen y disimulen mi alelamiento; pero he entrado aquí sin darme cuenta de nada, pues me sacaron mareado de la bodega del buque que me trajo hasta La Guaira; y luego como esta es la vez primera que entro preso en una cárcel, debo confesar que me he impresionado más que el día en que hice mi estreno en los campos de batalla....

—¿Y de dónde sales, muchacho?—preguntóle don Manuel, colocándole con paternal cariño sus fofas manos sobre los hombros—¿de dónde han podido traerte hasta aquí, cuando sabíamos que estabas tan lejos y que has acompañado, como siempre, al ínclito Bolívar en todas sus últimas proesas? Explícanos pronto este fenómeno para salir de crueles incertidumbres. Habla pronto, porque tu llegada nos ha caído como un bólido y ha hecho nacer dudas y temores de algún inmenso fracaso.

—No, señores—se apresuró á responder el recién llegado—mi prisión es un hecho aislado que no perturbará en manera alguna el seguro é inmediato triunfo de nuestra gran Causa. A estas horas, segu-

ramente, debemos estar bajo los efectos de un tratado de armisticio, pues de sus preliminares y de la forma de celebrar una entrevista, se ocupaban Bolívar y Morillo, á principios del mes de noviembre, época en que me separé del primero, para ir á desempeñar una importante comisión á Santa Marta, relacionada con el plan para apoderarnos de Maracaibo, antes de suspender las operaciones militares. El armisticio se habrá firmado, sin duda, porque Morillo lo solicitaba, en razón de que como desea irse para España, ha pedido su relevo y no querrá, naturalmente, en tales condiciones, exponer más su vida ni lo que él llama sus *glorias militares;* y al Libertador le conviene también esta tregua, porque durante ella podrá acomodarse bien, reconcentrar sus tropas y recibir los elementos de guerra pedidos á Inglaterra, con los cuales piensa dar á los españoles el golpe de gracia en Venezuela, como se lo dimos en la Nueva Granada con la ruidosa victoria de Boyacá. De todo esto les hablaré á ustedes mañana y les detallaré mi desgracia. Ahora no puedo, lo que necesito es descanso y comida, porque hace dos semanas que no me alimento sino con agua impura y galletas agrias, en este infernal viaje marítimo que acabo de hacer.

En vista de esta desgarrante manifestación, nadie le preguntó más nada. Don Manuel Antonio le ofreció su tarima para que se acostara y el padre le brindó parte de la merienda que acostumbraba apartar en el almuerzo para entretener los dientes y autorizar el jarro de guarapo de piña que invariablemente tomaba á las tres de la tarde.

VII

Al siguiente día de haber llegado Luis Reyes á Las Bóvedas, amaneció con otra cara, con otro humor y con el espíritu, si no alegre, sereno y resignado ante el enorme peso de su inesperada y calamitosa

situación. Había comido muy bien y dormido lo mejor posible, porque la nunca bien alabada doña Benigna, que sin duda tuvo conocimiento de que le había llegado un nuevo cliente, mandó por la tarde la comida más abundante que de costumbre, y además, una estera, dos almohadas, dos sábanas y una cobija.

Terminada la rutinaria resquisa matinal, el engorroso *fregoteo* y engullidos los sendos desayunos, los cuatro beneméritos patriotas, ávidos de curiosidad, rodearon al antiguo amigo y nuevo huésped; y este dió principio á su relación de la manera siguiente:

—En la gloriosa campaña sobre la Nueva Granada, serví á las inmediatas órdenes del intrépido general Anzoátegui, y cuando á los pocos días de la acción de Boyacá, tuvimos la fatalidad de que casi repentinamente muriera aquella lumbrera del militarismo venezolano, el cuerpo de ejército que él mandaba, y del cual era yo segundo jefe, fué puesto bajo la dirección del muy valeroso é inteligente general Salom y sin que tuviera niguna inquina ó desagrado con este benemérito servidor de la Patria, desaparecido Anzoátegui, quise volverme al lado del Libertador, ya que no era posible retirarme del servicio, así se lo escribí; y él, sin sospechar quizá el motivo de mi súplica, se dirigió á Salom en tal sentido.

Hablando á ustedes con entera franqueza, debo decirles, que aunque el nuevo jefe nombrado reunía todas las condiciones para el puésto vacante, por un puntillo de vanidad y de amor propio, me sentí en cierto modo, si no ofendido, por lo menos mal hallado, en razón de que, apartando á un lado la modestia, me encontraba apto para el cargo, con tanto mayor derecho, cuanto que por la ordenanza me correspondía desempeñarlo, aunque hubiera sido transitoriamente, estando, como estaban, frescos mis laureles de Boyacá, en cuyo campo tocóme la honra de pisar el disputado puente antes que ningún otro y la gran satisfacción de haber entregado al Libertador al propio

Barreiro, preso que fué cogido por un soldado del batallón Rifles.

No embargante esta pequeña desazón, con el mismo anhelo, con la misma fe y con el mismo amor de siempre, por el triunfo definitivo de la gran Causa, llegué á Cúcuta, donde se encontraba el general Bolívar, entregado de lleno á los preliminares del discutido y proyectado arreglo.

Al verme, animóse su expresivo rostro de súbita alegría y frotándose las manos, me dijo:

—Se presenta usted como de costumbre, muy á tiempo, amigo Reyes, pues tengo una comisión urgentísima que no puedo confiar sino á un hombre entendido y de toda mi confianza.

—Mi general—le respondí—espero sus órdenes, cualesquiera que ellas sean, para cumplirlas en el acto.

—Bien, empezaré por decirle que acabo de recibir un emisario del coronel don Francisco Delgado, gobernador de Maracaibo, ofreciéndome nada menos que el pronunciamiento de aquella ciudad por la Independencia, si yo hago que un cuerpo de ejército se acerque á la ciudad y lo apoye. Naturalmente urge hacer esta operación antes de firmar el armisticio, y Urdaneta es el jefe llamado á ejecutarla, tanto porque es el que se encuentra más próximo, cuanto porque él, como maracaibero, es muy relacionado y querido en la que se jacta en llamar *reina del lago.*

—¿Y cree Su Excelencia—me atreví á preguntarle—que esa oferta del gobernador Delgado será de buena fe; no será alguna trampa ó red con malos propósitos encubiertos?

—No—me contestó sonriendo—las cosas han variado de manera muy favorable para nosotros. Los últimos sucesos de España han venido á complementar nuestras victorias, el famoso batallón Numancia, con Heres á la cabeza, ha reconocido al gobierno de Colombia y lo mismo quieren hacer Reyes Vargas y muchos otros importantes guerrilleros realistas. La hora de la redención americana ha sonado y, al fin,

veo coronados mis esfuerzos. Mis instrucciones con respecto á Maracaibo, son las siguientes: usted irá á Santa Marta, Brión le entregará uno de sus buques, en el cual irá hasta las costas de Coro á ponerse al habla con Urdaneta, á fin de que mande agentes á entenderse con Delgado en el sentido que él propone; bien entendido, que si me veo obligado á firmar el armisticio, podrá verificarse siempre la incorporación á Colombia de Maracaibo, en razón de que no se verificará por ningún combate, sino por un acto espontáneo de la ciudadanía, que no colidirá con lo pactado en manera alguna.

Esto me dijo el Libertador, y con la celeridad y precisión que acostumbro, me puse en marcha, cumplí al pie de la letra sus instrucciones y cuando regresaba á Santa Marta, muy contento por no haber tenido tropiezo alguno en tan larga recorrida, fuí capturado al doblar el cabo de San Román, por un bergantín enemigo que venía de Panamá para La Guaira, con comunicaciones para Correa, remitidas por Porras el ex-gobernador realista de Santa Marta, que se hallaba refugiado en Chagres, después de su huida de la mencionada plaza.

Así dejo explicada, amigos míos, la causa por la cual me encuentro aquí, en vísperas de realizarse el decisivo triunfo de la Independencia.

Mi adversa suerte, tanto en lo privado como en lo público, no tiene ejemplo: largos años de la vida pasé cultivando mi inmenso amor por Carmen Requena; y al poco tiempo de hacerla mi esposa, murió de un modo terriblemente trágico: muchos años he pasado combatiendo por la libertad y emancipación de mi Patria; y ya en las proximidades del anhelado puerto y de la suspirada cima, en el momento preciso de alcanzar el definitivo laurel, vengo á sucumbir moralmente en esta horrible mazmorra. ¡Oh, imponderable extensión de mi desventura!

Y como al pronunciar estas últimas frases, dos gruesas lágrimas de desesperación y de despecho co-

rrieron por las tostadas mejillas del héroe de Guedeque, el padre Alegría se le acercó y poniéndole cariñosamente la diestra en el hombro, le dijo:

—No desespere usted, amigo mío, tenga plena confianza en el Dios de las naciones que vela por sus buenos y valerosos soldados. Tenga fe en el desenlace de este gran drama de que es usted uno de los más conspicuos protagonistas!

—No hay que afligirse—exclamó don Agapito, también muy conmovido, por la desesperante actitud de su amigo y protector—nadie puede responder del mañana. Acuérdese de lo que le pasó en Angostura á mi excelente compañero el general Juan Bautista Arismendi, que de la cárcel fué llevado en ovación á ocupar la presidencia. Acuérdese usted así mismo que, de estas mismas Bóvedas, saqué yo, hace muchos años, tres reos de estado que iban á ser condenados á muerte. ¡Nadie sabe lo que ha de suceder mañana!

—*Evidentísimo, evidentísimo*—añadió el preceptor, más conmovido que todos, por la honda desolación que aquejaba á su discípulo—la esperanza, no solamente es lo último que se debe perder, sino lo primero que se debe conservar, porque es el mejor tesoro en las luchas de la vida. Acuérdate, Luis, que el gran Alejandro, cuando apenas tenía veintidós años de edad, antes de partir para la conquista del Asia, á la cabeza de 35.000 soldados, distribuyó entre sus amigos todo lo que poseía—¿Qué reservas para tí?—le preguntó asombrado Perdicas.—*La Esperanza*—respondió el ambicioso hijo de Filipo—la esperanza que vale mucho más que todo eso!

—Yo no tengo derecho ni competencia para expresarme también como estos señores—observó el Mudo, para no dejar de meter basa en el palique—pero me atreveré á recordarle, señor general Reyes, que en mi tierra hay un refrán que dice: "lo que sucede es lo mejor", "y lo que no puede remediarse debe aguantarse". Como de aquí no podemos salir sino

por el camino de las palomas, lo mejor es tener paciencia y esperar los acontecimientos.

—Muy bien, amigos míos—respondió Luis Reyes, si no convencido por lo menos abrumado por las observaciones y consuelos de sus compañeros de prisión —comprendo que nada puede hacerse ante el espectro de esta abrumante realidad; ¿pero no tenemos aquí modos de comunicarnos con los de afuera, para saber lo que pasa en el mundo y para que sepan de nosotros la familia y los amigos?

—En cuanto á eso—observó sonriendo el desmejorado varón de las eternas citas históricas—no te preocupes, Luis, pues estamos debidamente organizados para saberlo todo y para decir todo lo que se nos ocurra; y cuando nos fracasa un medio inventamos otro en el acto. Ya te convencerás á la hora del almuerzo cómo meneamos aquí los cubiletes....

—Me alegro mucho de la noticia—respondió Reyes—¿podré escribir entonces hoy mismo cuatro letras, para que me las remitan con un expreso á la isla de Trinidad, á la persona que indicaré?

—¿Cómo no, queridísimo discípulo—dijo don Manuel—pídele á don Agapito papel de seda; toma este lápiz, y con disimulo entrarás dentro de cualquier calabozo, donde podrás escribir lo que quieras, asegurándote que la misiva llegará á manos de Benigna y ella te la despachará con toda seguridad con el primer margariteño de confianza de los muchos que vienen á La Guaira con sus faluchos.

—Magnífico—exclamó Luis, en cuyos ojos brilló un relámpago de alegría—bien se conoce que están aquí viejos veteranos de la revolución emancipadora, y sobre todo, que está manejando los bártulos el hábil y astuto Callejones.

Después que almorzaron, don Agapito acomodó perfectamente en el doble fondo de uno de los peroles del cacao el papel que había escrito Luis Reyes y otro dirigido por don Manuel á su esposa con las instrucciones del caso. Devuelto los platos y demás utensilios y cuando se consideró que había pa-

sado sin novedad el contrabando, el padre Alegría, abriendo su breviario, dijo:

—Tengo aquí sin leer algunos papelitos, pero como ellos se refieren á hechos atrasados, propongo aplazarlos para otro día y que el amigo Reyes nos obsequie con noticias más frescas.

Todos aceptaron lo indicado por el presbítero y Luis se expresó de esta manera:

—Diez años de incesante brega por la libertad de la Patria, siempre al lado del inmortal Bolívar, han debido darme, si no lauros, distinciones y honores, por lo menos, mucha experiencia para apreciar los acontecimientos y para conocer á fondo al eximio jefe con el cual me he formado en la carrera militar.

La creación de la gran República de Colombia, amigos míos, es de una trascendencia inconmensurable, porque como en la unión está la fuerza, de tres agrupaciones débiles, se ha formado una entidad poderosa, que no solamente resolverá la independencia absoluta de Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador, sino de toda la América del Sur en razón de que el Libertador (me consta de manera auténtica) anida en su privilegiado cerebro un vasto y atrevido plan, encaminado á que las armas colombianas, luego que hayan barrido por completo á los españoles de los límites de su territorio, se dirijan vencedoras á libertar á todos nuestros hermanos del continente, aun más allá del Cabo de Hornos, si necesario fuere.

Para esa magna empresa cuenta con una pléyade de generales eminentes, que en estos dos lustros se han destacado en la máxima lucha.

Cuenta con Sucre, con Páez, con Santander, con Soublette, con Urdaneta, con Salom, con Mariño, con Bermúdez, con Montilla, y cuenta además con innumerables subalternos como Cedeño, Córdova, Lara, Brión, Padilla, Carreño y tantos otros, que sería prolijo enumerar, teniendo finalmente en el exterior

á Zea y á López Méndez, los cuales son una fuente inagotable de recursos. Cuenta con enganchados extranjeros, que han venido y vendrán como muy valiosa ayuda para la expansión y preponderancia de Colombia.

—No niego nada de la conveniencia y hasta la efectividad de tan famosos planes—observó don Agapito, con cierto desdén—porque el tal don Simoncito se ha vuelto un brujo y hasta los mayores disparates le resultan asombrosos éxitos; pero á mí me parece todo eso un enredo muy grande en el cual no tenemos ninguna necesidad de meternos. Convengo en que ayudemos á libertar á las naciones limítrofes; pero conseguido el triunfo, lo natural es que cada cual mande en su casa, puesto que Venezuela no ha de salir muy bien librada en esa colosal organización. Vale más, como dice el conocido refrán, ser cabeza de ratón y no cola de león.....

—Pero en fin de fines, amigo Callejones—intervino don Manuel, alzando un poco la voz, á pesar de que se había hecho el propósito de no discutir más con el boticario—estoy viendo que á usted no le gusta nada. Enemigo sistemático de Bolívar todos sus procedimientos los rechaza; primero, lo critica por su apego á los gobiernos unitarios y dictatoriales y ahora, rechaza la hermosa idea de la Confederación Sur–americana, con gobiernos autónomos en las distintas regiones. El egregio Bolívar se ha remontado á una altura inconmensurable, ha fundado á Colombia, ha quebrantado el poder español con la victoria de Boyacá, tiene á sus órdenes un ejército invencible, una poderosa escuadra, se propone libertar no ya exclusivamente á su Patria sino á todas las naciones americanas de raza latina; quiere ser el Libertador de un continente oprimido y todavía hay venezolanos que lo critiquen. Razón tuvo Alejandro cuando en la India, al atravesar el torrentoso Hidaspes, y haciendo alusión al afecto que sentía por los ciudadanos de la capital de Grecia y á los frívolos é inconformes que eran, exclamó: *¡Oh, atenienses, cuántos*

trabajos hay que pasar para contentaros, y qué difícil es conseguir vuestros aplausos!

—Cada conejo á su cueva!—gritó con voz de trueno Miguelete, desde el rastrillo—ordena el capitán Ceruto que despejen el patio y los corredores, porque se va á *lé* un bando á los soldados!

Todos los presos defilaron para sus respectivos compartimientos, haciendo mil conjeturas sobre lo que pudiera significar aquella orden inusitada.

VIII

A fines del año 14, cuando de la cárcel de Caracas llevaron para Las Bóvedas, entre otros presos, á don Manuel Antonio Alvarez y al padre Alegría, doña Benigna, esposa del primero, y Bruna Rodríguez, ex-ama de llaves del segundo, acomodaron en el acto sus petacas y calzándose las zapatillas, siguieron en pos de los cautivos para atenderlos y cuidarlos de cerca en la forma abnegada y admirable que conocemos.

Casualmente, la diligente esposa del preceptor halló desocupada la misma casa de la calle del León, donde había habitado en tiempos de Monteverde, cuando la primera prisión de su marido y en ella se instaló con su compañera, pasando la palabra á las numerosas y antiguas relaciones para establecer de nuevo el acreditado taller de granjerías en donde se había hecho célebre y ganado lo suficiente, en la referida época, para sostener no solamente á don Manuel Antonio, sino á varios de sus compañeros.

En esta segunda tanda de su industria de alimentación urbana, tropezó doña Benigna con muchos inconvenientes, entre ellos, los añitos más que llevaba en las espaldas, la ausencia tanto de las Tres Gracias que eran tan trabajadoras, como del irreemplazable negro Antonio, tan competente para el pregón callejero

y tan minucioso y cabal en sus cuentas; pero todo eso supo vencerlo á fuerza de voluntad, perseverancia y energía, de tal manera, que á los pocos meses el negocio llegó á recobrar su primitivo auge y las faltas fueron reemplazadas con ayudadoras de la localidad, que, bajo su dirección, se hicieron maestras en los respectivos ramos.

Cuando llegó á La Guaira misia Brígida de Carrasquel, y por afinidad de situaciones trabó amistad muy estrecha con la señora de Alvarez, resolvieron las dos mujeres vivir juntas y asociarse para ensanchar el negocio que cada día se hacía más productivo, á cuyo fin la nueva socia aportó quinientos pesos que le giró de Cumaná un hermano realista, comerciante de dicha ciudad, á cuyo cargo había dejado su familia, traspasándole sus bienes para lograr salvarlos de los secuestros.

En este propósito, en la misma cuadra donde se hallaban situadas Las Bóvedas, lograron conseguir por módico alquiler una añeja casa de dos pisos con habitaciones cómodas en la parte alta y con los desahogos necesarios en la parte baja, especialmente dotada de muy espaciosos corredores, amplia cocina y gran horno.

Naturalmente, con este poderoso auxilio y con las actividades de la catalana que eran sobresalientes, la industria progresó de manera increíble, hasta el punto de que en la casa trabajaban más de veinte criadas entre cocineras, dulceras, molenderas, vendedoras y mandaderas, amén de los expendedores callejeros y de los rurales que llevaban los comestibles en burros con cerones, á Maiquetía, Macuto y demás vecindarios adyacentes.

En los días á que se refiere este veraz relato, el femenil trío, formado por la Cordero, la Rambrat y la Rodríguez, pues esta última, como socia industrial, tenía también en las utilidades su tanto por ciento á fuer de aparejadora de aquella colosal obra de arquitectura culinaria, de aquella gigantesca fragua de gollerías. Para el mes de enero del año de

1821, la empresa se hallaba en pleno auge y el capital social alcanzaba, por lo menos, á cuatro mil pesos, en plata enterrada, víveres depositados en la despensa, acreencias en las pulperías y casas particulares, y, en cuentas corrientes de entradas y salidas que se llevaban al contado con los vendedores, no bajando las ganancias diaras, por unos y otros respectos, á menos de ocho ó diez pesos, sin contar la manutención de las dueñas de la casa y el costo de los repletos azafates que iban para los presos, todo lo cual podía contarse también como ganancias, puesto que del mismo cuero salían aquellas correas.....

Tal éxito se explicaba no sólo por la excelencia imponderable de todos los productos del taller que tenían fama y renombre en diez leguas á la redonda, sino además, porque, sabiéndose como se sabía, el filantrópico objeto al cual se destinaba el dinero producido por el referido arbitrio, patriotas y realistas favorecían la industria con sus compras y pedidos y era de buen gusto y hasta de moda, abastecerse de los artículos que la casa producía, de tal manera, que en los bailes y tertulias se oía decir, con cierto tonillo de vanidad, en el momento de los obsequios: "coma usted esa hallaca, que es de las de doña Benigna; pruebe esos bizcochitos que son de los de misia Brígida; guste ese dulce de cabello de ángel y pruebe ese manjar blanco que han sido preparados por Bruna"....

Veinte días después de haberse despachado, con un barquero muy seguro de Cumaná, la correspondencia que de Las Bóvedas recibieron con encargo de remitirla á Trinidad, se hallaban las dos socias ocupadas en pasar á papelitos de seda la correspondencia que acababan de recibir del Comité de Caracas, con el objeto de enviarla á Las Bóvedas en la forma que ya conocemos de los huevos duros sancochados.

Al efecto, y como tan delicada operación debía verificarse en reserva, hicieron subir al alto, con Bruna, un anafe con fuego, un perol lleno de agua

para ser calentada y una docena de huevos, encerrándose las tres en la pieza de la derecha donde había una mesa y recado de escribir.

Doña Benigna leía, misia Brígida llevaba la pluma con su menudita letra española; y Bruna iba cogiendo los papeles á medida que se escribían, los acomodaba en delgados rollitos, que hacía impermeables forrándolos con envoltura de vejiga de ganado, los introducía en los huevos agujereándolos por un extremo; y en seguida los echaba al perol de agua hirviendo, de donde los iba sacando duros y abotonados.

Oigamos, entretanto, lo que va leyendo doña Benigna en voz baja:

"Oh! vosotros, mártires de la Patria que gemís hace tantos años en los Castillos, en Las Bóvedas y en las cárceles, enterrados en vida por la mano implacable de nuestros opresores, animaos y sonreíd en el fondo de vuestros calabozos, que ya se acerca el día de la definitiva victoria y de la anhelada libertad.

"Oíd los detalles del acto trascendental que acaba de verificarse en las regiones occidentales.

"El Libertador, después de haber ocupado las provincias andinas, de las cuales desalojó á don Juan Tello que había reemplazado á Latorre, se situó en Mérida con su ejército. Allí se le incorporó el coronel Reyes Vargas, después de haberse apoderado de las armas y municiones que existían en la plaza de Carora. Reyes Vargas, como se sabe, ha sido desde antaño uno de los más empecinados sostenedores del realismo, y el hecho de que se haya pasado á nuestras filas demuestra el gran desaliento que reina entre los enemigos. Muchos pueblos y guerrilleros han reconocido al Gobierno de Colombia por influjo de Reyes Vargas. Barinas fué ocupada por el coronel patriota Antonio Romero, y de Guayana llegó á dicha ciudad un abundante cargamento de armas y pertrechos.

"Morillo, que tenía su cuartel general en San Carlos, recibió un pliego del Libertador, proponiéndole reanudar las conferencias que se habían interrumpido por desavenencias de poca monta, é interesado como estaba el jefe español en que se hiciese el arreglo para poder embarcarse para su país, á fin de que, según su intencional dicho, *no se rompiera el pandero en sus manos*, envió un posta á caballo aquí á Caracas con instrucciones para que la Junta de Pacificación nombrase comisionados para entenderse con el Presidente de Colombia.

"En consecuencia, dicha corporación designó para tal encargo al brigadier don Ramón Correa, Jefe Supremo Político de Venezuela, á don Juan Rodríguez del Toro, Alcalde primero constitucional y á don Francisco González Linares, los cuales se pusieron en marcha para Calabozo, con el objeto de aguardar en dicha ciudad á que el Libertador llegase á San Fernando de Apure, que era el punto convenido para la conferencia.

"Pero como Bolívar no pudo ó no quiso ir personalmente á San Fernando, pretextando algunos inconvenientes, dirigió una nueva nota á Morillo con fecha 3 de noviembre, proponiéndole que autorizase á sus comisionados para ajustar un tratado de regularización de la guerra, á fin de poner término á los crímenes y atentados que en ella se venían cometiendo de una y otra parte. Morillo le contestó aceptando y al efecto, hizo venir á sus comisionados al cuartel general y se puso en marcha hacia Carache al frente de los 2.500 hombres que tenía bajo sus inmediatas órdenes. Allí se cruzaron repetidos oficios entre el jefe realista y el republicano, hasta que al fin se convino en una suspensión provisional de hostilidades y éste nombró para que representaran al Gobierno de Colombia al general Antonio José de Sucre, al coronel Briceño Méndez y al teniente-coronel José Gabriel Pérez, los cuales aguardaron en Trujillo á los comisionados españoles, quienes llegaron el 20 de noviembre, abriéndose al

día siguiente las sesiones de la Conferencia que duraron hasta el 26, fecha en que quedaron firmados dos célebres tratados: el de armisticio general, que debía durar seis meses, conservando cada parte la demarcación que tenían sus ejércitos, con la estipulación de que si volvía á comenzar la guerra se daría el aviso 40 días antes que se abrieran las hostilidades, y el de regularización de la guerra, por el cual ha quedado estipulado: 1º La conservación, buen tratamiento y canje de los prisioneros de guerra; 2º Que los desertores de las banderas de una parte que se aprehendieren bajo los de la otra, no podrán ser castigados con la pena capital y tampoco los conspiradores y desafectos; 3º Que serán bien tratados y se respetarán los pueblos que fueren ocupados alternativamente por las tropas de los dos gobiernos; y 4º Que deberán ser enterrados ó quemados los cadáveres que queden tendidos en los campos de batalla.

"Estos tratados fueron ratificados el día 27 tanto por el general en jefe de las tropas colombianas, como por el de las realistas, terminando de manera misteriosamente casual la guerra á muerte en Trujillo, en el mismo lugar donde fué proclamada por Bolívar el año de 1813, en vista de la imperiosa necesidad de poder anonadar á sus feroces contrarios.

"Ajustados estos humanitarios arreglos, quiso el general Morillo tener una entrevista con Bolívar y así se lo propuso por medio de dos comisionados; y como el segundo aceptó sin vacilar dicha entrevista, se fijó como punto para verificarla el pueblecillo de Santana, que se halla situado entre Carache y Trujillo, dirigiéndose ambos generales el mismo día 27 al mencionado punto, acompañados únicamente por sus respectivos edecanes y por algunos jefes de alta graduación. Morillo llegó primero á aquella histórica y caballeresca cita de la humanidad y de la concordia, entre los rudos combatientes de la misma raza, mandó adelante cuatro de sus oficiales al encuentro del Presidente de Colombia y él mismo salió á poco con sus acompañantes á recibirlo cuando le avisaron que

se acercaba. Es fama que al avistarse ambos grupos Bolívar y Morillo se adelantaron y bajándose de sus caballos se abrazaron muy efusivamente; y como el segundo le presentara después al general Latorre, Bolívar lo abrazó también diciéndole: *General, el cielo es testigo de la sinceridad con que os abrazo por lo mismo que hemos combatido tánto;* á lo cual contestó el segundo de Morillo muy emocionado: *Sed bien venido á mi corazón, porque á pesar de ser vuestro adversario os he admirado como valeroso y constante.*

"Después de estas y otras galantes frases se trasladaron juntos al pueblo, y Morillo dispuso que se sirviera una comida militar, en la cual se pronunciaron expresivos brindis por la paz y la reconciliación que debía efectuarse entre Colombia y España.

"Llegó á tal extremo la expansión y entusiasmo por la unión y confraternidad, que Morillo propuso que en el lugar donde se habían abrazado, se erigiera una pirámide, como recuerdo, y se grabaran en su base los nombres de los comisionados españoles y colombianos que habían concluido las negociaciones. Aceptada la idea por todos los presentes con demostraciones de la mayor alegría, el Libertador y el General en Jefe realista, condujeron, entre ruidosos aplausos, una piedra angular, que debía de ser la fundamental de la pirámide y sobre ella se abrazaron de nuevo con calurosas protestas de cumplir fielmente lo pactado.

"A los pocos días de aquella entrevista, Morillo se embarcó para España con algunos oficiales, y el Mariscal de campo don Miguel de Latorre, nombrado para reemplazarle, ha quedado hecho cargo del ejército del rey, á las órdenes de don Ramón Correa, jefe superior político de Venezuela, quien acaba de regresar á la capital con todas estas noticias, halagüeñas para nosotros y muy desconsoladoras para los godos caraqueños, que andan como perritos regañados con el rabo entre las piernas, en razón de que comprenden que la hora de su

espantosa caída está cercana. El ejército republicano en Venezuela ha quedado situado en esta forma: la Guardia Colombiana, constante de 5.000 plazas y á las órdenes del general Rafael Urdaneta, ocupa la margen derecha del río Santo Domingo hasta la ciudad de Barinas, y desde allí, extendiéndose por Boconó hasta Trujillo: el ejército de Apure, cuyo jefe es el invencible general Páez, que alcanza á 4.000 hombres, la mayor parte de caballería, cubre la derecha de este río, desde su confluencia con el Orinoco hasta la boca del Santo Domingo; y las tropas orientales, al mando del intrépido Bermúdez, cuyo número es de 3.000 soldados, ocupan la derecha del río Unare, de modo que al mismo tiempo defienden las provincias de Barcelona, Cumaná y la parte oriental de los llanos guariqueños.

"Ordenada esta situación estratégica de espectativa, el Libertador se ha marchado para Bogotá, con rumbo á Quito, dejando encargado del gobierno al doctor Juan Germán Roscio, Vicepresidente de la República, quien salió desde Guayana, donde se encontraba, para situarse en Cúcuta, lugar designado para la residencia transitoria del gobierno, por razón de que allí se reunirá en breve el gran Congreso constituyente de Colombia, según está decretado.

"Todo, pues, anuncia que de una manera ó de otra, saldrán ustedes pronto, muy pronto, á respirar el aire libre y á disfrutar la recompensa de tantos sufrimientos y de tan prolongados martirios; y como corolario de estos informes, y como señal evidente de que la paz se impone, es bueno que sepan, finalmente, que hace días han llegado de España y se hallan en Caracas, los comisionados españoles, que vienen á tratar con plenos poderes, el punto concreto de la pacificación de las colonias suramericanas. Los designados para Venezuela son el brigadier de la real armada don José Sartorio y el capitán de fragata don Francisco Espelius y para lo que en España llaman todavía *reino de Santafé*, al capitán de

navío don Tomás Urreche y el de fragata don Juan Barry, total, cuatro rudos marinos convertidos en *diplomáticos* de la noche á la mañana, seguramente porque los consejeros del rey don Fernando VII, habrán pensado que á este borrascoso mar de nuestra política, que á este océano de lágrimas y de sangre, no se debía mandar en són de arreglo, sino á hombres acostumbrados á combatir las tempestades y á huir de los escollos......

"De todas maneras el venturoso día de la gran solución se aproxima.

"La Independencia será un hecho indefectible, ó en el campo de las negociaciones ó en el campo de batalla.

"¡Unos meses más y llegaremos á la anhelada meta!"

—Uf!—exclamó doña Brígida soltando la pluma, y sudando la gota gorda por el encierro, por el natural calor de La Guaira, por el cercano anafe encendido, y por tan prolongada labor caligráfica—supongo que nosotras también hemos llegado á la suspirada *meta*. ¡Tiene bemoles el tal boletincillo!

—Es verdad—contestó misia Benigna, quitándose los anteojos y también sudando á chorros—es uno de los más largos que hemos despachado.

—Ya lo creo—dijo Bruna, haciendo á la carrera la última envoltura—ha producido doce papelitos escritos por ambos lados y de seguro que no hubieran cabido en los 6 huevos, si no se me ocurre meter dos rollitos en cada uno de ellos.....

Terminada la operación, bajaron á la cocina á despachar los azafates, y como vieran en el corredor principal dos baúles, una caja y varias maletas, que una criada guardaba, misia Benigna le preguntó con extrañeza:

—¿Qué significa eso Micaela, de quién son esos corotos?

—Son de una extranjera á quien he hecho pasar á la sala, porque dice que le interesa urgentemente hablar con usted.

—¿Y quién ha traído ese equipaje?

—Dos marineros á los cuales ella pagó y despidió diciéndoles que iba á llegar aquí.

—¿Pero quién será esa extranjera y qué significará esto?—inquirió la de Alvarez en el colmo de la sorpresa.

—Ella está esperando, misia Benigna, casi ende el instante en que usté subió para el alto—contestó la fámula—díjele que usté estaba ocupá y respondió en su media lengua que aguardaría. Dentre á la sala y la verá. Es joven y muy buena moza y me apuntó su nombre en este cartoncito pa que se lo diera.

Misia Benigna púsose los anteojos y leyó:

Miss Diana Nelson.

—¿Diana Nelson?—dijo rebuscando en su imaginación—no la conozco ni la he oído nombrar nunca. Debe ser por el apellido alguna inglesa, acaso hija ó hermana del Nelson que según contaba siempre Manuel Antonio, ganó á los españoles y franceses reunidos, la famosa batalla de Trafalgar. Vamos á ver quién es esa *Miss* y á saber qué busca por estas tierras......

IX

Cuando misia Benigna entró á la sala, la misteriosa hija de Albión, que estaba vestida elegantemente y era muy hermosa, alta, de ojos azules y cabellos rubios, se puso de pies con mucho garbo y tendiéndole cariñosamente la mano, preguntó:

—¿Es usted la señora Benigna Cordero de Alvarez?

—Atenta servidora de usted. ¿En qué puedo serle útil?

—Acabo de desembarcar y vengo á ponerme completamente á sus órdenes.

—¿A mis órdenes?—repitió muy admirada la buena esposa del preceptor, mirando de hito en hito á su encantadora visitante—¿pero quién es usted, con quién tengo el honor de hablar?

—Yo soy la persona á quien usted mandó una carta de Luis Reyes á Trinidad, con el aviso de que había tenido la desgracia de caer prisionero, y de estar sepultado en Las Bóvedas de este puerto.

—Pero esa persona — contestó misia Benigna cada vez más asombrada — según entiendo no se llama Diana Nelson, sino Estefanía Garguera, ni mucho menos es inglesa, sino, más que venezolana, ínclita heroína, de quien se habló mucho y andaba en traje varonil con el nombre de Víctor Rómber, cuando el ejército patriota llegó derrotado á Caracas después del desastre de La Puerta y siguió para Oriente, junto con la emigración.

—Pues esos tres seres, en apariencia distintos, —respondió riendo la fingida inglesa — constituyen una sola persona. Estefanía Garguera tuvo en un tiempo, que convertirse en Víctor Rómber, para combatir por su honor y por la Independencia de su Patria, y ahora ha tenido que disfrazarse de Diana Nelson, para venir á La Guaira sin ser conocida á cuidar á su novio al lado de ustedes y á procurar su libertad de cualquier modo.

—¡Brava mujer!—exclamó entusiasmada misia Benigna, cerrándola entre sus largos y huesudos brazos—sea usted bienvenida á esta casa en donde tendrá puesto de preferencia y vivirá con nosotras como en familia.

—Mil gracias, señora—respondió Estefanía con calor—no aguardaba yo otra cosa de usted, sabiendo como sé que es una benemérita y antigua protectora de los patriotas presos, para los cuales ha sido y es, más que un paño de lágrimas, una especie de Providencia humana. Me constituiré en su ayudanta; y, se lo repito, trataremos por todos los medios de trabajar en favor de nuestros amigos; eso sí, debo continuar de incógnita y bajo el mismo nombre, hacién-

dole creer á todos que soy una simple huéspeda de la casa, que pago mi estipendio y que he venido en recorrida por estos países suramericanos, como agente ó comisionada de una casa de modas de Londres. Afortunadamente en los años que he pasado en Trinidad he aprendido muy regularmente el inglés, y el conde de Zurbarán, me ha proporcionado dinero suficiente para lo que se pueda necesitar.

—Magnífico—dijo con exaltación misia Benigna —así lo haremos, pero, entretanto quiero presentarla á mi amiga y compañera doña Brígida de Carrasquel, que fué la que buscó el falucho para mandar á usted la carta á Trinidad. Con ella y con Bruna, no podemos guardar secretos—y saliendo al corredor hizo una señal llamativa con la mano á la aludida, que estaba no muy lejos, en observación y llena de curiosidad.

Hecha la presentación, la catalana mirando de pies á cabeza á la célebre heroína, dijo:

—¿Cree usted que yo no la conocía de fama? En Oriente se ha hablado mucho de usted, como en Occidente y en el Centro se habrá hablado también de Juana la Avanzadora. Las mujeres guerreras llaman mucho la atención en el mundo. Yo no era patriota, tanto por mi origen como por mis ideas; pero se metió Felipe, y á pesar de haberlo hecho contra mi voluntad, tuve que seguirlo y aquí me tiene usted en la brecha. Por él y por Rufino Peralta, su íntimo amigo y pariente, la conocía yo á usted de fama pues ellos se la pasaban hablando sin cesar en mi casa de sus sobresalientes méritos y proesas; y á propósito ¿qué ha sido de Rufino últimamente?

—Ha estado siempre al lado del general Santiago Mariño, calmando los ánimos y procurando vencer, con su gran talento, el espíritu anárquico que por desgracia domina á los jefes orientales. Como Bolívar, con suma habilidad, para terminar las frecuentes riñas, separó últimamente al perro y al gato llamando

á Mariño para Occidente, con parte del ejército oriental, con él marchó Rufino, ocupando el honorífico puesto de Jefe de Estado Mayor del ejército expedicionario, quedando otro ejército á las órdenes de Bermúdez, el cual cubre la línea de defensa, desde las márgenès del río Unare hasta las del Guanape, en cumplimiento de las disposiciones del armisticio de Santa Rosa.

—Si no se ofrece más nada—gritó Bruna desde el pasadizo interior—voy á acomodar los azafates para despachar el almuerzo.

—Aguarda un instante mujer, que falta un huevo por sancochar—le respondió doña Brígida, y dirigiéndose á Estefanía, añadió—escriba dos palabras en uno de esos papelitos de seda para que el general Reyes sepa su llegada.

No se hizo repetir la oportuna indicación Estefanía, y á la carrera escribió lo siguiente:

"Luis mío: aquí me tienes. Al recibir el aviso de tu prisión, no pude contenerme y me vine en el mismo falucho que me llevó la carta.

"Aunque tú no me llamabas en ella, conociéndome tanto como me conoces, has debido suponer que no me quedaría tranquila.

"¿Cómo podía quedarme?

"¡Imposible! En el acto llamé á Teresa y á su padre, el buen conde de Zurbarán, á aquella noble mujer que ha sido para mí como una cariñosa hermana, y á aquel cumplido caballero, que me ha tratado como un padre, y les hice saber mi resolución de venirme á tu lado arrostrando todas las consecuencias. Muchas prudentes reflexiones hiciéronme una y otro, pintándome los peligros y dificultades con que podría tropezar aquí, mas como vieron que era firme mi propósito, y les dije que iba á cambiar de nombre y á llegar á una casa de respeto, para estar cerca de tí; convinieron al fin en dejarme venir, entregándome el conde dos paquetes de onzas de oro, de á 50 cada uno, para gastos de viaje y demás necesidades que se me ofrecieran.

"Oh! mi querido Luis, con lágrimas é inmenso dolor me separé de aquel agradable asilo, donde me dejaste y de aquella incomparable gente á cuyo lado he pasado más de seis años, tratada á cuerpo de reina, y con más esmero y atenciones que si mi propia familia hubieran sido!

"Pero ¿qué quieres? Con la noticia de tu prisión, que me cayó como una bomba, mi vida en aquella isla hubiera sido un martirio; y aquí está, *en campaña de nuevo*, no el Inglesito, sino *la inglesita* que te manda mil besos, abrazos y recuerdos; y que se firma: *Diana Nelson.*

Preparada esta carta por Bruna en la misma forma que el boletín de noticias, fué metida en el esférico buzón de las dos sustancias alimenticias para que llegara á su destino; y luego que se despacharon los azafates, el ama de la casa, dirigiéndose á Estefanía, dijo:

—Ahora, vamos á almorzar nosotras; y mientras ponen la mesa, y un criado sube su equipaje á la pieza contigua, que es la destinada para usted, operaciones que respectivamente dirigirá doña Brígida y Bruna, quiero que visitemos nuestro taller de grangerías para que pueda formarse una idea exacta de la mansión á donde la han traído las imprevistas circunstancias de la vida.

—De mil amores, excelente amiga—respondió la recién llegada, empezando á bajar las escaleras—mucho deseaba yo conocer esta célebre colmena, donde trabajan tantas abejas humanas para un fin tan santo. La fama del benéfico plantel industrial, que usted dirige con tanto afán y acierto, ha llegado hasta Trinidad y muchos venezolanos me han hablado con frecuencia de él, ponderando sus bondades y lo admirable de su organización.

El golpe de vista que se ofreció á los ojos de Estefanía, luego que junto con su compañera, atravesó el patio principal y el comedor, fué de los más curiosos é interesantes.

En los dos corredores laterales había un enjambre de trabajadoras de diversas edades y colores,

que charlaban, reían y cantaban llenas de sana alegría, al mismo tiempo que en bancos, en mesitas, ó en bateas, unas de pies y otras sentadas, rayaban cocos, batían melados, hacían picadillos, pilaban y molían maíz, pelaban papas y frutas de distintas clases, torcían tabacos, rellenaban chorizos, y butifarras, amarraban hallacas y hallaquitas, llenaban botellas de carato, caratillo y chicha, picaban gofios, encanelaban platos de manjarete, chicos y grandes ó sea de á *medio*, de á *cuartillo* y de á *huevo*; envolvían pelotas, llenaban moldes de jaleas de guayaba, de membrillo y de mango, cortaban trozos de *tequiche* y de conservas de cidra, de ajonjolí, de maní y de coco, bien de la *quemada*, de la *granosa* ó de la *melcochuda*, preparaban caramelos, turrones y golosinas variadas para abastecer los azafates de las vendedoras urbanas y los barriles de los repartidores rurales.

En la cocina había otra legión de criadas, tendiendo arepas y arepitas en los budares, tostando café, hirviendo distintos guisos en ollas de tierra, friendo empanadas y rosquitas, horneando bizcochitos, almidones, golfiados, panes de Tunja, bizcochuelos, y acemitas, sancochando mapueyes y condimentando manjares y platos diversos, para todos los gustos y para todos los bolsillos.

Cuando Estefanía hubo contemplado absorta aquel movimiento, aquella activa labor y tal variedad de artículos y de producciones de manducatoria, con sincera admiración y moviendo la cabeza, exclamó :

—Oiga usted, misia Benigna, esta Causa nuestra no puede perderse cuando tiene mujeres como usted y como sus dignas colaboradoras. Estoy encantada de este cuadro animador y elocuente que equivale á una batalla que se libra aquí diariamente por el deber y por la filantropía. ¡Venga un abrazo y mi más calurosa felicitación para la matrona insigne, venerable y digna, que bien merece puésto de honor entre las mujeres célebres de la biblia y entre las ponderadas espartanas !

—No merece mi conducta tantos elogios—respondió casi llorando por la emoción la modesta consorte del mártir don Manuel Antonio—¡ usted sí, señorita Garguera, merece bien ser imortalizada por la lira del poeta y la pluma del historiador, usted, la mujer audaz, valerosa y temible, que después de haber combatido tanto por la emancipación de su país y por su honor, deja hoy de nuevo el tranquilo refugio donde la llevara la suerte, para venir una vez más á la lucha, por el deber triple y santo de venezolana, de patriota y de amante! Esa conducta suya sí que merece loores y alabanzas.

Después del almuerzo, ocupóse Estefanía, ya instalada en su cuarto, en el acomodo de su ropas y enseres, tarea que siempre es importante. Luego descansó algún tiempo en la cama, y ya cerca de las seis de la tarde, cuando regresó de Las Bóvedas el criado con los platos y demás envases donde llevara la comida, en el mango de uno de los peroles de doble tapa, se encontró una carta de Luis para ella, que decía así:

"Diana de mi alma: ¡ qué sorpresa tan agradable y al mismo tiempo, que temor tan grande me acomete al saber que estás en La Guaira, al alcance de nuestros enemigos!

"Oh! genio y figura hasta la sepultura! No has cambiado, á pesar de tân largo tiempo de apacible retiro y eres siempre tan buena y generosa conmigo, que á la noticia de mi desgracia has volado á socorrerme como lo hiciste con tu imponderable valor en tantas ocasiones críticas, durante nuestras primeras campañas.

"Me salvaste cerca de Casupito, después de la derrota de La Puerta; me salvaste en Aragua de Barcelona, y, sobre todo, jamás podré olvidar la manera noble y gentil como vengaste en Tacarigua los ultrajes y la muerte de mi inolvidable Carmen. Ese día subiste tan alto en merecimientos para mí, te veía tan grande y generosa, que llegué hasta á compararte con

María Santísima. No te rías, porque, fué la pura verdad, esa acción fué digna de una santa, de una diosa!

"Ahora acudes una vez más á salvarme ó con la intención de salvarme.

"Ojalá que puedas conseguirlo, pues, francamente es inmensa la contrariedad que experimento al encontrarme aquí como enterrado en vida, después de haber combatido tantos años y cuando ya asoma en el horizonte la esplendente aurora del coronamiento de nuestra magna obra.

"Aquí tienes un aliado fervoroso, inteligente y ducho, don Agapito Callejones, quien te conoció y apreció tus extraordinarias cualidades en la aciaga marcha hacia el Oriente, y especialmente en el siniestro de Tacarigua, donde al par que á la mía, vengaste á su familia. El te saluda con el mayor afecto y se pondrá en correspondencia contigo, por este órgano, para todo lo que sea preciso hacer. Al saber tu llegada, lleno de placer me dijo: "llegó la avispa al melado, ya tenemos todo lo necesario para una evasión, yo dirigiendo el pandero desde adentro, Miguelete de nuestra parte; y afuera, Estefanía en campaña, con dos mil pesos en oro y con la misma audacia y arrojo de sus primitivos tiempos."

"A tu clara inteligencia no debe escaparse que los días son propicios para cualquier plan que se fragüe, pues con motivo del armisticio que nos comunicaron en días pasados desde la explanada, nos han aflojado la cuerda del rigor, la vigilancia es muy poca y las requisas han disminuido hasta el extremo de que ayer no pasaron ninguna. Esta gente está completamente desanimada y comprende su próximo derrumbamiento. Especialmente Ceruto, que según el informe de los compañeros, era antes una fiera, ha cambiado por completo y desde que supo el embarco de su antiguo jefe Morillo, no cesa de decir, sobre todo cuando está ébrio, que él está de más en Venezuela y que va á pedir su licencia para embarcarse también, porque á esta tierra se la llevó el diablo.

"En cuanto á Miguelete, como te dije, es de tal manera nuestro y oye tanto las indicaciones de don Agapito, que desde la semana pasada estamos algunos durmiendo sin grillos, porque él les ha aflojado los remaches y limádolos hábilmente, de modo que nos es muy fácil quitárnolos y ponérnolos cada vez que nos da la gana, lo cual, por su puesto, no hacemos sino de noche para que nadie se entere de este bendito fraude que debemos á la astucia de Callejones y á la benevolencia inusitada de Miguelete, á quien los acontecimientos y el boticario han logrado cambiar de manera sorprendente, puesto que los dos están á partir un higo.

"Me apresuro á darte estos detalles para que no pierdas tiempo y te hagas cargo de la situación y te convenzas de que has llegado muy á tiempo.

"Nada más tengo que decirte porque te conozco y estoy seguro de que de una manera ó de otra, te veré y te abrazaré muy pronto."

Largo tiempo estuvo Estefanía meditando después de haber leído y releído la anterior carta, y al fin rendida por el sueño y por las emociones de tan accidentado día, se acostó en su lecho, exclamando:

—Durmamos esta noche que mañana al amanecer, daré principio á mi plan y comenzará mi labor.

¡He venido á libertar á Luis, y querer es poder!

X

Algunos días después de los sucesos narrados en los anteriores capítulos, ó sea en la mañana del 10 de febrero del mencionado año de 1821, Domingo de Quincuagésima, aniversario de San Guillermo de Aquitania, iban tres viajeros á caballo precedidos de un baquiano, también ecuestre, subiendo lo más ligero que les era posible, la empinada y torcida cuesta que de Mamo conduce al pueblo de Carayaca.

El traje de los jinetes compuesto de chaquetas y pantalones de dril crudo, los aperos de las bestias, las pistolas que llevaban en las cañoneras y las cobijas que en las ancas llevaban, eran completamente nuevos; y por ciertos detalles se dejaba comprender que todo había sido preparado á la carrera.

Por la animación é interés con que hablaban aquellos tres individuos, que no eran otros (como ya lo habrán sospechado los lectores), sino nuestros buenos amigos, Luis Reyes, don Agapito Callejones y don Felipe Carrasquel, se comprendía que acababan de ejecutar alguna acción ruidosa, algún lance de contrabando para haber conseguido fugarse de Las Bóvedas. ¿Cómo se explicaba aquel fenómeno y cómo habían logrado obtener su libertad?

Acerquémonos á los prófugos que por el hilo de su conversación sacaremos sin duda el ovillo de su evasión.

—Francamente, señores—decía el Mudo, taloneando muy embullado su cabalgadura—no creí nunca que la cosa pasara tan felizmente y debo confesar que fué con el credo en la boca, como me resolví á última hora á acompañar á ustedes en el atrevido y arriesgado plan de fugarnos, por más que se me asegurara que todas las avenidas estaban tomadas y que no podía haber ningún peligro. Me veo aquí y me parece un sueño. ¡Qué tontos fueron el padre Alegría y don Manuel Antonio, al no querer acompañarnos!

—Y doblemente tontos—observó don Agapito—porque yo les expliqué minuciosamente el plan, manifestándoles que no habría el menor riesgo, desde que Miguelete me aseguró que el mismo Ceruto estaba convenido en echarnos fuera á media noche, vestidos de soldados y figurando ronda, si le dábamos cuarenta onzas que necesitaba para embarcarse al obtener su licencia que había pedido; y como el compromiso era entregarlas cuando estuviésemos en la calle, junto con las veinte ofrecidas á Miguelete, claro esta-

ba que el golpe era manso y que no podía abrigarse el más ligero temor.....

—El motivo por el cual don Manuel y el padre se quedaron en Las Bóvedas—dijo Luis volteando el rostro hacia sus compañeros, porque iba marchando delante de ellos y detrás del baquiano—lo sé yo perfectamente, pues ellos me hablaron con toda confianza: "débiles, enfermizos, casi inútiles por tantos años de prisión y no siendo hombres de campaña, al haberse resuelto á salir con nosotros hubiera sido sin duda para ir á esconderse en alguna casa, con probabilidades de ser descubiertos y denunciados; y prisión por prisión, era lo mismo, por lo cual preferían quedarse en la que ya tanto conocían"; y cuando eso me observaron convine en que pensaban muy bien. ¿No lo creen ustedes?

—Claro que sí—contestó don Felipe muy contento de que se le contara entre los hombres de acción—yo mismo que sé pasar trabajos, que he andado siempre á caballo y que he sido subalterno de un general tan activo como Piar, á pesar de no tener tantos años de cárcel como ellos, me siento estropeado, me duele la cintura y el cogote por el inusitado agetreo, con la circunstancia rara de que anoche, cuando llegamos á la casa del Peñón, donde la providencial Miss Diana Nelson nos esperaba con el guía y los caballos ensillados, sin tener miedo en absoluto, se lo juro á ustedes, y solamente por lo ligero que anduvimos hasta llegar al lugar mencionado, y por la fuerte brisa del mar, sentí un vahído y luego un temblor nervioso que me impidió por largo rato poner el pie en el estribo para montar en el caballo. Pero qué mujer aquella, tan noble, tan valerosa y tan previsora; nada nos faltó, llegando su generosidad hasta entregarnos á cada uno una capotera con dos mudas de ropa interior, un *porsiacaso* lleno de bastimento y cinco onzas de oro para nuestros gastos de viaje, además de todos los grandes servicios que nos había prestado. ¡Dichoso el compañero Reyes que tiene esa joya por prometida y que pudo estrecharla en sus brazos por

tan largo rato en la despedida; dichoso el mortal que posée el amor y el corazón de semejante mujer!

—Es la verdad—exclamó Callejones—lo que acaba de hacer por nosotros la célebre heroína, que tras de ese seudónimo se oculta, es increíble y merece nuestra eterna gratitud. Esta bella acción unida á la que ejecutó en Tacarigua, cuando el siniestro de mi inolvidable familia, esos procedimientos constituyen para mí una deuda eterna y sagrada que no pierdo la esperanza de poderle pagar algún día con creces.

—Y eso que ustedes no saben lo mejor—dijo Luis bañado en agua de rosas al oír los elogios que se hacían tan justamente á su amada—á última hora quería venirse con nosotros y tenía en la casa un traje de hombre y un caballo listo. Naturalmente, me opuse enérgicamente á semejante calaverada, pues aunque es cierto que por el estado de tregua en que estamos, no hay ningún peligro en transitar por los caminos y aunque los hubiera, ella está acostumbrada á arrostrarlos y á vencerlos, habiéndose retirado hace tantos años de tan impropio oficio para una mujer, mucho más prudente me pareció que se quedara tranquila en La Guaira, en unión de misia Benigna y de doña Brígida, hasta que termine la guerra por arreglo ó por una batalla formal y pueda yo ir á buscarla para hacerla mi esposa.

—En lo cual hará usted muy bien, señor don Luis—contestó Callejones—y puedo asegurarle que no habrá en el mundo mortal mejor acompañado, ni más feliz.

—Están ustedes sacando muy galanas cuentas—indicó don Felipe con aire zumbón—sin saber como vamos á salir de esta aventurada excursión y cuando vamos á terminar esta subida tan larga y repechuda.

—Tan seguro estoy del triunfo de la Independencia—respondió don Agapito—y de que aunque tenemos mucho que andar no nos acontecerá ningún percance, que ya no me preocupo de los españoles sino de los libertadores, que ya no me inquieto de lo presente sino de lo porvenir; y es de tal manera cierto lo

que digo, que desde ahora voy pensando á qué lugar podré yo dirigirme, en qué campamento amigo podré guarecerme, pues le tengo más miedo á Bolívar que á Latorre, por mis antecedentes personales....

—Tate!—exclamó el Mudo—no nos morimos en este año, eso mismo venía yo calculando respecto de mí. ¿No irá á acordarse el Libertador cuando me vea, que yo fuí subalterno é íntimo amigo del eminente Piar y que lo acompañé en la capilla, hasta sus postrimeros instantes? ¿No irá á cobrarme esas viejas cuentas, aumentadas y empeoradas por mi constante charla, (que ha podido llegar á sus oídos) en contra de aquel acto atentatorio, duro y cruel, de Angostura, que será siempre un *inri* para su gran fama?

—Pero señores—dijo Luis en tono de reproche—¿cómo suponen ustedes que el general Bolívar va á estar acordándose ahora de semejantes pequeñeces? Su cabeza está ocupada ahora de planes muy grandes y él no es hombre de rencores....

—¿Qué no es hombre de rencores?—interrumpió el boticario mostrando sus ahumados colmillos por el esfuerzo de una sonrisa sarcástica—¿acaso usted mismo no me ha contado, ponderando su gran memoria y sus ojos de lince el caso de Vanoni, á quien después de ocho años de su traición en Puerto Cabello, reconoció en el grupo de los prisioneros de Boyacá y lo mandó á fusilar en el acto? Acaso me perdonó á mí, que soy un pigmeo, mis complicidades en el motín de Carúpano, en el congresito de Cariaco y en lo del acta de San Fernando? Ay! mi don Luisillo, si no hubiera sido por la caballerosidad de mi denodado y buen amigo general Juan Bautista Arismendi, todavía estuviera yo pudriéndome en la cárcel de Angostura. Nadie mejor que usted, querido compañero, debe recordarlo, pues bastante trabajó en vano para conseguir mi libertad. Nó, nó, al perro macho no lo castran más que una vez y el gato escaldado del agua huye....Si logramos llegar con felicidad al Occidente, desde ahora se lo anuncio, me quedaré con otro nombre al lado de nuestro amigo el doctor Fe-

derico Pedernales en el cuerpo de ejército que manda Páez; y le suplico anticipadamente que me guarde el secreto, porque si don Simoncito logra otra vez echarme el guante, *requiéscat in pace*....

Cerca de las doce llegaron los viajeros á la loma de Petaquire pues no creyeron prudente pararse en Carayaca. Allí desensillaron un rato para tomar descanso, pusieron las bestias á comer en la fresca yerba, cada cual requirió su *porsiacaso* y después de almorzar continuaron la marcha llegando al caer la tarde á la fila maestra del Palmar, donde resolvieron pasar la noche.

—¿Qué rumbo seguiremos mañana?—preguntó Reyes al baquiano, que junto con todos se hallaba sentado después de cenar, al rededor de una hoguera que se había encendido, para ahuyentar á los tigres que abundaban en el lugar—¿cuánto tiempo gastaremos para llegar á las cercanías de Valencia, que será nuestro punto de orientación?

—Eso depende de la *verea* que cojamos—respondió el aludido, que era un zambo retaco, vejancón, antiguo contrabandista de tabaco, á quien Estefanía había contratado para el viaje—nos hallamos *cabarmente* en el *ñudo* de la cordillera y podemos *bajá* por tres *laos:* por *Quebraseca, pa* El Consejo, por la cuesta de Maleteros, *pa* La Victoria y por el cerro de Paya *pa* Turmero. Si cogemos este *úrtimo* camino que es el más corto llegaremos *dentro* de dos días.

—Prefiero ese—contestó Luis—no sólo porque es más corto, sino porque es menos frecuentado, y, podremos con mayor facilidad, esquivando las poblaciones y torciendo á la izquierda de las sabanas de Guacara, llegar á Tocuyito, en donde con seguridad sabremos el punto donde tenga su cuartel general el Libertador.

Así quedó resuelto el itinerario, cada cual extendió su cobija en el suelo para acostarse poniendo la silla de cabecera, se numeraron los cuatro para mon-

tar guardia por turno; y el Mudo, ya en posición horizontal y mirando las estrellas que titilaban en el firmamento, dijo:

—Bueno, á mi me ha tocado el último número, lo que quiere decir que dormiré tranquilo hasta la madrugada, sin pensar en el tigre ni en los godos, ni en las leguas que nos faltan para llegar á nuestro destino. Oh! cuánta razón tenía mi buena Brígida cuando, en los comienzos de la guerra, me aconsejaba que no me metiera en nada, porque teniendo bienes de fortuna y larga familia, lo mejor era que me estuviese tranquilo entregado al cuido de la una y á los goces de la otra, sin necesidad de andar á salto de mata, á tiros, amansando suelos y pasando hambre, sustos, privaciones y trabajos. Oh! santa y abnegada mujer, que de recalcitrante goda se pasó, por complacerme, á furibunda patriota, por qué no te oí, por qué insistí en la locura de meterme de bruces en la guerra para obtener, por toda ventaja, hasta el peligro de que aún triufando la causa, corro el riesgo de quedar mal por no tener las simpatías del Caudillo? ¡Buenas noches, señores!

—Buenas noches, don Felipe—contestó riendo Callejones.—Si eso dice usted ¿qué podré pensar yo, que llevo la zoga al cuello, más apretada que nadie en ese punto, porque soy tan grato al Libertador como la sal de higuera y la ipecacuana? Ay! amigo mío, por esa razón decía yo esta mañana, que después que saliéramos de los conquistadores íbamos á tener que salir de los libertadores. No hay que forjarse ilusiones, estamos en la mitad de la jornada y después que rompamos definitivamente la cadena de la Colonia, vamos á tener que romper la cadena de Colombia, pues no merece la pena de que nos independizemos de España para quedar uncidos al yugo de la Nueva Granada, ni que salgamos del rey para continuar con el dictador; y porque, en fin de fines, vale más ser cabeza de ratón que cola de león.....

—Qué hombre tan incorregible—murmuró Luis Reyes, quien abrumado por la fatiga, comenzaba á

dormirse—¡ qué carácter tan indomable, solamente la pala y la barra del sepulturero serán capaces de cambiarlo !

XI

Luis Reyes y don Felipe Carrasquel, no en los caballos en que salieron de La Guaira, sino en un par de robustas mulas que habían negociado por el tránsito, llegaron sanos y salvos á Boconó de Trujillo, en la tarde del día 15 de marzo. El astuto y escamado farmacéutico, al saber que el Libertador, de regreso de su excursión hacia el Sur, se encontraba en dicho pueblo, había dicho *zape gato*, y escurriendo el bulto, dirigióse, acompañado del baquiano, hacia el pueblo de Achaguas, donde se hallaba acantonado su amigo y protector, el general José Antonio Páez, á cuyo lado debería encontrarse, sin duda, su compadre el doctor Federico Pedernales.

En Boconó se notaba un extraordinario movimiento en aquellos días, tanto porque estaban allí, de paso, muchos diputados de las nueve provincias para la instalación del Congreso Constituyente colombiano, cuanto porque se discutía muy acaloradamente el punto sensacional del pronunciamiento de Maracaibo por la causa de la Independencia y su voluntaria incorporación al gobierno de Colombia, hecho trascendental que acababa de verificarse.

Latorre había dicho á Urdaneta, que fué el que apoyó el movimiennto por medio del batallón *Tiradores*, á cargo del coronel Heras, que aquel procedimiento no era correcto en razón de hallarse suspendidas las hostilidades; por lo cual las tropas colombianas debían desocupar en el acto dicha ciudad; mas como éste no conviniera en ello, alegando muy acertadamente, que no se trataba de un ataque á mano armada, sino de un movimiento popular al que se habían incorporado el Gobernador

y el cabildo, el jefe español dirigió otra nota á Bolívar, haciéndole el mismo reclamo; y como éste al adherirse por completo á la opinión de su subalterno, en la contestación á Latorre, añadió, *que habiéndose hecho aquel pueblo independiente de España, las tropas de Colombia no habían ocupado territorio español y que por el armisticio no le estaba prohibido admitir bajo su protección á los que se acogieran á ella, deseaba saber si en el caso de que no se devolviera á Maracaibo, se romperían las hostilidades; y dentro de qué término.*

Como por este *envite* comprendió Latorre que su contrario tenía la ropa de pelear y le convenía romper el convenio, se quedó callado por algunos días y hasta envió nuevos comisionados procurando ganar tiempo.

Bolívar, que comprendió el ardid, se quitó los guantes del diplomático y, sin más rodeos, le envió un oficio terminante, diciéndole que *había llegado el caso del artículo 12 del armisticio y que los 40 días en que debían comenzar de nuevo las hostilidades, principiarían á contarse desde el recibo de aquella nota, si ni Latorre ni los comisionados Sartorio y Espelius tenían las facultades necesarias para terminar la guerra.* Aunque no se había recibido en Boconó contestación á este perentorio *ultimatum*, cuando los dos escapados de Las Bóvedas llegaron, todo el mundo tenía por un hecho la ruptura del armisticio, y el referido asunto era el tema de todas las conversaciones.

Luis Reyes se informó, antes que todo, en qué calle se hallaba situada la casa de alojamiento del Libertador, y á ella se dirigió directamente, dejando á su compañero el cuido de las bestias en una ranchería, mientras buscaban una buena posada donde acomodarse.

En los corredores, en la sala y hasta en la pieza de la secretaría, encontró gran número de personas, diputados, militares, empleados y ciudadanos venidos de Cúcuta, que aguardaban ansiosos al general Bolívar que había salido á pasear á caballo con sus ayudantes, por lo cual ignoraba que acababa de

llegar, y también lo esperaba en la casa, un posta montado de Latorre con la contestación al postrimero y perentorio pliego, que se le había remitido.

Entre la numerosa concurrencia distinguió Luis á Rufino Peralta y á don Mauricio Mora Melo, ó sea al Jefe de Estado Mayor de Mariño y al Proveedor General del Ejército. A ellos se dirigió, y abrazándolos efusivamente les dijo:

—Aquí me tienen ustedes, amigos míos. ¿Pensaban que después de haber ayudadado á pelar la papa, se la iban á comer solos, sin dejarme probar siquiera un bocadito?

—¿De dónde sales, Luis?—preguntó Rufino lleno de asombro—te creíamos muerto ó encerrado en algún castillo ó pontón. ¡Cuánto me place verte!

Los tres amigos fueron á sentarse en un escaño que había desocupado en el extremo de uno de los largos corredores, y Luis les refirió brevemente, todo lo que le había pasado, después de lo cual, don Mauricio dijo:

—No hay duda, compañero, que usted tiene tal suerte, que parece haberse amamantadó con leche de la Verónica.... Mire que entrar en Las Bóvedas y salir de ese sepulcro, tan ligero y tan felizmente! Es preciso convenir en que las mujeres son una gran cosa en el mundo, razón por la cual me uní indisolublemente con mi Encarnación; y usted á la postre, tendrá que hacer lo mismo con su valerosa Semíramis.

—Y ¿qué ha ocurrido por aquí últimamente—preguntó Luis, sonriendo por la inesperada y equiparativa alusión femenil del hombre de las Siete Emes—parece que el armisticio está casi roto y que volveremos pronto á tirar tiros y á aspirar el humo de la pólvora?

—Aquí para nosotros—contestó don Mauricio bajando la voz y dándose ínfulas de estar muy bien informado,—á Su Excelencia no le conviene prolongar por más tiempo esta espectativa armada, porque es muy costosa en razón de que á las tropas acantonadas es preciso racionarlas diariamente y no tenemos

dinero. Habrá además que sostener al Congreso que va á instalarse en Cúcuta, y aunque los diputados, patrióticamente, se han conformado con recibir tres pesos diarios, en lugar de los diez que les corresponden por dietas, siempre es fuerte la suma que habrá que erogar por tal respecto, porque el número de constituyentes alcanza nada menos que á 57, lo que suma un gasto diario de doscientos pesos, poco más ó menos, entre escribientes é impresiones. Otra poderosa razón milita en pró de la inmediata ruptura y es el estado de anarquía y de desaliento en que se hallan los jefes españoles después de la ida de Morillo y la animación, entusiasmo y ardimiento que reina en nuestras filas, por la incorporación que hacen diariamente en ellas, casi todos los venezolanos y granadinos que prestaban sus servicios en el campo realista. En corroboración de esto le oí ayer decir al Libertador estas palabras textuales: "*Jamás se me ha presentado una campaña bajo un aspecto tan favorable como la presente. Todo conspira contra los enemigos y todo nos favorece. Sus tropas aunque no son débiles en número, no tienen la fuerza moral que es la verdadera fuerza de un ejército; mientras que nuestros soldados se creen invencibles*....Por todos motivos, pues, es imprescindible que se rompan cuanto antes las ligaduras del armisticio, porque esas ligaduras nos están asfixiando....

—Ya ves—interrumpió Peralta, con marcada sorna—que encuentras á don Mauricio muy encogollado, hablando de *nos* y más *nos*, como si fuera periodista, arzobispo ó ministro; en una palabra: lo encuentras en el candelero, no con el pábilo apagado, sino dando mucha luz.

—Pues hombre, mi amigo Peralta—dijo Mora, mostrando los blancos dientes de su plancha, al dibujar en sus pintados labios una plácida sonrisa de satisfacción—yo no sé si seré obispo, sacristán ó monaguillo, ó si usted lo dice en son de chirigota; pero lo que es un hecho innegable, es que cuando Su Excelencia el Presidente necesita de algo urgente no

manda á Bogotá ni se dirige á sus ministros sino á mí; y la prueba de ello es que ya tengo conseguido lo suficiente para racionar el ejército y pagar el Congreso por un mes, con el arbitrio de un empréstito entre varios hacendados, comerciantes y dueños de hatos.

—Bueno—exclamó Luis, saludando militarmente al hombre de las Siete Emes—lo proclamo y felicito como futuro Ministro de Hacienda de la República, y me regocijo en extremo de hallarlo tan en privanza y tan en cuenta de todo. ¿Qué otra designación y cumbre puede merecer un varón de tan *complejas aptitudes* y de tan *refinadas dotes*, sino el manejo de nuestras finanzas.

—Está bien, don Luis—contestó algo amostazado el benemérito don Mauricio—usted también se burla, secundando á su amigo Peralta; pero yo les digo á ambos, parodiando á los jugadores de golfo: *á ley nos veremos*....

—Hablemos de cosas más serias—dijo Rufino dirigiéndose á su amigo—bueno es que sepas también que durante tu ausencia hemos sufrido un serio descalabro, pues en cuenta el Libertador de que Guayaquil se había pronunciado por la Independencia, mandó á Valdez con el ejército del Sur á apoyar dicho movimiento, y al pasar por el territorio de los indomables pastusos, á quienes el obispo Jiménez ha hecho creer que los que mueran defendiendo al rey van derechitos al cielo, con cotizas y todo, fué completamente derrotado, el 2 de febrero por dichos guerrilleros, que fueron apoyados por el coronel Basilio García y 250 soldados veteranos que bajaron de Matabajoy. El combate fué en la quebrada de Jenoy, muy reñido y muy disputado por ambas partes, habiendo tenido que retirarse Valdez á las cinco de la tarde, por no haber podido ocupar lás formidables posiciones que en las alturas ocupaban los realistas, dejando en el campo más de 200 muertos, entre ellos muchos oficiales y soldados ingleses del

batallón *Albión*, 100 prisioneros y todo el parque que llevaba; total, tortilla completa.

Al siguiente día, el general Antonio José de Sucre, que iba con los comisionados españoles á establecer el armisticio en aquellas regiones y á hacerse cargo del llamado *ejército del Sur*, se encontró con el inesperado descalabro, que había reducido el derrotado ejército á la paupérrima cifra de 586 hombres, no todos armados, porque solamente tenían 314 fusiles. El activo Sucre, que ha resultado ser un completo general, se quedó en el lugar denominado "Trapiche" reorganizando las tropas y los comisionados realistas Moles y Morales, siguieron marcha hacia Pastos en donde, con no pocas dificultades, lograron convencer á los pastusos de que tenían que aceptar la suspensión de hostilidades, fijándose el Mayo como línea de demarcación, lo cual fué aceptado también por el presidente Aymerich, que se hallaba en Quito.

Cuando Rufino llegó á este punto de su relación, se sintió en la calle fuerte ruido de pisadas de caballos, hubo gran movimiento entre la espectante concurrencia, las miradas todas se dirigieron á la puerta y muchos labios exclamaron en voz baja: el Libertador.

Efectivamente, era él, que regresaba de su paseo vespertino. Venía de uniforme y botas altas, andando muy de prisa como era su costumbre y cuando le anunciaron que un oficial del general Latorre le aguardaba, con nadie se detuvo, ni habló, pasó derechamente á la Secretaría y le hizo llamar en el acto.

La curiosidad, entonces, entre los concurrentes, llegó á su período álgido, se formaron varios grupitos y se oyó un concierto de murmullos, algo así como un prolongado zumbido de abejas y cigarrones producido por los animados cuchicheos.

Al cabo de una larga media hora, salió el comisionado de la pieza con rostro zahareño, trayendo en la mano un pliego cerrado, que era la contesta-

ción dada á Latorre, y otro abierto que era su pasaporte con la nota de regreso. Guardó ambos en el bolsillo, y al pasar por el corredor principal saludó secamente á los que halló en el paso, tocándose la vicera de la gorra de campaña; salió á la calle, le echó la pierna al caballo, y, á largo pasitrote, desapareció en lontananza aquel mensajero que, sin duda, era nuncio de futuras lágrimas y hecatombes, necesarias aún para que el sol de la Libertad y de la Independencia, pudiera brillar con todo su esplendor en el cielo de la Patria.

Pocos minutos después salió Bolívar con aire muy complacido, saludó á todos jovialmente; y al encontrarse con Luis Reyes, exclamó abrazándolo:

—Hola! mi amiguito, ha llegado usted, como siempre, en los momentos precisos; y el hecho de que se haya dado sus artes de salir de las garras de los godos, para venir una vez más á acompañarme, es de muy buen augurio para mí en los críticos momentos en que la guerra va á recomenzar. Latorre acaba de notificarme que las hostilidades comenzarán el 28 del próximo mes de abril, por lo cual no tenemos tiempo que perder.

—Mi general—contestó Luis Reyes, muy orgulloso por aquel recibimiento—estoy completamente á sus órdenes.

—Demasiado lo sé y por eso me complazco en reconocer públicamente sus importantes servicios—contestó el Libertador de la manera más afable—¿acaso puedo olvidar, que el correcto desempeño de su última comisión, me ha dado por resultado la adquisición de Maracaibo y, como consecuencia, la ruptura del armisticio, que tanto necesitaba?—y luego, dirigiéndose á todos, despabilando mucho y frotándose las manos, señales evidentes de excitación nerviosa, añadió:—Latorre me dice en su última comunicación que acabo de contestar, que *mi proceder es inesperado é inconcebible* y muchos podrán encontrar extraña y hasta violenta mi conducta; pero yo, señores, *no podía ni debía hacer otra cosa, desde luego que no*

era posible permanecer más tiempo en la inacción, mientras no se nos diera como recompensa segura el reconocimiento de la Independencia; y como he procurado, por todos los medios imaginables, saber si los comisionados españoles estaban autorizados para ofrecérnosla, y al fin he visto con dolor que los gobernantes de España, siempre ciegos y mezquinos, no los han autorizado, como era de esperarse, he creído indispensable obtener por las armas lo que por medio de la diplomacia se hace imposible conseguir. Inspirado por este criterio, he querido precipitar los acontecimientos, antes de que Morillo, que es persona tan influyente en su país, tenga tiempo de llegar á Madrid, hacer cambiar la política, y hasta aconsejar que manden nuevos refuerzos para América.

Todos aprobaron íntimamente la incontrovertible exactitud de aquellas textuales palabras, el Libertador celebró un consejo en seguida; y aquella misma noche salieron postas á caballo en distintas direcciones, llevando órdenes al ejército del Norte y al de Apure, que avanzaran hasta San Carlos; al de Oriente, que estaba á cargo de Bermúdez, que invadiera la provincia de Caracas, bajo la dirección del general Carlos Soublette, vicepresidente de Venezuela; al coronel Cruz Carrillo, que llamara la atención sobre San Felipe; á Bogotá y á Guayana, para que activaran el envío de vestuarios, y á Remigio Ramos, á Andrés Torrellas y á todos los realistas pasados á los patriotas, que se reconcentraran en el cuartel general para abrir operaciones.

XII

La casa solariega de la señora doña Melchora de Arguinzones, situada en la ciudad de Valencia, casi frente á la puerta transversal de la iglesia Catedral, se encontraba el 28 del mes de marzo de 1821, poco

más ó menos, en el mismo estado que cuando en las postrimerías del año 11, asistimos á una sesión política de conspiración urbana realista, formada por Iztueta, Baquero, los dos franciscanos Díaz y Hernández y otros pajarracos que tramaron el movimiento, á mano armada, contra el Congreso patriota en el mencionado año.

Allí está como si nueve años más transcurridos desde entonces, no hubieran pasado por sobre sus ennegrecidas tejas, allí está inmutable y sombría como siempre, con su polvorienta fachada, con su telarañoso alero, con sus dos barrigonas ventanas con rejas de madera, pintadas de verde, en las cuales lucen sendas palmas adornadas, de las que fueron bendecidas en el último Domingo de Ramos, con su imagen de Santa Teresa de Jesús en la parte principal del zaguán y con sus oraciones impresas y pegadas detrás de todas las puertas, que terminan con el siguiente estribillo, encabezada por tres cruces negras y regordetas:

Santo Dios, Padre inmortal
Líbranos de todo mal:
De la peste y los temblores,
De la guerra y sus furores,
Del criminal insurgente
¡Líbranos, Dios clemente!
De todo lo que es horror
¡Ampáranos, gran Señor!

En cuanto á doña Melchora, muy poca cosa había cambiado físicamente, reduciéndose todo, á algunas arrugas más en el amarillento rostro, á algunas canas más en su enorme cabeza y á algunas libras más de peso en su ovalada persona, observándose en ella el fenómeno de que moral y espiritualmente, lejos de perder había ganado en el transcurso de los nueve años, por razón de que sus goces habían sido mayores que sus sufrimientos, pues á pesar de haberse contrariado horriblemente, cuando en el año de 1813 pasó Bolívar vencedor para Caracas y de

haber pasado muchas crugías, como en la heroica resistencia de Escalona y Espejo en el año 14, su placer fué inmenso y su alegría no reconoció límites cuando supo la derrota de La Puerta y cuando á poco ocupó Boves á Valencia, pasando á cuhillo á la mayor parte de los que capitularon, proporcionándole á ella el honor singular de pedirle su sala para poner en ella un baile, al cual obligó Boves á asistir á muchas señoras y señoritas de las más distinguidas familias patriotas, á quienes brutalmente, de látigo en mano, hizo danzar el *píquirico* y el *záfate*, mientras hacía fusilar ó alancear, por sus esbirros, á sus padres y maridos en los suburbios de la población.

Aquella salvaje escena proporcionó á doña Melchora un esquisito goce, de manera que recordándola después, con mucha frecuencia, decía: "Sí, sí, muy bien merecido tuvieron aquellas perras herejes semejante castigo, por orgullosas, casquivanas y perversas, pues en lugar de ir á la iglesia á oír misa, confesarse y comulgar, se la pasaban atizando, y catequizando á los hombres para que hicieran guerra al rey y á la santa religión."

Horas muy gratas también pasó la perversa beata cuando Morillo llegó á Valencia, más tarde, confiscando los bienes de todos los *feroces bandidos* y ponièndo banquillos en todas las plazas, y no cabía en el arrugado pellejo de la satisfacción cuando, el general Latorre, en ese mismo tiempo se hospedó en su casa, haciéndose *tan amigo* de su hija María Pía, que las murmuraciones callejeras aseguraban que al fin había mordido el anzuelo la desdeñosa sardina que antes despreciara á tantos pretendientes y buenos novios, añadiéndose, en son de guasa, que si la hermosa jamona, había sido antes tan esquiva, era simplemente por cuestión de alturas, pues no había querido asomarse á ventanas ni á balcones, esperando á *la torre* para subirse *bien arriba*....

Andando los días, la tal sospecha vino á convertirse en realidad, por ciertas manifestaciones indu-

bitables, porque el lugar teniente de Morillo continuó hospedándose en la casa, cada vez que pasaba por la ciudad, por el misterioso retiro ó temperamento de la *doncella*, durante nueve meses á un campo vecino, y por el hecho significativo de que su hermano, el padre Rosendo, no había puesto más sus pies en aquella pecaminosa mansión, mudándose por completo á una casita cerca de la iglesia de San Blas, de la cual era todavía cura.

Una vez más había venido á hospedarse en *su casa*, como la llamaba en son de confianzuda broma, el general don Miguel de Latorre; y ahora, porque era bastante grande, y porque las circunstancias eran críticas lo había hecho con todo Su Estado Mayor, á fin de poder trabajar día y noche en la concentración del numeroso y aguerrido ejército con que pensaba esperar á Bolívar, cuya vanguardia estaba ya en San Carlos, motivo por el cual él había replegado hacia Valencia, con el objeto de acomodarse en toda forma para decidir en una gran batalla la suerte de Venezuela.

Por todas estas razones en el susodicho caserón, había inusitada efervescencia y animación en el referido día. Entraban y salían postas con oficios, y como doña Melchora se había encargado de hacer 7.000 vestuarios de dril blanco de algodón, para uniformar el grande ejército realista, entraban y salían también peones con bultos de ropa hecha y de ropa por hacer, pues ella estaba dirigiendo personalmente el corte.

En la sala, donde había establecido el general español su despacho privado, estaban trabajando desde muy temprano gran número de jefes y oficiales, y algunos particulares que eran de su íntima confianza, como don Pedro Oyarzábal, el padre Luis Ramírez, don Clemente Britapaja y el franciscano fray Nicolás Díaz.

Don Miguel en traje militar ligero, de franelilla azul y cachucha blanca con visera negra, tenía un paquete de papeles en la mano y, mientras dos oficia-

les escribían en distintas mesas, él, apartado hacia el otro extremo del salón, donde había un sofá y varios butacones, hablaba con sus amigos, expresándose en estos términos:

—¿No se los he dicho á ustedes siempre, señores, que entre Morales y Correa hay una enorme diferencia? El primero es un jefe, es un militar pundonoroso y denodado en toda la extensión de la palabra, en tanto que el segundo no ha sido en su carrera sino un fanfarrón, un insoportable jactancioso. Los últimos hechos comprueban que el uno es brigadier de verdad, y el otro, brigadier de mentirijilla.

Mi señor don Ramón, lleno de ínfulas y campanillas y que hasta ha tenido la audacia de intrigar en España para disputarme la primacía en el mando de este país; con órdenes mías de resistir en Caracas cualquier ataque de las fuerzas del Oriente, se asusta de tal modo al saber que Bermúdez avanza con 800 hombres, después de haber derrotado en el Rodeo al coronel José María Monagas, es tan grande su pánico, que abandona cobardemente la capital cuando sabe que los patriotas han llegado á Petare. Bermúdez, como sabemos, la ocupa el 14 de este mes, no se detiene allí, en lo que hace muy bien, y sobre la marcha persigue á Correa y lo derrota completamente en el Consejo, quitándole parque, dispersándolo y haciéndole numerosos prisioneros, entre ellos á mi buen compadre don Tomás de Cires.

En cambio, Morales que se hallaba en Calabozo, organizando sus fuerzas para venir á incorporárseme á Valencia, al saber el desastre de Correa, se dirige á marchas forzadas á La Victoria, reúne los dispersos, incorpora las fuerzas auxiliares que yo había mandado de aquí, y con 2.000 hombres poco más ó menos que logró juntar, se fué sobre Bermúdez que iba muy campante para Caracas y lo destruyó casi totalmente, el día 29, en las alturas de Márquez y Limoncito, haciéndole seguir de raspas hacia Guarenas, motivo por el cual hemos recuperado la capital y

y en ella está Morales desde el 26. ¿Qué dicen ustedes á esto?

—Que el dilema no admite ninguna duda—respondió Britapaja, que era un sujeto de pocas palabras, pero que hablaba claro y raspado—que el uno merece palos y el otro montarlo en oro y en brillantes. ¿Cuál sería hoy nuestra situación si á Morales no se le ocurre salir por su propia cuenta á atajar á Bermúdez?

—Estaríamos peleando con toda seguridad aquí en Valencia—dijo Oyarzábal—y por supuesto que nos estarían atacando á dos fuegos, porque don Simón, al saberlo, habría redoblado sus marchas.

—Es claro—observó el padre Ramírez—mientras que ahora va á quedar mal librado en el corte, y la criada le va á salir respondona, porque yo supongo—añadió dirigiéndose á Latorre con mucha finura y cortesía: Yo supongo que Su Excelencia hará venir, volando, á Morales para Valencia, con todas las fuerzas que tenga disponibles?

—Con todas las fuerzas, no, padre—contestó sonriendo don Miguel.—Zapatero á tus zapatos, como dicen. ¿No ve usted que si me traigo todas las tropas se nos vuelve á meter Bermúdez? Yo conozco mucho á ese cumanés, es muy porfiado y muy temible. Casualmente estoy contestando los oficios de Morales y le ordeno que se venga en el acto con la mitad de las fuerzas dejando á Pereira la otra mitad; y á pesar de eso, ya verá usted como Bermúdez no se dará por vencido, sino que volverá á la carga.

—¡Cuánto siento que Pereira no pueda venir! —exclamó el coronel don Tomás García, jefe del célebre batallón Valencey ó *Valen-seis*, que se hallaba también presente y que era un hombre como de cuarenta años, de buena presencia, reconocidamente valeroso, táctico, de buen corazón, de finos modales, y uno de los oficiales que más se distinguieron en España cuando la guerra con los franceses—Pereira nos hará mucha falta en la próxima batalla, porque es sereno para resistir é impetuoso en las cargas, lo conozco

mucho y creo que si nos dieran la vanguardia el triunfo sería seguro.

—El triunfo será seguro de todas maneras—respondió Latorre, algo picado por la sencilla observación de su subalterno.—Todo lo tengo calculado y dispuesto para conseguirlo, porque será la mayor gloria de mi vida militar, ahora que estoy ocupando el primer puesto en Venezuela, lograr decidir en una sola batalla, no solamente nuestra preponderancia en este país, sino en todas nuestras posesiones de América, porque al derrotar á Bolívar, como lo doy por hecho, en razón de las aguerridas tropas de que dispongo y del sitio que he elegido para dar la batalla, llevaré vencedoras sin obstáculos hasta el Cuzco, las armas del rey y nuestra invencible bandera roja y gualda.

—No digo lo contrario,—insistió don Tomás,—soy el primero en reconocer sus grandes méritos y cualidades, mejor dicho, sin que se tenga por lisonja y sin que nadie se dé por ofendido, creo que Vuecencia es el primero y más aventajado general que ha venido á la América, el más aventajado y el de superior talla; pero muchas veces, ó casi siempre, el éxito de una batalla depende, más que del buen plan y del general, de la competencia de los que van á ejecutarlo y del lugar que se elija para librarla.

El general Latorre, que sin duda alguna, era un hombre superior, una lumbrera del militarismo español, el más valiente, el más esforzado, el más noble, el más humano y el más generoso de nuestros enemigos en la gigantesca lucha de nuestra emancipación, puesto que fué el que más combatió en todas partes y vencedor ó vencido, fué el que menos males hizo y el que jamás empañó el brillo de las armas ibéricas; el adversario distinguido por el mismo Bolívar, puesto que en la entrevista de Santarrosa le dijo: —*General, el cielo es testigo de la sinceridad con que os abrazo;* el hombre de hierro que durante seis años de cruda brega, se batió tanto en el Centro como en el Oriente y Occidente con nuestros generales más afa-

mados, tenía gran estimación por el coronel Tomás García, por lo cual se quedó mirándolo un instante en silencio, y luégo con cariñoso acento replicó:

—Lo que dice usted es verdad, menos en las alabanzas que á mí se refieren, bien entendido. Yo conozco muy bien las sobresalientes aptitudes del coronel Pereira y, precisamente por eso, voy á dejarlo en Caracas para que le haga frente á Bermúdez. Sus demás observaciones son justas, por lo cual y para desvirtuar sus escrúpulos, como aquí todos somos de confianza, voy á revelar, bajo la mayor reserva, mis intenciones al mejor de mis subalternos y á los que son *otros yo*, porque forman mi junta de consultas y de recursos y los más acérrimos partidarios del rey en Valencia. Ya verán ustedes si me estoy ocupando en mi asunto y si sé lo que tengo entre manos.

Al decir estas palabras, se paró muy agitado, cogió un grueso papel anotado que había sobre una repisa, lo desenvolvió sobre su escritorio y añadió:

—Aquí tienen ustedes el croquis hecho por mí mismo del sitio donde pienso colocar mis 7.000 soldados para esperar á Bolívar. Es la sabana de Carabobo, lugar muy apropiado para las maniobras y para lo que tengo pensado ejecutar.

Don Tomás se acercó en unión de los demás, miró atentamente el plano, se sonrió y dijo:

—Es un trabajo magnífico, todo está muy bien delineado; pero con permiso de mi general, creo que no debemos dar la batalla en ese punto......

—¿Y por qué causa?—preguntó Latorre con la mayor extrañeza.

—En primer término porque ese sitio tiene *mala sombra* para nosotros—contestó García, sin titubear—allí perdimos una y perderemos otra; y además porque allí nos acosarán las caballerías enemigas que son superiores á las nuestras....

—Ca!—interrmpió don Miguel con aire desdeñoso—no crea usted en esos vulgares augurios, porque la que viene lisa no trae arrugas; y en cuanto al peligro de las caballerías no tenga usted cuidado

que lo tengo todo previsto para que no puedan llegar á la sabana sino vueltas fluecos....

—Yo no porfío, mi general—observó el jefe del Valencey—pero como el juego y la guerra se parecen tanto, creo mucho en esas cábalas ó *runflas*; y en cuanto al ataje de los jinetes de Páez, no debemos forjarnos ilusiones porque me he batido mucho con ellos. Las caballerías apureñas pasarán por donde quiera, y en campo raso son irresistibles. Preferiría que esperáramos á Bolívar en La Puerta ó en la sierra de Manrique, cerca de Tocuyito.

—Ya lo creo que sería mucho mejor—contestó riendo Latorre—pero al primer lugar, no concurrirá él, porque según dicen, es hombre de preocupaciones como usted, y al segundo mucho menos, porque tiene varios caminos que tomar y no sería tan tonto para irse á estrellar contra nuestras ventajosas posiciones. En una palabra, me siento tan fuerte y tan seguro de la victoria, que no tendría inconveniente en mandarle un oficio á Bolívar dejándole la elección del sitio para batirnos. Verdaderamente, me siento tentado á mandarle decir que lo aguardo en la pampa carabobeña, y hasta de dejarle el derecho de fijar el día.....

—Está muy bien—concluyó el coronel García—me doy por derrotado y doblemos la hoja. Nos batiremos en el lugar que Vuecencia disponga, y como buen subalterno trataré de cumplir con mi deber; eso sí—añadió, lanzando en la retirada la flecha del partho—insisto en pedir la vanguardia y en que llamemos á Pereira para que me apoye, dejando en Caracas á Morales. De esta manera venceremos en cualquiera parte....

—El almuerzo está servido, señores—anunció doña Melchora, asomándose á la puerta de la sala, vestida de rigurosa etiqueta—y como supongo que Su Excelencia invitará á sus amigos, como de costumbre, he hecho poner cubiertos para todos.

—Santa palabra, y muy bien dispuesto, mi querida anfitriona—respondió Latorre, doblando el plano

y colocándolo en la repisa de donde lo había tomado —ya ustedes han oído la orden, señores, pasemos al comedor y allá contestaré el último disparo de mi distinguido don Tomás.....

—Magnífica solución — dijo muy sonreído don Pedro Oyarzábal—vamos á la mesa que en ese particular si somos peritos muchos de los que estábamos aquí callados, oyendo discutir sobre cosas que no están de más....

XIII

Cuando el general Latorre llegó al comedor con sus invitados, María Pía, elegantemente vestida con un traje blanco, de batista, todo adornado con lujosas tiras bordadas y encajes catalanes, imitación Chantilly, se ocupaba en dirigir á las criadas, que de fustanes azules, camisas blancas y delantales rayados, daban la última mano al acomodo de bandejas, platos, copas, botellas, fuentes y servilletas, y mientras los comensales se acomodan, echaremos una ojeada por aquel santuario de la manducación, que el difunto Arguinzones, bajo la batuta de su cara mitad, se esmeró tanto en arreglar y embellecer.

Las paredes laterales estaban adornadas de un lado, con los retratos de todos los papas, desde San Pedro hasta Pío VII; y del otro, con los de todos los reyes de España, desde Wamba hasta Fernando VII. En el frente había un inmenso aparador lleno de servicios y vajillas de diversas clases y estilos, sobre el cual se destacaba un gran cuadro, copia de la Cena de Jesús con sus apóstoles, del inmortal Veronèse; y el muro del fondo estaba pintado con frescos representando aves muertas colgadas por las patas, conejos y otras piezas de cacería, frutas europeas y tropicales, compotas y otros dulces, cajitas de tabacos figurando torres y muchos otros motivos

alegóricos al divino arte culinario, todo tan á lo vivo y tan al natural, que provocaba acercarse y extender la mano para agarrar cualquiera de aquellos atributos tan maestramente salidos del pincel de un especialista en el ramo, traído de España por Arguinzones, para la ornamentación del comedor, de la sala de recibo y del oratorio, donde estaban varias de las imágenes que salían en procesión en las fiestas de Semana Santa, y que, como se ha dicho ya en otra parte, y no huelga repetirlo ahora, unas pertenecían á doña Melchora y otras estaban bajo su cuido, por lo cual las vestía con exquisito gusto y adornaba las mesas para que en las solemnes oportunidades referidas, salieran á pasear las calles y á cautivar el amor y la adoración de los fieles, á la incierta luz de las velas de cera, al són de la música, al olor del incienso, al compás del canto gregoriano y al ruido seco de los virotazos, que á cada instante asestaban los acompañantes chuscos y perversos, sobre las descubiertas y reverentes cabezas de la multitud.....

No solamente estaba María Pía vestida con suma corrección, sino que á pesar de sus cuarenta y pico de septiembres, se conservaba fresca, bella, graciosa, con formas tan esculturales, con tanto brillo en los ojos, con tanta nitidez en el color y con tanta voluptuosidad en los movimientos, que á lo sumo representaba veinticinco años.

Luego que se sentaron todos á la mesa, cubierta de fino mantel y repleta de abundosas viandas, ocupando Latorre el lugar preferente, doña Melchora, poniéndose de pies, se persignó, rezó un Padre nuestro con su correspondiente Avemaría; y á un toque de campanilla, las criadas comenzaron á servir los platos.

—Aquí sí que soy yo persona—exclamó don Clemente guiñando los ojos, con tendencias á decir una gracia, cuando le pusieron por delante un *suculento* y rebosado plato de mondongo—¡ con esta trompa y estas paticas de marrano, sí que me bato yo como una fiera !

—Pues es lástima que no pudiera hacerlo también, señor Britapaja, con los herejes patriotas—respondió con aire chocarrero fray Nicolás—porque los momentos son críticos y creo que ciertas chancitas no son por ahora de muy buen gusto.

—Pues señor—replicó el aludido, soplando la primera cucharada del humeante y gelatinoso cocido—me la encontré cuando menos pensaba. Eche sus *asperges* para otro lado, padre Hernández, porque yo soy dueño de decir lo que me plazca. ¿Quiere usted cobrarme aquella cuenta vieja de mi negativa de contribuir para el *vía-crucis?*

Alguna barbaridad iba á responder fray Nicolás, que era muy desbocado, cuando Latorre, dirigiéndose á don Tomás García, dijo:

—Debo á usted una respuesta, amigo y señor coronel, que dejamos suspensa cuando hablábamos en el salón. Con mucho gusto lo complacería trayendo de Caracas á su amigo el coronel Pereira; pero ello no es posible, porque Morales, por ciertos antecedentes, tiene muchas malas voluntades por allá, y en estos momentos es preciso contemporizar y á la par que se pelea, hacer política.

—Pero bien sabe Su Excelencia—insinuó con mucha calma don Tomás—que el Morales de hoy no es el mismo de 1813 y de 1814, ha dejado los instintos sanguinarios y en lugar de ser cruel es humanitario. Según me dijo el posta, los caraqueños no han huido ahora de él como lo hacían antes.

Convénzase de una cosa, mi general, el próximo estrujón va á ser muy duro y el combate se va á decidir pronto porque los patriotas están muy ganosos y envalentonados. Creo que solamente, lo digo sin jactancia, Valencey conmigo á la cabeza y Barbastro ó cualquier otro batallón con Pereira al frente, podrán resistir en las primeras cargas. Deje á Morales en Caracas, pues le repito, que se ha hecho bueno y generoso....

—¡Eso es lo malo, eso es lo malo!—gritó doña Melchora desde su asiento sin poderse contener,

tumbando una botella de cristal llena de vino, al accionar con su arrugada y huesuda mano—Dispense Su Excelencia que lo interrumpa y que me meta en lo que no me concierne; pero como aquí todos somos de casa y estamos en familia, tengo derecho á meter mi cuchara y suplico que se me oiga.

—¡Cómo no, mi querida amiga!—respondió Latorre, riéndose de muy buen humor, por la brusca salida de la beata—diga usted lo que quiera que será oída con agrado, desde luego, que se trata de una benemérita partidaria de nuestra justa y santa Causa.

—Bien—dijo la cucaracha de sacristías, con voz entrecortada por el furor, mientras don Pedro Oyarzábal, que estaba á su lado, secaba con la servilleta el vino derramado y paraba la botella caída—hablaré porque hace mucho tiempo que deseaba hacerlo y sentía cosquillas en la lengua por echar para afuera lo que voy á decir. Ese cámbio de sistema es lo que nos ha perdido, esas blanduras son nuestra ruina y el tal *armiticio*, será nuestro sepulcro. Morales, Boves y Morillo, sí que supieron manejar el cotarro y apretar las cureñas, siguiendo los primitivos y sabios impulsos de nuestro gran Monarca don Fernando VII, cuando al llegar del destierro empuñó las riendas con tan saludables intenciones, dirigido y aconsejado por los eminentes ministros Macanaz y Eguía!

Yo estoy al tanto de todo, porque desde antes de abandonar el mundo mi inolvidable esposo José Pío, recibo muchos periódicos de España, que antes leía yo de cuando en cuando, y ahora me los lee María Pía.

¡Aquellos sí que eran buenos tiempos! Su Majestad daba tortol allá á todos los enemigos de la iglesia y de la monarquía, sepultando en las cárceles y presidios, y escribiendo con su propia mano en el margen de los distintos expedientes, la sentencia que debía darse á todos los alborotadores de las Cortes, desde Muñoz Torrero hasta don Agustinillo, inclusive el *lírico* pastelero llamado Martínez de la Rosa; y aquí,

en sus correspondientes épocas, completaron la santa obra, los tres benditos prohombres á que me he referido, quitando del medio de distintas maneras, sin tontas consideraciones ni necios escrúpulos, á todos los malos hijos de Venezuela. ¡Por eso hemos vencido siempre, y por eso estamos con vida para servir á Dios y al Rey!

Pero todo se lo llevó la trampa desde el año pasado en que el órgano empezó á sonar de modo distinto y se tomó el camino de los arreglos, de los tratados, de las blanduras y de las contemplaciones. Nuestra decadencia se hizo palpable desde que el Rey nuestro Señor se dejó arrastrar cueros allá por los aspavientos de Riego y de Quiroga, por las malas artes de Mendizabal, Acevedo y otros herejes liberales, hasta el punto de cometer tantas debilidades juntas, como el juramento de la constitución pecaminosa de 1812, la caída de la Santa Inquisición, la amnistía general; y por último, el garrafal disparate de entregarse en manos de García de La Torre, Argüelles, y otros badulaques que le aconsejaron de mala fe, por supuesto, la implantación en América de esta cataplasma de malva y de linaza, de esta abdicación de energías que nos ha dejado en un hilo, porque los bandidos patriotas se han hecho fuertes y todos los realistas criollos, se han inincorporado á sus filas.

—El Espíritu Santo ha hablado por boca de esta venerable paloma—exclamó entusiasmado fray Nicolás—¡Dios te bendiga, pico de plata!

—Pues yo creo todo lo contrario de lo que ha dicho doña Melchora—dijo el general Latorre muy tranquilo, después de haberse bebido una copa de vino blanco para asentar el segundo plato de la lista, que era una deliciosa fritada de guabinas en salsa de tomates—si desde el comienzo de la guerra hubiéramos adoptado una política conciliadora y una forma de gobierno parecida á la que los ingleses tienen en sus colonias, las cosas en América, y sobre todo en la Nueva Granada y en Venezuela, no hubieran llegado

al estado tirante y peligroso en que hoy pára nosotros se hallan. Recuerdo que en los cinco años y medio que serví á las órdenes de don Pablo, siempre le decía: "tenga presente que la sangre derramada en los banquillos es el mejor abono para las revoluciones," frases que frecuentemente le oía yo decir en mi tierra, á ese señor García de Latorre, que doña Melchora acaba de calificar de *badulaque*, y que es primo hermano mío; siendo de advertir, que aunque no fuera yo partidario de esas ideas de concordia, siempre las implantaría y aconsejaría porque así lo manda el Rey y su gobierno, á quienes sirvo con honor y con lealtad. De modo, pues, que andar por otras veredas es andar en contra mía, y por consecuencia, en contra de Su Majestad.

Al oír aquella ruda y paladina declaración, fray Nicolás y el padre Ramírez fruncieron el ceño, á la de Arguinzones se le perfiló la nariz, y de las arrugadas frentes de los otros invitados empezaron á caer gotas de sudor tan grandes como lairenes. Solamente María Pía, haciendo una graciosa mueca con sus rojos labios, dijo á la enfurruñada santurrona:

—El general tiene mucha razón, mamá, en todo lo que que ha dicho, los tiempos han cambiado en España, desde que están mandando ministros liberales, y nosotros no podemos formar casa aparte, porque eso sería declararnos también *insurgentes*. Conque así, señores—añadió con hiriente risilla burlona, dirigiéndose á los invitados—hay que cambiar de oficio; ni fray Nicolás ni el padre Ramírez se darán más el gusto de ir á la capilla á confesar reos destinados á los patíbulos, ni estos caballeros se ocuparán en confiscar bienes y hacer repletar las cárceles y castillos de patriotas....

—Cállate, charlatana—interrumpió doña Melchora, á punto de ahogarse con una tajada de plátano frito, que estaba mascando—bien se conoce que eres hermana del rebelde y desnaturalizado Rosendo, el cual ha prostituido los hábitos haciéndose revolu-

cionario y retirándose para siempre de esta casa. No digas esas herejías que me horrorizan. ¿Ministros liberales españoles? qué van á ser liberales esos chisgarabis y qué van á saber ellos de nuestras cosas!

—Es preciso no desagradarse por asuntos que no tienen remedio—dijo el coronel García, tratando de aplacar á la dueña de la casa—lo que el general Latorre ha dicho es la estricta verdad y á ello me adhiero sin distingos como su leal subalterno, con tanta más razón cuanto que la inteligente señorita María Pía, ha situado la cuestión en su punto indiscutible: nosotros, como militares en servicio, tenemos que obedecer las órdenes del Rey, sean cuales fueren, so pena de aparecer como sediciosos ó sublevados.

—Pues es claro—afirmó Latorre—no es tiempo de discutir ahora nada de esas majaderas recalcitrancias, porque como dice el refrán, agua pasada no mueve molino. Ocupémonos en cosas más urgentes. ¿Cuántos vestuarios tenemos listos, doña Melchora?

—Cuatro mil—respondió la irascible beata un tanto calmada por los palmetazos recibidos—en la próxima semana tendremos el número completo, porque casi todos están ya en manos de costureras.

—Perfectamente, ahora al concluir el almuerzo, es preciso que los señores de la Junta de recursos me arbitren raciones, bagajes, y cobijas para equipar el ejército.

—Descuide Su Excelencia—manifestó Britapaja—en eso nos estamos ocupando y nada hará falta.

Servido el cacao, todos lo tomaron á sorbos en el mayor silencio; y el general Latorre, al terminar su pocillo, paróse precipitadamente, y llamando aparte á don Tomás, le dijo:

—Dentro de una hora lo aguardo á caballo para que nos traslademos, acompañados de los ayudantes, á estudiar sobre el terreno el próximo campo de batalla, en donde creo conveniente acamparnos dentro

de tres días, primero, para que todo el mundo conozca palmo á palmo dicho sitio; y además, para evitar las inconveniencias de un gran ejército dentro de la ciudad.

—Convenido respondió el jefe de Valencey, encendiendo su tabaco para marcharse—pero entre tanto, medite Vuecencia si no sería mejor dejar á Morales en Caracas y traernos al 2º batallón de Valencey que fué en auxilio de Correa.... Se lo repito una vez más, viniendo ese batallón á las órdenes de Pereira, le respondo del éxito, si nos toca romper los fuegos en vanguardia.

—Vaya un hombre bien porfiado, respondió—sonriendo don Miguel—no puede negar usted que nació ó vivió mucho tiempo en Aragón!

—No crea que mi insistencia en ese punto obedece á simples caprichos y porfiadeces—replicó el coronel García, bajando un poco la voz para no ser oído de los demás—hay otra razón que no había querido decirle en público y es la siguiente: Morales no es amigo sincero de Vuecencia, porque él aspiraba, lo mismo que Correa, á quedar en el primer puésto, al ausentarse Morillo. Por este motivo y porque el corazón de algunos hombres es tan pequeño, estoy seguro de que no habrá de ver con mucho gusto que Vuecencia se cubra de glorias ganando la próxima batalla, mientras que el intrépido Pereira se haría matar junto conmigo para obtener la decisiva victoria. Tal es mi íntima creencia y por eso se la confío al jefe muy confidencialmente, creyendo cumplir con mi deber.

Latorre se quedó mirando largo rato en silencio al jefe del Valencey como sosteniendo una lucha mental, y al fin contestó:

—Bueno, bueno, lo pensaré con más calma. Vuelva á caballo para salir como hemos dispuesto.

Por fortuna para el destino de la emancipación sur-americana, Latorre, que según se ve, era más porfiado que su subalterno, no cambió ni en una coma el plan de operaciones, creyendo sus temores pueriles ó exagerados.

XIV

El 23 de Junio, después de mil dificultades en las marchas por las constantes lluvias y las crecientes de los ríos y de los caños, acampó el ejército patriota, constante de 6.000 hombres de las tres armas, en las sabanas de Tinaquillo.

En la concentración de fuerzas hecha en San Carlos se organizaron tres cuerpos ó grandes divisiones en esta forma: Jefe del primer cuerpo, general José Antonio Páez, y á sus inmediatas órdenes los dos batallones de infantería *Bravos de Apure* y *Legión Británica*, á cargo de los coroneles J. Torres y Juan Farriar y 1.500 jinetes divididos en 8 escuadrones, que mandaban Cornelio Muñoz, Juan Gómez, Figueredo, Rangel, Borras, Silva, Carvajal y Mellado.

Jefe del segundo cuerpo, general Manuel Cedeño, á cuyas órdenes estaban los tres batallones de infantería, *Boyacá*, *Vargas* y *Tiradores*, que respectivamente mandaban el teniente-coronel N. Flegel, el comandante José Patria y el coronel Manuel Heras; y además, el escuadrón Sagrado, á las órdenes del coronel Aramendi, cuyo escuadrón se componía de todos los jefes y oficiales sobrantes de caballería que alcanzaban á 400, y los cuales, por un capricho ó fantasía bélica del general Páez, estaban todos montados en caballos blancos y uniformados de cachuchas, chaquetas y pantalones, todo de color rojo.

Jefe del tercer cuerpo, coronel Ambrosio Plaza á cuyas órdenes estaban los batallones *Vencedor*, *Anzoátegui*, *Rifles* y *Granaderos de la Guardia*, á cargo de los coroneles Ignacio Pulido, J. M. Arguindegui, Arturo Sandes y Juan Uslar, complementando este cuerpo, que se consideraba como la reserva, el brillante regimiento de caballería constante de 600 plazas, denominado *Lanceros Orientales*, á cargo de

aquel afamado coronel Rondón, que cuando Páez lo felicitaba en la tarde de la mitológica jornada de Las Queseras, por el imponderable arrojo con que había combatido, le contestó sonriendo: *eso no es raro, porque así peleamos los hijos del Alto Llano....*

Como se ve, esta última división era la más numerosa, porque se consideraba como la de reserva, y había además muchos jefes y oficiales de notoria importancia al lado del Libertador, como el general Santiago Mariño, que tenía el empleo de Segundo Jefe del Ejército, Salom, Manrique y el ministro de guerra de Colombia, general Pedro Briceño Méndez, á cuyas órdenes estaba el Estado Mayor que era muy numeroso.

En la tarde de aquel día, todo el ejército se formó en la extensa sabana y el Libertador, á caballo, de riguroso uniforme, acompañado de sus edecanes, que también estaban uniformados, como casi toda la oficialidad y respectivos batallones, pasó una revista de armas y municiones, arengando á muchos cuerpos y diciendo á otros palabras breves y oportunas de estímulo, con aquella elocuencia en el género bélico que le era tan familiar y que tan inteligentemente manejaba.

Aunque la irritante negligencia de escritores antiguos y contemporáneos, haya dejado en el tintero los nombres de muchos de los insignes patriotas que asistieron á la acción de Carabobo, tenemos que hacer referencia muy especial de los protagonistas de este veraz relato, quienes por el cúmulo de circunstancias casuales que conocemos, se encontraron allí, á saber: Luis Reyes, sin mando efectivo é incorporado en el cuerpo de edecanes, Rufino Peralta, en el Estado Mayor de Mariño, después de haber merecido la honra de que el Libertador lo mandara al Rosario de Cúcuta con su felicitación al Congreso, de cuya ciudad había regresado hacía dos días con la respuesta de aquel Soberano Cuerpo; el doctor Federico Pedernales y don Agapito Callejones, al lado del general Páez, con la chicanera especialidad de

que el último, no aparecía en ningún puésto, figurando como *agregado* y de incógnito, para no llamar la atención, ni resultar en ninguna lista; don Mauricio Mora Melo, como Proveedor General y don Felipe Carrasquel, como primer ayudante de Mariño.

Durante las horas de la revista, estos antiguos amigos se reunieron, echaron un largo palique sobre todos los temas de actualidad, y convinieron en pasar la noche juntos en una de las muchas barracas que, á guisa de tiendas de campaña, se habían construido á la ligera con estacas, bejucos y paja, para precaverse de la intemperie en aquella noche que amenazaba ser lluviosa.

—Excelente me parece la idea de habernos congregado aquí—dijo el doctor Pedernales, sentado en su chinchorro, viendo á sus demás compañeros, que estaban también sentados en los suyos, colgados unos por encima de otros, con las cabulleras atadas de los estantes del improvisado rancho.—Mucho celebro que casi todos los que desde las jornadas del 19 de Abril, venimos en esta larga y dura brega, luchando por la independencia de nuestra cara Patria, nos hallemos aquí como los girondinos en la última cena de la Conserjería, departiendo antes de marchar hacia la guillotina; y digo esto, porque en vísperas de la formidable y próxima batalla, es natural creer que si no estamos sentenciados á muerte como aquellos patriotas famosos, sí nos encontramos por lo menos expuestos, á que mañana elevemos nuestras almas al Creador, ya en los umbrales del triunfo, y á la vista de la tierra prometida.....

—Es la verdad—contestó don Mauricio, quien además de ser, como se sabe, de los vencedores en Niquitao, había recibido el diploma para usar la medalla de Boyacá—es muy cierto que debemos en esta célebre noche, dejar todas nuestras cuentas arregladas, y hacernos mutuamente nuestros íntimos encargos, mandas y encomiendas, mejor dicho, nuestros verbales testamentos, pues no sabemos la suerte que nos espera....

—Nada de eso—interrumpió con sorna don Agapito—es mayúscula tontería ponerse á hablar de cosas tristes, y á formular malos pronósticos, sobre todo, me atrevería á apostar que el señor de Mora, como tiene tanta fortuna en la paz y en la guerra, no saldrá probablemente mañana ni siquiera con un rasguño.... Hablemos de lo presente y de lo porvenir, contraigámonos á lo que está pasando y á lo que podrá ocurrir después del triunfo, que ya doy por hecho dadas ciertas razones.

—Y cuáles son esas razones, señor *táctico*?—preguntó en son de guasa don Mauricio, algo picado por la indirectilla del rasguño, y queriendo poner á su contrincante en un apuro—¿en qué se funda usted para estar cantando victoria, cuando el bocado que tenemos que tragar es tan gordo?

—Voy á enumerárselas á usted, señor *vencedor* en Niquitao—contestó en el acto Callejones—advirtiéndole, para meter tapa á la intención irónica del calificativo, que si pasé los primeros años de mi vida manejando la espátula y el mortero, en cambio he militado á las órdenes de Piar y de Páez, ámbos tácticos de primera talla, por lo cual no debo ser tan bisoño como usted supone en achaques guerreros. En primer lugar, ganaremos la batalla por la preponderancia de nuestras aguerridas tropas y por haberle dado la vanguardia al irresistible adalid de Las Queseras del Medio; luego, por el desacierto cometido por nuestros contrarios de haber sacado ayer de su campamento 400 veteranos á las órdenes del coronel Tello, para enfrentárselos al coronel Cruz Carrillo á quien don Simón, muy acertadamente, mandó á San Felipe á llamar la atención por ese lado; en seguida, por el estado de temor y aturdimiento que debe reinar entre los realistas, desde luego que, ocupado por nosotros este importante sitio de Tinaquillo, por la sorpresa dada por el teniente coronel Silva al destacamento que tenían aquí de avanzada, del cual no se escapó ni un soldado, el enemigo ha concentrado otro destacamento que tenía en

Buenavista, dejando, según informe de los espías, desamparada tan estratégica posición; y finalmente, por cierta rivalidad que existe entre Latorre y Morales, que puede sernos propicia en el momento crítico. Por eso, señor de Mora, demos ese alumbre por machacado y hablemos de nuestras cosas íntimas, puesto que de los españoles se encargarán pronto nuestros fusiles y nuestras potentes lanzas. Por todo lo dicho, y porque el pandero está en manos de Simoncito, que tendrá muchos defectos, pero sabe dirigir una batalla; creo lo mejor que no hablemos más de eso y que el amigo Peralta nos refiera algo del Congreso de Colombia, instalado en Cúcuta, y de todo lo que vió y oyó por aquella ciudad predestinada.

—Sí, sí;—indicó Luis Reyes—don Agapito tiene razón y se ha expresado como un Jenofonte. ¡Atrás preocupaciones y pensamientos sombríos! Que nos cuente Rufino los incidentes de su última misión y nos comunique sus impresiones sobre el Congreso.

—Con mucho gusto lo haré,—manifestó Peralta—en primer lugar, como saben ustedes, fuí portador de un mensaje del Libertador.......

—Que conocemos—interrumpió riendo Callejones—porque se publicó en una de las órdenes generales en San Carlos, mi don Simoncito, como de costumbre, se hace el desprendido y el desagradado cuando, con un aplomo y una seriedad que nadie puede atreverse á poner en duda, entre otras cosas muy cómicas, si mal no recuerdo, pues hasta me lo aprendí de memoria, dice: "Yo no soy el Presidente "de Colombia porque no he sido nombrado por "ella: porque no tengo los talentos que ella exige "para la adquisición de su gloria y bienestar, porque "mi oficio de soldado es incompatible con el de "magistrado: porque estoy cansado de oírme llamar "tirano por mis enemigos y porque mi carácter y "sentimientos me oponen una repugnancia insupe-"rable, de tal manera que si el Congreso Soberano "persiste, como lo temo, en continuarme aún en la "Presidencia del Estado, renuncio desde ahora y

"para siempre hasta el glorioso título de ciudadano "de Colombia y abandono de hecho las banderas "de mi Patria"....

Estoy seguro de que los congresantes, que conocen al *bambero*, tanto como yo, no se habrán tragado la guayaba, porque no son tan lerdos, sino que por el contrario, habrán comprendido que Su Excelencia lo que buscaba con todos esos dengues y chirimías, era que lo invistiesen con el carácter de Presidente interino de Colombia, como seguramente lo habrán hecho los taimados representantes, lo cual me atrevería á apostar doble contra sencillo.

—Qué bueno es hablar uno con personas entendidas—dijo riendo el bachiller Peralta,—este don Agapito sí que conoce las yerbas y sabe más que el Tostado. Parece como que hubiera ido junto conmigo á Cúcuta y oído en las barras del Congreso la contestación que dieron á Bolívar y de la cual fuí portador. La copia de esa nota, que firma el doctor Restrepo como Presidente del Cuerpo, la tengo yo, pues allá se publicó en *La Gaceta;* y entre otras cosas muy bien razonadas, hay un párrafo que textualmente dice así: "Entre tanto juzga "el Congreso que la continuación de la autoridad "ejecutiva en la persona de Vuecencia ES ABSOLUTAMENTE INTERESANTE al bien de la Patria; y penetrado de este sentimiento, espera de Vuecencia el "sacrificio de su repugnancia en obsequio del interés "de Colombia, permaneciendo en ejercicio de la Pre- "sidencia del Estado......"

—¿Y consecuentemente—preguntó don Felipe, acaso con inocencia ó con encubierta picardía,—el Libertador los habrá mandado á la porra y hasta habrá renunciado al título de ciudadano de Colombia?

—Nada de eso—respondió Rufino, retorciéndose la pera para disimular una irónica sonrisa—muy tranquilo guardó la nota, después de leerla detenidamente, diciendo con mal disimulada complacencia: *¿Qué vamos á hacer?, tendré que declararme una vez más prisionero de la voluntad de los pueblos....*

—La consabida y eterna muletilla—dijo Callejones muy satisfecho de haber acertado en sus pronósticos—el mismo estribillo de 1811, de 1813 en la *gran asamblea popular* de San Francisco, el mismo sonsonete de Carúpano, de Angostura y de Bogotá, siempre diciendo, *no quiero, no quiero*, y luego agarrando más de lo que le dan. Ahora falta el complemento, ahora seguirán las *facultades extraordinarias*, que es la salsa ó comidilla obligada de todos nuestros Congresos.

—Qué hombre tan incorregible es este señor don Agapito !—exclamó el varón de las Siete Emes, con marcado acento de contrariedad—no escarmienta con los castigos ni se convence con los hechos. Siempre el mismo sistemático censor de todos los tiempos. Según creo, lo que él pretende es que el Libertador combata y venza en todas partes para que otros sean los que manden, desde luego que lo critica tan acerbamente por el hecho de excusarse y renunciar con su natural modestia y desprendimiento, en todas épocas, la primera magistratura. Eso más bien lo recomienda como desinteresado; y el hecho de aceptar después, no prueba sino su profundo respeto y obediencia á la Soberanía nacional. Por otra parte, nos estamos saliendo de cuestión, lo convenido era que el amigo Peralta nos dijera lo que vió en el Rosario de Cúcuta y sus impresiones sobre el Congreso.

—Claro—dijo Luis Reyes—me adhiero á la opinión de don Mauricio; que continúe Rufino en su relato y que no se le interrumpa con inconvenientes digresiones, que no vienen el caso.

—Eso no está bien dicho—replicó el boticario, ya con tendencias á sulfurarse—mis observaciones sí vienen al caso, porque se refieren al punto principal de la misión que llevó á Cúcuta al amigo Rufino Peralta, y advierto que lo que he criticado en esta vez al señor general Bolívar, no es que mande ni deje de tener pleno derecho en ello, no señores, lo que sostengo es que no deben representarse esas constantes comedias impropias de la seriedad administrativa y

que no debe nunca decirse lo contrario de lo que se piensa y de lo que se quiere. Además, creo que tengo el derecho de pensar lo que creo justo y razonable.

—Sí, señor—terció de nuevo don Mauricio, en vista del rumbo que llevaba la conversación—sí tiene usted pleno derecho á pensar y á decir lo que le venga en gana, por sus preclaros antecedentes en la Causa desde el año de 1796 y porque se halla entre amigos de confianza que lo toleran y acatan; pero usted debe también, por su parte, ser imparcial y justiciero y reconocer alguna vez, los grandes méritos y glorias del eximio Libertador, no sólo ya de Venezuela y de la Nueva Granada, sino del Continente Suramericano, como lo dejará evidenciado muy en breve. ¿No lo admiró usted esta tarde en la gran parada, no vió en su marcial continente el tipo insólito del gran capitán, que venerarán en lo futuro las generaciones agradecidas, ya que en la presente hay tantos mezquinos? ¿No vió en su frente el signo de la incontrastable superioridad, no lo cohibió la refulgencia de sus ojos, ni lo cautivó la elocuencia y la virilidad de su oportuna arenga al ejército, ni la fecundidad de aquella memoria privilegiada, que al recorrer los batallones, les iba recordando en particular las victorias en que cada uno había tomado parte, diciéndole especialmente á la Legión Británica: *mañana veréis que los colombianos son dignos de pelear al lado de los hijos de Albión?* ¿No se quita usted el sombrero, recalcitrante señor don Agapito, ante tantos hechos, que impresionan y seducen, y no bate palmas ante aquella seguridad y firmeza heroica con que se despidió de todos los cuerpos, gritándoles: *mañana seréis los vencedores en el campo inmortal de Carabobo?*

—Sí, señor mío;—contestó Callejones algo aturrullado por la filípica del hombre de las Siete Emes,—no crea usted, ni por un momento, que yo desconozca los grandes méritos de Bolívar, todo lo contrario, acaso los aprecio en el fondo con mayor sinceridad y desinterés que otros que lo tienen por un ídolo y como

deidad especulativa. Lo que me pasa es que digo lo que siento y que desearía, para gloria suya y para bien de esta Patria, por la cual vengo luchando desde hace tantos años, verlo perfecto y sin resabios monárquicos ni autocráticos; desearía verlo franco, demócrata y menos egoísta y ensimismado, pues, como lo he dicho en otras ocasiones, tengo miedo de que matemos en Venezuela el *realismo* y fundemos el *personalismo*, de que hagamos instituciones hermosas y leyes justas y no las cumplamos, porque por sobre unas y otras estará siempre la voluntad dictatorial y omnímoda del hombre que, por efectos de una mentira convencional, se llame Presidente, no siendo en realidad sino un desenfrenado reyezuelo. Lo que quiero es que desde los cimientos fundemos la verdadera república, que desde el principio enderecemos el árbol para que no vaya á crecer torcido y á dar malos frutos.....

¿Se imagina usted, don Mauricio, que desconozco la superioridad y los talentos del incomparable Simoncito? ¿Cree usted que no estoy seguro de que venceremos mañana?

¡Vaya que si lo estoy! El solo hecho de haberle dado la vanguardia al invicto Páez y de haber organizado los otros dos cuerpos de ejército con jefes que no le hagan sombra, está demostrando que el hombre sabe donde le aprieta el zapato, que es muy hábil y previsor y que, como dicen vulgarmente, conoce al cojo sentado.....

—Oiga usted, don Agapito,—interrumpió Carrasquel, que estaba muy contrariado por no haber tenido ocasión sino para decir más que dos palabrejas—en su primera propaganda lo acompaño; pero en la segunda afirmación, de ningún modo. En buena hora que al general Páez se le haya nombrado jefe del primer cuerpo; pero sin desconocer las buenas cualidades y méritos de Cedeño y de Plaza, que son muchos y muy bien comprobados, creo que ha debido escogerse para los otros dos cuerpos á generales de mayor antigüedad y nombradía, como Ur-

daneta, Mariño, ó cualquiera otro general de renombre, hasta por mera cuestión de disciplina, porque Plaza no es sino coronel.

—Exacto—exclamó Luis Reyes sin poderse contener, herido como estaba en su amor propio, por el hecho de que á pesar de su brillante hoja de servicios, se le tuviese relegado en un puésto tan secundario—eso que observa don Felipe es bien extraño y está siendo el tema de muchas murmuraciones. ¿Cómo olvidarse de Urdaneta, el decano de nuestros generales, que tiene en su brillante carrera militar, heroicidades, virtudes y merecimientos, para repartir á todos sus conmilitones?

—Pues eso lo encuentro yo muy bien hecho—dijo Callejones con calor—sí, señores, perfectamente bien dispuesto, é indica que don Simón quiere destacar la figura militar del general Páez y desea que los laureles de mañana le pertenezcan á él en primer término, y luego, al más activo y valeroso de sus tenientes, al hombre que representa el porvenir de Venezuela......

—Pero señores—interrumpió el astuto doctor Federico Pedernales, previendo una inoportuna discusión relacionada con su jefe y amigo el héroe de Las Queseras; sobre todo, estando allí presente don Mauricio, á quien siempre miraba con recelo por creerlo peligroso, intrigante y dado á chismes y enredos—ha llegado el caso de tocar la campanilla y llamar al orden, porque nos hemos salido por completo de la cuestión principal. El señor coronel Rufino Peralta tiene la palabra, para que nos relate sus impresiones sobre el Congreso de Colombia, instalado el día 6 del mes pasado en el Rosario de Cúcuta.

XV

Cuando llegué á Cúcuta. señores y amigos míos—dijo Peralta muy contento de que el doctor Pedernales hubiera puesto fin al intrincado y enojoso de-

bate, en el cual estuvo él mismo á punto de tomar parte para apoyar á don Agapito—cuando se supo allá que había llegado un comisionado especial del Libertador con un mensaje para el Congreso, don Antonio Nariño, que es el *factotum* de aquella Arcadia política, y todos los diputados, que con raras excepciones le obedecen ciegamente, se pusieron en movimiento para proceder á la instalación del Soberano Cuerpo, acto que no había podido verificarse porque faltaban cinco representantes para formar las dos terceras partes, que era el *quorum* requerido para la instalación, según la ley y el reglamento.

Don Antonio, que no es ningún tonto, ni se ahoga, no digo en un dedal de agua; pero ni en un tonel, allanó esta dificultad, dando un decreto en su carácter de Vicepresidente interino de la República, por el cual, *magíster dixit*, sin escrúpulos ni tiquis miquis, *hoc volo, sic jubes; sit pro ratione voluntas*, dispuso, alegando muchos pretextos, entre ellos el de haberse roto el armisticio, "que el Congreso General de Colom-" bia se instalara con el número de 57 diputados, que " componían la mayoría absoluta y que *se aproxi-*" *maba* al de las dos terceras partes requeridas."

Pasado este cañito con tanta facilidad, se fijó el día 6 del mes último para la ceremonia de instalación, disponiéndose que sin antecedente alguno y contra todas las reglas de división de poderes, concurriera el mismo indispensable Nariño á instalar el Cuerpo, para lo cual se formó un programa de lo más gracioso y singular. Yo ví en la mañana de ese memorable día reunirse todos los diputados en la casa de gobierno (muchos de los cuales se confesaron y comulgaron previamente) y presididos por el pacato don Antonio dirigirse en cuerpo á la iglesia parroquial, donde oyeron una misa cantada para ir en olor de santidad, á celebrar el acto solemne de la instalación; siendo de advertir, que el trayecto estaba adornado con matas de sauce y de cambur, enterradas en las calles, y con banderas en las ventanas.

No pretendo en manera alguna criticar las prácticas ó sentimientos religiosos que cada cual particularmente quiera tener ó ejecutar, por más que muchos de ellos puedan ser exagerados; pero lo que sí me extrañó, en verdad, es que habiendo en aquel Congreso hombres tan eminentes como Peñalver, Restrepo, Agüero, Gual, Miguel Zárraga, Mendoza y muchos otros, exentos de preocupaciones fanáticas, convinieran en darle á aquel acto civil, representativo de la soberanía nacional, el aspecto de una procesión del *Corpus*, todo por complacer al doctor Ramón Ignacio Méndez y al mismo Nariño, siendo ello tan impropio, que más tarde, como consecuencia de tales ultramontanas primicias, oí en una de las sesiones á un diputado granadino, sostener muy seriamente que el gobierno debería ser *teocrático* en absoluto ó por lo menos consubstancialmente mezclado con la Iglesia, y adherido á ella, porque la Virgen del Rosario era la protectora del Estado de Cundinamarca, y eso pretendió probarlo, refiriendo muchos milagros del pasado y del presente siglo....... ¿Qué dicen ustedes á esto?

—Que tiene usted muchísima razón—respondió Mora—principalmente tratándose de un país como la Nueva Granada, en donde el clero ha sido y es tan dominante y realista, y, en donde tanto daño nos ha hecho su intromisión descarada y constante en nuestra política y en nuestras guerras. Por ejemplo, y sin nombrar persona, el obispo Jiménez nos ha causado más daños en Pasto y en las provincias de su diócesis, que el mismo Morillo con sus ejércitos y que los guerrilleros realistas con sus lanzas y sus fusiles. Ahora no soy tampoco de los avanzados revolucionarios que, á imitación de los franceses, quiera reemplazar al Ser Supremo por la Diosa Razón y proscribir de los altares á los sacerdotes, no, señores, la libertad bien entendida debe respetar todas las creencias; pero el padre debe circunscribirse á su altar y á su confesonario, el militar á sus campamentos ó cuarteles, y el político á la casa de gobierno y

á las lides en el parlamento y en la prensa. En cuanto á las cosas de Nariño, no hay que equivocarse porque lo conozco muy bien, ese es jugador muy ducho, campanero muy hábil y todo lo que hace es con el propósito de atraerse voluntades, conociendo como conoce la índole religiosa de nuestros pueblos y lo peligroso que es arrancar de golpe raíces tan profundas. Ah! conozco mucho á don Antonio, él se ríe por dentro más que nadie de todas esas prácticas, que tolera y aconseja en su ínsula barataria del Rosario de Cúcuta.

—¿Y cómo vamos á quedar organizados por fin? —preguntó el doctor Pedernales—tuvo usted oportunidad de conocer algo de la nueva constitución que va á regirnos? vamos á quedar como Estados, como Provincias ó como Departamentos? Seremos centrales ó federales?

—De cuerito á cuerito leí el proyecto—respondió Peralta—debido á la benevolencia de los miembros de la comisión encargada de estudiarlo. Es obra exclusiva de Nariño y como tal es muy bueno en conjunto, diferenciado en muchos puntos con la constitución de 1811. En primer lugar, Nueva Granada y Venezuela continuarán unidas en una forma de gobierno central, dejándose un postigo abierto para llegar en cualquier momento á la dictadura, desde que existen en él varios artículos, que conducen á ella y desde que el mismo don Antonio, en el mensaje con que remitió el tal proyecto al Congreso, dijo muy claro que *el nombramiento de un dictador en los grandes peligros de la Patria, parecía que era de necesidad indubitable.*

—Ya lo creo—observó riendo Mora—quien dijo Nariño, dijo dictadura, y ese ha sido siempre su lado flaco y ya sabemos en la Nueva Granada, la sangre y las lágrimas que nos ha costado esa manía de don Antonio.

—Malo, malo está todo eso—exclamó don Agapito,—y según veo cada día iremos peor. Esa misma unión de Venezuela con la Nueva Granada podía

aceptarse como transitoria y durante la guerra: pero dejarla en forma permanente es un absurdo insoportable, porque la tal alianza será la unión del jinete y el caballo: ellos arriba y nosotros abajo, la capital en Santafé, todos los altos poderes allá y nosotros adheridos á la cola del león colombiano, como entidades secundarias que se llamarán departamentos, distritos ó cantones; y desde luego, con una soberanía subordinada é ilusoria, pues en lugar de pertenecer á España, perteneceremos á la Nueva Granada. No, no, protesto desde ahora contra ese disparate, pues cada una de las dos Repúblicas debe tener su gobierno propio, constituirse por el sistema de Estados federales, como se dispuso en 1811 y firmar cuando más un tratado de alianza entre ambos países, para los casos de guerra extranjera y para las cuestiones diplomáticas; hasta allí podemos llegar; pero haber luchado tanto para continuar de pupilos, no y cién veces no!

—Pero señores — contestó don Mauricio — este hombre es un espíritu de contradicción y en su prurito de oponerse á todo, no aguarda ni conocer á fondo las cosas para increparlas. ¿No ve usted alma de cántaro que el Presidente de esa gran República de Colombia será el egregio Bolívar que es venezolano y aquí en Venezuela mandará, en su carácter de Vicepresidente, otro venezolano? ¿No ve usted que el colosal pensamiento de Bolívar va más allá puesto que aspira á libertar toda la América del Sur? ¿No ve usted que con ese resuello de mezquino regionalismo pone trabas é inconvenientes á muy trascendentales proyectos? ¿No comprende usted, que en la unión está la fuerza, y que necesitamos ponernos á una altura en donde nos hagamos respetables de las naciones europeas.

—Sí, señor mío;—replicó Callejones, empezando á mover los brazos como era su costumbre cuando se ponía nervioso—sí que comprendo todos esos lirismos; pero comprenderá usted también que no podemos ser candiles en nuestra casa y luminarias en la calle,

y que antes de hacer á otros poderosos, tenemos que principiar por serlo nosotros mismos.

No me opongo de modo alguno á que don Simón liberte la América entera, pero para ello no hay necesidad de que nos esclavice ó subordine á ninguna otra nación, aunque tenga nuestras mismas ideas y aun cuando sea nuestra hermana en sacrificios y en glorias. ¡Cada cual en su choza, Dios en la de todos, y santas pascuas!

—La verdad es—dijo Pedernales—que la idea de fundar una gran república compuesta de diversas nacionalidades americanas, puede ser muy bella, pero será impracticable, desde luego que todos estos países han venido gobernándose separados, desde antes de la conquista, desde los cacicazgos hasta las capitanía generales, y, naturalmente, al declararse libres é independientes, no es lógico que ninguno de ellos quede ahora subordinado á otro, pues todos quieren tener su bandera, sus instituciones, sus congresos y sus gobiernos propios, tanto por sus inveterados hábitos autóctonos, como por el hecho de que hasta la Naturaleza lo ha querido así, separándolos á todos con linderos imborrables como sus grandes ríos y sus inmensas cordilleras. Indudablemente, la zona es muy extensa para que un solo gobierno pueda dominarla, y, además, cada uno de los referidos países tiene también sus hombres que han combatido por elevarlo á la categoría que se merecen y es justo que esos hombres sean quienes los gobiernen en lo porvenir; y reduciendo tan justas aspiraciones á *una sola administración central,* serían muchos los aspirantes y pocos los favorecidos, lo que naturalmente traería disturbios intestinos, y guerras entre hermanos, que serían una verdadera calamidad para lo futuro.

—Todos esos temores y suspicacias son prematuros é infundados—dijo Mora con cierto tonillo regañón—siendo lo más raro que partan de venezolanos, sabiendo, que el centro de esa gran concentración de pueblos va á ser, como es lógico, el Libertador y

por consecuencia, los venezolanos quedarán por encima y deberían sentirse muy satisfechos y orgullosos....

—Esa creencia es puramente ilusoria—respondió Peralta—y en principio creo que el doctor Pedernales tiene razón, siendo la prueba de ello la desavenencia reinante en el Congreso entre los diputados granadinos y venezolanos, hasta el punto de que en una sesión que presencié, los primeros se permitieron muchos desahogos hirientes y ciertas pesadeces inaceptables, que soportaron los segundos con una prudencia que rayaba en cobardía. Yo que me encontraba en la barra, estuve varias veces casi á punto de dar un escándalo y protestar contra los conceptos ofensivos que se nos dirigían en la acalorada discusión; pero á fuer de comisionado especial del Libertador, tuve que callarme también y tragar saliva.

—¿Y qué era lo que decían?—preguntó don Agapito.

—Que los venezolanos estábamos muy vanidosos y ensimismados, creyéndonos todos que éramos *libertadores* y de una raza superior, hasta el extremo que uno de los más exaltados, refiriéndose á la batalla de Boyacá, quiso encumbrar tanto á Santander, que llegó hasta la audacia de incinuar que á él se debía el principal laurel en aquella jornada, por la bravura con que se había batido y por haber aconsejado á Bolívar que comprometiera allí la gloriosa acción, siendo lo más raro y lo que prueba el estado efervescente de los ánimos, que tratándose en aquella tarde de un asunto distinto, se llegó sin saber cómo, á la organización *central* ó *federal*; y como los diputados granadinos, casi en su totalidad, eran partidarios de la segunda, y los venezolanos de la primera, se oyeron, como he dicho, palabras muy impropias, se acaloró el debate de manera increíble y llegó el expresado diputado por Cundinamarca, hasta á decir que los granadinos preferían el sistema federal, porque de ese modo podrían establecer en las constituciones parciales de cada Estado inde-

pendiente, la prohibición de que sólo *los granadinos por nacimiento*, pudieran ejercer altos cargos, dejando el gobierno general para los venezolanos, ya que estaba seguro de que así iba á acontecer, porque al acabarse la guerra, terminarían los españoles, pero continuaría el yugo de los venezolanos. El doctor Restrepo, que presidía la sesión lo llamó al orden y se vió obligado á levantarla porque se formó una gran pelotera.

—Pero qué gracioso—exclamó riendo Luis Reyes—¿conque prohibición legal para que ejerzamos cargos públicos? ¿Y por qué alguno de los venezolanos no le contestaría que la prohibición debía extenderse también á que pudiéramos batirnos y derramar nuestra sangre para libertarlos!

—Eso mismo grité yo indignado desde la barra—respondió Rufino Peralta—y ese hecho y otros incidentes ocurridos dentro del salón, fué lo que obligó á que el doctor Restrepo, muy acertadamente, se pusiera su sombrero y levantara la sesión, para evitar que concluyera á farolazos.

—Es preciso no dar mucha importancia á esos estúpidos desahogos—manifestó el hombre de las Siete Emes—primero, porque son parciales y no constituyen la opinión general del pueblo granadino, que es favorable á los venezolanos; y luego, porque mis paisanos son tan vehementes y empecinados en esa cuestión de *centralismo* y *federalismo*, que unos con otros, como ustedes saben, se han tirado más de una vez de las greñas, librando batallas y derramando á torrentes sangre hermana, por esa maldita disidencia de forma gubernamental.

—Sea como fuere—observó el boticario—está fuera de dudas que la tal República de Colombia, es una bella ilusión, un hermoso mito, una ostentosa armazón de columnas doradas y diamantinas cúpulas; pero como no tiene cimientos y choca con las prácticas *ab initio* y con las aspiraciones de actualidad, tendrá que derrumbarse tan pronto como se concluya la guerra y las aguas de la soberanía

nacional recuperen sus respectivos niveles. La prueba de que el tal adefesio es malo no puede ser más elocuente, desde que le disgusta á los mismos granadinos que son los beneficiados. Nosotros aquí lo soportaremos por el momento; pero cuando se disipe el humo de la pólvora, tendremos que tirar de la manta y cumplir con nuestro deber....

—Es bien triste y desoladora esa perspectiva—dijo Luis Reyes—es una desgracia, que todavía sin concluir esta larga y necesaria guerra, estemos pensando en futuros disturbios políticos, que causarán nuestra inevitable ruina y el seguro descrédito de la santa obra de emancipación nacional. ¡Es tal mi desencanto, que estoy á punto de arrepentirme, hasta de haber pasado una mala noche sirviéndola!

—No digas disparates, Luis—exclamó Rufino Peralta, cuyos ojos brillaron en la obscuridad como los de un pájaro nictálope—la Causa de la independencia triunfará de un modo ó de otro; ó mejor dicho, casi ha triunfado ya, pues sólo falta el golpe de gracia; pero la Libertad y la Igualdad que son el trofeo de la verdadera república, no triunfarán aún porque necesitan nuevas luchas y nuevos sacrificios en razón del viciado sistema que se ha escogido, para iniciarnos como país autónomo. Ese pacto fundamental que va á sancionarse en Cúcuta, tiene las mismas deficiencias de las anteriores leyes que hemos sancionado, desde 1811 hasta las últimas del Congreso de Angostura. No se han abierto, de par en par, las puertas á las conquistas que impone el dogma del republicanismo genuino y bien interpretado. El patíbulo seguirá levantándose en las plazas públicas, la libertad de los esclavos se concederá á medias y con mezquinos regateos, continuarán subsistiendo las clases privilegiadas y muchos hombres dignos é inteligentes, continuarán no teniendo acceso á ciertos honores y prerrogativas, por el defecto físico de tener su piel obscura y el pelo ensortijado. En esa nueva constitución que he visto

en proyecto, y que seguramente se aprobará tal como la presentó Nariño, aparecerá el mismo trampantojo eleccionario por el cual podrá el caudillo, presidente ó dictador, mandar las listas á los distritos ó cantones, de los candidatos que deban ser favorecidos, como ha sucedido hasta hoy con todas las elecciones de nuestros cuerpos legislativos; el absolutismo y el centralismo triunfarán, y por consecuencia, sobrevendrá una oligarquía criolla más irritante que la ibérica; y naturalmente, los que estamos jóvenes y tenemos amor á los principios y fe en el éxito de las brillantes aspiraciones y conquistas de los ideales democráticos, tenemos que seguir luchando hasta conseguir que el noble pueblo venezolano llegue á la meta de todas esas legítimas aspiraciones, cuyas excelsitudes les ponderamos á gritos en las sociedades patrióticas y en los clubs, y por las cuales se lanzó á combatir á brazo partido en la reyerta armada, que tiene tantos años y que no ha concluido todavía.

Sobre éste y parecidos temas, siguieron aquellos fervorosos patriotas disertando algunas horas más, hasta que los formidables ronquidos de don Felipe Carrasquel, que se había quedado dormido como un tronco, y el lejano canto de algunos gallos tempraneros, hicieron que el doctor Federico Pedernales, muy acertadamente, entre dos bostezos, dijera:

—Señores, basta de tertulia, estamos muy estropeados y en vísperas de una gran batalla, por lo cual, es bueno dormir algunas horas para amanecer con nuestros cuerpos livianos y dispuestos para todo lo que pueda presentarse. ¡Buenas noches!

XVI

La célebre batalla de Carabobo ha sido descrita por tan innumerables y aventajadas plumas, por tan buenos escritores y preclaros ingenios, que francamente, el actual narrador se halla dudoso, cohibido

y perplejo para emprender esta labor tan magistralmente por otros manoseada, temeroso, como es fácil imaginar, de caer en el adocenamiento rutinario de las repeticiones, que son inevitables cuando por fuerza hay que rechazar la inventiva y ceñirse, como es debido, á la verdad absoluta.

Referida ha sido con su nervio y elocuencia peculiares, por el propio Libertador en su mensaje al Congreso de Cúcuta; por el general Pedro Briceño Méndez, Ministro de Guerra en campaña, con sobriedad y precisión, en el parte oficial dirigido al Vicepresidente de la República de Colombia; por el general José Antonio Páez, ó mejor dicho, por el desacertado y erudito Mentor que tuvo la impropiedad de escribir su autobiografía, poniendo en boca de aquel egregio y sencillo llanero, discípulo de la rústica maestra Gregoria Díaz, frases, giros y afectadas citas históricas, dignas de Castelar, de Thiers ó de Víctor Hugo; por el epistolar, acucioso y rebuscador O'Leary; por la benemérita urraca literaria llamada José Félix Blanco; por los bien informados, castizos y en algunos puntos severamente rudos y parciales, señores Baralt y Díaz; por el concienzudo, sabio y austero Restrepo; por el Plutarco venezolano, algunas veces apasionado y lírico, don Felipe Larrazábal; por el eminente Carlos Benedetti, tan minucioso como dado á consideraciones filosófico-políticas; por el chispeante humorista Capella Toledo; por el incisivo Juan Vicente González; por la prosa escultural y levantada de Eduardo Blanco; por el galano estilo y corte suetónico del doctor Laureano Villanueva; por Francisco González Guinán, el Donoso Cortés carabobeño; por las clásicas é inspiradas estrofas de don Felipe Tejera; por la atildada, elocuente y sobria descripción de don Pedro Arismendi Brito; por la maestra pluma de Tomás Michelena; por la viril péñola de Eloy G. González; por Linares Bernal, Romanace, y por la de muchos otros notables escritores colombianos y venezolanos, entre los cuales no es posible silenciar

á nuestro Gerard caraqueño, Tovar y Tovar, que si no escribió, inmortalizó con su inimitable pincel la máxima batalla, trasladándola al lienzo que adorna el plafón de la sala elíptica del Capitolio, obra maestra, llena de luz, de brillantez y de sugestiva realidad.

Después que tantas cosas más ó menos bellas, vivas y elocuentes se han expresado, ¿qué podría decir de su cosecha el autor de estos desaliñados Episodios, que pudiera interesar y conmover, por modo agradable y extraordinario, el exquisito gusto de sus bondadosos lectores? Absolutamente nada; y ya en el brete, para salir del ineludible compromiso de presentar algo agradable, atrayente y gráfico, ya que no le es dado superar, pero ni igualar siquiera, á sus antecesores, tiene que recurrir de nuevo al inédito filón que tantos detalles desconocidos le proporcionara para escribir el tomo titulado *La Guerra á Muerte,* tiene que echar mano una vez más del manuscrito de su protagonista Luis Reyes, á quien vuelve á ceder la palabra, tanto para lo que se refiere al desarrollo de los hechos históricos, como para lo que se relaciona con sus intimidades personales y con las de los demás personajes de asimilación ó fantasía, no supuestos, sino simplemente disfrazados.

Entra, pues, una vez más, en la palestra en estos verídicos relatos, el denodado Cid de Guedeque.

"Como por la orden general del día 23 de Junio del año de 1821, fechada á las márgenes del Tinaquillo, dispúsose que el ejército republicano se vistiera con la mayor decencia y lujo posibles, desde antes de romper el alba del día 24, las bandas de los diferentes cuerpos empezaron á tocar la animadora diana titulada *Boyacá* y todo el mundo se puso en movimiento con alegría y entusiasmo tan grandes como si no se tratara de los preliminares de un combate, sino de una jira campestre, de algún simulacro ó torneo, ó de alguna gran parada militar.

"Según la expresada orden general, los equipajes, bestias de carga y de repuesto, ganado, asistentes, arrieros y más de 200 mujeres, que seguían á sus maridos y amantes, debían quedarse en Tinaquillo para no servir de estorbo, y como el jefe de aquella numerosa impedimenta, era don Mauricio Mora Melo, cuando yo venía de dar una orden al cuerpo del general Cedeño, lo encontré á caballo, de chaqueta azul, con alamares blancos, altas botas, sable al cinto y chacó de vivos plateados, discutiendo muy acaloradamente con la legión femenil de cantineras y odaliscas de cuartel, las cuales con lágrimas y palabras tiernas, le suplicaban las dejase ir á incorporarse á los seres de su amor y de su preferencia, para compartir con ellos los peligros y glorias de la próxima refriega, cosa que, no embargante sus rotundas negativas, muchas audaces lograron realizar valiéndose del ardid de vestirse con trajes de soldados.

—Bendito eres entre todas las mujeres—le grité acercándome al lugar en donde discutía con el *bohemio* y acongojado bello sexo—siempre don Mauricio mimado por las faldas, hasta en los campamentos.

—¡ Qué mimado, don Luis !—me contestó, echando cada terno que era una centella—sin.... turiado, fregado aquí con esta caterva de.... brutas, que quieren oír de cerca el concierto de balas y obligarme á que infrinja la orden que se me ha dado de no dejarlas marchar hacia adelante. Estas fieras no le tienen miedo á nada, ni á los chopos, ni á los trabucos, ni á los machetes, ni á los cañones.... ¡ Quieren arrostrar todos los peligros por estar al lado y al rescoldo de sus hombres !

—Pero eso tiene un gran mérito de parte de ellas—respondíle sonriendo—y una gran ventaja de parte de usted, pues como muchas habrán de quedar viudas hoy, podrá irse fijando desde ahora en las que más le agraden....

—No se burle, mi amigo Reyes—contestó el atafagado proveedor, apoyando el pulgar en los labios y meneando el índice de arriba hacia abajo — este

san Caralampio no está ya para milagrillos mujeriegos, y mucho menos en éstos críticos instantes, en que el deber me condena á hacer el papel de un Juan Lanas, en medio de esta broza, mirando lágrimas y pucheritos, y oyendo rebuznar los burros, mientras mis compañeros van á oír tronar los cañones y á segar inmortales laureles. Todos se han emperifollado con lo mejorcito que cargaban en las capoteras y están ya en movimiento, Pedernales y Callejones, al lado de Páez; Peralta y Carrasquel, al lado de Mariño, y usted, siendo como siempre *la mano derecha* del Libertador; solamente yo tengo la desgracia de quedar postergado en esta vez....

—Con los resplandores de Niquitao y con el éxito de Boyacá—díjele espoleando mi caballo, para seguir al campamento de Páez—tiene usted suficientes preseas y pesetas para el resto de su vida....

—No, no, compañero—gritó cuando me alejaba, meneando la diestra velozmente, en acentuada señal de negación—por ningún caso, después del triunfo definitivo será cuando empezaré á ocuparme un poco en mi personalidad, pues hasta ahora, sólo he pensado en sacrificarme por la Patria....

—Riéndome interiormente de las peregrinas frases del excelso coloso de las Siete Emes, de su chusca abnegación, de su fingido desagrado y de sus colmilludas aspiraciones, equivalentes á esperar que otros peláramos la papa para él engullírsela entera; llegué al campamento del general Páez, y después que le comuniqué las verbales órdenes que para él llevaba, me detuve á observar un poco la actitud marcial y el entusiasmo delirante de aquella aguerrida división, á la cual se había confiado la vanguardia. Se destacaba en primer término por sus vistosos uniformes y por su brillante apostura el batallón Británico, luego seguían los Bravos de Apure; y, por último, el formidable cuerpo de caballería compuesto de 1.500 lanceros, entre los cuales estaban los vencedores del Yagual, la Mata de la Miel, Las Queseras y otros célebres campos en donde el valor y biza-

rría de nuestros llaneros, habían asombrado á los españoles. Algunos escuadrones estaban uniformados de color rojo, sobresaliendo el que personalmente mandaba el coronel Cornelio Muñoz, cuyos oficiales y soldados, todos lanceros de fama, montaban briosos y escogidos caballos de grande alzada.

Entre ellos había un negro muy ladino y faramallero, llamado Pedro Camejo, que tenía el grado de teniente, y que por su gran valor y osadía en las cargas, había merecido el apodo de El Negro Primero.

Esa mañana, cuando de regreso para el Estado Mayor, pasaba por frente al sitio de la sabana de Taguanes, donde estaba el referido escuadrón, presencié una graciosa escena que no he podido olvidar jamás. Ninguno de aquellos hijos de las pampas, se ocupaba en manera alguna de la enormidad de los peligros que iban á arrostrar en breve, para ellos el terrible acto de batirse, era tan natural y rutinario, como el de comer ó dormir y lejos de preocuparse con la imagen espantosa de la muerte ó, lo que es lo mismo, con la muy posible contingencia de perder la vida, se entretenían en espera del coronel que había sido llamado al Estado Mayor divisionario, á recibir instrucciones, en cantar coplas y *tonos* y en dirigirse pullas intencionales, que celebraban con risas y chacotas.

En el centro de una gran rueda ó grupo de jinetes, estaba el Negro Primero; y como muchas voces lo excitaban á que repitiera la arenga que había pronunciado en la tarde anterior, después de la revista, no se hizo de rogar, sino que en su peculiar lenguaje y con sus dichos especiales, que eran muy celebrados hasta por el Libertador y el general Páez, en són de guasa é imitando admirablemente la voz, la actitud, los ademanes y el modo de sentarse en la silla el segundo de dichos jefes, le oí pronunciar entre aplausos repetidos, la siguiente incomparable arenga:

—*Señores conmilitones, comelones y mamantones!*

Ayer se los dije y hoy se los ripito: llegó er momento é la ecisiva, ya vamos á está pegaos en el

corte: el que no arrempuje pa alante se entenderá con la vandola del Mayordomo, pues los que juyan hoy irán pa la úrtima paila del infierno y los que mueran con la guaica empapá en sangre española, á esos valientes soldados de la Diablocracia les abrirá er agüelito San Pedro las talanqueras del cielo, recibiéndolos con arpa, guitarras y maracas......

Confieso que á pesar de mi seriedad característica y de las mil preocupaciones que por mi mente cruzaban, reí como un bolonio de aquel grotesco remedo y en cualquiera otra ocasión me hubiera parecido una vulgar payasada; pero en aquellos instantes apurados y casi antes de romperse los fuegos, la graciosa é inocente mofa, rayaba en impasibilidad heroica, en desprecio por lo contingente, en desdén supremo por la existencia, en serenidad lacedemonia, en sublime estoicismo que igualaba á nuestros rústicos llaneros con los antiguos adalides, que inspiraron á Homero el inmortal poema conocido con el nombre de la Ilíada.

El ejército patriota se puso en marcha y á pesar de que sabíamos que el enemigo, después que ocupamos á Tinaquillo, había retirado el cuerpo que tenía en Buenavista, el Libertador, que iba en la vanguardia, supuso, como era natural, que durante la noche lo hubieran vuelto á ocupar, pues no era concebible que dejaran de disputar y defender aquel punto tan importante y estratégico, tanto por su altura como por ser el paso obligado que forma la proximidad de dos pequeñas colinas, que son el comienzo del angosto desfiladero que teníamos que atravesar para caer, por una media falda ó plano inclinado, á la llanura de Carabobo, que se halla como á una legua del mencionado sitio.

Pero era un hecho indudable que Buenavista estaba abandonado, porque varios exploradores mandados adelante, vinieron á encontrarnos con el aviso de que podíamos subir sin ningún temor, como lo verificamos, en efecto, llegando á dicho punto á las nueve de la mañana.

Allí mandó á hacer alto el Libertador, se bajó del caballo, y por indicación del coronel Remigio Ramos, que por ser muy conocedor de aquellos lugares, andaba á su lado como baqueano, subió, para dominar mejor la sabana, al caballete de un rancho de paja, recientemente desocupado por sus moradores; operación que ejecutó con la ayuda de una temblorosa escalera de viguetas, que Ramos y yo le sujetamos, subiendo luego nosotros también y situándonos á su espalda para dejarle libre el frente.

El empuñó el catalejo y por más de quince minutos, estuvo observando con profunda atención el bélico panorama y estudiando las posiciones que ocupaban los realistas.

Mientras esto acontecía, pude, con mis propios ojos, darme cuenta de la manera hábil, estratégica y formidable con que se había acomodado el enemigo para esperarnos.

No embargante estar nublado el horizonte y soplar una brisa fresca que anunciaba lluvia, brillaba el sol con extraordinaria refulgencia en aquel instante, quebrándose en chispas acerinas, en visos fugitivos y ondas deslumbrantes sobre las bruñidas bayonetas, lanzas, sables y cañones del ejército español, que vestido casi todo de blanco y con profusión de banderas y banderolas rojas y gualdas, estaba formado en batalla en el orden siguiente:

En las lometas de la izquierda, á la salida del punto llamado Boquerón, estaban colocadas cuatro piezas de artillería con sus respectivas dotaciones, con un batallón á cada flanco, y más atrás, en las alturas, *Barbastro* y *Valencey*, temibles y famosos regimientos por su disciplina, por su número, por sus antecedentes en la guerra con Napoleón y por ser considerados por Morillo, como los mejores de los que trajo en su expedición.

A la derecha estaban escalonados, con todas las reglas del arte y de modo que sus fuegos cruzados pudieran barrernos al bajar, los batallones *Fer-*

nando VII, León, Victoria, Castilla, La Reina, Burgos y *Hostalrich.*

En el centro, cubriendo la retaguardia, estaban los *Dragones de la Unión,* armados de carabina y lanza y más de mil hombres de excelente caballería, compuesta de los antiguos veteranos de Yañes, Boves y Morales, destacándose en el fondo de la verde y extensa pampa, como un grupo de enormes gaviotas, las innumerables tiendas de campaña que formaban el campamento de las huestes del rey.

—Este diablo de Latorre—exclamó Bolívar, bajando el anteojo—ha echado el resto en esta vez y sacado á relucir todo cuanto tenía de arte militar en el caletre; pero una cosa piensa el asno y otra piensa el que lo cincha. Verdaderamente su posición es inabordable por los caminos de San Carlos y del Pao, que son los conocidos y los únicos por los cuales cree que podamos bajar á la llanura. ¿Dígame usted, coronel Ramos, no hay alguna manera de salir por donde no nos esperan y de flanquear al enemigo por la derecha?

—Camino no tenemos—contestó el antiguo realista sin titubear;—pero sí existe, por la caída que llaman El Chaparral, una antigua trocha ó atajo, nombrada Pica de la Mona, tapada con mucho monte.

—Pues hemos dado en el clavo—respondió alegremente el Libertador, descendiendo con prontitud de la pajiza techumbre—hay que despejar esa pica en el acto para que pase el ejército. Haga avanzar, coronel Ramos, los zapadores de todos los cuerpos y con ellos proceda á la operación; y usted general Reyes, tome dos compañías del batallón *Bravos de Apure* y véngase con ellas para que apoyemos á los zapadores.

Estas órdenes se cumplieron en seguida, y cuando el general Páez se impuso por mí de lo que se trataba, se vino junto con las compañías y los zapadores á donde estaba el Libertador, y le dijo:

—Permítame observarle, mi general, que soy el jefe de vanguardia y por lo tanto es á mí á quien

corresponde pasar adelante. Vuecencia va á exponerse en una operación arriesgada y no es prudente que la ejecute personalmente.

—Tiene usted mucha razón, señor general,—contestó sonriendo Bolivar,—y no seré yo, por cierto, quien le dispute la honra de poner esta contrandanza tan obligada; pero como amo de la casa tengo el deber de abrirle la puerta del salón para que pueda entrar. ¡Espere que ya le llegará su turno!

Nada replicó Páez y el Libertador entró resueltamente en el desfiladero, acompañado de los zapadores, de las dos compañías á cargo del que esto escribe, y de un grupo de jinetes formado por el general Pedro Briceño Méndez, por una parte del Estado Mayor General y por los edecanes coroneles Diego Ibarra y León Umaña, teniente-coronel Manuel Ibáñez y capitán Daniel O'Leary.

Sorprendidos, sin duda, los realistas de aquella extraña operación y de que nos dirigiésemos hacia el lado opuesto á los dos únicos caminos por los cuales nos estaban aguardando, nos dejaron pasar el defiladero impunemente; pero cuando llegamos á las inmediaciones del Boquerón y los zapadores mandados por Ramos, principiaron á abrir la trocha para salir al Chaparral, entonces comprendieron muy bien nuestras intenciones y destacaron cuatro compañías del batallón de la Reina á estorbar el trabajo de los zapadores.

Así comenzó la trascendental batalla, cerca ya del mediodía, y por una misteriosa é inescrutable coincidencia ó predestinación, sin tener ningún mando activo de tropas, tocóme romper los fuegos el primero, bajo las inmediatas órdenes del Libertador, quien con la mayor serenidad, mientras esto acontecía y en medio del vivo fuego y de la lluvia de proyectiles que arrojaban los cañones de los realistas sobre la entrada de la trocha ó pica, mandó al edecán Ibáñez volando, con la orden de que los cuerpos avanzaran á pasitrote y dispuso que el capitán O'Leary se situara en un recodo del peligroso y

descubierto paso, para que fuera repitiendo la voz de *hileras á la izquierda* y *pasar corriendo*; siendo de advertir, que no obstante la circunstancia de haberse cumplido la salvadora consigna al pie de la letra, dejó por lo menos cada uno de los batallones, diez ó doce hombres muertos en el desfiladero, sin contar los heridos y las numerosas bestias que se inutilizaron al pasar por aquel simulacro de las célebres *horcas caudinas*, donde los orgullosos romanos dejaron tantos girones de su fama y de su dignidad.

XVII

Tuve la satisfacción, que otros podrán llamar gloria, de haber podido contener y hacer replegar, con las dos bravas compañías apureñas, al medio batallón que vino á impedir el trabajo de los zapadores, visto lo cual por Latorre, que dirigía la acción desde una eminencia llamada El Infiernito, y habiendo comprendido este esperto general, que si no cambiaba en el acto sú plan de batalla para impedir la entrada del ejército republicano por aquel flanco estaba perdido, resolvió mandar casi todos sus regimientos sobre el Chaparral.

Aquel fué el momento más crítico de la decisiva jornada, pues sólo teníamos para contener el formidable empuje de casi todo el ejército realista, que avanzaba hacia nosotros á paso de carga, el resto de las dos compañías que yo mandaba y el batallón *Bravos de Apure*, á cuyo frente se hallaba el general José Antonio Páez, montado sobre un hermoso caballo blanco, de riguroso uniforme bordado de oro y con un penacho de plumas de garza en el ancho sombrero.

Cuando un edecán á escape vino á comuicarle la orden de salir al encuentro del enemigo incorporó á

sus fuerzas los 34 hombres que habían quedado vivos de las dos compañías, y me dijo:

—Usted se ha batido como un valiente, general Reyes, haciendo que se luzcan mis dos compañías. Ahora me toca á mí. Veremos cómo me porto.....

La Legión Británica pasaba en ese instante el desfiladero y más atrás, tramontando la falda opuesta para llegar á la altura de Buenavista, venía el segundo cuerpo que mandaba el general Cedeño y las divisiones de caballería del primer cuerpo.

En medio de una tempestad de nutrido fuego, bajó Páez á la llanura, atravesó un riachuelo, y formando sus soldados en columnas cerradas, resistió victoriosamente por cerca de media hora las cargas de los batallones ibéricos; pero como eran tantos y constantemente llegaban nuevos refuerzos, vióse obligado á replegar sin darle la espalda al enemigo que avanzaba hacia nosotros dando gritos de triunfo, y confiado en su abrumante superioridad numérica.

Por fortuna llegó en aquel instante la Legión Británica con el bizarro coronel Fárriar á la cabeza, y llegaron también 4 mulas con cajas de pertrecho.

El Libertador, que comprendía la inminencia del peligro y que su hábil estrategia estaba á punto de convertirse en un fracaso, si no se lograba contener la impetuosa carga de los realistas, mandó un edecán á escape, para que el segundo cuerpo redoblase la marcha y me encargó decir á Fárriar, que la suerte de la batalla dependía de la Legión Británica y que era necesario combatir á pie firme hasta que pasara el desfiladero el segundo cuerpo al mando del general Cedeño.

Así lo hice, teniendo que hablarle en alta voz, porque el ruido de las detonaciones era tan grande, que parecía como un trueno prolongado.

Entonces el heroico Fárriar, comprendiendo la importancia de la orden que yo le comunicaba, se irguió en su caballo y dirigiéndose en inglés á sus soldados les dijo algunas breves y electrizadoras frases, que no entendí entonces, pero que más tarde

y después de la batalla, repitió y tradujo, á exigencia mía, el mismo Fárriar, para consignarlas en estas memorias. Las palabras fueron éstas:

—*We must fight or perish till Cedeño comes.* ¡Debemos combatir ó morir, hasta que Cedeño llegue!

Los esforzados hijos de Albión contestaron á esta espartana consigna con un entusiasta *hurra* por la libertad de América, clavaron su bandera, botaron los morrales y con imperturbable resolución hincaron rodilla en tierra y rompieron sus certeros fuegos sobre las huestes españolas, que hicieron punto de orgullo y de amor propio destruir aquel obstáculo imprevisto, quitar del medio aquel pequeño estorbo, que les impedía alcanzar una pronta y fácil victoria.

Pero todo fué inútil y nada logró abatir el ánimo de la egregia y olímpica Legión, convertida en fortaleza humana de graníticos cimientos.

Cargaron impetuosamente los batallones Fernando VII y León, Burgos y Castilla; pero todos tuvieron que volver caras destrozados y llenos de asombro por tanto denuedo.

Cayó herido Fárriar, gritando á los suyos: *to resist*, lo reemplazó su segundo, que tuvo igual desgracia, asumió el mando el tercer jefe, quedó fuera de combate más de la mitad de la imponderable Legión, y el resto seguía haciendo fuego á pie firme, con una flema y tranquilidad indescriptibles.

Aquellos hombres no parecían de carne y hueso, sino autómatas de plomo, á quienes se le hubiese dado cuerda. Ninguno flaqueaba ni se afligía; y hasta el último de aquellos beneméritos ingleses, hubiera quedado tendido en el glorioso campo, si agotadas las cajas de cartuchos que habían traído las mulas, no se le hubiera ocurrido á Páez un pensamiento salvador.

Yo me encontraba á su lado, atónito de admirar tanto heroísmo, y con los ojos fijos hacia Buenavista, observaba con angustia mezclada de júbilo al batallón *Tiradores* al mando de Heras, que asomó

en el desfiladero, cuando el héroe de las pampas me dijo:

—Reyes, la batalla está perdida si no resistimos siquiera quince minutos más. Hay que ordenar una carga á la bayoneta para conseguirlo. Voy á darla personalmente con mis apureños; apóyeme usted con los restos de la Legión Británica.

—El recurso es muy acertado, mi general,—respondíle sin vacilación—cuente conmigo que no lo dejaré solo.

Y la decisiva y estupenda carga á la bayoneta se realizó sobre la marcha, Páez avanzó con los suyos, seguido por mí y por los ingleses, sin hacer caso de las descargas de los realistas, nos confundimos con ellos, luchando cuerpo á cuerpo por espacio de algunos minutos y cuando una vez más la fuerza del número empezaba á hacernos replegar, nos auxilió providencialmente Heras, quien al observar desde lejos nuestra peligrosa situación, se adelantó con dos compañías y cargando también á la bayoneta, hizo cambiar la suerte del combate, pues logramos rechazar y poner en fuga al enemigo, que fué á tomar posiciones en una eminencia cercana, perseguido de cerca por algunos piquetes de nuestra caballería que habían logrado llegar.

Entretanto, el resto de nuestra segunda división, y la tercera al mando de Plaza, pasaban por el desfiladero y por otro sendero angosto que habían dejado libre, al replegar hacia su centro, los batallones Valencey y Barbastro.

Viéndose perdido Latorre, intentó el último esfuerzo, á cuyo fin lanzó hacia nosotros al batallón de la Reina y á toda su caballería, creyendo aprovechar la ventaja de que la mayor parte de nuestros jinetes no habían logrado pasar todavía.

Y aquella acertada disposición del jefe realista fué la que ocasionó el definitivo desastre, por el hecho asombroso é incomprensible de que solamente el coronel Vázquez, Jefe del Estado Mayor del general Páez, y el intrépido Juan Angel Bravo, capi-

tán de una compañía de la Guardia de Honor, teniendo ambos á sus órdenes apenas cien lanceros escogidos, consiguieron al primer choque contener y dispersar por completo al referido batallón y á los 1.300 jinetes que mandaba Morales en persona.

Nunca creyó el general Páez, que aquel ínclito grupo, á pesar de conocer tánto la calidad, valor y antecedentes de los hombres que lo formaban, fuese capaz de sugetar al afamado batallón La Reina, y á los temibles lanceros que en otros tiempos ejecutaban tantas proezas á las órdenes de Yañes y Boves; pero como ya el grueso de su caballería bajaba de Buenavista á rienda suelta y lanza en ristre, quiso, según gráfica expresión que le oí decir después, quiso tirar una *empanada á los rabiosos perros realistas para que se entretuvieran un poco;* pero la *empanada* se les atravesó en el gaznate, porque llevaba casi el mismo picadillo de la que no pudieron tragarse en Las Queseras, y almendras, pasas y aceitunas como Muñoz, Vázquez y Bravo, los cuales no combatieron como hombres, sino como leones, principalmente el último de estos tres Bayardos, quien se metió tan adentro en la formidable carga y luchó tan cuerpo á cuerpo con los enemigos, que sacó catorce rasgaduras de lanza en el uniforme, teniendo la suerte de no salir herido.

El Negro Primero, que también formaba parte del admirable grupo, iba en la vanguardia como de costumbre y fué el *primero* que, acompañado de Malbañado y Cantabonito, empapó su lanza en sangre española; pero de pronto volteó riendas y se dirigió á paso lento hacia el sitio desde el cual Páez presenciaba el ataque.

Entonces tuvo lugar un breve diálogo entre el jefe y el subalterno, que vino á ser algo así como el reverso doloroso de la escena cómico risible de Tinaquillo :

—Gran *vagabundo*—gritóle Páez con agrio acento—¿en eso han venido á parar tus baladronadas y discursitos burlescos, tantas roncas y monerías, para

venir corriendo como un cobarde á la hora en que todos cumplen con su deber y ganan charreteras?

—¡Pedro Camejo no ha *jullío* nunca!—contestó con amargura el valeroso y desgraciado negro, llevándose una mano al pecho herido, de donde salían borbotones de roja sangre que se confundían con el color de su uniforme—*vengo muerto*, mi general, y antes de *dir pa er cielo* quería decirle adiós y recomendarle mi familia....

Páez arrepentido de su dureza, quiso acercarse á él para socorrerlo; pero ya era tarde, porque el ínclito Negro Primero, había caído muerto á tierra al pronunciar estas palabras.

Durante este rápido diálogo, el combate tomó dimensiones colosales; luchando en la proporción de uno contra diez nuestros invictos llaneros; y bien fuese porque los numerosos escuadrones realistas se sobrecogieran de súbito pánico, ante el asombroso arrojo de los patriotas, ó bien porque las malas artes de Morales, siempre envidioso de Latorre, los instigara felonamente, es lo cierto que voltearon caras y se declararon en repentina fuga, tan inesperada como incomprensible, produciendo general desorden y terrible confusión en el campo del rey, hasta el extremo de que casi todos los batallones, acosados por nuestros jinetes, rindieron armas, inclusive el famoso Barbastro, que fué atacado por el general Páez en persona, acompañado de 300 jinetes frescos que entraron al galope á la sabana por el camino real de San Carlos, que había quedado libre desde que comenzó el combate por el lado opuesto al que se nos aguardaba.

La captura del batallón Barbastro, debióse en su mayor parte al frenético arrojo del valeroso coronel Ambrosio Plaza, jefe del segundo cuerpo divisionario, quien deseoso de tomar parte en la acción y de segar laureles en aquel día, al llegar al campo, lleno de patriótico ardor y sin recibir órdenes, se unió con algunos jinetes á Páez, en el momento de la impetuosa carga, y por haberse adelantado á todos,

cayó derribado por una bala aquel servidor tan distinguido, tan arrogante, tan lleno de vida y de merecimientos.

Al contemplar Latorre aquel violento é inverosímil cambio de situación, pues en pocos minutos, como si algún genio ó endriago infernal para él, y propicio para nosotros, hubiera arrojado soplo de exterminio sobre su ejército, antes tan poderoso y tan bien organizado, al ver, como poseído de horrible pesadilla, sus mejores batallones destrozados y rendidos, su caballería dispersa y su artillería en manos del enemigo, el rudo teniente de Morillo que había luchado cuatro años por la independencia de su patria, junto con las huestes vencedoras en Vitoria, San Marcial y Bailén, y siete años en Nueva Granada y Venezuela, para sostener el poder colonial, quedóse atónito en presencia de aquel inmenso estrago que no podía explicarse, dió la batalla por perdida y con su espíritu de bronce anonadado y sus formidables energías debilitadas, acompañado de su Estado Mayor, corrió á buscar asilo en la reserva temeroso de caer prisionero.

En medio de aquel caos de destrucción y muerte, en aquel inmenso derrumbamiento y cuando aparecía cobarde y tristemente abatida la bicolor bandera de Numancia, Sagunto, San Quintín y Los Arapiles, cuando todos se anonadaban por la imprevista catástrofe, surgió un hombre extraordinario de las filas españolas, no para salvar la histórica bandera de la derrota, que ya era inevitable, pero sí para salvarla de la vergüenza y dejar en la desgracia su fama incólume y su nombre muy en alto.

Ese héroe fué el coronel Tomás García, jefe del batallón Valencey.

Cuando todos sus compañeros se amilanaron él se agigantó, cuando todos huyeron á la desbandada ó se entregaron como carneros, él formó en cuadro cerrado sus mil veteranos, colocó una pieza de artillería por cada frente, logró contener un escuadrón de caballería de Morales para que lo apoyase y en

desigual y bizarra lucha, sin dar la espalda á los engreídos vencedores, emprendió una soberbia retirada, en orden, con calma y con admirable disciplina; en una palabra, aquel desconocido subalterno escribió con la punta de su espada el sangriento epílogo de nuestro postrimer y decisivo drama bélico, pudiendo asegurarse que aquella prodigiosa resistencia final, por él emprendida en los estertores de la agonía del poderoso león ibérico, nos costó más pérdidas que la recia y formal batalla, y aquel incomparable militar con su asombrosa bravura, estuvo á punto de hacer cambiar el próspero rumbo de los sucesos, si el Libertador penetrado del peligro, no hubiera acudido presuroso al centro de nuestros confiados batallones, blandiendo su sable y gritando delirante de entusiasmo:

—¡Orden, orden, no nos desorganicemos. Cada cual á su puésto. Acordémonos de Semen, donde después de ganar perdimos sin saber cómo!

Aquella oportuna advertencia aplacó los ánimos poseídos de frenético furor por destruir al porfiado Valencey que se alejaba majestuosamente, sembrando el suelo de cadáveres, siendo la advertencia tanto más necesaria y eficaz para restablecer la disciplina, cuanto que en aquel mismo instante caía sin vida el bravo de los bravos, el general Cedeño, que pretendió romper el cuadro por un flanco; y por el otro, escapaba milagrosamente Páez, quien en el calor de la brega y repentinamente acometido de su habitual y epiléctico patatús, llegó hasta confundirse con la caballería enemiga, y tuvo la inesperada suerte de que un oficial llamado Antonio Martínez, del escuadrón que había logrado don Tomás García retener á su lado, lo restituyera á sus filas, trayendo de la mano las riendas de su caballo y haciéndolo sujetar por un teniente patriota de nombre Alejandro Salazar, que se montó en las ancas.

Cuando el Libertador logró restablecer el aplomo y la circunspección en su vencedor ejército, cuyos distintos cuerpos habían acabado de llegar, se

acercó al lugar donde se hallaba Páez, que había recobrado por completo su sentido, y entre víctores y aclamaciones, le dijo:

—*Vuestro indomable valor y vuestra intrepidez, han contribuido en primer término á esta gran victoria: os ofrezco en nombre del Congreso el ascenso de General en Jefe.*

XVIII

Entretanto, el indestructible y maldito batallón realista, continuaba impertérrito su itinerario hacia Valencia, abriéndose y cerrándose como un compás de fuego, según la estructura del camino, haciendo nuevas y muy sensibles bajas entre sus perseguidores, cada vez más empecinados en rendirlo ó en destrozarlo, lo cual era para ellos una cuestión de punto y de vida ó muerte.

Cerca ya de las dos de la tarde mandó el Libertador á hacer alto para dar tiempo á que se adelantasen los batallones Rifles y Granaderos, de la tercera división, destinados á continuar la persecución por causa de que el Bravos de Apure, estaba muy fatigado del recio batallar y había consumido todos los paquetes que llevaba en cartucheras.

En aquel momento y á orillas de la quebrada de Barrera, ocurrió un caballeresco lance, digno de los tiempos olímpicos, entre dos de nuestros más renombrados jefes de caballería: entre Rondón y Mellado, que corrían, en competencia, á la cabeza del grupo de jinetes de los distintos cuerpos, con el propósito de romper la formación de Valencey.

El primero iba delante y el segundo detrás, por el flanco izquierdo del cuadro, y pocas varas antes de llegar á él, éste gritó á Rondón:

—*Compadre: por delante de mí, la cabeza de mi caballo!*

—*¡No te adelantes*—contestóle el oriental tratando de atravesarle el caballo—*mira que es muy peligroso quitarle la vanguardia á Rondón!*

Mellado nada escuchó, metió las espuelas á su caballo y lanza en ristre se precipitó sobre las filas enemigas, quedando el fogoso corcel clavado en las bayonetas, traspasado el semi-suicida y audaz lancero por varios balazos en el noble pecho, muerto el comandante Lima y heridos muchos oficiales. Rondón, lleno de coraje, muy contrariado y echando tacos y maldiciones, tuvo que replegar con el uniforme agujereado por tres balas.

Como hacía mucho rato que había empezado á llover copiosamente, los barrancos de las quebradas y el piso del camino pusiéronse resbaladizos y casi intransitables, por lo cual ni los batallones de infantería destinados á la persecución, ni los cuerpos de caballería, pudieron dar alcance á Valencey, que logró llegar hasta Mucuraparo sin más pérdidas que 100 hombres poco más ó menos, y la del escuadrón de caballería que se le separó después del choque en la quebrada de Barrera.

Observando el Libertador que el temerario cuerpo, al compás de la marcha real, que tocaba su banda, estaba ya cerca de la ciudad, dispuso montar 200 granaderos á la grupa de igual número de jinetes, con el objeto de detenerlo, é impedir que se hiciera fuerte en ella. El nuevo combinado cuerpo perseguidor, logró darle alcance en el sitio llamado Los Corrales, en las cercanías de Valencia, y allí se trabó un vivo tiroteo; pero todo fué inútil, nuestros jinetes y granaderos fueron rechazados con numerosas bajas.

En aquel punto ocurriósele al coronel Tomás García un golpe de audacia y serenidad increíble, que dió lugar á un célebre diálogo entre el general Latorre y su subalterno, lo que puedo consignar en estos apuntes, lo mismo que muchos otros lances ó importantes detalles de aquella asombrosa retirada, por habérmelos referido al día siguiente el

capitán Manuel Eguía, joven natural de Cuenca, muy amable é instruido, ayudante de Latorre, quien herido en una pierna, tuvo que quedarse en un rancho del camino de Puerto Cabello y traído á Valencia prisionero, me interesó tanto, que conseguí el permiso para que pudiera curarse en la casa de doña Melchora de Arguinzones.

El atrevido hecho ocurrió de esta manera:

—Mi general—exclamó el jefe del Valencey, á raíz de haber hecho morder el polvo á sus últimos acometedores—ya que hemos tenido la fortuna de salvar en esta aciaga jornada, por lo menos el honor de nuestra bandera, y como Usía ha dispuesto que sigamos hacia Puerto Cabello, permítame mandar dos compañías á la ciudad á recoger nuestros equipajes y papeles que están en los cuarteles, á fin de que hagamos las cosas completas.

—Pero eso es una puerilidad que podrá costarnos cara—respondió Latorre, frunciendo el ceño—¿cómo vamos á detener la marcha y á exponernos por unos equipajes que nada valen ni significan? No es bueno abusar, coronel, eso es un disparate innecesario. Contentémonos con lo ejecutado hasta ahora, que es increíble.

—Nó, nó—insistió don Tomás, con apremiante empeño—la operación es obra de unos minutos y no habrá ningún trastorno. Respondo del éxito.

—Es que hay doble peligro—replicó el general ya un poco más accesible—el de ser alcanzados nuevamente y el de quedar cortadas las dos compañías, en el caso de que podamos abrirnos paso y seguir adelante.

—Nada de eso, mi general, tengo el lance bien previsto. Las compañías entran á la ciudad, nosotros seguimos por la falda del cerro de Guacamaya y las aguardamos en Camoruco. Es una marcha casi paralela y con el rodeo que vamos á dar, llegaremos iguales.

—Haga usted lo que quiera, benemérito señor coronel, á quien yo asciendo á general en nombre

del Rey,—contestó cariñosamente Latorre—hoy es su gran día; y á un hombre de sus quilates tenemos todos que subordinarnos incondicionalmente. Eso sí, proceda pronto, pronto, para que no perdamos tiempo.

Dadas las órdenes del caso á sus dos mejores capitanes, don Tomás despachó las compañías, que se dirigieron á pasitrote á la ciudad, cuyas calles estaban desiertas y las puertas y ventanas cerradas; desempeñaron la peleaguda comisión, sin ninguna dificultad, y se reunieron al batallón en Camoruco, con todos los cachivaches y cacharros que habían ido á recoger.

Cuando se verificó la conjunción y los fugitivos continuaron la marcha hacia Naguanagua, el general Páez entraba á Valencia á la cabeza de un escuadrón de caballería, y como se le informó que el enemigo se hallaba en el puente que conduce al camino de La Victoria, acudió hacia ese lado, encontrándose con una columna de húsares de los dispersos de Morales, la cual atacada vigorosamente, huyó á escape por el camino de Vigirima, dejando muchos muertos y heridos.

Suspendida la persecución, por no haber cesado la lluvia y estar declinando el día, los restos del brillante y poderoso ejército realista, llegaron como á las diez de la noche al extremo norte de la sabana, donde principia la cordillera que conduce á Puerto Cabello.

—Aquí tenemos que hacer alto para descansar un poco—dijo el coronel García á Latorre, que estaba silencioso, triste y meditabundo, envuelto en un ancho capote, que destilaba agua y barro—necesitamos que la tropa coma algo y duerma aunque sea tres ó cuatro horas, para poder subir la cuesta.

—Eso es lo indicado—respondió el general—porque la oportuna parada nos servirá también para incorporar dispersos; pero corremos el riesgo de que nos alcancen y ataquen.

—En eso no hay que pensar—replicó García con presteza,—de Naguanagua para acá no nos han perseguido y si en el día les ha ido tan mal al pretender alcanzarnos, mucho peor les iría en la noche. Además; yo pondré avanzadas fuertes en retaguardia, y como no vamos á desensillar sino á tragar un bocado y á pellizcar un sueño, nosotros con la cabeza recostada en los bridones y los soldados en los morrales, siempre al sentir los fuegos, tendríamos ocasión de continuar peleando en retirada.

Latorre convencido, aprobó la idea de su inteligente subalterno, y cuando sus fatigadas huestes descansaban, ambos sentados en un rústico banco, en el corredor de una choza, cerca del camino real, con los caballos de cincha aflojada y freno quitado, al alcance de la mano y comiendo yerba cortada, el infortunado Capitán General y el nunca bien ponderado coronel, que habían creído prudente no acostarse en aquella memorable noche, entretuvieron su vigilia conversando en esta forma:

—¿Supongo, mi general,—dijo el coronel García—que se habrá acordado mucho Vuecencia de mí en este funesto día y de todo lo que le pronostiqué en la casa de doña Melchora. ¿Tenía razón ó nó?

—Completa don Tomás—respondió Latorre con desconsolado acento—tarde, muy tarde, he venido á conocer cuánto vale usted en todos sentidos. He sido un estúpido de marca mayor, al no haber oído sus opiniones y convencido estoy de que el pérfido ó inepto Morales ha sido el culpable de la pérdida de la batalla.

—Medite por un momento—contestó muy satisfecho el jefe del invicto batallón—qué distinta hubiera sido la contradanza, si á Pereira con el 2º de Valencey, y á mí con el 1º, que está á mis órdenes, nos hubiera tocado pelear en vanguardia con Bravos de Apure y la Legión Británica en El Chaparral. Hubiéramos vencido, se lo juro á Usía, y á estas

horas tendríamos á Bolívar prisionero, pues al barrer nosotros á los dos insignes batallones enemigos, habría quedado cortado, sin duda alguna, porque cometió la imprudencia de aventurarse casi solo al romperse los fuegos.

—Claro, indudable, exacto, amigo mío. Ya verá usted como en la primera orden general y en la nota que dirija á España, sabré tributar cumplida justicia á sus grandes méritos y cualidades. Y á propósito de lo que usted dice sobre Pereira,—añadió Latorre, sacando un papel de su bolsillo y encendiendo una pajuela para poder leer—oiga una parte del oficio que recibí ayer tarde de Caracas de su valeroso amigo:

"Después que el tenaz y activo Bermúdez, de la noche á la mañana y con los refuerzos que recibió del general Carlos Soublette, cambió su papel de derrotado por el de vencedor, atacándome en el cerro de Macuto, cerca de Santa Lucía, el día 15 del presente junio, no me quedó otro camino sino el de emprender retirada, dejando en aquel desgraciado campo, como 200 hombres, entre heridos y muertos, y más de 300 fusiles. A pesar de haber tenido las fuerzas colombianas dobles pérdidas á las mías en el reñido combate, vinieron persiguiéndome de cerca por la cuesta de Arenaza, lo que me obligó á venir combatiendo palmo á palmo, hasta llegar á Los Dos Caminos, donde, apoyado por el valiente coronel Cova, logré detener un tanto la persecución y llegar á Caracas, tomando posiciones lo mejor que pude en el cerro del Calvario con los 500 soldados que me quedaban, resuelto á jugar el todo por el todo.

"Bermúdez confiadamente se lanzó con gran ímpetu sobre mí, porque traía 1.200 hombres, cañones y abundantes pertrechos; y por uno de esos fenómenos inexplicables en la guerra, he tenido la suerte de derrotarlo por completo y de hacerle huir hacia Río Chico con sólo 150 soldados, dejando en

mi poder heridos, muertos, prisioneros, artillería y bagajes.

"Estoy, pues, de nuevo en la capital, esperando las órdenes de Vuecencia".

—Así es como proceden y hablan los hombres de pundonor y de vergüenza!—exclamó entusiasmado don Tomás.—¡Qué diferencia entre este héroe y el badulaque de Morales!

—Lo que lamento—respondió Latorre guardando el oficio—es que el bravo Pereira va á quedar encerrado en Caracas y si no podemos mandarle pronto algunos buques á La Guaira, caerá en poder de los vencedores.

—Pues hay que salvarlo á todo trance—dijo García—no podemos abandonarlo después de haberse portado tan bizarramente. Entretanto, mi general, recuéstese Usía un rato para que se reponga, que yo seguiré velando.

Así fué; Latorre se estiró en el banco cuan largo era, poniendo la capotera por almohada y el incansable don Tomás salió á recorrer el campamento, tan listo y ágil como si nada hubiera pasado en las últimas y borrascosas horas, ó como si acabara de abandonar un blando lecho.

Al romper la aurora del siguiente día, el fatigado núcleo realista empezó á trepar la cuesta, logrando llegar á Puerto Cabello sin ninguna novedad.

En la tarde del mismo 25, llegó también Morales á dicha plaza con parte del batallón La Guardia, del general Latorre, y con alguna caballería, habiendo conseguido pasar por Guacara y Vigirima, mientras sus dispersos escuadrones tomaban la vía del Pao.

Tal fué el resultado final de la decisiva batalla que concluyó con la dominación española en Venezuela y vino á complementar y á afirmar al cabo de once años de constante lucha, la viril iniciativa del 19 de Abril y las conquistas del 5 de Julio, para sellar nuestra independencia y libertad y para darnos digno puésto entre las naciones civilizadas del mundo.

Dos faces interesantísimas tuvo la trascendental acción de Carabobo, tanto en el uno como en el otro campo, dos lances supremos que hasta la saciedad dejaron demostrado la identidad en el valor y la homogeneidad en la raza de éstos y de aquéllos combatientes.

Al comenzar el combate un grupo de jinetes y los batallones Bravos de Apure y Legión Británica, con Bolívar y Páez á la cabeza, puede decirse que se batieron en campo raso con los 6.000 veteranos y fueron bastantes para resistirlos en el pasmoso y formidable empuje y para envolverlos y derrotarlos después, en breves minutos. Al terminar la batalla un solo batallón, el perínclito Valencey, con Latorre y García en el centro del histórico cuadro, contuvieron, durante algunas horas, á todo el ejército patriota vencedor; es decir, republicanos y realistas dejaron demostrado evidentemente y con igual tezón, su denuedo, su pujanza y la procedencia de su hérculea estirpe ibérica, de donde ambos arrancaban, sobresaliendo, como brillante matiz, en aquel derroche de valor latino, la pléyade de nobles y generosos sajones que allí derramaron su sangre por la libertad del continente americano.

Las pérdidas del ejército español fueron muy considerables, pues, incorporado Morales, apenas pudo Latorre concertar en Puerto Cabello al rededor de 2.500 hombres, incluyendo los cuerpos de Tello y de Lorenzo, que por el camino de San Felipe, se le unieron el día 26.

Nuestras bajas no fueron numerosas, pero sí harto dolorosas.

No llegaron á 200, entre muertos y heridos; pero entre los primeros cayeron Cedeño y Plaza, los dos jefes del 2º y 3er. cuerpo divisionario, para los cuales decretó el Congreso, justos y merecidos honores; sucumbiendo también Mellado, Meleán, Arráiz, Camejo, Arias y otros valientes más, cuya memoria debe ser de recordación eterna para todos los buenos venezolanos.

XIX

¡Qué alegría tan intensa, qué entusiasmo tan delirante el de los valencianos, cuando cerca ya de la noche, se convencieron de la magnitud del gran triunfo de las armas colombianas, y de que había muerto para siempre la dominación española en Venezuela!

Ellos, que con el alma acongojada, habían sido testigos de los esfuerzos y actividades de Latorre, y habían visto desfilar por sus calles, contándolos y recontándolos, los aguerridos y veteranos cuerpos de infantería, caballería y artillería, con sus respectivas bandas á la cabeza, con sus flamantes uniformes y con sus brillantes armas, ellos que estaban aturrullados y cohibidos de tanto escuchar las roncas y bravatas de aquellos vencedores de Napoleón, que trajo aquí Morillo, precedidos de tanta fama, y que conocían además la improvisada ciudadela, reducto ó fortaleza humana, que había formado Latorre en la sabana de Carabobo para aguardar á los patriotas, pareciéndoles un sueño lo que veían, y sin poder explicarse de pronto el brusco cambio, ni darse cuenta de cómo, en tan pocos minutos, se había derrumbado aquel coloso de cañones, lanzas y bayonetas, se lanzaron en tropel fuera de las casas á recibir y á aclamar á Bolívar y á Páez, como á sus esclarecidos bienhechores.

Y la Zaragoza venezolana, la heroica ciudad que resistió en 1813 el sitio de Boves y de sus salvajes seides, pagando entonces con escarnios, lágrimas y sangre, tanto denuedo y altivez, casi no durmió en aquella memorable noche preparándose para recibir con insólita ovación al ejército que debía hacer su entrada al siguiente día, después de haber segado tan inmarcesibles laureles.

Y en aquel sublime é inesperado despertar de su arrogancia y entusiasmo por los ideales de la

Patria redimida, improvisó arcos, coronas y trofeos para la entrada de los vencedores en la mañana del 25, en que todo fué ruido y animación; y como la nota cómica es inseparable de lo magistral y grandioso, nunca podré olvidar que entre la pléyade de adalides, entre Rondón, Muñoz, Vásquez, Bravo, Sandes, Fárriar, Woodeery, Smith, Aramendi, Arguindegui, Manrique, Uslar, Patria y Piñango, venía también, contoneándose al compás de la música, muy finchado y con un peregrino y churrigueresco uniforme, que le daba aspecto de guacamaya por la variedad de colores, don Mauricio Mora Melo, cuya única hazaña en la máxima victoria fué la de recorrer el campo á última hora, con los asistentes y arrieros, pillando todo lo que pudo en las abandonadas tiendas de campaña de los realistas, desbalijando á los muertos, propios y extraños, prendas, dinero, herrajes de plata, buenas pistolas y hasta muchas de las prendas del raro vestido que ostenba, dentro del cual, por haber sido, sin duda, los difuntos más gordos, aparecía el ilustre varón como un zancudo entre un vistoso plumero, ó como un alfiler encajado en un almohadón bordado en seda y oro......

Solamente permanecí algunas horas en Valencia después de la rumbosa entrada del ejército, porque el Libertador, cuyo objetivo dominante era ocupar á Caracas y aniquilar á Pereira, dispuso en el acto que el coronel Rangel, saliera con tropas suficientes á asediar por tierra á Puerto Cabello, que el activo Heras abriera operaciones sobre San Felipe, que un respetable cuerpo de caballería marchase en dirección del Pao á perseguir á los dispersos jinetes de Morales, y, que el general Santiago Mariño se encargase del mando del ejército.

Dictadas estas disposiciones, acompañado del general Páez y su caballería, de los batallones *Granaderos*, *Vencedor* y *Anzoátegai*, de su Estado Mayor, inclusive el que esto escribe, salió esa misma tarde para la capital, formando parte de la expedición,

el doctor Pedernales y Callejones, que iban en el Estado Mayor del general Páez, y Rufino Peralta y Carrasquel, quienes, con permiso de Mariño, iban á ver sus respectivas familias, de las cuales estaban separados hacía mucho tiempo.

Sin ningún inconveniente, ocupamos la capital el día 29, por haberla abandonado Pereira cuando tuvo noticias de la destrucción del ejército español.

Allí supimos que este esforzado jefe, pretendió internarse en los Llanos; pero que habiendo recibido en el pueblo de El Valle una comunicación de Latorre, llamándolo á Puerto Cabello, había contramarchado hacia La Guaira, tomando por sotavento el camino de la costa: pero que no habiendo podido pasar de Carayaca, por la fragosidad de aquel camino, había vuelto de nuevo hacia La Guaira, en cuyo lugar se encontraba, después de haber despachado para Puerto Cabello una numerosa emigración de familias realistas en 72 buques mercantes de distintas nacionalidades, que encontró á la sazón en dicho puerto.

El júbilo de los caraqueños fué inmenso al ver entrar de nuevo triunfante á su predilecto é ilustre caudillo, el cual, sin pérdida de tiempo envió un comisionado á buscar al general Soublette, que se hallaba en Río Chico, para que viniera á hacerse cargo del gobierno, y otro emisario, el coronel Diego Ibarra, á Pereira, proponiéndole una honrosa capitulación, que éste aceptó previas algunas liberales y generosas concesiones, por virtud de las cuales, cangeadas y aceptadas por Bolívar desde Maiquetía, á donde nos traladamos el día 3 de julio, se verificó la entrega de la plaza de La Guaira, interviniendo en todos los detalles, por parte de Pereira, el coronel Somosa y el comandante Rivero; y por parte de Colombia, el coronel Ibarra y el autor de estos apuntes.

Como en virtud del artículo 3º de las estipulaciones complementarias, á los oficiales y á la tropa (bien fueran españoles ó americanos) se les debía

consultar su voluntad de embarcarse ó de establecerse en el país, así lo hicimos en medio de la mayor cordialidad, y apenas logró Pereira que lo siguieran al muelle 225 hombres, que lo acompañaron á Puerto Cabello, quedando formados en la plaza y en el castillo del Colorado, á las órdenes de la República, 200 hombres del batallón del Rey, más de 300 del 2º de Valencey y 30 húsares, todos los cuales, muy espontáneamente, quisieron alistarse en nuestras filas.

Y tanto el embarco de Pereira con las tropas que le permanecieron fieles, como el cambio de banderas de los que tomaron servicio en el ejército colombiano, se verificó sin odio, sin recriminaciones, sin palabras de rencor, todo en el mayor orden y con la más edificante harmonía. Fué aquella una separación civilizada de hermanos, que demostraba el nuevo aspecto que había tomado la guerra, finalizando como ha debido comenzar: humana, caballeresca, con procedimientos altruistas, con hechos nobles y generosos, puesto que se trataba de la emancipación natural de un continente de la misma raza y que, como conquistado por la nación española, era lógico que tuviera su mismo valor indomable, sus mismos ímpetus levantiscos, y su mismo amor por la independencia.

Verificados estos actos finales de la capitulación, corrí en unión de don Felipe Carrasquel y de Rufino Peralta á la casa de misia Benigna, en donde ésta nos aguardaba en la puerta con la mayor ansiedad, acompañada de Estefanía y de doña Brígida. Pasados los primeros trasportes de emoción y de alegría nos dirigimos á Las Bóvedas, tocándome por segunda vez en mi accidentada vida, la inmensa satisfacción de ordenar que sus puertas se abrieran de par en par, para dar libertad á los presos patriotas, entre los cuales salieron de los primeros, delirantes de júbilo, don Manuel Antonio Alvarez y el padre Alegría, á quienes abrazamos por turno.

El pobre preceptor, aquella víctima propiciatoria de los furores de la tiranía, aquel perpetuo habi-

tante de las sombrías Bóvedas, tenía todavía remachados su par de grillos, como todos los demás presos, porque á ninguno de los empleados y guardianes de la prisión, que acababan de embarcarse con Pereira, se les había ocurrido mandar á quitarles los oprobiosos hierros, por lo cual tuve que mandar á buscar á la carrera un herrero para que viniera á ejecutarlo. Recuerdo mucho que el sabio maestro, á pesar de su excelente corazón, cuando el operario le martillaba los grillos para quitarle los remaches, me preguntó:

—¿Y en dónde está Ceruto, qué hacemos con ese *grandísimo* perverso y verdugo de los desgraciados.

—Ceruto,—le contesté sonriendo—cobijado con el manto de magnanimidad de la República, se ha embarcado libremente para Puerto Cabello.

—¿Qué vamos á hacer?—exclamó filosóficamente don Manuel.—Bendigamos tanta filantropía, celebremos tan enorme atrocidad, ya que no me es dado decir como el feroz Vitelio, al recorrer el campo de batalla de Bedriacum y en presencia del fétido cadáver de Othon: *Siempre huele bien el cuerpo del enemigo muerto......*

—Sí, mi amigo don Manuel—observó el padre Alegría—esa es la gran doctrina del Cristo, adoptada por el liberalismo verdadero, el perdón y la magnanimidad como sistema: cuando se recibe una bofetada se pone la otra mejilla para que el agresor repita......

—Pues eso no lo haré yo aunque lo mande el Papa ni el mismo Jesucrito,—dijo riendo el coronel Diego Ibarra, que se hallaba allí junto con nosotros—al que me dé un pescozón le doy un machetazo; y estamos en paz......

Después de este pequeño diálogo, condujimos triunfalmente á nuestros amigos á la casa, empezándose desde aquella hora á hacer los preparativos para regresar á Caracas al día siguiente.

Como don Manuel y don Felipe, de bracero con sus respectivas costillas, y el padre Alegría, al lado de su robusta ama de llaves, tomaron la dirección del comedor y Rufino se había quedado en la puerta de la calle, hablando con el dueño de un falucho que debía llevarlo á Trinidad, quedamos Estefanía y yo solos en la sala. Después que conversamos largamente sobre la situación, ella, sin ambajes y con la franqueza que la caracterizaba, me dijo:

—Por todo lo que me cuentas veo que tú no tienes el puésto que debías tener por tus largos y brillantes servicios, ni lo conseguirás nunca por tu manera de ser, leal, modesta y desinteresada. Has luchado en cien combates por la libertad é independencia de la Patria, sin más ambición que la de conseguir esos dos grandes beneficios. Ha concluido la guerra en nuestro país y has tenido la suerte de quedar con vida. No te importe lo demás, amado Luis, date por satisfecho y retírate con dignidad. Has como yo, que te oí, te complací y te obedecí. Sepárate del servicio, pues presumo que vas á presenciar cosas muy desagradables. Te lo suplico en nombre de la malograda Carmen, en nombre de aquella mártir que yo vengué, y en nombre de nuestro amor, que es muy puro, muy noble y muy grande.

Aquellas palabras de Estefanía me llegaron á lo profundo del alma, porque desde hacía algún tiempo estaba yo poseído de idénticas pesimistas ideas, por lo cual le contesté sin titubear:

—Parece que hubieras adivinado mi pensamiento, adorada mía; de manera que no hago ningún sacrificio al asegurarte, como te aseguro, que al llegar á la capital te complaceré pidiendo mi absoluto retiro. La preponderancia que se ha dado últimamente á ciertos elementos, va á ser causa de muchas dificultades y sinsabores en lo porvenir. Los llaneros están muy ensimismados y engreídos con su ídolo el general Páez, y voy creyendo que Rufino Peralta tiene mucha razón, cuando asegura, que lo que vamos á conseguir es un simple cambio de amos, y

que la tiranía del exterior será reemplazada por una tiranía del interior, por una oligarquía criolla, más repugnante é inaceptable que la misma que hemos derrocado.

—En nombrando el rey de Roma, pronto asoma —exclamó Estefanía, sin responder á Luis y dirigiéndose á Rufino, que acababa de entrar á la sala.

—¿Y á qué debo la honra de que dos amantes separados desde tanto tiempo, traten de mí al reunirse de nuevo, posponiéndome á sus recuerdos y frases de desbordante alegría?

—Al interés palpitante de la política—contestéle—en homenaje á esa deidad soberana que muchas veces está por sobre el amor. Aquí decía yo que, por lo que voy viendo y por el rumbo que están tomando las cosas, vas á salirte con las tuyas en materia de desconfianzas, relacionadas con nuestra futura suerte.

—¿Y qué es lo que vas viendo?—preguntó Peralta, lleno de curiosidad.—Háblame con franqueza y revélame tus temores para ver si estamos de acuerdo.

—Lo que voy observando—respondíle francamente y abordando de lleno la espinosa cuestión—es una preponderancia regional en empolladura, el predominio de una parte de la nación sobre toda ella, el auge y la privanza del general Páez, sobre todos los demás jefes y servidores de la independencia en Venezuela, la dominación llanera que nos anonadó con Boves durante la guerra brava, y ahora nos amenaza con Páez, después del triunfo. No creas que digo esto á humo de paja, ni son temores insustanciales por desgracia, es que he oído últimamente de boca del mismo Libertador, ciertas palabras que me hacen sospechar sus intenciones de organizar militarmente el país, colocando á Páez en primera escala.

—Cuánto me alegro que al fin hayas abierto los ojos—interrumpió Rufino, acercando una silla y sentándose al lado de nosotros—nada de lo que sospechas me sorprende, porque hace tiempo vengo estu-

diando el mal rumbo de los acontecimientos y la perniciosa organización de la naciente República. Vamos á plantar el precioso árbol de la Libertad con las heces de la Colonia y á regarlo con los esprimos de la tiranía y del absolutismo; en una palabra, vamos á entronizar la dinastía de la lanza ó sea el imperio de la fuerza bruta.

Esto obedece á un plan, no creas que es improvisado. Hace luengos días que se viene archivando á todos los hombres de gran valer y de viejos antecedentes para reemplazarlos ó con figuras nuevas ó con maniquíes fáciles para manejarlos. Y si acaso lo dudas yo te pregunto ¿por qué en la organización hecha antes de la batalla de Carabobo, á tí y á mí, nos dejaron sin ningún cargo de importancia, casi de *patiquines*; y sobre todo, por qué se hizo caso omiso de Mariño y de Urdaneta, de Salom, y de tantos otros jefes importantes que han quedado en la penumbra?

—Por una razón muy sencilla—le respondí—porque tú y yo somos insospechables y porque se cree que de nosotros se puede disponer á toda hora, de una y de otra manera. Se nos tiene por carne de cañón y nada más. En cuanto á los jefes importantes, la cosa es diferente, se ha prescindido de unos, porque se les teme, y de otros, para que no brillen ni se eleven más de lo necesario. Recorte de prestigios, nivelación de aptitudes, equilibrio de competencias y espadoneo de prematuras ambiciones....

—Pero eso es mezquino, triste y desconsolador—dijo Estefanía sin poderse contener—con esas repugnantes primicias de organización no puede fundarse nada bueno y estable, siendo hasta preferible que no hubiéramos triunfado. Eso no puede ser; oigan ustedes, señores—añadió la heroína poniéndose de pies y lanzando de sus hermosos ojos miradas que parecían relámpagos—á los males se les pone remedio á tiempo. Háblenle con franqueza y sin ningún miedo al Libertador, díganle la verdad en su cara, muéstrenle el peligro, sean rudamente francos con él en sus apreciaciones, porque ustedes tienen mejores dere-

chos que todo el mundo, por sus antecedentes, para hablar claro. ¿ Si hemos luchado tánto por esta gran Causa, si por ella hemos sacrificado todo, familia, fortuna y juventud, cómo vamos á perder tantos esfuerzos y á esterilizar tantos martirios para fracasar al nacer, y venir ahora á levantar un edificio tembleque, de peores condiciones que el que acabamos de echar abajo ? No, no, eso no puede ser, pídanle una audiencia al jefe y manifiéstenle estos temores sin rodeos. Usted, Rufino, que tiene tanto talento y sabe hablar tan bien, lleve la palabra y convénzalo.

—Es verdad—exclamé yo convencido de la oportunidad del paso aconsejado—Estefanía tiene razón, Rufino, debemos hablar con el general Bolívar, lo más pronto posible.

—Tú sabes que yo pienso irme mañana—obserservó Peralta, algo dudoso—comprendo como tú y como Estefanía la necesidad de poner nuestro contingente para evitar un náufragio ; pero dudo del éxito y me urge ir á ver la familia y trasladarme con ella á Cumaná.

—Pospóngalo todo, como de costumbre, á la salud de la Patria—dijo Estefanía, con calor—Aplace usted el viaje, Rufino, con tanta más razón cuanto que Cumaná no está libre aún. Es ahora cuando puede ser oportuna esa conferencia.

—Está bien—contestó convencido el denodado bachiller—complaceré á ustedes sin más discusión y quedo por completo á las órdenes de Luis, suplicándole que cuanto antes pida la audiencia. En vísperas de pedir mi retiro del ejército, no quiero negarle este último servicio á mi Patria.

—Pues, entonces, no hay qué perder tiempo—dije yo—traslademonos á Maiquetía ahora mismo. Estefanía y don Felipe se encargarán de arreglar el regreso á la capital—y dirigiéndome á la primera, le pregunté—¿ cómo estás de fondos ? ¿ necesitas dinero ?

—Estoy más que sobransera, casi rica—me contestó sonriendo—imagínate que en lugar de gastar

la suma que me sobró después de tu evasión, la he aumentado con las ganancias de nuestro lucrativo negocio.'

—Qué excelsitud de mujer, Rufino!—exclamé, abrazándola—maneja las finanzas tan bien como las armas; y ya has oído, que no es muy lerda en achaques de política.... Es algo parecida á tu sin igual Teresa!

—Lo cual me honra mucho—respondió ella—porque fué mi mejor amiga, la más noble y la más digna de las mujeres; si ella estuviera presente, estoy cierta, mi amigo Rufino, que le diría á usted lo mismo que acabo de decir á Luis, y que se uniría á mí para decir á ambos: "afronten la situación, den la batalla cívica de la buena organización, luchen para conseguirla; y si no la obtienen como debe ser, apártense, pidan su retiro y vuelvan á sus hogares, en donde se les aguarda con los brazos abiertos."

—Bravo, *bravísimo!*—gritó don Manuel Antonio, que había llegado con Carrasquel y las dos matronas, quedándose todos, por prudencia, en la puerta de la sala, mientras que la heroína platicaba con los adalides vencedores—aunque no estoy bien enterado del punto de que se trata, aplaudo ese lenguaje digno y enérgico porque es parecido al que expresaban las mujeres célebres de la Biblia y las antiguas espartanas.

Y luego que Luis y Rufino le explicaron en breves palabras de lo que se trataba y del peligro que se corría, añadió:

—¿Con que pretende surgir un prematuro Antonio sin que haya desaparecido nuestro *eminentísimo* César? Eso no puede ser, hay que oponerse á ello; sobre todo, con el ejemplo que nos está dando nuestra Juana de Arco, en no querer entrar á Reims, es decir, al gobierno de la República, sino con la bandera legítima y los ideales puros que se proclamaron en el génesis de nuestra Independencia!

XX

En la noche del mismo día 4 de julio en que se firmó la capitulación de Pereira, con los detalles conocidos, el Libertador regresó apresuradamente de Maiquetía para Caracas, donde le interesaba estar el día 5, tanto para celebrar el fausto aniversario, como para entenderse con Soublette en todo lo relacionado con la organización del gobierno de Venezuela, y tal cúmulo de ocupaciones tuvo en aquella semana, que á Rufino y á mí nos pareció importuno mezclar nuestra conferencia con tantos asuntos de preferente urgencia y resolvimos aplazarla hasta la tarde del día 11, víspera de su partida para Valencia. Nos recibió en el escritorio de su casa de San Jacinto, y tuvo la perspicacia de despedir á su Secretario, comprendiendo sin duda que íbamos á tratarle asuntos íntimos y de alguna gravedad.

Aquel hombre era tan sobrenatural y extraordinario, que parecía hasta brujo ó adivino.....

—Ya ven ustedes, señores y amigos míos,—nos dijo muy afablemente, mostrándonos dos butacones que habían al lado de su mesa—he querido recibirlos solos porque sospecho, por la forma usada por Reyes para pedirme la audiencia, que se trata, sin duda, de decirme algo de importancia. Siéntense, que estoy á sus órdenes, y les escucharé con agrado.

—En primer lugar—dije yo abordando de lleno la cuestión—no venimos á hablar con el Libertador ni con el Presidente de Colombia, ni con el vencedor en Carabobo, venimos á exponer francamente lo que pensamos ante el amigo, ante el camarada de los campamentos, ante el correligionario en ideas y antiguo compañero de Causa......

—Muy bien hecho, señores—me interrumpió sonriendo—tienen ustedes perfecto derecho á eso por sus antecedentes—y encarándose conmigo, porque acaso creyó por el exordio, que yo estaba quejoso

ó inconforme, añadió :—Ninguno tiene mejores títulos que usted, general Reyes, para observarme, aconsejarme y pedirme cuanto desee, en razón de venir acompañándome con una constancia y lealtad incomparables, desde la intentona frustrada de la Misericordia, hasta la decisiva batalla de Carabobo, siempre á mi lado, siempre activo, valeroso y dispuesto á todos los sacrificios y á todas las heroicidades. Probablemente se imagina usted que por no haber podido darle, hasta ahora, la encumbrada posición que sus servicios merecen, los he olvidado ó visto con indiferencia. Me apresuro á anunciarle que no es así, y que lo tengo en mi cartera para un mando en Jefe de importancia en la nueva campaña que, por no haber concluido nuestra misión salvadora, vamos á emprender hacia el sur de Colombia y para donde partiremos sin demora luego que deje organizada á Venezuela, contra toda contingencia exterior é interior. Créame usted, amigo Reyes, aunque no puedo compararme con Dios, tengo, sin embargo, su misma fórmula : tardo, pero no olvido....

—Permítame observar á Su Excelencia, — me apresuré á contestar,—que no se trata en manera alguna de mi personalidad, sino de los intereses generales de la Causa republicana, de la pureza del dogma, de la efectividad de los principios por los cuales hemos combatido tánto, y del auge y estabilidad de la nueva República que vamos á implantar. Para tal empresa cedo la palabra á mi amigo Rufino Peralta, que es más competente que yo. Oígalo usted con benevolencia, mi general, y respecto á mí, aprovecho la ocasión para decirle que no estoy resuelto á continuar la campaña, porque tengo compromiso formal de matrimonio con cierta persona que usted conoció mucho en 1813, bajo el nombre de guerra de Víctor Rómber, con la denodada y virtuosa señorita Estefanía Garguera. Por tal razón, me limito á pedirle como única recompensa, mi retiro del servicio. Con esto, con la conservación de su eterna amistad y con la devolución de nuestros

bienes, que reclamaremos en virtud del decreto de ayer, seremos, ella y yo, los seres más felices de la tierra y los admiradores más entusiastas, en todo tiempo, de las glorias de Simón Bolívar.

Comprendí que aquellas palabras, pronunciadas con sinceridad, le llegaron muy á lo profundo al ilustre general, pues con los ojos casi humedecidos por la emoción y parpadeando nerviosamente, me contestó:

—Es un hecho doloroso é incuestionable que los hombres á quienes se nos llama grandes y célebres, tenemos horas amargas de mucha contrariedad. ¿Si los buenos y leales amigos me abandonan, con quiénes quedaré? Con los tránsfugas, con los maulas y con los interesados, sin duda alguna....

Harto mortificante es lo que usted me pide Reyes, y aunque me siento hasta humillado por tanta abnegación y nobleza, tengo que inclinarme ante su justo despecho y complacerlo en su demanda; pero eso sí, asegurándole de la manera más absoluta que mi plan era darle una situación encumbrada en los países hermanos que me propongo libertar en breve, pues pienso llevar las armas vencedoras de Colombia hasta Chile, la Argentina y Cuba.

—Lo creo, mi general,—le contesté asombrado de la tenacidad invencible de aquel hombre sin ejemplo—no dudo, ni por un instante, que usted pueda llevar á cabo su nueva y magna empresa de libertar todo el Continente Sur-americano; mejor dicho, lo doy por realizado desde ahora; pero yo me quedo en Venezuela, no saldré más del caro terruño, á donde están circunscritas mis aspiraciones; y, como mi buen amigo Rufino Peralta piensa lo mismo, como nuestro único interés se limita á la buena marcha y prosperidad de este país, le he pedido permiso para que él, en nombre suyo y mío, le haga algunas observaciones.

—En ello no hay dificultad alguna—me respondió,—que me las haga cuanto antes, que me hable con ingenuidad y franqueza, pues, tengo ham-

bre de oír la verdad de labios que no estén contaminados de la envidia, de la doblez y de la ambición.

Animado por su buena voluntad, Rufino le dijo lo siguiente:

—Estoy en el mismo caso de mi amigo Luis Reyes. Fuí luchador cívico en los comienzos de la gran cruzada y luchador militar en los últimos años; pero mi visual no se extiende fuera de los límites de la amada Patria. Redimida ésta, me quedo en ella, contando con vuestro permiso, porque mi familia y mis intereses me reclaman.

Oídme, pues, señor general, con benevolencia y atención.

Ya que habéis tenido la singular fortuna de vencer todos los inconvenientes para concluir con el poder español en Venezuela y no satisfecho aún de tantos ruidosos éxitos, aspiráis á desplegar vuestras alas de victorioso cóndor, por la vasta región sur-americana, dejad á vuestro amado país organizado debidamente, en consonancia con los ideales de la República práctica y efectiva. Ya que no podéis dejar establecido un gobierno autónomo, aquel gobierno que con tanto acierto establecieron los sabios legisladores de 1811, dejadla, por lo menos, constituida civilmente en el seno de la organización central, dispuesta en mala hora por los congresos de Angostura y Cúcuta, porque si al odioso *centralismo* se va á añadir el imponente *militarismo*, poco ó nada habremos ganado, porque sobrevendrá, sin duda, un despotismo patrio, una oligarquía venezolana, tan repugnante y perniciosa como el mismo sistema monárquico que acabamos de echar por tierra. ¡Predominará la fuerza bruta y se impondrá el personalismo por sobre las leyes escritas!

—¿Pero á qué se debe esa erupción de pesimismo? —preguntó Bolívar con marcada extrañeza.—¿Qué causa puede haber producido tan hondo desencanto en el espíritu de ustedes, qué ha pasado para tan serios temores?

—No ha pasado nada todavía,—contestó Peralta con premura,—pero se sospecha que puedan ocurrir cosas raras y desagradables. En Caracas se dice, generalmente, (sobre todo en el círculo de mantuanos, que aspira á privar en las altas esferas) que al partir Vuecencia para allende Los Andes, quedará encargado del gobierno de Venezuela el general José Antonio Páez, y como la mencionada camarilla se ha hecho cargo del adalid de las pampas, lo rodea día y noche, le dá banquetes, bailes y toros para adularle, atraerle, marearle y dominarle, al ausentaros vos, esa nefasta camarilla capitaluna, que fué la misma que perdió á Miranda, la misma que en 1813 quiso, inútilmente, medrar á vuestro lado, esos hombres acomodaticios de todos los tiempos, serán los que empuñarán las riendas del gobierno, pretendiendo manejar á Páez como á un fantoche ó maniquí. Tal es el motivo del alarma reinante entre los buenos patriotas, quienes no rechazamos en manera alguna al bravo Páez, pero sí nos asustamos de la preponderancia que adquirirá el desacreditado circulito que gira á su alrededor. Encargando á Mariño, á Urdaneta ó á cualquier otro ciudadano que ellos apoyaran y sostuvieran junto con el mismo general Páez, desaparecería todo peligro y eso no sólo sería más conveniente para la nación, sino para Vuecencia principalmente, porque casi todos los hombres que forman la tal camarilla, son vuestros enemigos solapados......

El Libertador quedóse contemplando por algunos instantes á su interlocutor, sin pronunciar una sola palabra y como sosteniendo una lucha interior ó un choque de ideas contrapuestas ó similares. Varias veces se oprimió el labio inferior con el índice y el pulgar de la mano izquierda, según su costumbre en casos meditativos, hasta que al fin, en actitud de haber tomado una definitiva resolución dijo:

—Comprendo la exactitud de sus razonamientos y la triste verdad que ellos encierran, mi amigo y

coronel Peralta; pero tengo que someterme á la imperiosa fuerza de las circunstancias por las cuales estamos atravesando. Casualmente—añadió dirigiéndose á mí también—tengo una carta escrita para el doctor Pedro Gual, en donde poco más ó menos le digo á ese buen amigo, que abriga los mismos temores de ustedes, con respecto á la organización administrativa, que en este rudo momento de mi vida pública no soy dueño de mis acciones, porque tengo que subordinarlas á las conveniencias de los que me han ayudado á libertar la Patria, más que á las conveniencias, á las impertinencias, á las ambiciones y hasta á las imposiciones. "No pueden ustedes formarse una idea exacta, á pesar de haber venido á mi lado, del espíritu dominante que anima á nuestros militares, especialmente á los llaneros. Estos no son ya los que ustedes conocieron en las sabanas, de garrací, cotizas y sombrero de anchas alas con barboquejo; después del triunfo se creen más beneméritos y más eminentes que todos nosotros y se dan por humillados, por despreciados y por miserables, porque no han podido coger todavía el fruto de las *adquisiciones de su lanza.* Son llaneros determinados, resueltos á todo, ignorantes y presuntuosos, que nunca se creen iguales á los otros hombres, que saben más ó parecen mejor. Yo mismo, que siempre he estado á su cabeza, no sé aún de lo que son capaces, sobre todo, hallándose á las órdenes de su ídolo, el incomparable Páez, más valeroso que Murat. Los he tratado siempre con una consideración suma, y ni aún esa misma consideración es bastante para inspirarles la confianza y la franqueza que deben reinar entre camaradas y conciudadanos. Persuádanse ustedes, amigos, estamos sobre un abismo, ó más bien sobre un volcán, pronto á hacer explosión. *Yo temo más la paz que la guerra* y con esto doy á ustedes la idea de todo lo que no digo ni puede decirse."

A pesar de todo esto, señores, no puedo por ningún caso prescindir de Páez ni de sus llaneros, por-

que sería una injusticia y una ingratitud hacerlo, desde luego que á ellos debo la victoria casi en primer término y ellos son los árbitros de la guerra y los que pueden turbar ó asegurar la paz del interior que tanto necesito ahora, por lo mismo que voy á ausentarme para emprender la colosal campaña que medito. Todo cuanto me ha insinuado Peralta es cierto, es indiscutible; mas para no dejar á Páez en primera escala en Venezuela, tendría que hacer una de dos cosas; ó llevarlo conmigo hacia el Sur, en lo cual no conviene, pues se lo he propuesto varias veces, ó fusilarlo como á Piar, como insubordinado, y á este último extremo no iré nunca, porque para cargos y responsabilidades ante la posteridad y ante la historia, tengo bastante con el primero y doloroso ejemplar.

—¿Y por qué no encarga Vuecencia del mando al general Mariño?—contestó Peralta resueltamente, —sus antecedentes y servicios están por sobre los de todos los demás generales patriotas; su antigüedad, su carácter, su competencia, sus aptitudes para el mando y su indiscutible superioridad, lo destacan por sobre la brillante pléyade de vuestros subalternos. Recordad que tiene altas dotes como gobernante y que su administración en las regiones orientales fué ejemplar, como tampoco debéis olvidar que si en los comienzos de la guerra tuvo aspiraciones exageradas ó prematuras, después las desechó por completo, subordinándose sin reservas á vuestros mandatos y acompañándoos á todas partes sin vacilaciones. Pensad mucho, señor general, en el hombre que váis á dejar en el primer puésto militar de Venezuela, porque ese habrá de ser, sin duda, el árbitro de nuestros destinos futuros, desde luego que os habéis elevado tanto, que ya no solamente sois el caudillo de Colombia, sino que mañana lo seréis de Sur-américa. Mariño es un gobernante probado ya y bajo su régimen se establecería la forma republicana genuina y verdadera, la igualdad no sería un mito, la libertad y el orden se impondrían y el gobier-

no sería de todos y para todos, porque se rodearía del elemento puro que alentó y formó la revolución emancipadora, del elemento joven, que está nutrido en las nuevas y democráticas ideas, por las cuales hemos combatido y vencido; mientras que si Vuecencia se ausenta dejando en el primer puésto al general Páez, correremos el inmenso peligro de que esa camarilla semi-monárquica absolutista, dominante y autócrata, se adueñe del poder á su sombra, y ello traiga por consecuencia la división, en dos bandos, de la familia venezolana, la reacción en contra de vuestros actos y en contra de vuestra autoridad lejana, y, el principio de una nueva y sangrienta lucha. La mayoría del país, que ha derramado su sangre por ser libre, soberana y autónoma, no convendrá seguramente, en que se establezca un sistema conservador de las mismas prácticas, abusos, predominios é imposiciones que quiso derrocar, y esos hombres funestos que quieren, como lo han querido siempre, cambiar al Rey por el Dictador y al *realismo* por el *personalismo*, se apoderarán por medio de sus habilidades y manejos del ánimo y de la voluntad del egregio Páez, y lo llevarán, á no dudarlo, por torcidos rumbos, desaparecerá la hermosa creación de Colombia, que ya trae en la sangre el germen mortífero de ser *central* y no *federal*, se reaccionará descaradamente en contra de vuestro nombre y de vuestras glorias y se hará preciso, y hasta se hará una imposición de dignidad y de honra, seguir combatiendo en contra de esos herederos de la Colonia, en contra de esos farsantes de la República, en contra de esos nuevos opresores criollos, hasta dejar triunfantes los principios sacrosantos de la Libertad, Igualdad y Fraternidad, el credo sublime de los *Derechos del hombre*, que inscribimos en nuestras banderas al comenzar la lucha emancipadora y que hoy, después del triunfo, vendrán á ser bastardeados y burlados por manos sacrílegas y usurpadoras. Todos estos peligros, respetado señor general, quedarán evitados con una sola medida lógica y justiciera, con la de-

terminación salvadora de dejar encargado del primer puésto á vuestro mejor y más subordinado amigo, al Segundo Jefe del ejército vencedor colombiano, al prestigioso caudillo oriental, el cual, como sabéis, tiene también á sus órdenes llaneros tan valerosos y tan audaces como los de Páez, los cuales han combatido más de una vez á vuestras órdenes, han decidido con sus lanzas muchas victorias y son disciplinados y modestos.

Volvió el general Bolívar asombrado de aquel extraño lenguaje del rudo y atrevido *Robespierre*, á meditar como primero y á sostener un segundo pugilato interior de contrapuestas ideas, sin duda estuvo á punto de ceder ante la impetuosa corriente de las afirmaciones evidentes de Peralta; pero como tanto los hombres vulgares como los superiores, tanto los seres ordinarios como los extraordinarios, tienen sus pasiones y sus pequeñeces, acaso junto con los grandes méritos y cualidades, que con tanto entusiasmo había sacado Rufino á relucir con referencia á Mariño, recordó también Bolívar, las antiguas ínfulas que se daba el llamado Libertador del Oriente, los desagradables acontecimientos de Carúpano y Cariaco y divagando mentalmente entre los peligros que se le asomaban y las conveniencias del plan que maduraba, dijo:

—No puedo menos que reconocer la sesuda intención, el fervoroso anhelo del talentoso y antiguo orador revolucionario de los clubs caraqueños, aplaudo su celo por los radicales principios; mas como las necesidades políticas se imponen con frecuencia á los dictados del corazón, convencido de que Peralta está en lo cierto, me veo forzado á no complacerlo del todo, limitándome á ofrecer, muy en reserva, por supuesto, á mis dos buenos amigos, que meditaré con calma el árduo asunto de que hemos tratado, á fin de buscar una fórmula que contente á todos, sin oponerse á los extensos planes que medito, cuya ejecución es punto de amor propio y me obliga

en parte á sacrificar inclinaciones gratas y personales simpatías. A mi regreso de Valencia quedará resuelta la forma de organización, pues necesito conferenciar antes con Mariño. Ya verán ustedes que no echaré en saco roto sus oportunas observaciones.

—Ojalá sea cierto, mi general—respondió Rufino con aire desconfiado—quiera Dios que mis indicaciones influyan en vuestro ánimo, y por última vez os lo repito: la República de Colombia es un ideal hermoso; pero irrealizable, con la organización central que se le ha dado. Como Confederación Americana podría perdurar, teniendo cada país sus Estados libres, autónomos é independientes; pero como Entidad central, en medio del militarismo y de la odiosa camarilla, que se agita en Venezuela, al lado de Páez, y en la Nueva Granada, al lado de Santander, con esas dos ambiciones máximas, realizaréis vuestra gran obra, porque tenéis estatura de gigante; pero á juzgar por lo que está pasando aquí, que será parecido á lo que ocurre allá, un círculo absorbente, la empolladura de un partido conservador del absolutismo, que comienza á formarse, echará por tierra todo, y, sobrevendrá la reacción inmediata en cuanto os alejéis de Venezuela.

Estas pesimistas frases de Rufino pusieron fin á la conferencia y nos despedimos del Libertador (que empezaba á ponerse nervioso por sus ademanes), deseándole buen viaje y pronto regreso á la capital.

Al siguiente día se marchó, estuvo muy poco tiempo en Valencia y regresó á la capital el 22 del referido mes. Fué entonces cuando dictó el inesperado decreto por el cual quedó Venezuela organizada provisionalmente en *tres circunscripciones militares*, así: Caracas, Carabobo, Barquisimeto, Barinas y Apure, á cargo de Páez; Coro, Mérida y Trujillo á cargo de Mariño, y Barcelona, Cumaná, Guayana y Margarita, á las órdenes de Bermúdez.

Cuando comuiqué á Rufino esta noticia, sonriendo despechadamente y con amargo acento, me dijo:

—El Libertador con esa débil componenda ha pretendido complacernos y contentar á todos, pero ese remedio será peor que la enfermedad. Páez, recortado en su aspiraciones de ser Jefe *único*, quedará desagradado; aunque no lo diga, Mariño, al verse colocado tan fuera de su radio y tan postizamente, comprenderá que se se trata de anularlo; y Bermúdez, con su carácter levantisco, por la menor imposición que pretenda hacerle el Jefe del Centro (que se la hará, sin duda), romperá lanzas y se sacudirá como él sabe hacerlo; resumen: que quedamos al borde de un abismo de pasiones y ambiciones, que se impondrá Páez por sobre todos, que sobrevendrá la reacción en contra del mismo Bolívar, soplado por la camarilla dominante y absolutista que rodea al primero, que detrás de la reacción sobrevendrá la anarquía, la división de los venezolanos en dos bandos ó partidos que se disputarán el poder en lo porvenir á mano armada, porque la mayoría no consentirá en verse burlada y engañada en sus nobles aspiraciones. Desde ahora te digo, que hemos perdido nuestros esfuerzos de tantos años y que si queremos ser libres, tenemos que empezar de nuevo.

—Es bien triste y desconsolador ese pronóstico, querido Rufino.....

—Pero es la verdad, hemos vencido al *realismo*, pero tenemos de frente al *militarismo* y al *personalismo*, apoyados por una oligarquía compuesta de la hez de la Colonia y de la flor y nata del mantuanismo criollo. Te lo repito, Luis, la brega no ha terminado ni terminará, hasta que no se implanten los principios liberales consignados en el programa de la Revolución emancipadora y por ellos seguiré luchando con mayor tesón, si cabe, contra todos los tiranos y usurpadores, que se atraviesen en la senda de su definitivo triunfo.

—Eres el mismo de 1810—le respondí abrazándolo.—Carácter extraordinario, gigante del dogma puro de la República, atleta de la Libertad, yo te aplaudo, te admiro y te ofrezco mi cooperación decidida en contra de esa empolladura de farsantes, que se proponen convertir la excelsa victoria de la Independencia en exclusivo patrimonio de unos pocos privilegiados, que quieren hacer su herencia de los sacrificios, de la sangre, de las heroicidades y de los episodios grandiosos, consumados en estos once años de formidable contienda. Insigne *Robespierre* cumanés, cuenta conmigo. ¡Me alisto desde ahora en tu popular bandera!

XXI

Después de lo narrado en los últimos capítulos y de mi resolución irrevocable, por las causas conocidas, de colgar en un rincón la espada del guerrero, que por más de una década de correrías y de combates llevara á la cintura, era lógico echar también á un lado los bártulos del cronista y no escribir una línea más en estas desaliñadas memorias íntimas, tan relacionadas desde su comienzo, con los más interesantes episodios de nuestra emancipación nacional; pero como es posible que andando el tiempo puedan éllas pasar á otras manos y hasta merecer los honores de la publicación, he pensado que sería incorrecto su brusco abandono y que hasta pudieran dar margen en lo porvenir para justas censuras y agrias críticas, de parte de los entendidos en el ramo, por el hecho de haber dejado en el tintero indispensables explicaciones, tanto relacionadas con el autor, como con muchos de los personajes que han tenido cabida en sus variadas y voluminosas páginas.

Por tan cabezuda consideración, tengo por fuerza que continuar este ímprobo trabajo, el cual en fin

de fines, habrá de ser lo único estable y la ganancia positiva que habrá de quedarme, al cabo de tantos afanes por adquirir renombre y gloria.

Hago constar como una satisfacción muy íntima para mi conciencia, que en manera alguna me mortifican ó escuecen los ruidosos éxitos y las exageradas recompensas obtenidos por unos y alcanzadas por otros de mis compañeros, ni me intranquiliza la ambición, ni me corroe la envidia, porque desde el apacible refugio y desde la lejanía de los asuntos públicos, me siento tan feliz y orgulloso, como los encumbrados y favorecidos por la suerte, y creo, sin la menor jactancia, que mi nombre no podrá ser nunca olvidado, ni mis hechos obscurecidos, por más que el desdén y la volubilidad sean achaques muy antiguos y conocidos en el género humano, especialmente en esta zona tropical que baña el mar Caribe y que refrescan las brisas de los empinados Andes.

En las postrimerías del año de 1821 y en las primicias del 1822, ocurrieron cuatro acontecimientos notables de que hablaré por su orden.

1º La *jura* de la nueva constitución absorbente y unitaria, voluminosa é impracticable, sancionada en el Rosario de Cúcuta; que se promulgó por bando y se festejó en Caracas con toros coleados, fuegos artificiales y canciones en la plaza de la Catedral.

2º La elección de Presidente de la República de Colombia, recaída en la persona del Libertador Simón Bolívar, y la del general Francisco de Paula Santander, para el cargo de Vicepresidente. Tales elecciones merecieron también los honores rutinarios de la celebración con corrida de toros, cohetes, bombas y las invariables canciones al aire libre, en un gran tablado que el maestro decano José Luis Berroterán (apoyado en un nudoso garrote, por estar ya muy viejo y enclenque, á causa de la reuma de los años) había hecho levantar y adornar por cuenta de la Municipalidad.

3º La designación del general Carlos Soublette (hecha por el Ejecutivo de Bogotá, presidido por

Santander) para el cargo de Intendente y Director civil y militar del departamento de Venezuela y de los departamentos anexos de Orinoco y Zulia.

Este acertado nombramiento, esta especie de improvisada dictadura regional, tenía su razón de ser y se explicaba fácilmente por causa del mal caríz que tomaron los sucesos bélicos y de la multitud de disparates y bisoñadas que se cometieron bajo el régimen incongruente y desacertado de los *tres distritos militares*, que obraban cada cual por su cuenta, sin consulta ni acuerdo para las operaciones y hasta cometiendo la insensatez de alegrarse, por mal entendidas rivalidades, del fracaso de los respectivos vecinos, cuando era lo discreto y natural, que hubieran combinado sus planes para ayudarse en lugar de hoslizarse.

Estas fluctuaciones y torpezas ocasionaron muchos males, durante el referido semestre, y de ellas supieron sacar ventajoso partido un hombre indomable y un pueblo rebelde á las nuevas ideas, por lo cual con asombro general, la culebra ibérica, cuya cabeza había sido tan duramente machacada en Carabobo, empezó de pronto á menear la cola con extrañas pretensiones de resucitar.

Aquel hombre tenaz ó cíclope de las armas, fué Latorre, y aquel pueblo recalcitrante, fué Coro.

El primero, con idénticas perseverancia y fe á las de su compatriota y camarada, Juan Martín el Empecinado, en la guerra contra Napoleón, no había querido dar su brazo á torcer y cuando todos se inclinaron ante la suprema victoria, él desde el castillo de Puerto Cabello, alentaba, dirigía y ayudaba con sus buques, sublevaciones realistas en muchas provincias.

La segunda, ó sea la refractaria Coro, llamada muy acertadamente, la *Libia* de la América del Sur, lejos de anonadarse y aceptar el hecho consumado de la batalla de Carabobo, se plagó de guerrillas pedestres y ecuestres, que hicieron imposible su pacificación, y con una altivez y un denuedo dignos de

mejor causa, aliándose de consuno, su esterilidad, sus abrojos, sus espinas y hasta el polvo de sus médanos, con el carácter levantisco de sus habitantes, fué aquella provincia la mejor aliada que tuvo Latorre en sus atrevidos planes de reacción monárquica.

El valeroso teniente de Morillo, lejos de amilanarse por el tremendo golpe recibido, se había agigantado.

A principios de diciembre de 1821 preparó una expedición de 1.200 veteranos, con la cual desembarcó en el lugar denominado Los Taques, á sotavento del puerto de La Vela.

En la ciudad de Coro se hallaba á la sazón el coronel Juan Gómez, el insubordinado subalterno que durante la persecución del guerrillero Carrera, había desconocido la autoridad del coronel Justo Briceño, jefe de operaciones de la provincia, inculpándolo de inepto y de servil imitador de la célebre táctica del marqués del Toro.

Y fué lo más gracioso y original de este lance, que, al acercarse Latorre, el fachendoso Gómez se retiró á La Vela al frente de sus mil soldados, sin cebar una cazoleta y sin quemar un solo cartucho.

Allí, atacado incontinenti por Latorre, hizo una débil resistencia á campo raso, después se retiró y atrincheró en el pueblo, y á los pocos días de sitio se rindió, firmando una capitulación deshonrosa, motivo por el cual, el gobierno colombiano improbó su conducta y lo mandó á juzgar en un consejo de guerra, pues aquel mal resultado y aquella inesperada vergüenza para las armas republicanas, lejos de justificar, hacía más culpable el alevoso procedimiento que había usado con Briceño.

Dueño Latorre de la *muy leal* y *heroica provincia,* como la llamaba él en todos sus documentos y proclamas, concibió la atrevida idea de encender de nuevo la guerra por todas partes, para recuperar su perdida *Capitanía general,* á cuyo fin organizó y armó una división de infantería constante de

1.500 soldados, que puso bajo las órdenes del general Tello, regresó á Puerto Cabello, dejando numerosas fuerzas en El Tocuyo, para conmover el Occidente, y, ordenó al coronel Lorenzo Morillo que se dirigiera con 900 hombres al Valle de Baragua á sorprender al indio Reyes Vargas, que solamente tenía 500, operación que logró realizar Morillo fácilmente, apoderándose de Carora, en donde reunió más de 4.000 cabezas de ganado menor para abastecer á Puerto Cabello.

En este álgido estado de cosas llegó, por fortuna, el nombramiento de Soublette, encaminado á dar fuerza y unidad á la resistencia contra la amenazante reacción realista, que progresaba como el incendio. Encargado Soublette de la suprema dirección de la guerra, ordenó con mucho tino al general Páez, que se hallaba en Valencia, la inmediata marcha con dos batallones á situarse en Barquisimeto, para abrir operrciones serias y uniformes, en vista de lo agravante de la situación.

Pero aquí, como dicen vulgarmente, se enredó la madeja y el *Mengüe* metió la pata......

El engreído Cid apureño se sintió humillado, y aunque á regaña dientes y tascando el freno, se puso en marcha con resolución de cumplir la orden; pero como sin duda, lo verde del camino y los soplos anárquicos de Pedernales, le recordaron más á lo vivo sus frescos laureles de Carabobo, su sonado ascenso á General en Jefe, concedido en pleno campo de batalla con tantos bombos y platillos, por estas credenciales y remembranzas, el futuro árbitro de los destinos patrios, tuvo á bien voltear las riendas de su corcel, repasar el Yaritagua con cesárico continente y regresar á Valencia, mandándole á decir, sin envoltura y sin rodeos á Su Excelencia, el señor Intendente, que no podía subordinarse sin infringir las ordenanzas militares, á un empleado de inferior graduación á la suya, desde luego que, no podía ostentar en sus hombros sino las dos estrellas de general de división.

Entonces don Carlos, que no tenía un pelo de tonto, que sabía donde le apretaban las botas y que manejaba tan bien la espada del guerrero como los guantes del diplomático, lejos de sulfurarse por la cascabeluda respuesta, se trasladó personalmente á Valencia á conferenciar con el enfurruñado león de las Queseras, á quien probablemente recitó al oído algún entusiasta y cautivador canto de Tirteo, ó le hizo vibrar acaso alguna melodía halagadora como la que David arrancó de su arpa para cantar á Saúl, algo muy grato le dijo ó le prometió, porque el irritado león bajó la cola, se sometió en el acto, y sin más chistar, se declaró en campaña contra los insurrectos realistas, volviéndose Soublette para Caracas acompañado del doctor Pedernales, como gaje de alianza y de amistad sincera entre aquellos dos generales abocados á ser los Pílades y Orestes de nuestra naciente burocracia y los fundadores de la primera era de los gobiernos oligárquicos y absolutistas en Venezuela, fementido ideal con que la conservadora camarilla caraqueña venía soñando desde el génesis de nuestra República y desde los iniciales éxitos de la Independencia nacional.

El cuarto y último de los acontecimientos notables de que vengo haciendo referencia, fué nada menos que mi matrimonio con Estefanía Garguera, el cual merece particular mención y algunas explicaciones preliminares, que no puedo silenciar.

En primer término, no quiso, aquella excelsa é incomparable mujer, que este acto se verificara sin que yo fuera ántes á Caróra, con amplio poder suyo, á tomar posesión de todos los bienes que le correspondían como única heredera de la cuantiosa fortuna de sus padres; y cuando regresé de la mencionada comisión, dejando asegurado más de medio millón de pesos en hatos, ganados, casas y haciendas, aquella noble hada, con encantadora sonrisa me dijo:

—Ahora te falta, amigo mío, otro sagrado deber que llenar antes de que puedas llamarme esposa,

ó mejor dicho, *nos falta,* porque á esa excursión tengo que acompañarte yo por fuerza.

—¿Cuál es ese otro deber?—preguntéle anhelante de curiosidad.

—Ir á Tacarigua á sacar los restos de Carmen Requena, para depositarlos en la nave mayor de la iglesia de Candelaria, de modo que ella pueda presenciar también, en espíritu, nuestro enlace. A esa excursión, como te he dicho, debo acompañarte por ser la única sabedora del sitio donde se hallan enterrados.

Mi respuesta á tan delicada manifestación fué darle un estrecho y prolongado abrazo, y profundamente emocionado, no encontraba frases dignas para encomiar los quilates de aquella alma tan elevada, que poseía la mujer á quien tan en breve iba á entregar mi mano, como merecido premio á su lealtad, á su abnegación y á sus demás virtudes, la dije:

—¡Vales mucho, amada mía, y eres casi una diosa!

A los pocos días, acompañados de mi fiel asistente Antonio y de algunos otros criados, nos dirigimos al lugar indicado, trayendo en una lujosa urnilla de ébano y plata, que al efecto llevamos, las preciosas cenizas de la malograda mártir, las cuales hicimos enterrar y cubrir con una loza de mármol cerca del ábside del templo, indicado por la vengadora de su inicua muerte.

Y allí, en aquel pedacito de terreno místico, *santo santórum* de mis recuerdos del pasado y *arca de alianza* de mis esperanzas del porvenir, sin ruido, modestamente y sin más séquito que el de algunos íntimos amigos, el domingo siguiente por la noche, apadrinados por Rufino Peralta y su esposa Teresa, que expresamente había sido traída por Rufino á la capital para dicha ceremonia, y por don Manuel Antonio Alvarez y doña Benigna, en cuya casa vivía Estefanía, después de un toque de órgano y una amistosa plática, nos echó la bendición nupcial el padre Aelegría, quedando regularizadas y legitimadas mis relacio-

nes amorosas con la ponderada hija de don Quijito, que en los campamentos patriotas se llamó Víctor Rómber, y, que de mi hogar doméstico debía de ser la inextinguible estrella.

Nos instalamos en la casa solariega de la Trinidad, que como es sabido tiene el alto portón y las ventanas de ojiva, mirando hacia la plaza, y la extensa huerta y la puerta de campo, hacia la calle trasversal que se dirige al cuartel, y en aquella deliciosa y apartada mansión, en donde teníamos variedad de pájaros y otras aves y cuadrúpedos, por una rara y encantadora metamorfosis, olvidados del mundo y de sus ingratitudes, nos encerramos á pasar la luna de miel y fuimos los seres más felices del universo, el decantado héroe de Güedeque y la famosa guerrillera occidental, sin tener por mucho tiempo otras ocupaciones sino la de cultivar flores, ordeñar vacas, cuidar gallinas, criar pollos, admirar el cielo azul y las verdes faldas del Avila, durante los días, contemplar la luna y los luceros por las noches, salir juntos á pasear á caballo casi todas las tardes, y, amarnos tan apasionadamente, como debieron hacerlo Noé y su bíblica esposa después del diluvio, convencidos como quedaron, de que á ellos tocaba la misión de repoblar la tierra como á nosotros el deber de patriotismo, la obligación procomunal, de prestar nuestro contingente para llenar las innumerables bajas causadas por el plomo y el acero, en los once años de la colosal guerra de emancipación.

XXII

Hasta fines del año de 1823 permaneció Rufino Peralta en esta capital con toda su familia; primero, porque nuestro suave y delicioso clima fué muy propicio para la salud del conde de Zurbarán, que había venido muy á menos y se había dejado derrotar por

la vejez con la prolongada residencia en la cálida é insalubre isla de Trinidad; luego, porque Teresa quiso dar un refinado toque de buen gusto caraqueño á la educación provincial é insular de Inesita, buscándole entendidos maestros y maestras en los distintos ramos del saber, para cambiarle los amanerados y monótonos hábitos de la enseñanza semi-conventual, que había aprendido en uno de los colegios para internas de Port of Spain; y principalmente, porque el activo y talentoso *Robespierre* no encontraba prudente, en vista del torcido rumbo que llevaban las cosas políticas, irse para Cumaná sin ensayar antes los medios de evitar el ruidoso fracaso, que preveía, de los caros ideales por cuyo implantamiento había venido trabajando con ahinco desde los primeros albores de su adolescencia; y en este firme propósito, no descansaba un instante en su propaganda de sostener por sobre todas las contingencias, los principios de republicanismo puro y de liberalismo radical, hasta el extremo de que no solamente había hecho poner en actividad algunas de las antiguas sociedades patrióticas, que existían en los barrios, sino que andaba también muy embullado con la instalación de una logia, de acuerdo con muchos centros masónicos de Inglaterra, los Estados Unidos, Francia y de la misma España, donde el predominio del partido liberal en las esferas del poder, y la exclusión de la influencia clerical en las altas regiones, habían dado mucho auge y extraordinario ensanche á las sociedades secretas y á los llamados *hijos de la viuda*, adeptos del templo de Salomón y discípulos del maestro Hiran por el cosmopolitismo de la simpática divisa de los referidos centros, que es la del amor á todas las libertades y el odio á todas las tiranías.

Ya Rufino, en Angostura, iniciado y *comunicado* por muchos de los oficiales ingleses, que tan generosamente vinieron á ayudarnos, y que trajeron dentro de sus maletas cartillas masónicas del antiguo rito escosés, había querido fundar una logia en las márge-

nes del Orinoco; pero este pensamiento no pudo realizarse por la precipitada marcha del ejército republicano hacia Apure, con rumbo á la Nueva Granada y por las demás contingencias de aquella cruda campaña.

Ahora, que los últimos sucesos ocurridos acababan de afirmar por modo incuestionable el definitivo triunfo de las armas colombianas y que las tendencias de la camarilla dominante, que tenía sus ramificaciones en Valencia y en otras ciudades de Venezuela, eran abiertamente francas, insoportablemente dañinas, encaminadas á pervertir los fines de la revolución emancipadora, á matar los ensueños republicanos para implantar un régimen oligarca, procurando, en definitiva, cortar de un solo tajo los débiles hilos de las instituciones democráticas, que apenas quedaban en el nombre, para de acuerdo con algunas potencias extranjeras, tratar de establecer una monarquía americana y ofrecer la corona al Libertador, para que la cambiase por el bastón del presidente constitucional, cuando tan abominable traición y tan sombríos planes, empezaron á salir de sus antros, para ser del dominio público, á pesar de estarse fraguando con tanto misterio en los conciliábulos secretos que celebraba el mantuanismo metropolitano, en presencia de tan inminente peligro, ante aquella nube liberticida negra y gigantesca que en lugar del arco iris de la bonanza, aparecía siniestra en malos augurios, como el *Mane, Thecel, Phares* del festín de Baltasar, anunciando el fracaso de los dogmas sacrosantos de la revolución, se excitaron con una especie de frenesí, rayano en furor las supremas facultades y energías del luchador de 1810. Rufino Peralta se sintió más joven, más entusiasta y fuerte que nunca para combatir con los prevaricadores y opresores de la soberanía nacional: y apoyado en las logias que se proponía fundar, en los miembros de los antiguos *clubs* separatistas que quedaban vivos, en todos los elementos nuevos que quedaban firmes é incontaminados, especialmente en

las humildes clases populares, con el concurso de todas esas fuerzas que representaban la vitalidad del porvenir, concibió el salvador pensamiento de poner las bases para la fundación de un partido democrático y liberal doctrinario, que se enfrentara á la naciente camarilla conservadora, y, que escribiera en su programa, todos los propósitos y aspiraciones del dogma republicano, que estaba burlando y bastardeando aquella oligarquía farsante, cubierta con el augusto manto de los libertadores. El afamado orador patriota se había convertido en enemigo formidable de aquellos especuladores adocenados que pretendían, sin haber pasado siquiera una mala noche por el triunfo de la independencia, apropiarse y formar su patrimonio de los servicios, de la sangre, de los sacrificios y de la gloria del noble y heroico pueblo venezolano.

De todo esto estaba yo muy en cuenta y hasta me había dominado y conquistado por completo Rufino, con su avasallador entusiasmo y su elocuencia irresistible, porque hacía muchos meses que lo tenía de huésped en mi casa con su familia, debido á que Estefanía, al saber que se hallaban viviendo muy incómodos en la casa de pensionistas donde estaban alojados (que era la misma donde moraba el bachiller cuando era estudiante) de acuerdo conmigo, sin previo aviso se les presentó allá un día, acompañada de un par de carretas y después de saludarlos, les dijo sonriendo:

—Vengo hoy en actitud hostil en contra de ustedes, y acordándome de mis buenos tiempos les ordeno, que tienen que mudarse para mi casa por las buenas ó por las malas. Que antes de mi matrimonio hubiéramos estado viviendo separados, me lo explico, porque yo estaba alojada en la casa de misia Benigna, desde que llegamos de la Guaira; pero que ahora, teniendo nosotros una vivienda preparada, amueblada y lista, exclusivamente para ustedes, no quieran aceptarla por escrúpulos tontos, tal negativa es imposible y chocaría muy desagradablemente con

el hecho de haber estado yo tantos años refugiada en la casa de ustedes en Trinidad. Eso no lo aguantamos Luis ni yo por mas tiempo y en persona he venido á buscarlos; ó mejor dicho, á llevármelos presos.....

Y como sin esperar respuesta hizo entrar los criados que había traído al efecto, no hubo otro remedio sino cargar sobre la marcha baúles y maletas, que fueron acomodados en los carros, viniéndose todos á casa, donde yo los estaba esperando muy alegre, para instalarlos en sus espaciosas habitaciones.

Como Rufino era tan estimado y conocido en Caracas, su labor organizadora, su independiente campaña, había empezado á conmover hondamente el espíritu público, destacándose ya en lontananza las siluetas de los dos partidos políticos, en que más tarde y por esfuerzos de muchos otros colaboradores habían de surgir, el uno con el calificativo de *boliviano*, formado con los que, fieles á los propósitos y fines del movimiento emancipador, se mantenían firmes y leales á la causa y al jefe de élla; y con el nombre de *paecista*, el otro de los anárquicos y ambiciosos, que venían trabajando á la sordina para formar *casa aparte* y dividir la familia venezolana, á la sombra de Páez y bajo un régimen personal y autócrata, muy parecido al monárquico que se acababa de derribar, teniendo la nueva agrupación dominante, como lema ó consigna subrepticia, la reacción en contra de Bolívar y su obra gigantesca y el rápido encumbramiento del caudillo de los Llanos, á quien tenían mareado y cohibido con sus constantes intrigas y adulaciones.

El primer factor de estas maniobras tenebrosas, el alma de la conjura antiboliviana, era el doctor Federico Pedernales, quien se la pasaba en constantes mangoneos, ora al lado de Soublette, ora al lado de Páez, siendo el hombre á la moda que ejercía mayor privanza en el gobierno y cuyas opiniones prevalecían casi en absoluto, desde luego que el segundo, al re-

comendarlo al primero, le había dicho en una carta: *el doctor Federico Pedernales es otro yo.*

En cambio don Agapito Callejones, á pesar de haber sido siempre antiboliviano furibundo y de encontrarse en aquellos días sonreído por la fortuna y en pleno auge, porque además del sueldo cuantioso de que disfrutaba, como vocal del Tribunal de Cuentas, y de haber reabierto su botica, bajo la regencia de su antiguo dependiente Elías Arocha, tenía de sobornal el monopolio de las estancias medicinales para los hospitales y cuarteles, todo lo cual le dejaba muy pingües rendimientos mensuales, sin duda, los mayores de que había disfrutado en su modesta vida.

A pesar de estas bonanzas, el excelente viejo patriota, el acrisolado apóstol revolucionario, por una especie de idiosincracia oposicionista á todos los poderosos, por su arraigado amor á los principios republicanos, por la lejanía en que se hallaba el Libertador ofuscando al mundo con sus constantes éxitos, y por los síntomas de reacción oficial que notaba, al convencerse con su olfato de sabueso, de que se fraguaba por los mismos agentes del poder una criminal maquinación, tanto en contra suya, como en contra del credo sublime de los *Derechos del hombre*, que había sido su suprema religión desde muy antiguo, aquella noble alma templada en los combates por el brillo de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad, se sintió dominada y atraída por el eco de sus añejas creencias, y volvió á ellas, sin vacilaciones desdorosas ni vergonzantes dudas, se hizo admirador de Bolívar y alistó su nombre en el gonfalón de la genuina cruzada, que agitaba en sus manos Rufino Peralta, importándole un bledo las gangas y pelecheos de que disfrutaba, debido á los favores de Páez, que se había declarado su abierto protector.

En cuanto á don Manuel Antonio Alvarez, que era *edil* ó concejero municipal, tenía su escuela, vivía en una casa regalada por el fisco y tenía de postres la gabela de que á doña Benigna la hubiesen encargado de hacer los uniformes de la tropa, conociendo su

antigua é inquebrantable fe partidaria y la admiración rayana en idolatría que siempre tuvo por el Libertador y por los principios democráticos, no debe extrañarse que haciendo caso omiso de todas las gangas de que disfrutaba al presentarse el naciente cisma, se hubiera puesto incondicionalmente del lado de los *bolivianos*, con tanta más razón cuanto que era protejido de Soublette, y el hábil é inteligente laureado en Bogotá, no obstante sus marrullerías con Páez y el doctor Pedernales, se mantenía en el fondo adicto y leal á Bolívar.

El padre José Luis Alegría, á fuer de antiguo compinche del doctor Pedernales, completamente embaucado, había hecho causa común con sus propósitos dominantes, por razón de que el astuto hipócrates le tenía prometido que tan pronto como Páez llegara á ocupar la curul del poder supremo de Venezuela, lo sacaría del curato de Candelaria, para ascenderlo á un puésto de alta gerarquía en el coro de la Catedral; y como los manguillos y la mitra, han sido, son y serán los mejores anzuelos para pescar adhesiones entre nuestro clero, tanto en antaño como en ogaño, el padre Alegría tragó la carnada y se dejó llevar por la dulce corriente reaccionaria.

En vísperas de marcharse Rufino para Cumaná á continuar en el Oriente sus trabajos de organización política del nuevo partido con que soñaba, me insinuó la idea de que le reuniera, con cualquier pretexto, á todos los antiguos compañeros, aun á los descarriados, para procurar atraerlos y como casualmente, coincidió esa súplica con el cumpleaños de Estefanía, que era el primer día de Pascuas, quise celebrarlo en grande con un sarao, tanto por el expresado motivo, como por un agasajo de despedida al insigne amigo que se ausentaba para sus patrios lares.

Después de la comida, donde se pronunciaron algunos brindis, vino la acostumbrada tertulia de sobremesa entre los consabidos amigos á quienes

me había apresurado á invitar; y el doctor Federico Pedernales, muy animado por la excelencia de los manjares, por los buenos vinos y por las generales deferencias con que se le trataba, debido á su alta posición, entre blancas bocanadas de humo de su legítimo habano, con la jaquetonería que durante la campaña adquiriera y con su tradicional cháchara matizada de refranes y aumentada y corregida, dijo:

—Desengáñense amigos míos, "no hay samán como el de Güere, morros como los de San Juan, ni lanza como la de Páez". Sin el *hijo esclarecido* de los Llanos, Bolívar no hubiera hecho Patria.

Sin esa candileja, creo que la bomba de sus éxitos no hubiera subido tanto.

Y esto que digo no son roncas, pues con mi rebenque le tiro palos á todo mogote.

El mismo Intendente don Carlos, después que Morales le dió la tremenda é inexplicable zurra de Dabajuro, si no hubiera sido por la octava maravilla apureña, personificada en el invencible Páez, sabe Dios á dónde hubiera ido á parar, porque el país casi entero se habría sublevado de nuevo por la causa del rey; pero con el *hijo mimado de Belona y Marte* las navajas son curvas, los machetes pandos y el que intente atravesarse en su camino, aunque sea el *sursum corda* hecho verbo, quedará vuelto fluecos ó pavesas.

Y si hubiere quien se atreva á dudarlo, le recordaré lo que le pasó últimamente al envalentonado y baladrón Morales cuando, después de su triunfo en Dabajuro, abandonó á Coro para volver á Puerto Cabello á hacerse cargo del puésto que tenía el brigadier Latorre, por haber sido éste nombrado Capitán General de Puerto Rico.

Bañado el isleño en agua de rosas, tanto por haber derrotado á Soublette, como por haber llegado, al fin, á ocupar el cargo, aunque *in partibus*, con el cual venía soñando desde hacía muchos años, dejó en Puerto Cabello, como su segundo, al brigadier don Sebastián de la Calzada y, sin perder instantes,

salió á la cabeza de 1.800 veteranos á sorprender á Páez, que se hallaba en Valencia, después de haber levantado el sitio, á causa de que las enfermedades le habían hecho perder más de 700 soldados.

Pero como es más fácil sorprender al lucero del alba que al catirito José Antonio, resultó que á *Su Insolencia*, el póstumo Capitán General, le salió el tiro por la culata, pues cuando venía muy orondo, marchando en la creencia de que nadie podía conocer sus intenciones, se encontró conque el coronel Woodberry, mandado por Páez, había salido de la ciudad con 500 hombres y lo estaba aguardando en un punto ventajoso, motivo por el cual mi señor Morales tuvo á bien encaramarse en el cerro de Valencia y como el canario no quería bajar, ni el inglés quería subir, en la noche llegó también el llanero de cuña, y se situó con más tropas al pie del mencionado cerro.

Y aquello fué de alquilar balcones.

Cuando en la siguiente mañana del 11 de agosto, Morales se resolvió á bajar como un torrente impetuoso de fuego, imaginándose que con el mayor número se tragaría, de un sorbo al *jurungo*, el bocado se le atragantó y las papas se le pusieron duras, porque entre Páez y Woodberry le dieron una derrota cabezuda que le obligó á subir de nuevo á su *guarimba*, dejando en el campo más de 150 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros; y como al amanecer del día 14 observara *desde su periquitero*, el Capitán General en campaña, que la división de Soublette, (á la cual conocía á leguas, por haberla derrotado en Dabajuro), acababa de incorporarse á Páez, como el miedo es libre y algunas veces inspira buenas ideas, se retiró por una angosta pica hacia Puerto Cabello, diciendo á sus oficiales: *Aquellas son las tropas que estaban en Occidente. Vamos á Maracaibo donde sólo habrán quedado algunos reclutas. La ocasión la pintan calva!*

Y, como efectivamente, así lo ejecutó el activo y astuto Morales, saliendo cuatro días después de

Puerto Cabello, con una flotilla de 14 velas y 1.200 hombres, con los cuales desembarcó en Cajoro, puerto de la Goajira, nos metió el dedo en el ojo, pues se le ocurrió la hábil estrategia de mandar los trasportes y buques de guerra que le habían llevado hasta Cajoro á que cruzaran la boca del Lago en actitud de desembarco, lo que obligó al general Lino Clemente, que mandaba á Maracaibo, á enviar tropas para reforzar al Castillo de San Carlos, por lo cual dicho jefe patriota, casi sorprendido con menores fuerzas y unido con el coronel Carlos Castelli, vióse forzado á comprometer acción con Morales en el sitio de Salinarica. En aquel reñido y sangriento combate, perdimos más de 500 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Clemente y Casttelli se escaparon, salvando apenas 200 soldados, y Morales ocupó la ciudad de Maracaibo, dirigiéndose sin pérdida de tiempo con un batallón, embarcado en piraguas, al Castillo de San Carlos, que le fué entregado sin combatir por el sargento mayor Natividad Villasmil.

En mayúsculo brete nos tuvo el porfiado isleño durante algunos meses, hasta que vino á enmendar plana y á sacarnos del atolladero el bravo marino patriota, coronel José Padilla, á quien podemos llamar sin hipérbole el Nelson de Coquivacoa, por la atrevida operación de forzar la barra con sus buques y por la gran batalla naval del 24 de julio que fué un segundo Trafalgar para los españoles, pues en ella perdieron 11 buques de guerra, tomados al abordaje por Padilla y dos que se incendiaron durante el sangriento combate.

Después de este rumboso triunfo, firmóse una capitulación con Morales, en virtud de la cual volvió á nuestro poder la importante plaza de Maracaibo y Su Excelencia el Capitán General canario, se embarcó para Cuba con 700 hombres, único resto que quedó de la famosa expedición traída por Morillo en 1815, que constaba de más de 14.000 soldados,

comprendidos los refuerzos que recibió después de la mencionada fecha.

Esta trascendental victoria de Punta de Piedra y la prudente capitulación, causaron general alegría en todo el país, viniendo á ser el complemento de nuestra definitiva emancipación, el mitológico asalto y toma de Puerto Cabello, llevado á cabo por el jamás bien enaltecido Aquiles de las Pampas, cuyo insólito asalto, niéguelo quien lo negare, ha venido á ser el *palo marranero*, el golpe de gracia asestado en la nuca al poder español.

Yo me encontré en esa fabulosa trifulca, ví con mis propios ojos ese pasmoso hecho, porque me hallaba al lado de mi eximio jefe, con motivo de haber ido en comisión á Puerto Cabello y de haberme invitado á que lo acompañara al asalto.

Oigan ustedes como aconteció aquella maravilla del arte militar y de la increíble audacia.

Restablecido el sitio desde hacía algunos días, sin mayores resultados, resolvió el general Páez quitar el agua por completo á los sitiados, á cuyo fin acometió la romana empresa de dar otro curso á la boca del río, lo que obligó á la guarnición del Vigía á rendirse el día 28 de octubre por capitulación.

A pesar de este golpe la ciudad no se rindió; y como supimos de buena tinta, que en ella había agua, y víveres para algunos días más, y que se aguardaba una expedición ó refuerzo de la Habana, resolvió Su Excelencia el general Páez, dar un asalto formal antes que semejante contratiempo pudiera presentarse y viniera á echar por tierra todas las ventajas conseguidas.

Para la ejecución de este atrevido y asombroso golpe, se fijó la hora de las diez de la noche del 7 de noviembre, para lo cual contábamos con la cooperación de un negro llamado Julián, esclavo de don Jacinto Iztueta, muy práctico de los altos y bajos de los mangles y á quien el general había logrado atraerse con frecuentes dádivas.

Con 400 infantes, casi todos negros, del batallón Anzoátegui y 100 lanceros escogidos de la Guardia de Páez, desnudos, apenas cubiertos por una especie de guayuco ó *tapa balazos*, marchando al frente de ellos el mayor Manuel Cala y el teniente coronel José Andrés Elorza, nos tiramos todos al agua, en medio del mayor silencio, y caminando muy difícilmente con el agua y el fango hasta la cintura, y en muchas partes hasta los hombros, después de más de cuatro horas de penosa marcha, á las dos y media de la madrugada tocamos tierra firme, ya entre la ciudad. Entonces cada compañía voló á ocupar el puésto que se le tenía designado de antemano y se rompieron los fuegos dentro de las baterías. Fué tan grande la sorpresa y tan indescriptible el pánico, que casi inmediatamente se rindieron todos los fuertes y la ciudad entera quedó en nuestro poder, porque los enemigos que defendían la línea exterior, llenos de asombro al vernos dentro de los muros, como caídos del cielo ó vomitados por la tierra, ante el estupor de aquella maravilla que no podían explicarse, se rindieron también á discreción.

Al romper los rayos de aquella por siempre venturosa alba, vinieron dos sacerdotes á avisar al general Páez que Calzada se había refugiado en una iglesia y que personalmente quería rendirse á él. Vistiéndonos lo mejor que pudimos con ajenas ropas, fuimos en el acto allá, y el general español, al acercarse Páez, entregándole su espada, le dijo:

—Felicito muy de veras á Su Excelencia, por haber sellado sus glorias con tan arriesgada operación, que francamente, nunca imaginé pudiera realizarse. Me declaro prisionero y confío en sus caballerosos antecedentes.

—Muchas gracias, señor general—contestóle Páez, ofreciéndole cariñosamente el brazo—tendrá usted las mayores garantías y consideraciones, porque hasta durante la guerra á muerte, logré ser generoso con los rendidos. Entretanto, conserve usted su es-

pada y vamos á tomar café juntos, que así nos entenderemos mejor.

Cuando estábamos concluyendo el desayuno, se oyó una gran detonación, motivo por el cual salimos de carrera á averiguar lo que pasaba.

Nos encontramos con la novedad de que la corbeta de guerra *Bailén*, que se hallaba fondeada en el puerto, había sido mandada á volar por el jefe del castillo.

Naturalmente, el general manifestó su indignación á Calzada por aquel brusco hecho, ejecutado tan imprudentemente, estando en nuestro poder el jefe de la guarnición realista de la plaza. Calzada, muy contrariado, reprobó también el salvaje acto y pidió permiso para escribir en el acto al coronel don Manuel Correa y Colina, jefe del castillo, ordenándole que *suspendiera las hostilidades*, á lo cual mi don Manuel, cuya *correa* parece que á pesar de encontrarse algo ensebada por la sorpresa, no tenía nada suave, contestó que por ningún caso obedecería órdenes del jefe superior, por el hecho de hallarse prisionero. Entonces resolvimos que Calzada fuese en persona á entenderse con su desobediente y levantisco subalterno; y como así lo hizo en el acto, nos escribió á poco que todos habían reconocido su autoridad, al verlo libre y que tenía mucho gusto de invitar al general á almorzar con él en el castillo, tanto en su nombre como en el de Correa.

Cuando terminé de leer la peregrina carta á Páez, le dije:

—Supongo que Su Excelencia no cometerá la locura de aceptar esa extraña, audaz y peligrosa invitación.

—¿Y por qué no?—interrumpió sonriendo el héroe de Carabobo.

—Por la sencilla razón de que Usía correrá el riesgo de que lo dejen allá en rehenes, ó de que le peguen cuatro tiros.

—Pues pereceremos juntos, mi querido doctor y amigo—contestó Páez, en tono zumbón é irónico—porque estoy resuelto, suceda lo que sucediere, á ir al convite, acompañado únicamente del bravo doctor Pedernales....

Debe confesarlo, señores, muy ingenuamente, á pesar de que cuando me metí á la guerra tuve el buen cuidado de dejar en mi casa el miedo, y á pesar de que durante ella anduve siempre al lado del hombre, reputado como el más valiente, me sentí cobarde ante aquella inútil exposición de última hora, y le dije:

—Mi general, Usía es el que manda y yo obedezco; pero me permito repetirle que va á exponer sin necesidad todas sus glorias adquiridas y todo su brillante porvenir, por una aventura insignificante.

—No tema usted nada, ni abrigue tales sospechas, señor doctor y amigo—replicóme con profunda convicción—la hidalguía castellana es un cristal que no se empaña nunca. Ningún militar español es capaz de cometer semejante villanía, acuérdese de que esa noble sangre ibera, aunque cruzada, es la misma que por nuestras venas corre, para que no la ofendá con tan hiriente suposición.

Me mordí los labios y nada contesté, dirigiéndonos juntos en la falúa del puerto, á la célebre fortaleza de San Felipe, sin apartar mis ojos de la pavorosa boca de sus cañones, cuando á los pocos minutos llegamos á ella, me convencí de que el general tenía mucha razón, porque nos recibieron con los más altos honores militares; nos colmaron de atenciones y de cortesías, obsequiándonos con un espléndido almuerzo. Después de esta demostración de galantería, regresó Calzada á tierra con nosotros y en aquella misma tarde se discutió y firmó la generosa capitulación que ustedes conocen, con la cual ha concluido por fin la guerra de la independencia en Venezuela.

XXIII

Cuando terminó el doctor Federico Pedernales su larga y semi-oficial perorata, tan llena de ergoteos y de optimismos, Rufino Peralta, que estaba deseoso de que concluyera, rodando su silla de cuero para acercarse más, con el objeto de que le oyeran mejor, dijo:

—¿Y qué hemos ganado con todo eso, para qué vamos á tragar todas esas cucharadas de miel hiblea, que quiere administrarnos el insigne galeno que hoy menea los cubiletes de la administración pública? Voy á decir la verdad sin rodeos. Salimos de la monarquía española y hemos caído en las garras de una oligarquía *mantuana*, cuyas aspiraciones y tendencias son parecidas y hasta peores, porque estos hombres funestos *mutatis mutandi*, son los mismos que el 19 de Abril de 1810, le dieron á la Junta Revolucionaria el carácter de *conservadora* de los derechos de Fernando VII. Hemos salido de este monarca, pero la camarilla absorbente querrá, sin duda, que tengamos ahora un Simón I, un José Antonio II y un Carlos III; y si Bolívar, Páez y Soublette, se negaren, cómo lo harán de seguro, á restablecer el inveterado sistema del derecho divino, que han derrocado con sus espadas, la susodicha camarilla, se dará sus malas artes de hacer lo mismo en otra forma, para realizar sus aviesos propósitos, para convertir las investiduras republicanas en hopas de un personalismo burocrático, que á la postre convertirá á los magistrados democráticos en reyezuelos ó mandarines más terribles y omnímodos que los vástagos de Ataulfo y Placidia, cuya tutela colonial acabamos de romper para siempre....

—Exacto, *exactísimo!*—interrumpió don Manuel Antonio Alvarez, tocado por el resorte de su chifladura, al escuchar aquella oportuna cita histórica—nuestro gran tribuno Peralta tiene *muchísima* razón

y yo puedo dar fe de ello por lo que está pasando en el Concejo Municipal, donde ocupo un sillón. Nosotros allí, lejos, muy lejos de parecernos á los *defensores urbis* de los romanos, á los *decenviros* del tiempo de Alarico y á los *priores* ó *seniores loci,* del régimen de los visigodos; somos simplemente unos ceros á la izquierda. Nuestro Cuerpo, llamado *ilustre,* probablemente por ironía, pues me parece más correcto llamarlo *sin lustre,* dista mucho de tener la trascendental importancia, que los reyes españoles, para balancear el poder de la nobleza, acordaron á estas corporaciones del estado llano y de origen popular, en los fueros de Sobrarbe y de León, de otras provincias, principalmente en el reinado de don Jaime I de Aragón, que fué cuando las municipalidades tuvieron mayor auge. Nuestro concejito caraqueño no puede compararse siquiera con los ayuntamientos del tiempo de la Colonia, que metían en cintura más de uua vez á los capitanes generales, ni con los autónomos ni facultativos concejos municipales, que estableció el general Mariño en su gobierno modelo de las provincias orientales, porque llamando las cosas por su nombre, nuestra degenerada corporación es un verdadero aprisco, donde nos congregamos varios carneros á pastar y á apoyar todo, sin disponer ni administrar nada, sino lo que manden los generales y el doctor, es decir, Páez, Soublette y usted, señor don Federico, que es el más autorizado representante de esos jefes y el que nos lleva á menudo la esquela de recomendación, el recadito al oído, ó como dicen los masones, el que nos trasmite *la palabra sagrada,* hasta para los remates de *guarapo* y de *gallera*....

El doctor Pedernales, sin proferir una palabra, arrugó sus gruesos labios para contener una sonrisa socarrona, que pugnaba por asomarse á celebrar las intencionales y verídicas frases del preceptor, y, don Agapito Callejones, aquel enemigo por idiosincracia de todos los poderosos, con su inextinguible convicción de eterno rebelde, dijo:

—¡Qué desgracia tan grande es tener que oír tan desconsoladoras manifestaciones! Qué inmenso desencanto el de tener que convenir en que ellas son ciertas y en que todos nuestros afanes, bregas y sacrificios, han sido inútiles, porque lo que hemos hecho es echar una mochila de sal en el océano! Debo declarar aquí, para que nadie tenga el derecho de equivocarse conmigo, que á pesar del puésto que estoy ocupando en el gobierno y de la profunda veneración que tengo por el general José Antonio Páez, cuyo retrato alumbro todas las noches con dos velas como si fuera un santo, como soy hombre de principios fijos, y revolucionario antes que todo, á pesar de la marcada repugnancia que siempre he tenido por don Simón, si no se da otro rumbo á la nave, si las cosas siguen como van y si llegare á establecerse el deslinde entre *bolivianos* y *paecistas*, entre *oligarcas* y *liberales*, me incorporaré de todo corazón á las filas populares, á las falanges de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad, entre las cuales he combatido y combatiré hasta la muerte!

—¡Así es como deben hablar los hombres honrados!—exclamó lleno de entusiasmo el padre José Luis Alegría—yo también debo ser franco, exponer mis creencias íntimas y hacer mi acto de contrición política en este momento de las definiciones categóricas. Obedeciendo á superiores influencias, en estos últimos meses he estado caminando por la mala senda; pero como nunca es tarde para conocer el error, vuelvo sobre mis pasos, porque no quiero separarme de la buena causa ni de mis viejos compañeros de la cruzada redentora. No embargante lo difícil de mi situación, por el hecho de ser sacerdote, obligado á obedecer á ciegas los severos mandatos de Su Santidad Pío VII, en contra de los principios cardinales que originaron la revolución francesa y las pastorales de la curia caraqueña, sobre el mismo asunto, á pesar de las terribles pláticas del presbítero Ortigoza, pronunciadas en la iglesia metropolitana é impresas de orden de Moxó y de Monseñor Coll

y Prat, en años pasados, y donde decía: *que la voluntad de Dios era que Fernando VII reinara sobre estas provincias, y que la libertad era un sofisma y una impiedad, que la igualdad era una quimera y un sacrilegio y que los pueblos de Venezuela debían obedecer y someterse á la autoridad de los príncipes, siguiendo las doctrinas y el ejemplo que la iglesia había observado y predicado en todos los tiempos*, á pesar de estas barbaridades y de las absurdas órdenes de la restrictiva disciplina romana, que anatematizan el verdadero dogma cristiano, llegado el caso extremo de la ruptura, sostendré sin vacilar las doctrinas del liberalismo, porque ellas fueron las mismas que proclamó nuestro Señor Jesucristo, el excelso Redentor de la humanidad; y ante el disparate fenomenal de que estas sublimes doctrinas aparezcan en choque con los ilógicos preceptos de las leyes papales ó arzobispales, ante semejante anomalía, ante tan incongruente contradicción, habré de alistarme siempre en las filas del humilde Maestro, cuyos discípulos eran obscuros pescadores y después fueron apóstoles; me quedaré en el partido de ese Gran Demócrata de Galilea, que nos mandó á amarnos los unos á los otros, que gritó muy en alto, *que su reino no era de este mundo*, y que fué el primero que con palabras y con ejemplos, se hizo propagandista de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad, me pondré del lado de los pobres y de los desheredados, aunque mis superiores colegas lo tengan por pecado mortal, liberalizándome yo y dejándolos á ellos con los mantuanos oligarcas, sosteniendo los títulos de nobleza, emanados del derecho divino, la mordaza, el cepo, el tormento, la cadena del esclavo, el afrentoso patíbulo y la Inquisición sombría.....

—Bravo, bravísimo—vociferó don Agapito Callejones, abrazando al padre en un arranque de entusiasmo—después de esos magníficos conceptos quedo yo muy pequeño ante usted; y bien se conoce que no ha olvidado el desdén con que Su Señoría Ilustrísima miró su inicua y villana prisión, ordenada por

Boves, desde luego que en la multitud de veces en que se acercaba al monstruo de Asturias, para hacerle zalemas y genuflexiones, no se acordó de pedirle su libertad, ni siquiera por mero cumplimiento....

Rufino Peralta sintió una inmensa alegría al oír aquellas calurosas, francas é importantes ideas á su saludable propaganda, empezó á comprender que no estaba solo, y como reparara que el doctor Pedernales, silencioso y meditabundo, fumaba y refumaba su tabaco, con una movilidad nerviosa, demostrativa de las contrapuestas ideas que bullían en su cerebro, sospechó que el antiguo patriota, experto médico y astuto mentor de Páez, estaba á punto también de voltear la casaca é incorporarse á sus coopartidarios y amigos, por lo cual y con el fin de acabarlo de catequizar, dijo:

—Lo repito con dolor, nada hemos ganado en pro de nuestros ideales políticos, con el triunfo de nuestra Independencia; y nadie podrá negar que los que nos encontramos aquí reunidos hemos sido apóstoles, mártires y constantes servidores desde los primeros días de la incruenta campaña hasta hoy. Por tal motivo, ninguno de los que nos hallamos presentes debe separarse del benemérito grupo hasta no mirar triunfante en la casa de gobierno el lábaro santo de los nuevos principios con que iniciamos la colosal contienda.

Vengamos á cuentas.

Nunca pudieron imaginarse los ilustres legisladores de 1811, que su obra, casi perfecta, había de ser bastardeada, por los mismos elementos llamados á cumplirla y por otros legisladores que so pretexto de perfeccionarla, la han vuelto trizas.

Ellos proclamaron la Federación, única forma de gobierno apropiada para Venezuela, é impera el más estrecho Centralismo.

Establecieron, sin cortapisas, la SOBERANÍA NACIONAL y hoy dependemos los venezolanos en principio, del Ejecutivo de Bogotá, y de hecho, de un irritante personalismo militar, sostenido y dirigido

por una camarilla de mantuanos oligarcas, que no han pasado ni una mala noche sirviendo á la Patria, y sí muy buenos días en las antesalas de los capitanes generales, pidiendo favores y empleos.

Gritamos á los cuatro vientos que éramos sectarios de la Libertad y los esclavos siguen arrastrando sus cadenas, el banquillo continúa como un baldón en nuestras plazas públicas, el látigo perdura como pena legal, las cárceles permanecen llenas de venezolanos, que no tienen otro delito sino el de no poder pagar sus deudas, y los trabajadores continúan agoviados por las contribuciones personales, por el pecho de alcabala, por los diezmos y por las primicias.

Establecimos la Igualdad hasta el punto de implantar, oficialmente, el tratamiento de *ciudadano* para todos los hijos del país, y hemos vuelto á los aristocráticos distintivos de *Señor*, *Excelencia*, *Vuecencia*, *Su Señoría Ilustrísima*, quedando vigente los títulos de nobleza y los fueros militares y eclesiásticos, no teniendo acceso á los grados científicos ni á las dignidades del sacerdocio, sino los favorecidos por la naturaleza que puedan comprobar la inmaculada pureza de su estirpe y la blancura indiscutible de su piel.

Ríos de sangre han corrido por sacudir y derrumbar todas estas vetustas polillas de la monarquía, hemos vencido ruidosamente á la postre, después de inmènsos sacrificios y heroicidades, y el espectro colonial se halla todavía en pie, apuntalado por el funesto núcleo conservador que ha venido rodeando á todos nuestros caudillos y eminentes jefes.

Por supuesto, y hay que decirlo aunque sea doloroso, Bolívar mismo es responsable en parte de este mal que estamos palpando, porque al ausentarse para su campaña del Sur, ha debido dejar á la Nueva Granada en manos de Nariño y á Venezuela regida por Mariño, en lugar de entregarnos á Santander y á Páez, que representan el dominante y engreído militarismo, que ahogará sin duda, al na-

cer, todas las esperanzas y conquistas de la revolución emancipadora, concluyendo al fin por reaccionar contra las inmarcesibles glorias del propio Libertador, quien vendrá á ser para ellos un estorbo, porque tanto Santander como Páez, quieren ser omnímodos y *únicos* en sus respectivos países.

Los más audaces han escalado á la cima.

Los patriotas leales, inteligentes y austeros, los militares antiguos, probos é insospechables, han quedado en la vera del camino, rezagados, con sus brillantes antecedentes y con sus laureles; y por efecto de mal entendidas contemplaciones y debilidades, se va á levantar el edificio nacional bajo inseguras bases y con deleznables cimientos.

Los resultados de este ilógico procedimiento serán desastrosos para toda la nación y mortificantes para los que hemos soñado con un gobierno libre, autónomo, democrático, reparador y progresista, en donde pudieran tener cabida nobles y plebeyos, blancos y negros, porque debería de ser de todos y para todos.

Las consecuencias de este máximo falseamiento del hermoso programa revolucionario, van á ser muy fatales porque el *personalismo* llegará á tales extremos, que andando los años, llegaremos hasta á lamentar los mandatarios de la monarquía española, horrorizados por los abusos, atentados y atrocidades políticas que se cometerán en nombre de la República y con escarnio de todas las leyes, prerrogativas y derechos proclamados.

Para evitar este naufragio, para impedir la catástrofe, tenemos que seguir luchando hasta morir, los venezolanos bien inspirados.

Los sanos elementos políticos tenemos que unirnos para salvar la tierra redimida.

Ante la aparición de ese núcleo verdaderamente *godo*, que pretende convertir en feudo suyo esta Patria querida, que tantos sacrificios nos cuesta, ante la amenaza latente de esa oligarquía criolla, antiboliviana, *paecista* en Venezuela y *santanderista* en

Nueva Granada, tenemos que organizar otro núcleo antagónico que recoja el guante y sostenga la bandera liberal de los principios democráticos, bajo cuya sombra nos juramentamos un día para combatir y vencer á los tiranos exóticos.

¡ No creo yo, que al llegar esta suprema hora, ninguno de los eforzados luchadores que me oyen, dejará de ocupar su puésto en el estadio popular para la salvación de los sacrosantos dogmas, de los cuales hoy se pretende prescindir !

El doctor Federico Pedernales, que había oído con profunda atención los elocuentes y sugestivos conceptos de Rufino Peralta, comprendiendo que la exhortación final iba exclusivamente dirigida á él, poniéndose de pies, como tocado por un resorte, y mirando hacia todos lados, dijo :

—Como veo que estamos completos los leales é incorruptibles patriotas de antaño, los que desde los primitivos clubs, desde las memorables reuniones de la cuadra Bolívar, las célebres tertulias en la botica de Callejones y en la casa de don José Ventura Requena, venimos trabajando con tesón por la santa Causa, ó sea por la destrucción del absolutismo monárquico y la implantación de las doctrinas del liberalismo radical, como acabo de oír tan bellas y patrióticas manifestaciones, yo también voy á hablar con entera franqueza bajo la mayor reserva, bien entendido, por la posición que ocupo, y contando con la discreción de mis compañeros.

Desde hace muchos años vengo al lado del general José Antonio Páez, procurando su preponderancia y encumbramiento, no por hostilidad hacia el Libertador, sino en espectaviva y previsión de que este cóndor caraqueño, por la colosal dimensión de sus alas, pudiera buscar superiores espacios y ausentarse un día para desplegarlas èn las vastas regiones sur americanas.

Lo que pensé ha sucedido. El egregio Bolívar, que se ha elevado y se elevará aún á mayores cúspides y que llegará sin duda á la excelsitud de la fama

y del renombre universal, se halla á estas horas libertando la mitad del continente que descubrió Colón; y Páez, dirigido por mis consejos, se encuentra con la posesión indiscutible de los destinos de Venezuela; pero á este santo de mi devoción, á este ídolo mío, al prestigioso caudillo llanero á quien formé y destaqué durante la guerra y á quien me proponía dominar después del triunfo, para encaminarlo por la buena senda, de la noche á la mañana me lo han arrebatado y ya no soy para él lo que antes era. Los mantuanos de Caracas, en combinación con los de Valencia, se han apoderado de su albedrío y privan de tal manera en su voluntad que materialmente no hace sino lo que ellos le indican. Estoy en completa baja y continúan haciéndome cruda y solapada guerra para dar al traste con mi exangüe influencia.

¿Se imagina usted, mi amigo Peralta, que pueda yo ser amigo y aliado de esa camarilla que me está poniendo el dogal al cuello? Soy y seré su más formidable adversario, y pienso desplegar en breve todas mis energías, habilidades y astucias para combatirla y lograr apartarla.

Estoy entre la espada y la pared, y en una inminente disyuntiva:

Si la venzo, Páez hará la indispensable reforma de las instituciones, con los buenos patriotas, con los liberales, con los hombres surgidos de las filas del pueblo; y si soy vencido, como el poder irá de seguro á manos de la odiosa camarilla, presentaré mi renuncia, y entraré á formar, sin reservas, de lleno y abiertamente, en las filas del naciente partido democrático, á quien pertenece el porvenir y cuyo programa es el mismo que flameó en el lábaro que nos dió independencia, pero que sin duda alguna no nos ha dado libertad. Ya verá usted, amigo Peralta, que en el fondo estamos completamente identificados y que vamos al mismo fin por dos líneas paralelas.

—No podía esperarse otra cosa de tan gran sabio y de tan valiente adalid—exclamó Rufino estrechando entre sus brazos á Pedernales—ese digno procedi-

miento lo enaltece y comprueba que es usted hombre de causa y que por ella lo sacrifica todo llegado el caso. Ahora, al cabo de tantos años es que ha venido á confirmarse cuánta razón teníamos para llamarlo familiarmente, en nuestros primeros tiempos, el doctor *Sábelo todo*.... Ahora, con un aliado de tantos quilates me siento fuerte é invencible para entrar en la nueva é ineludible lucha.

—¡ Qué inmensa ventura !—dije yo con íntimo placer—cuán satisfecho estoy al ver que en mi casa se hayan reconciliado y compactado los antiguos amigos y coopartidarios, los decanos y próceres de la emancipación venezolana, para seguir combatiendo por el triunfo definitivo de nuestras aspiraciones.

Después de esta edificante escena y cuando todos se despedían, deseando muy feliz viaje á Rufino Peralta, don Agapito Callejones, siempre activo, tenaz y diligente, siempre el mismo de la primitiva época, al estrecharle la mano, dijo :

—¡ *Salud, fuerza* y *unión*, eximio y atleta *Robespierre*: me alisto en tu grupo que mañana será legión ! Hemos alcanzado la independencia, pero tenemos que combatir ahora por la Libertad, por la Igualdad y por las demás prerrogativas de los *Derechos del hombre.* ¿ Quién hubiera podido pensar, que en los altos y bajos de la política, que en los vaivenes de esta histórica brega iba yo, en la tarde de mi vida, á tener que formar de corazón entre los *bolivianos* convencidos, entre sus leales y exaltados admiradores? No soy partidario de los hombres sino de los principios ; mas hay que seguir buscando con la perseverancia de Diógenes, hasta encontrar un predestinado á quien se le ocurra establecer la *república práctica federalista,* única fórmula que puede hacer feliz á Venezuela. Si nosotros no tuviéremos la fortuna de verlo, lo verán nuestros hijos, ó en último caso, nuestros choznos....

EPÍLOGO

I

Solemne chasco llevaron los murmuradores de oficio (que siempre los ha habido á calderadas en este fértil y ameno vallecico, que Fajardo arrebató á los indios Caracas para que Losada erigiera un poblachón, que hoy tiene visos de ciudad), mayúscula sorpresa recibieron los chismosos de barrio, cuando, cansados de haber dicho y repetido en todos los tonos, que Luis Reyes había cometido el más insigne de los disparates y la más sonada de las locuras, al abandonar su brillante carrera militar para casarse, como un babieca, con una ordinaria provincial, con una marimacho de antecedentes guerreros y bruscos, acostumbrada á la vida errante de los campamentos y á la rudeza de los cuarteles, tuvieron los mencionados difamadores, que convencerse al fin, por fuerza de los hechos, de que se habían equivocado de medio á medio, porque Estefanía era una perla del hogar, el modelo de la mujer ideal; ordenada y perfecta, esclava de sus deberes y obligaciones femeniles, puesto que, no embargante la circunstancia embarazosa de llevar ya en su fecundo seno la cimiente de su segunda prole, en todo se metía, nada descuidaba y desde la huerta hasta el zaguán, su casa brillaba como un espejo, y todos los criados andaban ajustados á la ordenanza rutinaria de sus ocupaciones domésticas.

Medio lustro después de lo narrado en los últimos capítulos, ó sea en los comienzos del acaecido año de 1826, encontrábanse Luis Reyes y Estefanía, muy alegres en su *Cafarnaun* de la plaza de la Trinidad, celebrando (el para ellos máximo acontecimiento) de haber cumplido veinticuatro meses y dado su primera carrera en el extenso patio, la linda primogénita que en honor del padre y en memoria del abuelo materno, habían bautizado con el nombre de Luisa Modesta.

Nada más gracioso y bello que aquella encantadora criatura, que llevaba la indiscutible marca de fábrica en sus perfecciones mixtas. Viva, precoz, inteligente, de ojos grandes, negros y expresivos, caprichosamente sombreados por admirables cejas y pestañas del mismo color obscuro, que contrastaban con su lindo, sedoso y rubio pelo. Rostro ovalado, orejas primorosas por lo pequeñas y bien cortadas, boca diminuta y rosada que parecía un ojal de nácar incrustado en coral, manos largas, delgadas, artísticas, y piecesillos blancos, monísimos, también delgados, y que eran el complemento de perfección de aquel ángel terrestre, retrato en miniatura, hábilmente ejecutado por el Supremo Artífice, para destacar en conjunto, las gracias de su guapa y gentil madre con los típicos y hermosos perfiles de su garrido progenitor.

Daba gusto contemplar aquella, si no ilustre por lo menos gorda y saludable descendiente de los Muñoz, los Gargueras y los Reyes, aquel pimpollo que estaba en el apogeo de las gracias y á quien la inteligente heroína, convertida en ejemplar madre, no había querido, por ningún caso, poner nodriza, sino amamantarla, cuidarla y desvelarse con ella hasta que cumplió un año, con el mismo amor y entusiasmo con que en otros tiempos empuñara las riendas, la lanza y la carabina.

El cuadro íntimo no podía ser ni más sugestivo ni más resaltante.

Los aguerridos conyuges, que en tantas ocasiones memorables fueron terror de los iberos, acababan de jugar á *la escondida* y al *gárgaro malojo*, con la Luisilla y colocados ahora en un extremo del patio, gritándole *cógela, cógela*, arrojaban alternativamente una pelota de goma pintada de azul y rojo, que ella, muy contenta y reída, se apresuraba á recoger, y corriendo hacia ellos, que zapateando le decían *á mí, á mí*, se las entregaba ora al uno ó bien á la otra, procurando, con agudeza prematura, complacer á ambos por turno, volviendo á alejarse á la carrera con la camisilla alzada, para continuar la inocente diversión, que duró largo rato y que fué interrumpida por la llegada del repartidor de cartas del correo con una que traía el sello oficial.

—Apuesto á que es de don Mauricio Mora Melo—dijo Estefanía, recibiendo la carta y entregándola á Luis.

—De su misma persona—contestó éste al ver la letra del sobre—hacía tiempo que no escribía. Vamos á leerla en el acto, que debe traer noticias intesantes.

Estefanía mandó á su nena con el aya para la huerta á coger flores y mariposas, y sentándose al lado de Luis en el escritorio, que ya tenía entre sus manos la voluminosa carta del hombre de las Siete Emes, con marcada atención, escuchó lo siguiente:

"Desde la capital del Perú, mi nunca bien recordado amigo don Luis, le escribo ésta para complacerlo con gusto en lo que usted y su guapa compañera me excitan en su muy apreciable última misiva, que recibí en Cochabamba, y que antes no había podido contestar por motivos ajenos de mi voluntad, relacionados con la nube de ocupaciones de diversas clases, que abruma á este pobre carapacho mío, que suspira ya por el cómodo butacón de cuero, por el descanso de tantas fatigas y de tan rudas bregas.

"¿Pero qué hacer?

"El Libertador no quiere dejarme, cada día está más apegado á mí; y como frecuentemente dice en

son de guasa, que yo soy su *caja de ahorros* ó su alcancía, verá usted que sería muy mala partida abandonarlo.

"No, no, aunque estoy ya más delgado que un hilo y haciéndole competencia hasta á una sutil hebra de seda, lo estoy acompañando y lo acompañaré hasta la Meca si á ella se le ocurriera llevar sus armas vencedoras.

"Me escribe usted que no le satisfacen los partes oficiales publicados en gacetas y boletines, describiendo las batallas de Junín y de Ayacucho y que desearía oírlas referir por un testigo imparcial y presencial de ellas, y muy especialmente por este viejo amigo, para solazarse, en unión de la brava Estefanía, con todos los detalles de esas estupendas acciones campales, que han decidido y afirmado la independencia en la América del Sur.

"Pues bien, voy á complacerlos hoy, refiriéndoles *calamo currente*, ó sea á la pata la llana, las dos mencionadas batallas y algunos otros hechos importantes ocurridos en estos últimos años de 1824 y 1825, durante los cuales ha subido nuestra fama tan en alto y se ha cubierto de tantas glorias nuestra tricolor bandera y el Gran Capitán caraqueño, que de triunfo en triunfo la tremola en su diestra.

"Principiaré por Junín.

"De las innúmeras batallas que de más ó menos lejos he presenciado, es, mi querido amigo, en la que menos ha sufrido mi sistema nervioso, en la que me he sentido más á *mon aise*, como decía frecuentemente aquel pícaro francés Labatut, que usted conoció en Cartagena y que en cien pailas infernales arda.

"¿Y sabe usted por lo que esta acción me fué tan agradable y simpática ?

"Porque en ella no se cebó una cazoleta, ni sonó un tiro, ni se oyó silbar una bala.

"Y no puedo negarlo, porque tanto usted como su valerosa consorte lo saben. Sin ser absolutamente por cobardía, ni cosa que se le parezca, sino por un refractarismo innato é inexplicable, cuando se

rompen los fuegos y escucho en el aire el pavoroso *miau, miau*, de las gatitas redondas de plomo en ignición, quisiera sepultarme cien varas bajo de tierra ó elevarme á mil toesas más alto que las nubes, para que no rozaran conmigo.

"Pero en Junín no experimenté ni siquiera un pestañeo nervioso. Sereno é impasible estuve al lado del Libertador, desde el alto cerro en donde se situó á presenciar aquel raro y caballeresco combate al arma blanca, en donde sólo entraron á funcionar las lanzas y los sables, como si estuviéramos en los antiguos tiempos y no se hubiera inventado la maldita pólvora....

"¡Qué espectáculo tan imponente, tan hermoso, tan civilizado; y sobre todo, tan inofensivo para los que lo contemplamos desde lejos!

"Pero no nos adelantemos y vamos por orden. El general Canterac mandaba el ejército del virrey. Se componía de 9.000 hombres de infantería, caballería y artillería ligera, y se había movido de Tunja con el objeto de encontrarse con el ejército republicano de las naciones unidas, que constaba de 7.500 soldados de las distintas armas. Ambos ejércitos eran muy fuertes en caballerías, y como el general Bolívar con razón creía que la nuestra era superior á la realista, venía procurando por medio de maniobras, conseguir que el combate fuese de esta arma, en el primer sitio á propósito que se presentara.

"El general Lamar mandaba las fuerzas del Perú, el general Sucre las de Colombia, teniendo como segundos á los generales Lara y Córdoba, la caballería estaba á cargo del general Necochea, mandando respectivamente Miller la del Perú y Carvajal la de Colombia.

"El 4 de agosto de 1824, llegó Canterac al pueblo de Reyes, muy fatigado de tanto marchar por escabrosos caminos, de allí marchó á Carhuamayo en donde con gran sorpresa supo, que nosotros nos dirigíamos por la margen opuesta del lago de Junín hacia Jauja.

"Por esta rara circunstancia los dos ejércitos, como jugando á la gallina ciega, marchaban efectuando un movimiento paralelo, en sentido contrario.

"Temeroso Canterac de perder su infantería y de ser atacado por la retaguardia, contramarchó aceleradamente hacia el pueblo de Reyes, y como el Libertador había previsto ese natural movimiento, dió sus órdenes para atacar al enemigo el día 6 y redoblamos la marcha para ocupar á Reyes antes que nuestros contrarios. Dejando los cuerpos de infantería muy atrás llegamos con la caballería á las 3 de la tarde á la llanura, en donde avistamos á Canterac al frente de sus 1.200 hombres de afamada caballería. Este llano de Junín es extenso, accidentado por colinas y mesetas bajas, atravesado por riachuelos y en muchos puntos es anegadizo por los pantanos que forman los desagües del lago.

"El Libertador ordenó en el acto á Necochea y á Miller, que atacaran á los jinetes realistas con sus 900 lanceros, y el formidable choque se verificó ya al caer de la tarde.

"Aquello fué terrible, asombroso y hasta inexplicable.

"Apenas duraría tres cuartos de hora aquella descomunal contienda, en donde no se oía sino el bote de las lanzas, el rechinar de los sables y las imprecaciones de los combatientes.

"En lo más recio de la carga, el denodado é impetuoso Necochea fué cortado por un escuadrón realista, recibió siete lanzasos y quedó prisionero, mientras Miller huía perseguido por Canterac.

"En aquel momento crítico, dimos por perdida la batalla y nos retiramos de la altura donde la presenciábamos, para ir en busca de la infantería á cargo de Sucre, Lamar y Lara, para enmendar la plana y salvar la situación.

"Pero este recurso extremo se hizo innecesario, porque la buena estrella del Libertador dispuso de otra manera el supremo y definitivo desenlace de aquel sangriento drama.

"El bravo comandante de *Húsares del Perú*, llamado Isidoro Suárez, fué el héroe de esta célebre jornada, pues tuvo la serenidad y admirable táctica, de apartarse con su escuadrón hacia uno de los recodos del llano. Dejó pasar allí como á un torrente á perseguidos y á perseguidores; y luego, con imponderable arrojo cargó por retaguardia al engreído Canterac, lo que dió por resultado que Miller pudiera volver cara y que se declarara el pánico y la confusión entre las huestes realistas, las cuales fueron acuchilladas por dos flancos, consiguiéndose rescatar el noble cuerpo de Necochea y que el más espléndido triunfo coronara las armas de Colombia.

"Las pérdidas de los españoles alcanzaron á 19 oficiales y 345 soldados muertos, 80 prisioneros, 400 caballos ensillados, y gran número de armas. De nuestra parte tuvimos 45 muertos y 99 heridos, entre ellos el nunca bien elogiado general Necochea.

"No faltan por aquí seres injustos, apasionados y malquerientes gratuitos, que por espíritu de envidia y hasta de vulgar regionalismo, han dicho que las glorias de Junín no corresponden á Bolívar sino á Miller y á otros subalternos, por el hecho de que nosotros en el instante del mayor conflicto, nos retiramos del cerro que ocupábamos, para ir á buscar el apoyo de los cuerpos de infantería; y como tal paparrucha puede ser repetida en lo porvenir hasta por algún escritor ó cronista de talento, bueno es desmentirla desde ahora y que usted asegure á los amigos de Caracas, que no hubo ni un instante de duda, vacilación ó miedo en el ánimo del Libertador. Con admirable habilidad y con estratégicas marchas y contramarchas, preparó el encuentro al arma blanca, lo presenció y dirigió desde el punto conveniente, en razón de que ni su alta gerarquía, ni su deber le obligaban á ir á romper lanzas en persona, pudiendo asegurarse con indiscutible evidencia, que en el caso desgraciado que nuestras valerosas caballerías no hubieran podido reaccionar y vencer por sí solas en la forma heroica que arriba le he explicado, esa

misma tarde del 6 de agosto ó al día siguiente, Bolívar hubiera entrado en acción, con el resto de nuestro poderoso ejército y hubiera vencido á Canterac.

"Sobre todo, mi amigo don Luis, como lo saben hasta los niños de pecho, el general en jefe es el único responsable de los fracasos y de los triunfos de su ejército, y decir otra cosa es una majadería insigne, que no merecería la pena de ocuparse en refutarla, si no fuera porque de la mala yerba no debe dejarse caer en la tierra ni el más insignificante tubérculo.

"Alcanzado el célebre triunfo de Junín, nos pusimos día y noche en persecución del ejército realista, cuya penosa marcha por los fragosos valles y empinados cerros de los Andes peruanos, equivalía á una constante derrota, y desde el pueblo de Reyes hasta las márgenes del río Apurimac, dejaron en nuestro poder cerca de 1.500 dispersos, 700 fusiles, municiones, ganados y gran número de otros muchos objetos, recibiéndonos los pueblos y caseríos de aquel extenso territorio, entre víctores y palmas como á sus libertadores.

"Estando muy cruda la estación por las frecuentes lluvias, resolvió el Libertador acantonar el ejército en las cercanías del Apurimac, encargar del mando en jefe al general Sucre y regresar á Lima en la primera quincena del mes de octubre, á esperar los auxilios anunciados por el gobierno de Colombia y á dictar muchas otras disposiciones urgentes, encaminadas á dar pronto y feliz término á la campaña.

II

"De tránsito para la capital peruana, sufrió el Libertador una gran contrariedad ocasionada por un posta á caballo que vino á encontrarnos, y que era portador de pliegos del congreso y del gobierno de

Colombia. Uno, contenía el decreto del congreso quitándole en absoluto las facultades extraordinarias de que se hallaba investido, y el otro, se refería á comunicarle que el general Santander, encargado del poder ejecutivo, había nombrado á Sucre general en jefe del ejército colombiano, no debiendo tener el general Bolívar en lo porvenir, sino la intervención absolutamente necesaria en las operaciones militares que le correspondían, como presidente de la república del Perú.

"Aquellos dos actos agresivos hirieron en lo más profundo su noble alma é impresionaron grandemente su espíritu de bronce, hasta el punto de que, al acabar de leer los oficios, su rostro se contrajo, su frente se arrugó; y con acentuada amargura, me dijo:

—"¡Muy pronto comienzo á recibir el premio por mis constantes esfuerzos para libertar el continente suramericano! Según veo, el general Santander, vice-presidente de Colombia, ha dominado ó influido en el ánimo del Congreso para poner á prueba mis sentimientos patrióticos y republicanos y para sembrarme obstáculos en la carrera de triunfos que he emprendido en estas apartadas regiones. La supresión de las facultades extraordinarias sin haber concluído la guerra, me pone en el caso de que mis órdenes puedan ser dasatendidas por las autoridades de los departamentos del Sur; y el nombramiento *directo* de Sucre para jefe del ejército colombiano, me dejaría como un simple particular, si no estuviera investido con el cargo de presidente de la nación peruana y si la indiscutible lealtad de Sucre, su corazón de oro y su adhesión incomparable á mi persona, no fueran un antemural contra estos aleves tiros de la envidia y de la insana ambición. Todo eso que han hecho es inútil y encaminado solamente á herirme, puesto que el egregio Sucre es hoy por mi voluntad, no solamente jefe de las tropas colombianas, sino del ejército aliado de las entidades del Sur. Le aseguro, mi amigo don Mauricio, que estoy desencantado, creyendo firmemente que *he arado en el mar*, porque si á esto se

añade las noticias recibidas de Venezuela, referentes á la actitud subversiva de Páez y los planes de su corrillo de intrigantes, para destrozar á Colombia y desconocer mi autoridad, tenemos que todavía sin acabar de salir de los españoles ya quieren SALIR DE MÍ y entregarse á los furores de la más espantosa anarquía! ¡Indudablemente, que lo mejor que podría hacer yo era realizar las propiedades que tengo é irme para Europa, á pasar tranquilo los últimos días de mi existencia!

"Estas frases, que revelaban un inmenso desencanto me impresionaron de tal manera, que á pesar de mi natural indiferencia por todos los asuntos conmovedores de este pícaro mundo y de ser yo un hombre apergaminado y curtido por los frecuentes reveses de la voluble vida, se me salieron dos gruesas lágrimas, y con acentuada emoción, le respondí:

—Su Excelencia no debe mortificarse ni desalentarse en lo más mínimo por la ruindad, pequeñez é ingratitud de esos hechos aislados que no pueden representar en manera alguna el querer de los pueblos suramericanos, que entusiastas y electrizados le hacen plena justicia y le aman y veneran como á su padre y salvador. Santander con sus cuatro reaccionarios del Congreso, ni Páez con su grupito de ambiciosos é intrigantes, pueden ahogar la voz de la mayoría de los granadinos y venezolanos, que bendicen su nombre y enaltecen sus hazañas y merecimientos imperecederos; y en el caso negado de que los colombianos en un momento de extravío, pudieran olvidar las eximias virtudes y galardones que forman un nimbo de gloria para vuestra frente, aquí tenéis á los nobles y agradecidos peruanos, que os adoran con delirio y llevan grabado vuestro nombre en sus corazones, hasta el extremo de que el *bolivianismo*, ha venido á constituir una especie de religión patriótica; y finalmente, si las pasiones pudieran cegar á todos en el presente, más tarde vendrá la Historia y las generaciones futuras á colocaros en el templo de la Fama y de la Inmortalidad, como al hombre más grande del mundo después de Jesucristo!

"Me complazco en asegurarle, mi querido don Luis, que dí de lleno en el blanco con mi ditirámbica improvisación, porque el períclito héroe caraqueño me abrazó muy conmovido y me contestó:

—"Gracias, don Mauricio, veo que es usted un hombre de calma, sesudo, filósofo; y sobre todo oportunamente lisonjero.... Sigamos marcha para Lima.

"Cuando llegamos á la antigua *ciudad de los reyes* que fertiliza el Rimac, encontramos á sus habitantes metidos en un zapato y con el credo en la boca, porque el general español Rodil, había hecho una salida del Callao y derrotado por completo en Bella Vista al coronel Luis Urdaneta. Por tal motivo y acaso para corroborar mis palabras, dichas al Libertador, cuando se supo su aproximación, la capital entera como tocada por un resorte se botó á las calles delirante de entusiasmo y alegría, y casi ahogado por la multitud fué llevado en peso hasta su casa, disputándoselo hombres y mujeres de esquina á esquina, como si se tratara de un santo que llevaran en procesión.

"¡Qué día, mi amigo, tan lleno de gratas emociones y de altos sentimientos! Parecía que el instinto de la leal é inteligente ciudadanía limeña, hubiese adivinado las malas impresiones que dominaban en el espíritu del Libertador y el hondo desencanto que traía, para hacer gala en aquel inolvidable 7 de diciembre, de aquellas oportunas y ruidosas manifestaciones de ilimitada adhesión, que sin duda alguna consiguieron reaccionar su ánimo, pues fué en la tarde de este día y cuando su casa se hallaba rodeada de numerosa muchedumbre que aclamaba su nombre, fué en medio de aquella atmósfera de desbordante regocijo, cuando dictó á su ministro don José Sánchez Carrión la célebre circular, para el establecimiento de la Gran Confederación Suramericana, cuyas bases debía discutir el Congreso que se convocaba para Panamá, augusta Corporación que según elocuente párrafo de la mencionada circular, debía de servir á los gobiernos de las naciones suramericanas *de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes,*

de fiel intérprete en los tratados públicos y de conciliación en todas nuestras diferencias.

"Este sabio pensamiento del Libertador vino á convertirse para mí en un bocado muy amargo, en un mal rato con que no contaba, pues esa misma noche, todavía sin sacudirme el polvo del camino, á solas en su gabinete, me dijo :

—"Tiene que contramarchar en el acto, mi amigo don Mauricio, en busca del general Sucre, para que le entregue en propias manos la nota circular sobre el Congreso de Panamá ; y además, para que le diga ciertas cosas, que no quiero ni debo escribir y que no puedo confiar á ninguna otra persona, sino á usted, relacionadas con las instrucciones del plan de campaña que le aconsejé y con las evoluciones políticas de lo porvenir.

"Ante tan conspicua manifestación de confianza, por más que la tal comisioncilla tuviera siete bemoles, nada chisté, cogí el pliego, junto con una carta, recibí las instrucciones verbales y esa misma noche salí de Lima, en busca del general Antonio José de Sucre.

"Casi sin comer y sin dormir, caminando sin cesar á la luz del sol y de las estrellas, por páramos, barrancos, angostos valles y por escabrosos cerros, llenos de interminables subidas y bajadas, en donde puse á prueba las excelentes condiciones de mi mula, en la noche del 8 de diciembre encontré al egregio general en jefe del ejército colombiano, acampado en el llano de Ayacucho, que se halla al pie del cerro Cundurcunqui, en cuyas faldas, y profunda quebrada de por medio, se encontraba también acampado el ejército realista á las órdenes del virrey Laserna, de lo cual tuve conocimiento al aproximarme porque de uno y otro campo tiraban cañonazos de tiempo en tiempo, como para alertarse mutuamente en espectativa del próximo encuentro, que por fuerza tenía que ser decisivo.

"Apenas le anunciaron mi llegada al general Sucre, me hizo conducir á su tienda de campaña, donde se ocupaba, junto con sus ayudantes, en trazar un

croquis, y luego que le hube entregado los papeles que para él llevaba y comunicádole las instrucciones verbales, muy cariñoso, me dijo:

—"Cuánto celebro su llegada, mi querido don Mauricio, no puede ser más oportuna. El Libertador me aconseja, una vez más por órgano de usted, que libre la batalla de cualquier modo, porque no vendrán ningunos auxilios de Colombia. Ya ve usted que casualmente, obligado por la necesidad, pues ya no tengo ni raciones, me encuentra en esos preparativos, y tratando de que mañana salgamos para siempre del poder español—y luego, dándome un pasagonzalo en el hombro, añadió sonriendo y con cierto tonillo burlón—acomódese esta noche como pueda, que muy pronto se dará el gusto y tendrá la fortuna de haberse encontrado presenciándola de cerca y á mi lado en la más grande y más trascendental batalla de la Independencia, para que se la refiera con todos sus detalles al Libertador, único superior á quien reconozco, y para que se quite usted de encima las pullitas de marras por lo de Niquitao y la nota de ser algo arisco para el plomo....

"Supóngase usted, mi querido general Reyes, cómo se quedaría mi pobre ánima al oír aquella receta y ante la espectativa de tan enorme atrocidad, sabiendo como sabía, que los realistas estaban en frente á tiro de fusil, allende la quebrada, con 9.320 hombres disponibles y 11 piezas de artillería, encontrándose aquende, el ejército colombiano, con 5.800 plazas, lo que formaba un pavoroso total de cerca de 15.200 bocas de fuego que iban á arrojar, muy en breve un verdadero diluvio de metralla y de balas, que estaba yo sentenciado á soportar á cuerpo limpio, sin escapatoria posible, por haber querido la casualidad ó mi mala suerte, que viniera á meterme en aquel callejón sin salida, á la hora del burro y al tiempo de freír los huevos....

"En situación tan crítica, me aparté á un lado de la tienda, y sin desensillar la mula, le hice picar

un haz de yerba seca, acostándome en mi cobija sobre la madre tierra, tan lleno de preocupaciones, que no pude pegar los ojos ni un instante á pesar de sentirme tan cansado. Con el corazón hecho un ovillo, como un reo en capilla, creyendo llegado mis últimos instantes, empecé á rezar el credo y á despedirme interiormente de todos mis afectos terrenales, en cuya vanguardia aparecía mi idolatrada é inolvidable Encarnación, con todos sus lúbricos atractivos, y con sus ardientes gracias....

"Amaneció el glorioso 9 de diciembre, y los dos ejércitos comenzaron á tomar posiciones.

"El virrey Laserna, acomodó sus huestes de la manera siguiente: en el ala derecha, al general Valdez, alias *El Loco*, que era el jefe de vanguardia, con 4 batallones, 2 escuadrones y 6 piezas de artillería; en el ala izquierda, al general Villalobos, con 5 batallones y 5 piezas de artillería; en el centro, á Monet, con otros 5 batallones; formando la reserva Canterac, con 2 batallones escogidos, y el brigadier Ferraz con el resto de la caballería.

"El general Sucre, organizó su campo en esta forma: ala derecha, á cargo del intrépido Córdova, con 4 batallones; ala izquierda, al mando de Lamar, con igual número de batallones; centro, con la caballería á cargo de Miller; y la reserva á las órdenes del general Jacinto Lara, con su división que se componía de 5 batallones.

"¡Ay, mi buen amigo, aquello fué el juicio final, y en ninguno de los días de mi vida he corrido tantos peligros, como en aquel, por tantas razones memorable!

"Bien fuese á causa del valor y de la confianza que por modo magnético trasmitía el denodado Sucre á todos sus subalternos, al recorrer las filas é ir arengando con inimitable elocuencia militar á los distintos cuerpos, bien porque en realidad mi consuetudinario temor á las balas no había sido de antiguo sino un tonto capricho ó una manía nerviosa, ó

ya porque encontrándome cogido y sin retirada posible, me entró filosófica resignación, es lo cierto, que con asombro de todos y hasta de mí mismo, me eché el miedo á las espaldas y me coloqué al lado del egregio cumanés, con ánimo de afrontar todo lo que pudiera sobrevenir.

"A las diez de la mañana, Valdez empezó á bajar del cerro con su división para situar 5 piezas de artillería, por lo cual el general Sucre ordenó á nuestros tiradores, que impidiesen aquella atrevida operación.

"Esta fué la señal de combate.

"Las formidables masas españolas atacaron vigorosamente por los distintos flancos, como una recia tempestad estallaron los fuegos por todas partes, dirigidos al centro del valle de Ayacucho, empezaron á cubrirse las colinas con blanco humo y en el aire se escüchaba el horroroso concierto de las balas de los cañones y de los fusiles.

"El general Lamar, por encontrarse muy comprometido, mandó un ayundante á la carrera á pedir auxilios, y como en ese momento observara el general en jefe que las columnas de Monet, que venían bajando por el centro, no estaban en orden, comprendió en el acto que aquel era el punto vulnerable de los realistas, por lo cual, después de disponer que el batallón *Vencedor* fuera en auxilio de Lamar, se dirigió personalmente al sitio donde se hallaba Córdova, y le dijo:

—Ocupe usted á todo trance esa altura trás de la cual se encuentra Laserna con su Estado Mayor, y le respondo que está ganada la batalla. Cargue rápidamente, que lo apoyaré con el general Miller y la caballería.

"Córdova no se hizo repetir la orden, con la arrogancia de un adalid de los tiempos fabulosos, se desmontó de su caballo, lo mató de un pistoletazo,

para demostrar que no había retirada posible, desenvainó su espada y gritó á sus atónitos batallones:

—¡ *Arriba, soldados! Armas á discreción, paso de vencedores!*

"Lo que pasó entonces fué tan estupendo y asombroso, que yo no lo creería si no lo hubiera presenciado con mis propios ojos.

"Córdova ascendió á la altura sin disparar un tiro, recibiendo de frente constantes y nutridas descargas, y cuando estuvo á pocos pasos de los realistas, rompió los fuegos, los cargó á la bayoneta y arrollando á Monet y á todo el que intentó oponérsele, apoyado por Miller, llegó hasta donde estaba el virrey, y lo hizo prisionero con todo su séquito.

"La batalla estaba ganada.

"El ala izquierda, por la cual tan duramente nos había atacado Villalobos, se rehizo con la oportuna llegada del batallón *Vencedor*, y sucesivamente con el *Vargas*. Lamar, de perseguido se convirtió en perseguidor, y cuando en el campo realista se supo la captura del virrey, nadie más pensó en combatir sino en escaparse, por lo cual la derrota fue *completa y absoluta.*

"Fatigado Miller y sus valerosos ginetes de tanto acuchillar españoles, entró el general Lara con la reserva á complementar el insólito triunfo y los fué recogiendo *como con cuchara*, según su propia y gráfica expresión, hasta las alturas del Tumbo.

"Como por obra de magia, como por efecto incomprensible de un soplo misterioso, del formidable ejército realista apenas quedaron sobre una loma, Canterac, algunos otros jefes y un grupo como de 300 hombres, entre caballería é infantería, al cual mandó el magnánimo vencedor un ayudante ofreciéndole honrosa capitulación.

"Los derrotados celebraron una junta y después de corta deliberación, los generales Canterac y Carratalá vinieron á entenderse con Sucre, quedando acordada y firmada al siguiente día, la más generosa y

honrosa capitulación que se registra en los anales guerreros del mundo.

"La batalla de Ayacucho, por rara analogía, duró casi el mismo tiempo que la de Carabobo, apenas una hora, y en ella perdieron los españoles 1.800 muertos, 700 heridos, más de 1.000 prisioneros, entre ellos 60 jefes y oficiales, 11 piezas de artillería, 2.500 fusiles y cuantos pertrechos, armas y demás elementos de toda clase poseía su extinguido ejército.

"Por virtud de esta insigne victoria y de la famosa capitulación, fueron embarcados para España, por cuenta del gobierno del Perú, el virrey Laserna, Canterac, Valdez y 13 generales más, 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 488 oficiales y más de 2.000 individuos de tropa.

"Acompañado del comandante Medina y del capitán Alarcón, poseído de un placer sin igual y de una satisfacción sin límites, regresé á Lima sobre la marcha, llevando el parte ó primer boletín de la batalla dada por Sucre al Libertador, donde después de describirle á grandes rasgos la célebre jornada, le decía en una posdata, que no se ha publicado pero que es auténtica: *finalmente, mi respetado general y amigo, entre las proezas que he logrado realizar en Ayacucho, ninguna seguramente es más insigne y meritoria que la de haber logrado enseñar á ser guapo y á perder el miedo á las balas, á su típico comisionado, el señor don Mauricio Mora Melo, quien sin duda alguna, se ha portado en esta ocasión como un valiente, pues estuvo siempre á mi lado durante la batalla.*

"El libertador nos recibió lleno de entusiasmo por las faustas nuevas que le llevamos y después de haber leído la anterior posdata, con sonrisa picaresca, me dijo:

—Es mucha fortuna, mi querido don Mauricio, que á última hora, sea que haya podido usted conseguir tan autorizada patente de *hombre guapo*, pues al haberla obtenido algunos años atrás, su figura política no hubiera cabido en los extensos ámbitos de la América, y hasta nos habría eclipsado á todos....

III

"Después de Ayacucho, quedó asegurada para siempre la independencia de la América española, que ha sido la obra excelsa de Bolívar y su gloria llegó al apogeo de la mayor grandeza humana.

"El congreso peruano expidió un decreto concediendo honores al Libertador, á quien dió el título de *Padre* y *Salvador del Perú*, mandó erigirle una estatua ecuestre en Lima, asignó un millón de pesos para el mismo Libertador y otro para que á su discreción lo distribuyera entre el ejército vencedor y también decretó el título de *Gran Mariscal de Ayacucho* para el general Sucre, una recompensa extraordinaria de doscientos mil pesos en oro y el regalo de la famosa hacienda Huaca, en el valle de Chancy.

"¡ Qué nación tan grande, tan noble y tan digna es esta del Perú !

"Aquí no se estilan las mezquindades y restricciones colombianas.

"Con mano pródiga ha premiado á sus libertadores y se tiene por Bolívar una admiración rayana en idolatría.

"Hasta el clero, mi amigo don Luis, hasta estos caballeros del hisopo y el incensario, que en todas partes (con muy pocas y honrosas excepciones) nos han hostilizado abiertamente durante la guerra de emancipación, aquí en el Perú son adoradores fanáticos del Libertador, han echado, como dicen, la casa por la ventana, y mientras el Santo Padre hace salir de sus estados al señor Ignacio Tejada, ministro de Colombia en Roma, y da una encíclica, ordenando á los habitantes de América la obediencia y sumisión al gobierno de España, los beneméritos sacerdotes peruanos, han llevado su partidarismo á tal punto que en acción de gracias por haberse obtenido la libertad é independencia, en todas las iglesias

y durante las misas, en el tiempo que media entre la epístola y el evangelio, cantan los siguientes villancicos :

De tí viene todo
Lo bueno, Señor ;
Nos diste á Bolívar,
¡ Gloria á tí, gran Dios !
¿ Qué hombre este, cielos,
Que con tal primor
De tan altos dones
Tu mano adornó ?

Lo futuro anuncia
Con tal precisión
Que parece el tiempo
Ceñido á su voz.
De tí viene todo
Lo bueno, Señor ;
Nos diste á Bolívar,
¡ Gloria á tí, gran Dios !

" Estos inteligentes levitas, sí que son gallos, pues saben cómo se bate el cobre y se menea el pandero, para no oponerse á los hechos consumados ni andar buscando aleluyas con nuestra buena y santa Causa triunfante !

" Yo le aseguro á usted, mi amigo Reyes, que si estuviera en el pellejo del Libertador, me quedaría para siempre en este hermoso país de los Incas, ó me iría para Europa á dormir sobre mis laureles....

" Y digo esto, porque de la Nueva Granada y de Venezuela se sienten rumores desapacibles y va á comenzar la lucha interna con los ambiciosos é intrigantes que se ciernen al lado de Santander y de Páez, como negras nubes de ponzoñosos mosquitos.

" La deslealtad y la ingratitud en íntimo consorcio, comienzan ya á sacar las uñas de tal manera, que, como medida de moralidad administrativa y hasta de simple disciplina, se hace necesario que vayamos pronto por esos trigos á meter en cintura á esos dos ángeles rebeldes.....

" Lo único que me contraría mucho, no puedo negarlo, es el estado físico y moral en que se halla el Libertador. La supresión de las facultades extraordinarias á las cuales estaba tan apegado, fué un rudo golpe que le dió el Congreso colombiano, pues todavía no se había concluido la guerra ; y aunque él devolvió la bofetada á la agresiva corporación, presentándole, el 8 de febrero de 1825, su tercera

renuncia, que no fué admitida por la unanimidad de 21 senadores y de 52 diputados, los posteriores y siniestros planes, que se urden para destruir á Colombia y para desconocer su autoridad, le tienen tan cohibido y apocado, que siendo joven todavía, pues no pasa de 47 años de edad, se han debilitado todas sus poderosas energías.

"Ya no es el mismo hombre de otros tiempos.

"No es el mismo marchador incansable que se levantaba antes del alba, que se afeitaba y vestía alegremente donde quiera que estuviera hospedado, para tomar su chocolate á las siete, montar á caballo, y seguir camino, pidiendo noticias á todos los transeúntes que encontraba, siendo amable y cariñoso con ellos si se las daban á su gusto, y sulfurándose cuando se las daban contrarias.

"Ya no es el mismo del charlar constante y del bromear sempiterno, que á guisa de pato, ora en climas fríos ó bien en climas cálidos se tiraba en el agua en cualquier río, quebrada ó pozo cristalino que encontrara en el tránsito, sin reparar en horas ni en cansancios.

"Ya no es el mismo, ágil, activo, nervioso é inquieto, que en el año de 1822, ascendió á pie y regatón en mano, la empinada cumbre del Chimborazo para bajar después á escribir su célebre *delirio* (que para los dos y muy en confianza, aunque lo he aplaudido mucho) á mí me ha parecido siempre una retahila de disparates....

"Cuando regresamos del Alto Perú, dejando organizada la República de Bolivia, á pesar de traer gran número de hermosas y excelentes mulas, que le habían regalado los generosos criadores de todas aquellas comarcas, apenas caminábamos tres ó cuatro leguas diarias, pues nos parábamos á descansar con frecuencia en los corredores de las casas del tránsito y debajo de los árboles frondosos. Tenía el aspecto de un viejo y su demacrado semblante revelaba que está herida de muerte aquella naturaleza incomparable, que siempre había sido de hierro.

"Hasta aquí nos han llegado los chispazos de esa vagabundería mayúscula y ese peregrino trampantojo que llaman en Venezuela la *cosiata*.

"Pór el comisionado llegado á Lima con las liberticidas proposiciones de los *cosiateros*, círculo funesto de conservadores que se ha apoderado por completo del general Páez, hemos venido á descubrir que con el pretexto de *reformas*, se pretende matar alevosamente la República y volver á la monarquía; siendo de advertirle que el dañino pensamiento no está aislado, puesto que aquí mismo en el Perú existe un partido, también conservador, compuesto de personas ricas é influyentes, muchas de las cuales se han atrevido hasta á avanzar al Libertador la idea de nombrarlo *Emperador de Los Andes*....

"Pero como él no tiene un pelo de tonto, y además, por sus arraigadas convicciones de republicanismo, ha contestado á todos, *paso y las voto*, agachándose con *34 de mano*, ó sea proponiendo para Colombia, el proyecto de constitución que escribió para Bolivia y que corregido y aumentado, es casi el mismo que no quisieron aceptarle los legisladores del Congreso de Angostura.

"Y la verdad es, mi querido amigo don Luis, y á usted se lo escribo, porque es como arrojarlo en un pozo hondo, que la decantada constitución llamada *boliviana* es tan ventajosa, como una baraja marcada ó un dado emplomado, desde luego que el que talle con ella no podrá perder nunca.....

"Supóngase usted que las principales disposiciones del tal proyecto, que él llama su *delirio*, seguramente por las dificultades con que tropieza para que se lo acepten, consisten en que la facultad ó el derecho de elegir debe restringirse á la *décima parte* de los ciudadanos, que el Cuerpo legislativo debe constar de tres cámaras, *tribunos*, *senadores* y *censores* y que el poder ejecutivo debe ejercerse por un *presidente vitalicio* é irresponsable, con la facultad de nombrar al vice-presidente, á quien le corresponde

ser el jefe del ministerio y el inmediato sucesor del presidente, sin necesidad de nueva elección.

"Muchos se atreverán á decir que aunque en la apariencia es cierto que *no se erige un trono que espantaría por su alteza y por su brillo,* sí equivale esta fórmula á una monarquía disfrazada; pero á esos espíritus vidriosos se les podría argumentar que esta América, acostumbrada á lcs caciques y á los reyes, no se puede gobernar de otra manera, so pena de caer en los horrores de la anarquía y de la disolución más espantosa, de magistrados y de instituciones que llegarán, en el vaivén de las pasiones, á cambiarse todos los años, según la dosis de ambición que tuvieren los militares engreídos de los distintos países, á quienes sin duda alguna, tenemos que sujetar como á cerriles potros con esa fuerte barbada de *cajoncito,* para que puedan coger el paso y no se desboquen....

"Y digo que *tenemos,* porque, le repito, ahora más que nunca estoy *encogollado,* lucen en mi pecho todas las medallas y condecoraciones como vencedor desde Niquitao hasta Ayacucho; y con la credencial de *valiente* que me dió el propio Mariscal Sucre, con mis agallas y con mis *economías,* que ya forman un cirio pascual, á pesar de los años, sabe Dios hasta dónde podré llegar....

"Antes de concluir esta carta, que ya se ha hecho más larga que una pastoral, voy á darle un buen consejo, porque lo quiero mucho y estoy dispuesto á poner á su servicio todas mis *influencias* y *valimientos.*

"Cuando se publique allá el proyecto de constitución boliviana, hágase acérrimo partidario de él, promueva reuniones públicas para que la Municipalidad y todos los ciudadanos lo pidan. Quítese las telarañas que le han puesto en la cabeza don Agapito Callejones y Rufino Peralta con sus absurdas teorías, y no se deje tomar la delantera con nadie en este camino, que es el que *verdaderamente agrada á Su Excelencia.* Aunque por ningún caso pretende coronarse y con razón exclama que su título de Libertador es más grande que todos los que han podido darse para

halagar el orgullo humano y que él no es César, ni Napoleón ni Iturbide, le aseguro bajo mucha reserva, que su pensamiento es formar una Gran Confederación compuesta de Colombia y de las repúblicas del Perú y Bolivia para gobernarla como Presidente de conformidad con la constitución mencionada; pero esto no quiere el General que aparezca como que él lo impone sino como que los pueblos lo piden y en esa propaganda ocúpase por aquí de ciudad en ciudad, el comisionado que mandaron de Caracas, quien según se ve, es un joven talentoso, audaz y de grandes esperanzas para lo porvenir, pues además de escribir muy bien, es excelente orador.

"Muévase pues, en ese sentido, mi querido don Luis, no se deje quitar la delantera con ninguno, que aunque el Libertador parece que se ha olvidado por completo de sus incomparables méritos y servicios, yo me empeñaré para que él lo recomiende como diputado por el cantón Caracas á la gran Convención que deberá reunirse para organizar las naciones emancipadas de España, bajo el régimen de esta sabia forma administrativa, sin la cual dichos desgraciados países, continuando en esa farándula de novelera alternabilidad y en la eterna juerga de elecciones y más elecciones, que serán farsas y más farsas, se arruinarán y consumirán á la larga en constantes disturbios domésticos, en eternas guerras intestinas y en calamidades sin fin."

—¿Y qué piensas tú de todo eso?—preguntó Estefanía, clavando en Luis con visible desagrado sus expresivos y bellos ojos azules, después de haber oído sin proferir una palabra, la monumental epístola del hombre de las Siete Emes:—¿qué dices de tantas cosas raras y de ese fárrago de acontecimientos peregrinos; y sobre todo, del gracioso consejo de don Mauricio y de su jactanciosa oferta?

—En primer lugar—exclamó Reyes con filosófica calma—que la mayor parte de lo que escribe es cierto, desgraciadamente cierto. Lo que va á pasar en esta pobre tierra que tú y yo hemos ayudado á redimir con

tantos esfuerzos, será desconsolador é irritante. Para muestra, basta la especie, la risible especie, de que sean necesarias, para que pueda yo volver á figurar en la política, la actitud á que se refiere su consejo y la deprimente é inconcebible circunstancia, de que sea él quien me recomiende al Libertador!

—No te mortifiques, mi amado Luis—contestó la heroína rodeando con su blanco y torneado brazo el cuello del desencantado patriota—tú estás joven y tienes brillante porvenir, espera, espera confiado en tu digno apartamiento de los asuntos públicos, que pronto habrán de venir mejores días para nuestra querida Venezuela. Entre tanto, aquí en nuestro dulce hogar, me tendrás á mí y tendrás á tus hijos, en donde procuraremos todos, que seas el modelo del hombre feliz y del buen ciudadano. Lo demás, debe importarte un comino, porque según afirma frecuentemente don Manuel Antonio Alvarez, refiriéndose al dicho de cierta celebridad moderna: *unos hacen las revoluciones y otros son los que las aprovechan.*

Diciembre de 1907.

FIN DE CARABOBO

[illegible]